



GLICERIO LANDRIANI

UN ÁNGEL EN LAS ESCUELAS PÍAS

Leonardo de Marco

P. LEONARDO DE MARCO

GLICERIO LANDRIANI
UN ÁNGEL EN LAS ESCUELAS PÍAS



Glicerio Landriani. Un ángel en las Escuelas Pías

Autor: P. Leonardo De Marco

Traducción del italiano: P. Valeriano Rodríguez Sáiz, Sch. P.



Publicaciones ICCE

(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)

José Picón, 7 - 28028 Madrid

icce www.icceciberaula.es

ISBN: 978-84-7278-454-3

Depósito legal: M-36014-2012

Imprime: Gráficas Tetuán

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Adventus tuus est breve sidus lumina praestans
“Al alba se abrió y enseguida llegó la tarde”*

INTRODUCCIÓN

Escribe Glicerio a su pariente, el cardenal Federico Borromeo el 29 de septiembre de 1612: “Me encuentro en las Escuelas Pías de Roma, donde acuden hasta 800 entre niños y jóvenes... Estoy cierto de que es vocación de Dios. Y espero que el Señor quiera servirse de mí para esta Obra suya, la cual es tan importante que me maravilla...”. ¿Qué ha visto a sus 24 años de vida este joven llegado de Milán, condecorado ya con la tonsura y el título de abad? Empujado a Roma por el cardenal Federico, primo y heredero espiritual de S. Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, y él mismo también arzobispo de Milán, Glicerio, que en el bautismo había recibido el nombre de un santo antepasado suyo, S. Glicerio Landriani, también él, qué casualidad, arzobispo de Milán, parecía tener ya su camino señalado de lo alto. En Roma, introducido por su hermano, Mons. Fabricio, en la Corte papal, en contacto con príncipes y prelados, se había insertado tan bien en el ambiente, que se identificaba con cuantos al honor sagrado unían esplendores y tenor de vida más que mortales. Y ahora ¿cuál es el descubrimiento que Glicerio comunica por carta al cardenal Federico? Que había llegado el momento de elegir, finalmente, sin

1 Del un hexámetro a Glicerio Landriani, del P. de Marco, Arch. Sch. Piar. N. 41, año XXI, Roma 1997.

titubeos y compromisos, a Jesucristo. Que no es oro todo lo que reluce. Se ha rasgado el velo del hechizo, y él ha visto que lujo y boato no son su camino. Su madre, el ejemplo de su padre y la enseñanza del mismo Federico habían encendido en él las tradiciones familiares.

“Y como aquel que con respiración jadeante / salido fuera del mar / se dirige a la orilla”², Glicerio deja a sus espaldas el mundo dorado, con la “dolce vita” romana, para aventurarse hacia el infinito, con Jesús como guía y María Santísima como Madre. Glicerio Landriani será Glicerio de Cristo. La elección es radical: el amor de Cristo pobre. Un fuego que meterá en él una marcha más y lo hará entusiasta, dinámico, infatigable día y noche. “Deus super omnia” –Dios sobre todas las cosas– es su móvil. Así, es fácil para nosotros releer el designio de Dios, el hilo misterioso que desde Milán guía a Glicerio a Roma: el ideal de una reforma universal, inspirada en él por el ambiente de los Borromeo, la participación intensa en la vida de los humildes y de los marginados después de la “conversión” y, por fin, la llegada a las Escuelas Pías, síntesis de sus aspiraciones y coronamiento de su breve existencia.

Pero, ¿por qué he decidido contaros la historia del abad Glicerio Landriani (1588-1618)? Desde 1600 en adelante, diversos y preciosos son los manuscritos, valiosas e interesantes las publicaciones. Pues bien, me ha animado la convicción de que la obra de Glicerio, aun después de cuatro siglos, al comienzo del tercer milenio, es actual. Las maravillas de Dios se han manifestado en él tangibles, a través de su modo de ser y de actuar. Su amor apasionado por Cristo, que le hizo el más pobre entre los pobres, el entusiasmo del apostolado de la Catequesis itinerante en la Roma del siglo XVII, son aspectos que reconocidos y valorados a favor de la misión evangelizadora de la Iglesia, llamada a responder, con estilo evangélico, a los desafíos cada vez más

2 Dante, *Inferno*, I, 22-24.

apremiantes de la sociedad contemporánea y, especialmente, mediante... una renovada opción preferencial por los pobres. Glicerio, hasta por educación familiar, llevaba en la sangre el amor y el arrebató por los pobres. Dio saltos de alegría, como por un éxito personal, cuando al reconocimiento de las Escuelas Pías el papa Paulo V quiso añadir como señal distintiva el título de suma pobreza.

Mientras el carisma calasancio amplía hoy su ámbito de trabajo en Asia y África, y en el servicio de los pobres redescubre en la misma fuente la inventiva del Fundador, creo que volver a Glicerio es una experiencia estimulante.

Al reconstruir el complejo itinerario de Glicerio, he trabajado con rigor y pasión, para recomponer, de forma que implique al lector, la personalidad tallada por el joven escolapio, servidor de los pobres, catequista inspirado, apasionado por la misión escolapia entre los niños, y a veces genial; sus ansias, sus afectos, para que despierten en nosotros respuestas inmediatas.

El planteamiento del trabajo es un poco distinto, me parece, con respecto del pasado. La intención es de darle un respiro histórico, que quizá falta en gran parte a los biógrafos precedentes. Un intento de historicidad, que permita discurrir a Landriani en medio del cuadro más amplio y articulado de los problemas de su propio tiempo, con documentos y estudio adecuados y más allá de cualquier intento conmemorativo.

Dedico mi humilde trabajo a las nuevas generaciones, que tienen necesidad de fuentes seguras y de modelos que vayan más allá de los que a veces ofrece su sociedad, destinados en muchos casos a pasar, como las estaciones, y que son no raramente origen de auténticos espejismos.

ABREVIATURAS

AGSP	Archivo General Escuelas Pías
BGSP	Biblioteca General Escuelas Pías
An. Cal.	Analecta Calasancia
Arch. Sch. P.	Archivum Scholarum Piarum
EC	Epistolarium Coetanorum
EEC	Epistolarium ex Europa Centrali
EGC	Epistolario S. José de Calasanz
EHI	Epistolarium ex Hispania et Italia
Eph. Cal.	Ephemerides Calasancianae
o.c.	Obra citada
Pos. s.v.	Positio super virtutibus
Pr. inf.	Proceso informativo
Pr. O.R.	Proceso Ordinario Romano
Pr. Somm.	Proceso Sumario
Rass. Hist. Bibl. Sc.	Reseña de historia y bibliografía escolapia
Reg. Cal.	Registro Calasancio
Reg. Hist. Bibl.	Registro Historia y Bibliografía
Reg. Prov.	Registro de las Provincias
Reg. Serv.	Registro de Siervos de Dios
Rev. Cal.	Revista Calasancia
Sch. P.	Escuelas Pías

PERFIL BIOGRÁFICO

Me parece útil, para una lectura ágil de la Biografía de Glicerio, adelantar un *perfil* que siga, en continuidad de tiempo, los acontecimientos desde el principio, e ilumine en síntesis, casi de un golpe de vista, sin comentario, el recorrido sencillo, pero también intenso y laborioso. Nuestra narración, de hecho, parte intencionadamente “*in medias res*”³, esto es, del episodio más significativo de la vida de Glicerio, la *conversión*, y desde ella puntualiza *in crescendo* sus elevaciones espirituales. Un punto de llegada que es como un punto de partida.

La multiplicidad de las acciones y la intensidad de las experiencias vividas en los últimos diez años de su breve existencia, especialmente en las Escuelas Pías, adquieren, en la biografía, un relieve preponderante y conducen a veces más allá de la noción temporal. Glicerio, “*brevi vivens tempore explevit tempora multa*”⁴, en pocos años quemó muchas etapas. Los primeros veinte años de vida quedan así como en penumbra, como simples puntos de referencia, también porque tenemos escasos documentos y datos precisos llegados hasta nosotros.

En suma, el *perfil biográfico* quiere ofrecer aquí al lector la posibilidad de recomponer *desde fuera* una imagen de Glicerio, reducida y somera, pero lo más clara y ágil posible. Y quiere ser al mismo tiempo una ojeada *propedéutica*, para que al lector, más informado, le permita entrar en la historia y en el camino interior del joven escolapio.

3 Expresión latina que significa *en medio de la acción*. Se usa con referencia a las narraciones que comienzan de este modo.

4 Viviendo poco tiempo, completó muchos años (Sb 4, 13).

GLICERIO LANDRIANI

Nació el 1 de marzo de 1588 en Milán, de Horacio y Ana Visconti⁵, emparentados con los Borromeo, S. Carlos y Federico. De los ocho hijos legítimos cuatro eran varones. En orden de nacimiento: Fabricio, Tomás, *Glicerio* y Fabio. Las cuatro hermanas se llamaban: Legiandra, Bárbara, Ana y Jerónima⁶.

Fue bautizado inmediatamente por el médico, al tratarse de un caso de necesidad; después, solemnemente, en la iglesia parroquial de S. Bartolomé de Porta Nuova. Tuvo como segundo nombre el de Francisco, en honor del santo de Asís, al que la madre acudió en el difícil parto⁷. Hacia los siete años ya hay que destacar el episodio del pan que el niño distribuía a escondidas a los pobres. A los diez años, habiendo quedado huérfano de padre, se hicieron cargo de él

-
- 5 Ana Visconti era hermana de Santiago Visconti, que había esposado a Isabel Borromeo, hermana del Cardenal Federico. Por consiguiente, no hay ningún lazo de sangre entre Glicerio y los dos hermanos Borromeo. Sólo *sensu lato*, por extensión, podremos llamar a Glicerio *pronipote*, es decir, hijo del sobrino de Federico y de Carlos Borromeo. Los que llaman a Glicerio sobrino de S. Carlos Borromeo simplifican demasiado, aunque sea de buena fe, para acercarse al escollo al gran Arzobispo de Milán.
 - 6 Horacio, jurisconsulto colegiado, además de los hijos legítimos, tuvo también a Francisco, Luquino, Constanza, Perpetua y Mónica. Jerónima y Constanza se hicieron monjas. Con testamento que data de 31 de mayo de 1596, Horacio dejó herederos universales a los cuatro hijos varones legítimos, bajo la condición de no enajenar "hasta los treinta años". Archivo Histórico Cívico de Milán. *Familias nobles milanesas*, de Felice Calvi. Ed. Vallardi 1884.
 - 7 Al nombre de Glicerio fue añadido el de Francisco también en memoria del abuelo paterno, de quien eran hijos Horacio y Mons. Marsilio.

el cardenal Federico y, como tutores, los tíos Marsilio Landriani y Santiago Visconti⁸.

Apenas adolescente, acostumbraba visitar una iglesita fuera de los muros de Milán para venerar la imagen de Ntra. Sra. de Loreto, a la que estaba dedicado el templo. Recorría casi tres kilómetros de camino desde Porta Nuova, su barrio residencial, pasando delante de la iglesia de S. Bartolomé, Porta Venezia y la Avenida de Loreto –hoy Corso Buenos Aires. –Por aquellos años los muros de Milán rodeaban los Bastioni –las fortalezas–. Más allá de Porta Venezia la población estaba dispersa en varios caseríos. La pequeña capilla era el único punto de referencia para el culto, y casi insuficiente para los pocos habitantes de la zona. Glicerio la frecuentaba –pequeño peregrino– con asiduidad, respirando, podríamos decir, el *clima lauretano* de la tradición familiar y ciudadana.

Un día ofreció a la Virgen su anillo de oro en señal de consagración perpetua⁹. “Formado en buena y santa educación, desde jovencito se dedicó al servicio de Dios”, afirmó de él S. José de Calasanz en el Proceso¹⁰. Los biógrafos dan por cierto que Glicerio fue a Bolonia

-
- 8 Marsilio fue Nuncio apostólico en Francia, Obispo de Vigevano y Legado Pontificio en Bolonia. Murió en 1609. Hizo donación de sus bienes a los sobrinos: a Fabio le concedió la abadía de S. Antonio de Milán, el anillo de oro con zafiro, muchos objetos de oro y ornamentos sagrados. Muchos bienes a su catedral de Vigevano y a un monasterio. El resto fue a Tomás, segundogénito de Horacio. A Glicerio la abadía de S. Antonio de Piacenza. Glicerio, en carta al cardenal Federico, 5 de mayo de 1611 se lamenta de que el tío “murió con tantos cuartos, plata y muebles, y a mí no me dejó nada. Más aún, él había disfrutado de la abadía que yo tengo, por dos años, y los frutos no me han sido entregados”. Quizá el tío pensaba que Glicerio entraría pronto entre los carmelitas descalzos o en otra orden religiosa. Marsilio Landriani está sepultado delante del altar mayor de la catedral de Vigevano. Antes de morir pudo participar apenas en el sínodo provincial convocado por el cardenal Federico para la canonización de S. Carlos Borromeo.
- 9 “Solía después Glicerio, como en alguna ocasión contó a algún alumno suyo confidente, afirmar que de aquel momento en adelante no sintió ya más el estímulo de la carne *vehemente*”. F. Baldi, *Vita del P. Abate Glicerio Landriani*.
- 10 “Lo he sabido directamente del hermano de Glicerio, Mons. Fabricio, obispo de Pavía, primero gobernador de Camerino y después de Benevento, con el cual he tratado muchas veces, e igualmente del señor Tomás, también hermano carnal suyo”. *Pos. s.v.*, par. 29-30.

con su tío Mons. Marsilio, para terminar allí los estudios de filosofía, derecho y teología. Habría permanecido en la ciudad durante todo el tiempo en que Mons. Marsilio desempeñó el mandato de Legado pontificio (1604-1606)¹¹.

Admirado de la piedad del sobrino y de los excelentes resultados en el estudio, en 1606, con Acto extendido por el notario Rafael Rucio, Mons. Marsilio cedió a perpetuidad a Glicerio la *Abadía de S. Antonio en Trebbia de Piacenza* con el título de Abad comendatario no residencial, *in perpetuum*. La abadía –hospital, iglesia y convento– confiada desde su origen a la Orden de los *Hospitalarios*, había sido concedida por la Santa Sede Apostólica a Mons. Marsilio Landriani. En 1595 Marsilio había cedido la gestión a los hermanos de la Tercera Orden de S. Francisco, así como la iglesia, sacristía, convento, Hospital, cementerio, claustro, jardín, huerto, vivero, ornamentos, utensilios, con todos los derechos y las pertenencias espirituales y temporales, *salvo el título, los derechos, las prerrogativas y la administración* sobre los bienes de la encomienda, reservados al abad. Con las mismas condiciones, los bienes de la encomienda pasaron a Glicerio. Los frailes cuidaban del culto divino y el servicio de los enfermos.

Glicerio, con residencia en Roma, administrará mediante un *Procurador General* el Ente eclesiástico, que así venía sometido a su alta protección. Por el magnífico comportamiento de los frailes, Glicerio “confirmó y extendió la concesión de su tío, asignando a dichos religiosos en alquiler perpetuo también los bienes de S. Antonio de Castell’Arquato”. Para poder beneficiarse de las copiosas rentas de la abadía, Glicerio, el 8 de abril de 1606 recibió la tonsura clerical¹². En los primeros meses de 1607 se fue a Roma junto a su hermano mayor Mons. Fabricio, para ultimar los estudios teológicos en el colegio de Santo Tomás de Aquino en la Minerva, e iniciar la carrera eclesiástica. Habitaba con su hermano en un suntuoso palacio de Via Giulia, en un apartamento completamente suyo, con servidumbre y estaferos. Le gustaba vestir de seda, cabalgar, como se acostumbraba en aquellos

11 Ver *Arch, Sch. P.*, 1982, n. 11, p. 9.

12 Ver *Arch, Sch. P.*, 1982, n. 11, p. 6.

tiempos entre la gente de su rango. Un exceso de vanidad que expiará después como *ignominia* de juventud.

En el otoño de 1607, la repentina *conversión*. ¿Ocasión? Un reproche paternal del cardenal Carlo Pio, su consejero. “Dios habló por boca del prelado, e hizo eficaces aquellas palabras, que cayeron en tierra buena. En la Iglesia de Santa Maria dell’Orazione e Morte en Via Giulia encontró al P. Francisco Méndez, que le reveló: “Dios le ha mandado a Roma para ayudar a las almas”. “Se vistió de vil y pobre sayal, desprendiéndose totalmente del afecto a la ropa, que como tenaz anzuelo suele adherirse al corazón humano”¹³. Dejó a su hermano Fabricio y se unió a la comunidad de S. Francisco –que, mientras tanto, se había trasladado a Via Frattina¹⁴– y participó activamente en sus obras caritativas. En marzo de 1609 el P. Francisco Méndez volvió a España. Paulo V asignó a Glicerio al P. Domingo de Jesús María, carmelita español, como confesor y director espiritual. El 31 de mayo de 1612 Glicerio, aconsejado por el P. Domingo, entró, con cinco compañeros de Via Frattina, en las Escuelas Pías, aunque quedando libre de sí mismo y bajo la dirección del P. Domingo. Mientras tanto, debatiéndose interiormente entre los pobres de la calle y la obra de Calasanz, Glicerio, en el octubre siguiente partió con don Diego hacia un santuario cerca de Espoleto, para obtener de lo Alto luz en la elección definitiva de su futuro. Vuelto a Roma, después de un tiempo de ejercicios espirituales en el convento de la Escala, prefirió dedicarse a los niños pobres en las Escuelas Pías. En fecha 17 de diciembre de 1613, con acto notarial, bajo los ruegos de Cosimo Contini, cedió definitivamente la abadía de Piacenza a los frailes menores de la ciudad: “Procuro aligerar el peso para estar más expedito para el Paraíso”¹⁵.

En septiembre de 1614 Glicerio, peregrino permanente, obtuvo permiso para hacer una peregrinación extraordinaria a Loreto –135 millas a pie–. El 15 de septiembre fue con el P. José de Calasanz a Frascati. Allí se hizo enseguida famoso por su caridad y muchos he-

13 F. Baldi, *o.c.*, p. 8

14 Ver *Ephem. Cal.* 1939, pp. 14-15; C. Bau, *Biografia Critica*, 1949, p. 311; *Ephem. Cal.* 1959, n. 22, p. 388.

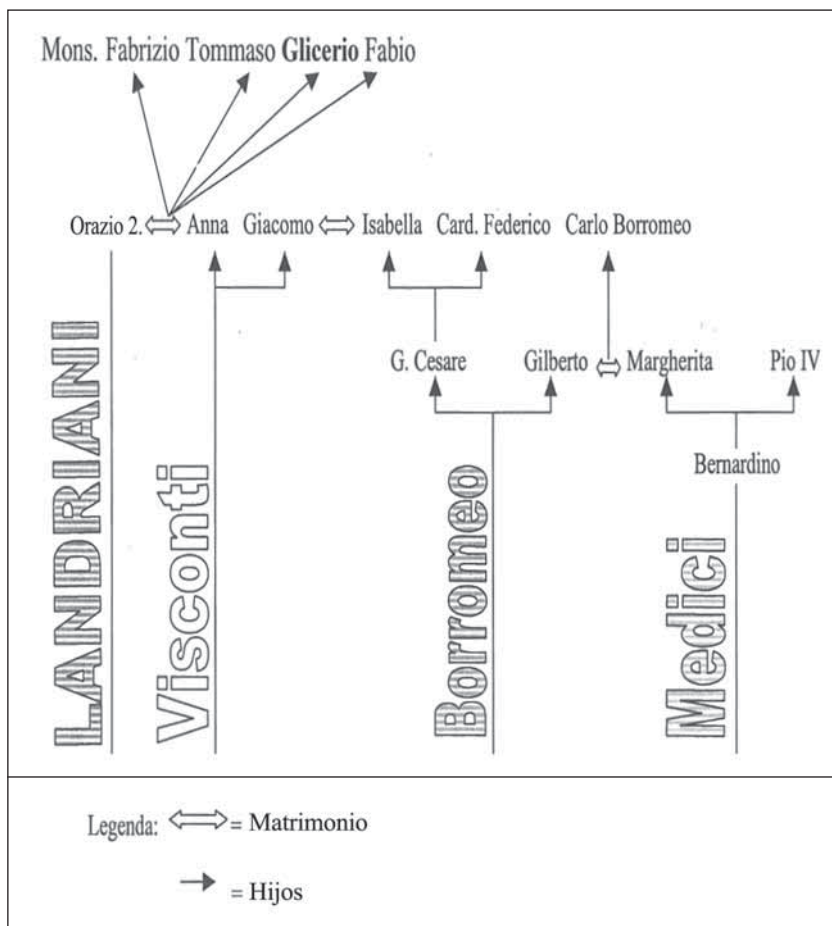
15 A. M. Mistrangelo, *Il Ven. Glicerio Landriani delle Scuole Pie*, p.164

chos prodigiosos. El 25 de enero de 1617 Calasanz mandó a Glicerio a la basílica de S. Pablo a orar por el trámite que tendría lugar ese día: las relaciones entre las Escuelas Pías y la Congregación Luquesa. Una hora de oración y, después, mirando a su compañero, predijo: “¡Alegría! El Señor ensalzará a las Escuelas Pías por los méritos del P. José”. El 25 de marzo de 1617, en el palacio Giustiniani, de manos del cardenal protector, Calasanz recibió el hábito escolapio e inmediatamente después, en el oratorio de S. Pantaleón él se lo dio a los primeros 14 compañeros. Entre ellos no estaba Glicerio, porque aún no había recibido el permiso del P. Domingo. El 2 de julio de 1617, finalmente, Glicerio obtuvo el permiso de vestir el hábito. Bajo la guía del P. Casani, maestro de novicios, inició el breve período de noviciado en S. Onofre, sobre el Gianicolo.

El 20 de septiembre de 1617, fiesta litúrgica de S. Glicerio Landriani¹⁶, se manifestaron los síntomas de una grave enfermedad –era la tisis–. La sede del noviciado se había trasladado mientras tanto a Santa María in Via, cerca de la fontana de Trevi. Por sugerencia del P. Casani, Glicerio fue a pedirle a la Virgen, venerada en la iglesia de S. Caio en Montecavallo, si sanaría o debería abandonar enseguida la viña que Dios mismo le había concedido. Concluyó: *Aquí estoy; voy, Señor*. Por gracia del papa Paulo V, Glicerio fue el primer escolapio que profesó los votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia en la Congregación de las Escuelas Pías. Murió en la casa de noviciado a los 30 años. Su cuerpo reposa en Roma, en la iglesia de S. Pantaleón. Por iniciativa de S. José de Calasanz, el 23 de junio de 1620 se abrió ante la Congregación de Ritos el Proceso Ordinario para la Beatificación del Siervo de Dios, Glicerio Landriani. El 31 de mayo de 1931 el papa Pío XI declaró la heroicidad de sus virtudes y le confirió el título de *Venerable*.

16 El arzobispo Glicerio Landriani es un santo del siglo V. Rigió la diócesis de Milán desde el año 429 al 437.

GENEALOGÍA DE GLICERIO



GLICERIO UN HOMBRE NUEVO

1. LA CONVERSIÓN

Partimos del acontecimiento central, el más significativo, de la breve vida de Glicerio. Se trata de un encuentro personal y profundo con Jesús. Una experiencia fulgurante, una transformación radical de vida. El joven Glicerio se había dado cuenta de que cuanto había buscado hasta aquel momento era vanidad y humo en comparación con el amor de Jesucristo. Como los Apóstoles, después de aquella infructuosa pesca nocturna, se encontraron con las redes vacías, así Glicerio. El fruto, después de años de carrera y afanes, le parecía semejante al fruto de un mar muerto: lo abrió y no encontró nada. El conocimiento profundo de sí mismo y la necesidad de perdón obraron en él una auténtica metamorfosis, que es don de libertad, y le consintieron realizar las cualidades y las capacidades más altas que le había dado el Creador:

- entrega total de sí a los últimos en el ambiente religioso-social de Roma
- elección radical y fidelidad a la propia vocación, gracias al encuentro con personas providenciales.

Roma, Via Giulia: la “Vía de Damasco”

Via Giulia era la más aristocrática de Roma. “Verdadero corazón de la Roma papal, puede decirse que ha ofrecido toda la vida que durante siglos se ha agitado en sus barrios, los grandes que vivieron en sus casas, los artistas que hicieron inconfundible su rostro”. Entre los

suntuosos palacios que abrían camino a los fastuosos desfiles y manifestaciones sagradas, había elegido su residencia el noble milanés, Mons. Fabricio Landriani, bien conocido en la corte pontificia. A su lado llegó en 1607 desde Milán su hermano Glicerio, que ya el año anterior había recibido la primera tonsura y el título de Abad de S. Antonio de Piacenza¹⁷.

Roma era para el joven de 19 años el camino más seguro, que le permitiría la plena realización de las aspiraciones señaladas por las tradiciones familiares. Tenía el visto bueno de Federico Borromeo, arzobispo de Milán, que había tomado bajo sus cuidados al pequeño Glicerio, huérfano de padre a los diez años. La madre, viuda, sacrificando el afecto materno por el bien del hijo, lo dejó partir hacia su destino, aunque previendo que no le abrazaría más. Glicerio llevaba en el corazón los ejemplos heroicos del *tío abuelo*, el cardenal Carlos, que apenas tres años después sería proclamado santo, las enseñanzas del cardenal Federico y el sueño de poder un día pisar sus ejemplares vestigios. Es cierto que aquellas figuras sublimes no coincidían para nada con la imagen de muchos cardenales que había encontrado en las cortes romanas.

“La gloria de Aquél que todo mueve/reluce en una parte más/ menos en otra”¹⁸, aun en las personas a quienes recubre la misma púrpura. Distintos eran los hábitos pontificales de S. Carlos Borromeo y la *incontaminada púrpura* de Federico, y los del boato y lujo que deslumbraban los ojos de Glicerio en compañía de los sagrados príncipes de Roma, y atraían su atención.

La Iglesia de comienzos del XVII, con la autoridad que le era concedida por Dios, un poder a la vez espiritual y temporal, había llegado a ser algo parecido a un *organismo estatal*, mitad romano, mitad orien-

17 Abad era entonces también el que recibía un beneficio eclesiástico, ligado al cumplimiento de un oficio sagrado. El título era *Abad Comendatario*. El beneficio no podía ser concedido a quien no hubiera recibido las Órdenes Menores, o al menos la primera Tonsura. Glicerio recibió la Tonsura con el título de Abad, aunque nunca sería sacerdote. Él decía que no era digno del título, como afirma el P. Santiago Vaquedano, en carta al P. Domingo de Jesús María, en fecha 17 de abril de 1618 (ver dicha carta en el n. 6 del Apéndice de este libro).

18 Dante, *Paraíso*, I, 1-3

tal. El fasto, no sólo en el ritual litúrgico, creaba prestigio y sugestión. La apariencia hacía las veces de la sustancia, la forma resaltaba más que el contenido. La belleza ideal, más que valor referido al espíritu, se convertía a menudo en fin en sí misma. Glicerio enfiló el camino de los nuevos modelos. Estudió con gran provecho las ciencias teológicas en el Colegio S. Tomás de Aquino en Santa Maria sopra Minerva de los padres dominicos. Era su guía y maestro el padre Petronio, que fue después maestro del Sacro Palacio. El hermano estaba orgulloso de él y a los amigos que le felicitaban les decía: –“De Milán me ha llegado con mi hermano un reproche y un ejemplo”¹⁹.

Glicerio aflojó la vigilancia sobre sí mismo: “Comenzó poco a poco a pegársele algo el humo cortesano tras las vanidades, sobre todo en el vestir refinado y elegante, cruel hasta la servidumbre”²⁰ Todo le parecía bello y fácil como en una fábula. Y en el entusiasmo juvenil no advertía que se había metido a rienda suelta en una vía muerta. Pero allá arriba había alguno que velaba sobre él. Glicerio frecuentaba de vez en cuando un personaje cerca de casa, el cardenal Carlo Pío, que sentía hacia él un afecto paterno. El joven quizá le había abandonado por algún tiempo. Un día se dirigió a él decidido: –“¿Quién eres tú? –le espetó a quemarropa el cardenal–. ¡No eres ciertamente el abad de Piacenza que yo conozco como joven modesto y piadoso! Con esos cabellos engomados, esa mirada orgullosa y ese vestido ceñido... como un donjuán... En un eclesiástico, eso es absolutamente inadecuado”²¹. Para Glicerio fue como romperle los morros contra un muro. No faltaba más. En la boca del cardenal Pío oía la voz de Federico, el gesto de Jesús, que derribó a Saulo del caballo en el camino de Damasco. Se miró al espejo²². Bajó los ojos llenos de lágrimas. En lo profundo de su alma sintió irrumpir una fuerza y que se configuraba una nueva realidad. Como el profeta Ezequiel (36, 26) había anunciado: “Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo”. Susurró: –¿Qué debo hacer, Señor?, y corrió a buscar al hombre que le desvelara la voluntad de Dios.

19 A. M. Mistrángelo, *o.c.*, p. 24.

20 F. Baldi, *o.c.*, p. 6

21 A. M. Mistrángelo, *cfr. O.c.*, pp. 29-30

22 J. Jericó, *o.c.*, p. 1: “...al despertarse, abrió los ojos para mirarse a sí mismo”.

*Encuentro con el P. Francisco Méndez de Cristo*²³

Caminando en dirección sur por la Via Giulia, contigua al palacio Falconieri, justo antes del Arco del jardín Farnese, está la iglesia de Santa Maria dell'Orazione e Morte. A sus pies las aguas del Tíber corren hacia el mar. Glicerio, ya enteramente renovado, obtuvo el permiso de las cuarenta horas continuas ante el Sacramento expuesto, para que el Señor le mostrara su voluntad.

Mientras tanto sigámosle, cuando, saliendo de casa con dos palafreneros, entra en la iglesia iluminada de fiesta y perfumada de incienso, para la adoración ante Jesús-Eucaristía.

Pregunta con discreción al señor Francesco Selvaggi²⁴: –“¿Dónde está el Padre Francisco de Cristo?” –“Está allí, rezando”, –le responde. Y Glicerio se queda también él postrado, completamente absorto en oración. A distancia están los palafreneros, que siguen estupefactos cualquier movimiento. Uno de los dos, Honorio, dice en voz baja a Selvaggi: –Aquel es el Padre abad Glicerio, hermano de Monseñor Fabricio.

Después de casi una hora en oración, Glicerio pudo finalmente hablar con el Padre Francisco. ¿Qué se dirían? Glicerio desahogó la amargura de su alma por el tiempo perdido tras las vanidades. En un tumulto de pensamientos y recuerdos, sentimientos, llantos y súplicas, confesó al Padre Francisco toda su vida. Con él recorrió las varias etapas. La infancia serena en familia. Un padre maravilloso. Al descubrir el hurto del pan que el pequeño Glicerio distribuía a escondidas a los pobres, no sólo no se lo reprochó, sino que ordenó al credenciero: –“Déjelo tranquilo. Si continúa así será un hombre de Dios y no des-

23 El P. Méndez, discípulo de S. Juan de Ávila, el apóstol de Andalucía, había ido a Roma desde España para obtener la aprobación de un instituto de clérigos. Vivía con otros sacerdotes en la casa del señor Francesco Selvaggi en Via Giulia, después en Via Frattina, mientras solicitaba la aprobación cerca de la Santa Sede.

24 Era el responsable administrativo de la Iglesia della Morte de Via Giulia. Hospedaba al P. Méndez y a otros clérigos que vivían con él en comunidad, dedicados a obras de caridad, especialmente de piedad hacia los difuntos. Permanecerá para siempre unido a Glicerio, aun en las Escuelas Pías. Hasta su muerte sería huésped en S. Pantaleo, con el oficio de *limosnero*, tratado en todo, aunque laico, como un religioso. Cfr. G. Sántha, *Ensayos críticos*, Salamanca 1976, pp.126-142.

merecerá del nombre de su gran antecesor, S. Glicerio Landriani”²⁵. Le contó además que su piadosa madre le había imbuido hacia la Virgen un amor que culminó en la consagración total a ella. Y luego, el período de los estudios en Bolonia, intachables en todos los aspectos. Y los primeros meses de gran entusiasmo en Roma. Y el oscuro camino en el que, inconscientemente, se había metido. ¡Una situación que a poco más fue la muerte!

El señor Selvaggi que, curioso, había espiado de algún modo, cuenta que en aquel momento el Padre Francisco “comenzó a halagarlo”, asegurándole que la pesadilla había terminado, que ahora estaba al seguro en la casa del Padre, y podía saborear el perfume de aquel pan que de niño distribuía a Jesús en la persona de sus pobres. Que el Padre, bueno y grande en el amor, había ya vestido su desnudez, y María le había colocado en el dedo el anillo de oro²⁶. –“Hijo mío, –concluyó el padre Francisco– Dios le ha mandado a Roma para ayuda de las almas”²⁷.

Glicerio tornó a casa y contó al Hermano el encuentro con el Padre Francisco, y el deseo de seguirlo en todo, dejando la propia casa, ¡y... pronto! –añadió con fuego en los ojos– ¡Pronto!, para reparar vacíos y retrasos, como ver y no mirar, comprender y no actuar. Mons. Fabricio escuchó con atención, valoró el diagnóstico, pero, en cuanto a la terapia, aconsejó calma y reflexión. –¡Podría ser, –le dijo–, humo de paja! Es necesario efectuar con sabiduría ese delicado recorrido. ¡Mira! Podrías hacer antes los ejercicios espirituales, por ejemplo, en el convento de la

25 A. M. Mistrangelo, *o.c.*, p. 9

26 Francisco Selvaggi describe allí minuciosamente los hechos a los que tuvo la fortuna de asistir: “...estando yo en la Iglesia della Morte, como Proveedor de los muertos en ella, y cuando se hacía la Oración de las Cuarenta Horas, a instancia del abad Glicerio, para que el Señor le inspirara cuál era su voluntad, uno de los servidores, aún vivo, llamado Honorio, me dijo que aquél era hermano carnal de Mons. Fabricio Landriani... Hicimos juntos una hora de oración, después habló el P. Francisco... Dicho Padre comenzó a halagarlo, diciéndole: –“Hijito mío, Dios le ha mandado a Roma en ayuda de las almas”– *Pr. Inf.*, pp. 40-42.

27 Cfr. Armini, Alessio, *Vita del venerabile Servo di Dio P. Glicerio Landriani di Cristo*, Firenze 1878, p. 25; P. Mussesti, Pietro, *Vita del venerabile P. Glicerio Landriani*, ms. AGSP, p. 6.

Escala. Yo conozco un religioso verdaderamente santo, el P. Domingo Ruzola, superior de los padres carmelitas descalzos. Él podría ser para ti un óptimo guía, para ver cómo afrontar el problema con lucidez y clarividencia, evitando inútiles asperezas y ofreciéndote posibles soluciones. En suma, escuchar el corazón sí, pero... con la mente.

A Glicerio le pareció justo el consejo del hermano. Pasó algunos días en el convento de la Escala, y pudo apreciar directamente la santidad del padre Domingo y sus palabras llenas del Espíritu de Dios. Volvió a casa decidido a seguir al Padre Francisco. Besó los pies a su hermano, y a los servidores, pidiendo perdón a todos del mal ejemplo que les había dado. Insistía con el hermano en que quería trasladarse junto a la comunidad del padre Francisco. Mientras tanto, se preparaba con toda clase de humillaciones, vistiendo pobremente, cortándose el pelo, ocupándose de los servicios más bajos y sirviendo también al cocinero del palacio. Desechó de sí toda vanidad, renunció a los palafreneros y a cuanto se refería al servicio personal. “Abandonó todas las comodidades y finuras. Se dio a una vida sencilla y a una modestísima parsimonia. Se afirmaba en él cada más vez profundamente, como clavo fijo, el deseo de la salvación de las almas”²⁸. A su hermano, que se maravillaba, respondía: –“Este mundo no vale la pena: quien deja todo, todo encuentra”²⁹.

El P. Pedro Mussesti cuenta que “cuando muchos iban a consultar con Monseñor, su hermano, a algunos les llevaba a su despacho, amonestándoles sobre las penas del infierno y la precariedad de las cosas de este mundo, tratando del modo cómo servir a Dios”³⁰.

Fabricio, dudando si habría perdido la razón, recurrió a las sabias palabras del cardenal Pío. Y éste, después de una larga conversación: –... no está loco, no, monseñor mío, el abad, sino muy cuerdo, y habla con mucha seguridad de las cosas de Dios. Dejadle obrar, porque el Señor quiere por su medio realizar algo grande”³¹.

28 F. Baldi, *o.c.*, p. 8.

29 *Pos. s.v.*, II, p. 119.

30 AGSP, *Reg. Serv.* 39, p. 40

31 A. M. Mistrangelo, *o.c.*, p. 4.

Mientras tanto, la casa de monseñor comenzó a convertirse en la meta de una procesión de pobres. Y ésta fue la clásica gota que hizo rebosar el vaso. Monseñor Fabricio concedió la gracia. Glicerio pidió humildemente a su hermano que le diera por caridad y amor de Dios un colchón y dos mantas. Con lágrimas en los ojos Fabricio respondió que él era el dueño de todo, que podía coger libremente todo lo que le pareciera. –No, –respondió Glicerio–, quiero cosas de pobre, ya nunca más de rico. Cogió sólo dos tablas y dos sábanas. Mandó llamar a Selvaggi, que entre tanto se había trasladado a la pequeña comunidad del P. Francisco en Via Frattina, en una casa un poco más grande, junto a S. Lorenzo in Lucina. Allí llevaron las cosas estrictamente necesarias. Mons. Fabricio les mandó también algún baúl con vestidos y medias de seda, pero Glicerio se los devolvió, aceptando en compensación setenta escudos que distribuyó a los pobres.

Mons. Fabricio mandó a Honorio en secreto, para que observara y le refiriera minuciosamente el tenor de vida que su hermano llevaba con aquellos sacerdotes. Como María en el Evangelio, Glicerio había elegido “la parte mejor”, que no le sería quitada.

2. EL AMBIENTE OPERATIVO DE GLICERIO

Roma capital del Estado Pontificio

Roma, centro del cristianismo, fue también capital de un Estado, el Estado de la Iglesia, que en el siglo XVI se extendía al curso del río Po. Roma contaba con más de cien mil habitantes. Había conocido un proceso radical de crecimiento y de reestructuración urbanística bajo los sucesores de Julio II y León X. Un *boom* edilicio de derroche: 54 iglesias, construidas *ex novo* o reconstruidas, 60 nuevos palacios gentilicios, 20 villas, dos nuevos barrios, 30 nuevas calles abiertas, tres acueductos restaurados, 35 fontanas públicas. Y después, los palacios vaticanos de Letrán, del Quirinal, el Palacio Venecia y el Colegio Romano. Sólo la construcción de S. Pedro costó 1.500.000 escudos de plata, una suma equivalente a las entradas del Estado cada año. Gran parte del dinero que se gastaba en Roma provenía de los óbolos y de las colectas efectuadas en todo el mundo católico, pero también de las cargas fiscales cada vez más odiosas. Un río de dinero que servía

para alimentar, además de la política urbanística, la ambiciosa política internacional de los pontífices y su mecenazgo.

La ostentación del lujo y del poder, y una economía en gran parte parasitaria, con derroches que no tenían igual en otros países europeos³², terminaba por convertirse en motivo de ociosidad y hartazgo al libre despliegue de la misión espiritual de la Iglesia. Para la promoción social de los estamentos pobres quedaban sólo migajas. Jesús había amonestado a Pedro y compañeros: –“Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será esclavo de todos”³³.

Jesús los ponía en guardia contra ciertas formas de contaminación con el poder temporal, como un sentido de la jerarquía demasiado acentuada, el verticalismo, el poder absoluto, en contraste con el espíritu de comunión y de servicio. Las estructuras maestras de la Iglesia eran seguras y sólidas, fundadas sobre la piedra angular, Cristo, y garantizaban la perennidad de su mensaje. Pero se necesitaba restaurarla, reparar los muros resquebrajados, los revoques desconchados. Íntegra en la sustancia, la Iglesia es defectible en sus elementos humanos.

El Papa y la Reforma

La profunda crisis abierta por Lutero había demostrado, entre otras cosas, que la fe era bastante débil. Y esto parecía estar en relación con las deficiencias en la enseñanza. Era indispensable enseñar “lo que todos deben saber para conseguir la salvación eterna” y exponer “con brevedad y claridad los vicios que evitar y las virtudes que poner en práctica, para huir de las penas del infierno y conseguir la vida eterna”³⁴.

32 Bajo el papa León X la corte pontificia comprendía 2.000 personas, mientras, por ejemplo, la de Francia de Francisco I contaba unas 600. El artista Baltasar Peruzzi dejó la corte papal “amando más la libertad que la gracia del papa”. E. Garin, *L'uomo nella storia del Rinascimento*. Ed. Laterza, 1993, p. 28

33 Marcos, 10, 42-45

34 Concilio de Trento, *Decretum de reformatione*, can. 4, 1563.

La Roma papal presentaba en este período como dos caras vivamente opuestas:

- por una parte, la belleza de sus monumentos, la santidad de su tradición;
- por otra, aspectos preocupantes de degradación civil y moral, y la ignorancia religiosa;
- por una parte la atención a los signos prometedores de desarrollo autónomo de la renovación, que brotaban preferentemente desde abajo, y con frecuencia precedían incluso a la Reforma;
- por otra, la reacción contra la Reforma protestante con intentos y medios especialmente negativos y defensivos, que provenían del vértice y se identificaban a veces con la intolerancia de la Inquisición;
- por una parte, la exigencia favorita del Concilio de Trento, de un retorno a la pureza originaria del cristianismo. En particular, en Milán el aire de renovación, aireado con sabiduría por Calos y Federico Borromeo, arzobispos animados por gran celo pastoral y por fuerte carga reformadora; en Roma, el nacimiento y florecimiento de numerosas órdenes religiosas;
- por otra, una Iglesia institucional, cargada de espíritu terreno y comportamientos mundanos. En la curia romana, que no quería ser inferior a las otras cortes en riqueza y boato, la humildad y la pobreza eran poco apreciadas;
- por una parte, una sabia legislación animaba al cura en medio del pueblo, organizaba visitas pastorales, sínodos, concilios; favorecía, en una alegre y dinámica tensión a la santidad, la acción pastoral, catequética y caritativa de los fundadores, el resurgir de nuevas congregaciones y confraternidades religiosas;
- por otra, era la curia romana misma la que se reorganizaba, pero con la intención principal de impedir la difusión de movimientos ligados a la Reforma protestante. Sixto V (1585-1590) fijó el número de cardenales en setenta y en quince las congregaciones cardenalicias, coincidiendo con los modernos dicasterios. Pero estos institutos más que representar un con-

trapeso a la autoridad del pontífice, se convertían en un instrumento de su poder.

De forma plástica, tal situación de la doble cara viene reconocida en las dos estatuas que flanquean el altar de S. Ignacio de Loyola en la iglesia del Gesù en Roma: Dos damas, una de las cuales presenta el ostensorio para que lo adoren dos reyes arrodillados; la otra azota fuertemente a dos hombres, Lutero y Calvino, que intentan defenderse huyendo.

La intervención de la Iglesia Católica en los diversos campos se hacía insoportable. Además de las tensiones que acabaron en excomuniones o entredichos –Paolo Sarpi, Giordano Bruno, Tomás Campanella, Galileo Galilei– su presencia absorbente acabó por condicionar con frecuencia la libertad de pensamiento y de manifestación, así como el crecimiento de las conciencias. Muchos intelectuales agacharon la cabeza a los dictámenes de la Iglesia, aun en el campo científico y literario. Por el contrario, Giordano Bruno sufrió la hoguera, T. Campanella, treinta años de cárcel y Galileo Galilei, la excomunión. Los papas Juan XXIII y después Juan Pablo II han pedido por ello perdón al mundo.

El contexto histórico y religioso

S. Carlos Borromeo en Milán había realizado el milagro de reformar su diócesis entera, creando un clero culto, una conciencia moral, y escuelas para los pobres.

Las calles de Roma, por el contrario, bullían de vagabundos, agricultores a los que los latifundistas habían echado de las tierras y empujado a la ciudad, transformándolos en mendicantes. Añádanse las terribles y recurrentes carestías, las oleadas de bandolerismo y, en cualquier esquina, prostitutas y niños abandonados a sí mismos.

En toda Europa, después del descubrimiento de América, las revueltas político-económicas iban acompañadas de desplazamientos por las grandes rutas comerciales, lejos del Mediterráneo. Guerras, saqueos, epidemias, hambre y desesperación empujaban hacia las ciudades a un ejército de pobres, que duplicaban el número de sus habitantes, víctimas de una sociedad sorda a sus gritos. Sin casa, sin

morada fija, abarrotaban hospitales y cárceles. Pero en Roma agravaban la situación la sucesión increíble de carestías en el último decenio del siglo XVI, la peste de 1591, la inundación de 1598, el hundimiento en cadena de los bancos, que dejaron en la calle miles de personas. ¿Y el nivel de la religiosidad popular? Hoy el problema más difícil para los estudiosos de este período histórico es el de las fuentes, porque raramente las clases subalternas, analfabetas en masa, nos han dejado testimonios directos. A lo más, nos debemos contentar con cuanto proviene de las clases cultas, con las inevitables distorsiones que esto comporta. Los mismos archivos parroquiales, y las actas de las visitas pastorales se limitan a registrar la piedad genérica en las prácticas de devoción, la frecuencia de sacramentos, la asistencia a la doctrina cristiana y los comportamientos desviados. Pero, dado el conformismo imperante, los datos son poco significativos. Fuentes indirectas del folclore popular son testigos de los sermones, catecismos, libritos de devoción y actas de los procesos.

Sin embargo, el hecho mismo de que en Roma estaban presentes muchos fundadores de órdenes religiosas, como Ignacio de Loyola, Camilo de Lellis y José de Calasanz; muchas cofradías, como el Oratorio de S. Felipe Neri o S. Jerónimo de la Caridad; hospicios y pías sociedades, como Santa María in Aquiro y Santa María de los Huérfanos, quiere decir que había mucho que reformar. Son prueba de ello las numerosas leyes del tiempo y las relativas penas que conminaban a los usureros y a los blasfemos, a los sodomitas y a las prostitutas. Sin duda que estaban florecientes las actividades de las cofradías, cuya primera finalidad penitencial pasaba ahora a segundo término, ante el prevalecer urgente de las actividades educativas y asistenciales. Miles de huérfanos y menores abandonados vagabundeaban por las calles de la ciudad.

Del conjunto se deduce que un campo tan vasto y complejo se abría a la acción generosa de Glicerio, insaciable al darse a los otros por amor de Cristo. Se trataba sólo de enfocar ideas y sentimientos, que irrumpían de su corazón enamorado. Cualquier persona que llamara a su puerta sería un ángel de Dios. Poder dar, aunque fuera sólo un vaso de agua, pero con amor y acogida fraterna, sería para él motivo de gran alegría y consuelo espiritual, en Roma o donde fuera. Cuando la obediencia lo llamó a Frascati, escribiría al su amigo, el P. García: “Nosotros por la gracia del Señor estamos alegres, y me parece estar

bastante más animado que en Roma, en particular hoy que hemos hospedado a cinco Padres descalzos y les hemos dado de beber”³⁵.

3. IMPACTO E INSERCIÓN GRADUAL EN LA MÚLTIPLE REALIDAD SOCIAL

De Milán a Roma, tras las huellas de Carlos y de Federico

Glicerio vivió el propio drama de conversión interior a la luz de la experiencia que los dos primos Borromeo habían tenido antes que él en Roma. Descubrió en ellos una coincidencia aparentemente casual de acontecimientos, y la consonancia de aspiraciones y estilo, frutos de una misma y esmerada educación familiar.

Una meta común

Tanto Glicerio, como sus parientes Carlos y Federico, fueron a Roma jovencísimos, presionados por el parentesco milanés y romano, para que su presencia allí –recomendados *por todo lo alto*– pudieran favorecer los acontecimientos futuros. Ya sabemos cómo Glicerio tropezó en Roma, por un instante, casi deslumbrado ante las formas pomposas de la curia romana, que fomentan de modo ambiguo las ambiciones aun de los hombres honrados de la Iglesia de Dios. Los tres habían ido a Roma con ánimo devoto, porque la consideraban como una ciudad santa. Pero el ambiente y, sobre todo, el de la corte, a ellos mismos, que provenían de familia de santas costumbres religiosas, no les debía causar una buena impresión.

Federico escribía a Renato Borromeo con fecha 25 de octubre de 1586: “Créame, de verdad, que estoy en el purgatorio”. Aludía a la Roma ociosa y somnolienta, y a la gota, de la que veía atacados a tantos prelados... sea por los aires, como también por el reposo en casa y en la carroza”.

El cardenal Silvio Antoniano, gran amigo de Federico, se veía obligado a declarar que “el camino de las cortes está lleno de peligros

35 De Frascati al P. Juan García, Roma, 6 de abril de 1617. *Reg. Serv.* 38, 1.

y de muchas ocasiones de pecado; un mar tempestuoso, donde a todas horas se está a punto de naufragar, todo lleno de insidias, de envidias y de simulaciones”³⁶.

También S. Carlos, el cardenal Federico y Glicerio mismo, tenían su corte, con personal propio más o menos numeroso. La corte de Federico contaba con cuarenta o cincuenta personas, pero, frecuentando el Oratorio de S. Felipe Neri, encontró altas personalidades que congeniaban con él y, lo que es más importante, la dirección espiritual de Felipe “el Padre de mi alma”, como él lo definía. Por el contrario, Glicerio, y especialmente S. Carlos, más bien se abandonaron.

Cargos y títulos llovían sobre las nobles familias emparentadas de Borromeo-Visconti-Landriani-Medici. Apenas con siete años, S. Carlos recibió la primera abadía, la de Arona; Glicerio, a los 18 años, obtuvo el título de la abadía de Piacenza, de su tío Mons. Marsilio; igualmente Federico, del suyo, el cardenal Altemps. Con los cargos y los títulos llovían también los honores y riquezas fabulosas, que Bascapé define “esplendor absolutamente regio”. Servidores vestidos de terciopelo negro de los pies a la cabeza y escuderías que tenían los más hermosos caballos de Italia.

De Glicerio no sabemos con precisión a cuánto ascendían sus rentas, pero las rentas de los beneficios de Carlos estaban valoradas por un total de cuarenta y ocho mil escudos. A Federico le repugnaba “dar pruebas de pretenciosa ambición”³⁷, y pensaba volverse a casa. En 1595 fue nombrado para la cátedra arzobispal de Milán, a pesar suyo. Ante las insistencias del papa, “consagrando días y noches a las lágrimas y a la oración”³⁸ se mofaba de sí, dispuesto por ello a dejar la púrpura. Fue Felipe Neri el que, como confesor suyo, le dijo que “no había razón para resistir al Espíritu Santo”. Entonces, “*in amaritudine animi cessit tandem*”, esto es, cedió con gran amargura. Si hubiera dependido de él, su vida hubiera tenido contextura tranquila, hecha de contemplación, de estudio, en un discreto silencio, un poco fuera del mundo.

36 Silvio Antoniano, *Tre libri dell'educazione cristiana*, Ed. Delle Donne, Verona 1585, p. 84.

37 Federico Borromeo a su madre, 27 de diciembre de 1586.

38 César Baronio, Nápoles, 21 de octubre de 1595.

Por el contrario, ni Glicerio ni mucho menos Carlos eran por vocación ascetas, pues, además de su apego al nombre y a las glorias familiares, se permitían batidas de caza y frecuentes partidas de pelota. Tal lujo, se decía, les venía exigido en aquellos tiempos por su rango. Pero el elevadísimo tenor de vida hizo que estuviera en riesgo su virtud.

La visita de Dios y la conversión

Y llegó el momento de la gracia y de la *conversión*. Como para Glicerio fueron las palabras del Cardenal Pío, para Carlos fue la muerte imprevista a los 27 años del carísimo hermano Federico, sobre el que se apoyaba la estirpe de los Borromeo. Un rayo en pleno día. Carlos vio en ello un castigo divino, “*manus Domini tetegit nos*”, la mano de Dios nos ha castigado, iba repitiendo.

A esto se añadía el reclamo fuerte del P. Ribera, Procurador General de los padres jesuitas. Éste había acudido al cardenal Carlos, pero tuvo que hacer una gran cola. Recibido, finalmente, dijo a Carlos, que trataba de excusarse: “Le compadezco, pues he visto muchas mañanas qué grande es la multitud de los negocios que Vd. trata. Mientras esperaba, he pedido a Dios por Su Señoría ilustrísima, para que los negocios del mundo no le quiten el tiempo de pensar en la salvación de su alma”.

Aquellas palabras, –confesará Borromeo–, fueron el principio de mi conversión. Por sus ingentes reservas espirituales, Carlos y Glicerio, incluso entre el lujo y las riquezas, se mantuvieron inquebrantables. Tocados por la gracia, se despojaron de toda ambición terrena, luchando íntimamente contra las aspiraciones insistentes de los parientes. Se desvanecieron los sueños de grandeza y las vanidades del mundo. Después de los ejercicios espirituales, para Carlos, bajo la dirección del P. Ribera, y para Glicerio bajo la del P. Domingo de Jesús María, las prácticas de penitencia se hicieron tan severas que hasta fueron censurados sus mismos directores espirituales, que los alenaban. Redujeron o licenciaron el personal doméstico. Se sometieron a mortificaciones y flagelaciones despiadadas, no obstante su salud enfermiza. Las limosnas se hicieron tan generosas que se agotaron en gran parte las rentas. Oración y penitencia, comidas frugales, suma

pobreza y servicio a todos. Para Glicerio el motivo será también la invitación del Evangelio: “Si quieres seguirme, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres”. Lo repite muchas veces en cartas al cardenal Federico y añade: “Con ninguna otra cosa se satisfará mi corazón, pues quiero ser dispensador de la facultad que mi Señor me ha dado”³⁹.

Un camino ya nunca más en declive, cómodo, provocador, donde se veía el horizonte, pero cada vez más estrecho y sofocante, sino un camino en ascenso, que cuesta recorrer, y que, sin embargo, permite a los ojos del corazón avanzar hacia horizontes cada vez más vastos.

S. Carlos Borromeo modelo de vida

El señor Cosme Corsini afirma en el proceso ordinario romano: “El Padre Abad era un gran siervo de Dios e imitaba la vida de S. Carlos”⁴⁰. *Sed imitadores míos*, –repetía S. Carlos–, *como yo lo soy de Cristo, el Señor*.

Glicerio se mirará en él en su primera acción caritativa junto al P. Francisco Méndez, a favor de las prostitutas y de los pobres de la ciudad. Se inspirará en él más tarde en la intensa actividad catequética, promovida en las Escuelas Pías por S. José de Calasanz.

Pero Glicerio, más que la variedad y la cantidad de trabajo pastoral de S. Carlos, imposible de imitar, lo que buscaba imitar en la vivencia cotidiana era la espiritualidad. Las prácticas de piedad y de caridad preferidas por Glicerio, que más de cerca recuerdan los rasgos de la vida de S. Carlos Borromeo, son:

- la acogida que el arzobispo de Milán proporcionaba a los peregrinos, lavándoles humildemente los pies
- el cilicio, la cuerda al cuello y la pesadísima cruz, que llevaba en las procesiones penitenciales, especialmente durante la peste de 1576
- el extraordinario aguante frente al dolor, el espíritu de penitencia, el coraje y el amor a los pobres

39 Carta al card. Federico, 29 de septiembre 1612.

40 *Pos. s.v.*, p. 238

- la obediencia al confesor: Carlos al P. Adorno, Glicerio al P. Domingo de Jesús María
- la práctica asidua de los ejercicios espirituales
- el cuidado de la formación religiosa y cultural de los niños pobres
- el amor ardiente que animaba cada pensamiento, palabra, gesto; el arrojamiento de un alma entregada a Dios, que no se siente nunca satisfecho con ninguna fatiga, al comparar los bienes recibidos con los pecados cometidos. Hasta que, desmoronados en su salud, ambos se apagaron prematuramente.

A tiempo completo, para ganar a todos para Cristo

Una presencia “nueva”

Después de la *conversión*, la presencia de Glicerio en Roma ya no es de adaptación a ciertas realidades tomadas como ejemplo que imitar. Es, más bien, de denuncia. Es propuesta de cambio.

El guía era ya el P. Francisco Méndez, figura ardiente de apostolado, un poco desequilibrado, pero plenamente insertado en la realidad religiosa y social de Roma. Fue él quien desde el primer encuentro le había revelado: “Dios te ha mandado a Roma para la salvación de las almas”.

El consejero por excelencia será el cardenal Federico, lejano materialmente, pero muy presente en la memoria y a través de su relación epistolar. Fuente de inspiración constante, S. Carlos, quien había alimentado sus ideales de niño y de adolescente. No faltarán nunca a lo largo del camino otras figuras eminentes, personas santas, suscitadas por la Providencia, que entrarán en su experiencia viva y que le clarificarán el diseño de Dios.

La mies es mucha, el campo difícil. Glicerio acude a todos sus recursos. Todas las dotes recibidas del Creador son ahora necesarias, joyas que no había que guardar en caja fuerte. El desafío que Glicerio mantiene consigo mismo es traducir los valores educativos asimilados en su familia y las experiencias adquiridas en un nuevo impulso. Que los tesoros de la *memoria* se conviertan en terreno

de profecía y proyectos de compromiso. Él debe mediar entre lo mejor de una tradición o identidad, y lo mejor de una innovación o modernidad, para realizar un cambio armónico, que sabe es difícil, pero que continúa siendo el sueño al que confiar todos sus recursos. Una aventura que Glicerio iba a vivir con toda el alma, con orientaciones y programas en sintonía con las exigencias de su momento histórico.

En contacto con la realidad

Glicerio sabía que las reformas y los cambios, antes que con las leyes, se consiguen con el empeño de cada uno. Del empeño y de la firme voluntad de nadar contra corriente, oponiéndose a todo lo que degrada, humilla, perjudica a los humanos y su camino de salvación. Sabía también que podía hacer poco o nada, pero exigía de sí hacer todo lo posible. El resto lo haría el Señor. Todavía no tenía nada definido, mas urgía ponerse en camino en un proceso abierto, que necesita dedicación personal absoluta y también experiencias concretas en comunidades ya organizadas. Confraternidades, institutos religiosos, hospicios, orfanatos, de seguro no resolverían esos complejos problemas, que requerirían infraestructuras aún del todo escasas. Sin embargo, tales estructuras infundían en las arterias de la Iglesia una sangre nueva, según el espíritu y las leyes del Concilio tridentino. Echaban una mano, en espera de que la caridad floreciese en instituciones más eficaces y duraderas.

La comunidad del P. Francisco Méndez, a quien Glicerio se había incorporado, era ya un buen comienzo. Empeño por aliviar las llagas más dolorosas. Diálogo para aunar preparación cultural y experiencia, para estudiar proyectos que fueran más allá del simple compromiso social, con el cual no se cambian las reglas de juego. Poner en el centro la persona humana a los últimos, en una perspectiva global de saneamiento social.

Los programas de Glicerio eran concretos, a corto y a largo plazo. Con su radicalidad en la actividad cotidiana, era capaz de aliviar las demandas sociales. Incorporar a los jóvenes rápidamente, donde fuera posible: pastoreo, mano de obra en los viñedos, en pequeñas empresas, comercios de géneros de consumo, alguna ocupación en

explotaciones agrícolas; sacar de la calle a mujeres *perdidas*, piedra de escándalo y ocasión de ruina para los jóvenes; establecer centros de acogida para los desorientados, para cualquier requerimiento de residencia u ocupacional; integrarlos en Congregaciones que fueran un lugar de formación, inserción y espacio para la vida social, con los instrumentos necesarios para expresar y desarrollar la propia personalidad; cursos de estudio, de catequesis, para la promoción del hombre, para librarlo de la miseria material y espiritual; echar una mano a las familias que se debaten entre la miseria moral y la extrema pobreza; actuar para cambiar la situación de carencia educativa. En suma, crear anticuerpos para combatir enseguida el virus del malestar social, de la corrupción y de la perversión.

El desafío de Glicerio irá madurando paso a paso en espera de que el Señor le muestre más claramente su designio. Si el Estado no actúa, o no consigue realizar su parte, Glicerio intentará inventar algo, desarrollar lo mejor posible funciones de suplencia, partiendo de las necesidades inmediatas, aunque sea como beneficencia con las rentas de su abadía, con las herencias familiares. Pero él apostaba por un compromiso sistemático de formación, que despertara las conciencias y pusiera sólidos cimientos a la construcción de un futuro más seguro. ¿Cómo? Glicerio aún no lo sabía. Las obras de caridad, en emulación con el P. Francesco, oración y penitencias, se convirtieron durante cinco años en un adiestramiento espiritual, un ejercicio prolongado, que le harán llagar en 1512, en plena forma, a las Escuelas Pías.

La escuela de S. José de Calasanz, la formación de los niños para una sociedad nueva, realizaron plenamente su sueño de una reforma universal. Las Escuelas Pías serán la meta de su larga peregrinación; la catequesis y la evangelización, su misión a tiempo completo.

4. EL PRIMER COMPROMISO: SALVAR A LAS MUJERES “PERDIDAS” Y “EN PELIGRO”

La prostitución y la “Casa” de Via Frattina

Individualizadas las realidades concretas que se le abrían en la Roma postridentina, Glicerio no se entretuvo. Saltó a la arena, ha-

ciéndose presente allí donde la vida humana estaba sometida a ofensas y violaciones, para garantizar la defensa, el respeto y la dignidad a las capas más débiles de la sociedad. Sólo quien ha hecho del Evangelio su pan cotidiano puede medirse sin falsos pudores con un fenómeno, hecho a posta para escandalizar, cual es la prostitución. Jesús, que nunca tuvo miedo de la provocación, desafió abiertamente a los devotos observantes de la más mínima prescripción de la ley, y desenmascaró su hipocresía: “En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas llegan antes que vosotros al Reino de Dios”. Podemos imaginarnos las palabras de fuego que lanzaría hoy Jesús contra la hipocresía de nuestra sociedad, sobre todo por la prostitución que, mientras oficialmente está reprobada, sin embargo, se acrecienta según las leyes de mercado.

La *Casa* de Via Frattina era un edificio situado en la parroquia de S. Lorenzo in Lucina, donde el P. Francisco Méndez hospedaba, en número de ochenta o noventa, a las prostitutas que intentaban cambiar de vida. La iniciativa había nacido de la sensibilidad de los cónyuges Cristóbal y Fiorenza Todeschi, los cuales recogían algunas mujeres en su casa del Trastevere. La pareja, que había hecho voto de castidad, ayudaba a las acogidas con su propio trabajo y con las limosnas recibidas. Habiendo crecido el número de mujeres, se buscó una solución más conveniente junto a la iglesia de S. Lorenzo in Lucina. Aquí en 1607 el P. Méndez ofreció su colaboración y reunió en torno a él una pequeña comunidad de clérigos y laicos, dispuestos a colaborar en la obra de redención de las mujeres y dispuestos a procurar los medios de sostenimiento. Los miembros de la comunidad eran: P. Jorge Denis, el cocinero Gabriel, Francisco Selvaggi, P. Juan García, P. Tomás Vitoria y el hermano Diego. A ellos se había unido Glicerio Landriani, que dio una aportación decisiva a la obra con su entusiasmo, y liberando al P. Francisco de la preocupación por los graves problemas económicos. También en esto Glicerio se miraba en sus modelos:

- Las obras de caridad promovidas por el cardenal Federico en Milán. Glicerio, apenas adolescente, vio surgir en su barrio, el año 1601, el *Lugar Pío de Sta. María de Loreto*, fundado por el español P. Martín Funes. Se proponía socorrer a las jóvenes privadas de dotes y a las familias pobres.

- S. Carlos Borromeo, a quien se debía en Roma la *Casa Pia* destinada a las mujeres apartadas del vicio. A su fundación Carlos había destinado más de cien dotes, cada una de cuarenta escudos, para casar decorosamente a las muchachas pobres.
- El clima religioso postridentino. Entre las figuras heroicas de santos, que la Iglesia proponía como modelos para reafirmar su papel de mediación contra la herejía protestante, estaba más que nunca presente la gran personalidad de S. Nicolás, obispo de Myra, siglo IV. Se mantenía todavía viva su acción milagrosa en ayuda de los pobres. Tres jóvenes habían recibido del santo oro para casarse, evitando así tener que desembocar en la prostitución.

Glicerio se inspiraba en esos modelos. A esta obra de caridad dedicó sus primeras y preciosas energías.

Una nueva Samaritana

En el cuarto capítulo del Evangelio de Juan leemos la sublime conversión iniciada por Jesús con la Samaritana, que no era sólo mujer de costumbres ligeras, sino también *hereje*. Jesús estaba sentado junto al pozo de Sicar. Llegó para sacar agua una mujer samaritana, pecadora, pero que, aunque no fuera más que por vivir atormentada, buscaba inconscientemente un sentido a la propia existencia. Ninguna persona honesta hubiera considerado conveniente acercarse a ella. Jesús, por el contrario, luminoso en su comportamiento, con la libertad que no se deja condicionar por prejuicios humanos, la atendía, bajo un sol de mediodía. Más aún, le pidió beber. Trato de exquisita cortesía, que dejó a la mujer contenta y la dispuso a acoger ella misma el don de Jesús, un agua con la que no volvería a tener ya necesidad de sucedáneos ocasionales y falaces para conseguir la felicidad.

Glicerio, movido a compasión por las numerosas jóvenes a las que la miseria y la ignorancia habían empujado a una vida inmoral, tomó a su cargo asistirles con los compañeros de Francisco Méndez. Por aquellas criaturas que se encontraban en situación de mayor debilidad y necesidad hizo una opción preferencial, en cuanto que en ellas descubría de manera particular la imagen dolorosa del Cristo crucificado. Para ello, decidió compartir la triste condición de pobre-

za moral, no desistiendo ni siquiera ante las críticas comprensibles, las incomprensiones y la oposición.

“Glicerio mostraba su gran caridad yendo a convertir a las meretrices y mujeres de mala vida. Me acuerdo de que fue a casa de una bellísima cortesana española, Catalina, a la que preguntó cuánto podía ganar aquella noche. Ella respondió “no sé cuántos escudos”. Glicerio le pidió que no ofendiera más a Dios, el Señor, y le dio aquel dinero de que ella le había hablado. Habiéndole rogado muchas veces que se decidiera a dejar el pecado, se obligó, con tal de que ella se casara, a darle trescientos escudos. Convirtió igualmente a Ángela Velletrana, meretriz, y a una hermana suya que estaba a punto de perder la virginidad, conduciendo a la casa a una y a otra, y finalmente las casó, dando la dote a cada una de ellas; y además de la dote, durante algún tiempo, les dio un julio por día, una botella de vino y pan para que pudieran vivir”⁴¹.

“Expediebat ne...?”

—se preguntó escandalizado el Promotor de la fe en el proceso de beatificación de Glicerio: *“Expediebat ne Servum Dei, adhuc juventutis suae flore virentem ea ultra adire pericula?”*; esto es: “¿Era quizá prudente que Glicerio, aún en la flor de su juventud, se expusiera con tanta libertad a riesgos tan grandes, frente a los cuales hasta los hombres de edad y de probada virtud tiemblan y huyen? ¿No es tal vez la prudencia custodia y guía de toda virtud?”⁴².

Cuando el Sanedrín condenó a muerte a Jesús, entre los cargos de acusación señaló explícitamente el haberlo visto con frecuencia acompañado por prostitutas y pecadores. También hoy día conocemos a muchos sacerdotes y religiosas que desafían en nombre de Cristo cierta prudencia humana. Ayer como hoy, también ante estos comportamientos se mide el peso moral del seguidor de Cristo. ¡Lo que no significa que se vaya a ir a la perdición! Ulises mandó que le ataran al palo de la nave para no caer víctima del canto hechicero de las sirenas. Como medios para dirigir positivamente las propias emociones, viviéndolas

41 Francesco Selvaggi, en *Pr. O.R.*, fol. 53

42 *Pr. “Super dubio”*, III, pp. 37-38

en plenitud, Glicerio usaba de forma enérgica los que el Evangelio y el ejemplo de los santos recomendaban. “Glicerio –es S. José de Calasanz quien lo atestigua– fue de una castidad y pureza grandísima. Solía, para mantener la virtud de la pureza, castigar su cuerpo con disciplinas continuas, ayunos, vigili­as y oraciones, de tal manera que tenía en las rodillas gordísimos callos... y dormía vestido, y poco, en cama muy áspera”⁴³. El P. García, que conocía a Glicerio muy bien, afirma: “Camina­ba siempre modestísimo... y sé de él que no sólo nunca miró a una mujer a la cara, sino, más aún, huía de la compañía de ellas”⁴⁴. Lo que iría en contra de cuanto se ha afirmado arriba y con cuanto el señor Selvaggi refiere en su testimonio: “Me recuerdo que tenía dos casas en el Trastevere, donde reunía mujeres solteras, porque estaba ya llena la casa junto a S. Lorenzo in Lucina; y que las dirigía pagando el arrendamiento con las limosnas y con las entradas de su Abadía, lo que sé por haberlo visto”⁴⁵. Pero, por lo que sabemos, Glicerio a aquellos lugares iba siempre con Selvaggi u otro compañero, nunca solo. Continúa el señor Selvaggi: “Ha asistido a diversas señoras abandonadas por sus maridos, en peligro de caer en pecado, y en la Parroquia de S. Lorenzo in Dámaso dirigía a cuatro o cinco de ellas, dando por cada una cuatro o cinco julios a la semana; este dinero unas veces lo llevaba yo, otras, el P. Tomás o el P. Diego. Y esto lo sé porque yo guardaba el dinero”⁴⁶.

Un puerto de salvación

Estas casas se revelaron como un puerto de salvación para muchas infelices. Es difícil, y Glicerio lo sabía, que una mujer elija *libremente* vender su propio cuerpo y la propia dignidad por cuatro cuartos. La mayor parte de las mujeres se prostituye no porque lo quieran, sino como un atajo hacia el bienestar, porque no ven ante ellas otro camino para salir de la miseria. “La imputabilidad de la culpa puede estar atenuada por la miseria, por el chantaje y por la presión social”⁴⁷.

43 *Pr. O. R.*, fol.40

44 *Pos. s.v.*, XIX, p. 572, párr. 32

45 *Pr. O. R., De heroica caritate*, XII, p. 380, párr. 74

46 *Ib.* pp. 381-382.

47 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2355

Glicerio ofrecía una casa y lo necesario para vivir, la posibilidad de cambiar de vida. Así arrancaba de la calle a decenas y decenas. A menudo encontraba una adhesión convencida para su propuesta de conversión, aun en el plano espiritual. Con dulzura, pero, cuando era necesario, también con voz terrible, con el tono fuerte del Evangelio: “Llevado de su celo, iba por la tarde, a la una, a las dos y a las tres de la noche, por las calles donde habitaban las prostitutas, gritando con voz fuerte: –Hagamos penitencia porque se acerca el juicio tremendo de Dios”⁴⁸.

Insistiendo con todos los medios que el amor le sugería “sacó del fango a muchas meretrices y a muchas les impidió caer, distribuyendo, además del alimento espiritual de la Palabra de Dios y las santas exhortaciones, también continuas limosnas para su sostenimiento”⁴⁹. A algunas Glicerio las casaba: “A algunas les dio la dote para situarse en matrimonio”⁵⁰; a otras las colocaba con familias; a otras las orientaba al trabajo, para que con sus sudores pudieran vivir dignamente, asegurándoles siempre un sitio para dormir. Alguna también elegía el convento. Y alguna otra, por desgracia, reabsorbida por el ambiente, volvía a la primitiva ocupación.

Una vez que Glicerio entró en las Escuelas Pías, no las abandonó. Dejó a los Padres de la Escala el encargo de llevar adelante su misión⁵¹. Él continuaría por otro camino el esfuerzo de edificar una cultura de la vida y crear obras que destacaran la dignidad de la persona humana y el amor misericordioso que Dios dispensa a quien sufre.

Mientras tanto, Glicerio había comprobado con su propia mano que Dios puede sacar bien hasta del mismo mal. Logró comprender por qué Jesús manifestaba simpatía por los publicanos y las prostitutas. Tenían el coraje de la verdad, no se defendían a sí mismas y el propio pecado y vivían la valentía de la conversión. Glicerio ya no se

48 A. Armini, *o.c.*, p. 98

49 *Ib.*, p. 99.

50 *Ib.*

51 El P. Domingo de Jesús María, también bajo la intervención de Paulo V, llevó adelante la iniciativa y buscó para la institución una sede estable, la casa iglesia en Via della Lungara. La obra continuó existiendo hasta tiempos recientes.

asombrará de nada, sobre todo de cuánto bien puede acarrear el mal. Sólo se maravillaba del amor de Dios cuando transformaba una vida, renovándola, ennobleciéndola ante sí misma y ante el mundo. Dios no mira el pecado con la medida de la ley, sino que mira a la persona. La misión de Glicerio era la del médico que combate la enfermedad para librar y salvar al enfermo. Más allá de las infracciones de la ley moral, sabía intuir aquel germen innato que está también en el corazón de la más corrompida prostituta. Glicerio sentía que debía suscitar el germen que responde a las exigencias más íntimas de la conciencia, y convertirlo en arranque de un modo nuevo de vivir. Creía en la capacidad de la conciencia para resurgir y emprender un nuevo camino.

5. LOS POBRES, LOS ENFERMOS, LOS MARGINADOS

El espíritu de pobreza y amor: gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo

Los discípulos de Cristo saben que servir a los pobres o a las personas que sufren significa servir a Cristo, y Glicerio entonces había comprendido que no puedes de verdad servir a los pobres si no vives con ellos. Jesús nos ha traído ayuda compartiendo nuestra vida, la soledad, la agonía y la muerte. Compartir dolor y pobreza mediante actos de amor y de bondad.

Sostenía la fe de Glicerio también su cultura teológica. El servicio en ayuda de los pobres viene a prolongar, en cierto modo, la obra de la redención, permitiendo a los humildes, a los enfermos, a los oprimidos y a aquéllos que son rechazados por la sociedad, recobrar su plena dimensión de hombres y de hijos de Dios. Afirma Francisco Selvaggi en el *Pr. O. R.*: –“Recuerdo que, caminando un día por Roma con el Abad, un pobre le pidió una limosna. El Abad dijo que no tenía dinero. –¡Pero, vosotros, replicó el pobre, tenéis un buen par de sandalias nuevas! Se las había comprado yo tres días antes. De repente se levantó, se las dio, y volvió descalzo desde S. Pedro a casa”. El P. Francisco le dio una buena reprimenda, pero el Abad respondió: “Se las he dado porque me lo ha pedido por amor de Dios”. –“Me pidió también, cada vez que venían los pobres a la puerta de la casa, que diera a todos la menestra, pan, vino y a veces también carne”.

Era como si algo desde el interior le determinase a seguir un cierto comportamiento. No el destino, sino más bien una fuerza que lo impelía y arrastraba; como un código del alma, que la piedad hacia los pobres de la niñez había grabado en él, y por el que toda persona necesitada le hacía vibrar y convertirse en la voz de Dios. Si alguno acudía a él a la hora de la comida, “se levantaba de la mesa y le llevaba todo lo que encontraba delante. Decía que había comido y que no quería comer más. Y eso lo ha hecho infinitas veces”⁵², lo mismo que cuando tenía siete años y ya escuchaba a un pobre a la puerta de casa; aprovechándose de que todos los familiares estaban ocupados en la mesa, se escapaba afuera, a hurtadillas, como para jugar. Una experiencia intensa que permanecerá grabada en su memoria y se traducirá en auténtica vocación.

La generosidad, motivada por el verdadero amor sobrenatural, lleva a un servicio que implica no sólo el saber compartir lo superfluo, sino también a aceptar el privarse de lo necesario, porque a los ojos de Dios cada persona vale más que todo el oro del mundo o, como decía Glicerio, “un alma vale más que todo el universo”. “El P. Tomás me manifestó muchas veces que una vez, cuando se celebraba la solemnísimas fiesta del santo Rosario en la iglesia de la Minerva, el P. Abad, habiendo encontrado allí un pobre que estaba mal vestido y tenía la capa cosida en mil partes con trapos de mil colores diferentes del color de la capa, se metió con ella en el palacio y, quitándose su manto y su sombrero, se los dio al pobre; cogió su capa tan andrajosa y, vistiéndosela, se fue a dicha iglesia, donde estaba la mayor parte de la corte y gran cantidad de gente. Y anduvo por la iglesia de este modo, pidiendo limosna. Esta acción la vieron todos”⁵³.

Cosme Contini refiere: “Visitaba con frecuencia a los enfermos... y también a los encarcelados. Lo he visto en el Santo Spirito, donde no sólo servía con caridad a los enfermos, sino que trataba de limpiar las mesitas, vaciar los orinales y hacer las camas. Y yo lo he acompa-

52 Francesco Selvaggi, en *Pos. s.v.*, XII, pp. 380 ss.

53 P. Juan García, en *Pos. s.v.*, p. 400.

ñado muchas veces”⁵⁴. Y el P. Juan García: “Secretamente cuidaba de diversas familias pobrísimas de Roma. Sus ingresos no bastaban para la cantidad de pobres que iban a buscarlo. Por esto buscaba limosnas con grandísima solicitud”⁵⁵.

Contaba Francisco Selvaggi, cuarto testigo del *Pr. O.R.*: “Cerca de S. Salvador delle Coppolle, Glicerio iba a casa de un tullido que tenía una llaga grandísima en una pierna. Se justificaba con estas palabras: “Lo hago por amor de Dios, para que él cure las llegas de mi alma”⁵⁶.

Cuando enseñe a los niños en las Escuelas Pías, algunos años después, dirá: “Es necesario aplicar las satisfacciones de Cristo a uno mismo en particular, con la fe, los sacramentos, las buenas obras y la penitencia”⁵⁷.

“Como un jumento estoy delante de ti, Señor”

Cada día se daba más cuenta de cuán numerosas eran las familias probadas por la indigencia; cuántas las madres solas que luchaban por mantener a los hijos; cuántos los ancianos abandonados y privados de lo necesario; cuántos los niños y los huérfanos que carecían de pan y de vestido; cuántos los enfermos que no se podían curar por falta de medios; cuántos los sin techo en las calles y en las plazas. Un testigo observa oportunamente: “La misión de Glicerio era según el objetivo extenso de su caridad, que comienza por los niños y abarca todos los grados sociales”⁵⁸.

Ciertamente, corresponde a los que detentan el poder dirigir la economía de modo que estos fenómenos dolorosos de la vida encuentren la solución justa. Pero también es deber nuestro prestar ayuda según nuestras posibilidades, para que Cristo, presente en los pobres, no sufra indigencia. Por esto Glicerio, como afirma un testigo, “se habría vendido mil veces en servicio de los pobres”⁵⁹.

54 *Pos. s.v.*, p. 375, párr. 57

55 P. Juan García, en *Pos. s.v.*, p. 400.

56 *Pos. s.v.*, p. 269.

57 Breve Declaración de la Doctrina Cristiana, de Glicerio, en BGSP.

58 *Nova Pos.*, II, 58

59 *Ib.*, p. 66.

Y no tuvo miedo de *mancharse las manos*, ir al corazón del problema, donde urgía una ayuda inmediata, moral o material. Podía repetir con S. Agustín: “*Ut jumentum factus sum apud te*”⁶⁰, esto es, delante de ti estoy como jumento. Había soñado con estudios y carrera, y Tú, por el contrario, me has destinado a ser “¡un animal de carga”! Termina sus recuerdos el P. Vicente Berro: “Habría que dedicar mucho tiempo para escribir un grueso volumen que fuera capaz de describir con detalle todas las obras de caridad hacia los pobres, hechas por nuestro Abad”⁶¹.

Deus super omnia. Dios sobre todas las cosas. Todos los folios escritos por Glicerio llevan esta cabecera. Él no antepondrá nada al amor personal por Cristo, y por los pobres en los que él vive. Magnífica la expresión del P. García: “Siempre alegre en los trabajos, incomodidades y enredos, procuraba poner más empeño en servir a Dios, en el cual solo esperaba”⁶².

“Vete, vende lo que tienes y dalo a los pobres”

*“Exhortaba a todos a amar la pobreza, a no poseer nada propio y a tener firme esperanza en Dios”*⁶³.

Mucho dinero pasaba por las manos de Glicerio, pero él lo consideraba como un don recibido de Dios para contentar al prójimo: “Dad y se os dará”; un préstamo que restituir, no una posesión egoísta que conservar. Glicerio habría querido *aligerarse*, como repetía, renunciando a los pingües ingresos provenientes de su abadía de Piacenza. El deseo de *aligerarse* no derivaba del descontento interior de no poder administrar adecuadamente desde Roma la abadía de Piacenza. Sabía que la había encomendado a buenas manos. No era ningún problema si, como afirma un testigo, Glicerio, “movido por el celo divino y por los méritos de los frailes de la Tercera Orden de S. Francisco –que en dicha abadía aportaron continuamente óptimos frutos por su ciencia, elocuencia, ejemplo de su conducta y

60 Salmo 72, vv. 22-23

61 V. Berro, o.c., en *Arch. Sch. P.* 1982, n.11, p. 36

62 *Nov. Pos.*, II, p. 39.

63 V. Berro, o.c., en *Arch. Sch. P.* 1982, n. 11, p. 36

estilo de vida– confirmó además, y extendió la concesión de su tío, asignando a los dichos religiosos, en arriendo perpetuo, con canon anual de quince ducados en vez de veinticuatro, los bienes de S. Antonio de Castell´Arquato”⁶⁴.

El culto divino y la asistencia a los enfermos quedaban, pues, asegurados. Por otra parte, la administración de la prebenda personal estaba confiada al procurador general Francisco Gentili; y desde 1610 a Juan Bautista Roleri, hombres de probada fe y honradez. Deshacerse de las cosas, significaba, en cambio, para Glicerio, liberarse de lo superfluo y contentarse con lo esencial. Fue el papa Paulo V quien se opuso varias veces a la renuncia de Glicerio, sabiendo bien cómo eran empleados aquellos dineros.

El deseo de Glicerio no era sólo un acto de virtud, sino también una maniobra inteligente para llegar más libre y sereno a la meta, cuando Dios quisiera: “Trato de aligerarme, para estar más expedito para el Paraíso”⁶⁵. “Como una perdiz que incuba... es el que acumula riquezas; a la mitad de sus días debe dejarlas y él acabará como un necio”⁶⁶. Escribía al cardenal Federico en 1611: “Cuando el Señor me llamó a su servicio, yo, pareciéndome que dejar las riquezas era dejar un grave peso, como es, hice la renuncia de lo mío”.

Y, sin embargo, suplicaba a su pariente el cardenal para que quisiera ser su intermediario ante los hermanos, que le prometían y nunca le consignaban el dinero correspondiente a la herencia paterna que le correspondía: “Porque de lo que Nuestro Señor me ha dado yo estaré obligado a darle cuenta; yo veo la extrema necesidad del prójimo, y, por otra parte, adivino la evidente ocasión de soberbia, ambición y condena de mi casa... Así que a usted, como a un S. Carlos celoso de la causa de Dios, le suplico eche una mano a este asunto”. Y por fin, estigmatizaba, sin términos medios, la avaricia de sus parientes: “Es

64 Emilio Nasalli Rocca, *La bella Chiesa de S. Antonio a Trebbia*, p. 16; Cristoforo Poggiali, p. 28

65 *Pos. s.v.*, Ex documento I, n. 7, p. 170.

66 Jeremías, 17, 11. La perdiz representa una realidad frágil. Sus huevos son frágil presa; aunque sean muchos, muy pocos consiguen salir del cascarón.

clara la ofensa que se hace a la equidad y justicia divina, contra toda razón humana y de conciencia. No pueden obrar así sin ofensa de Nuestro Señor. Cuán contrario es a la razón que el pobre no tenga con qué poder vivir, dormir y cubrir su desnudez con un trapo, y el rico tenga tanta vanidad y trampas diabólicas”.

Los bienes económicos, con las posibilidades concretas de una vida cómoda y despreocupada que ellos permiten, son un peligro, porque pueden entenderse como un sustituto de Dios, un ídolo sobre el que se apoye nuestra vida. Pero, usados bien, son una verdadera bendición. Se verá en 1612, en las Escuelas Pías, qué maná providencial iban a ser las rentas del Abad Glicerio para la Obra de S. José de Calasanz a favor de los niños pobres. Ni el Evangelio condena el dinero, ni la Biblia bendice la miseria. Se necesita una relación correcta entre beneficio y solidaridad, entre vivir el primado del hombre y vivir en la abundancia. Glicerio terminaba su carta con una exhortación al cardenal Federico: “Sé que se ocupará de este asunto como si fuera suyo y más, porque es una causa de Cristo”⁶⁷.

La pobreza, un problema social

La caridad de Glicerio era ciertamente sin medida, basada en el compartir y en el servicio, a ejemplo de Jesús. Pero al mismo tiempo era también una gota en el océano. Además, un gesto de amor no puede limitarse a la simple donación de una limosna. Nosotros estamos tentados de sugerir a Glicerio que hay que superar los conceptos de limosna, de mendicidad, que nunca lograrán *liberar* verdaderamente ni a las personas ni a las comunidades. Hubiera sido necesario más bien luchar contra esa forma asistencial, para promover la verdadera liberalización del pobre; esforzarse por cambiar las estructuras basadas en la injusticia para cambiar la situación de miseria y de malestar social. De hecho, no nos consta que Glicerio haya dado voz a los pobres, denunciado a los poderosos que crean la pobreza, o tronado contra los ricos, príncipes y cardenales, para llevar adelante su batalla. Es cierto. Porque la vocación de Glicerio era otra. Como María, que al pie de la cruz no recriminó, no protestó contra los que crucifi-

67 AGSP, *Reg. Serv.* 38, 2

caban a su Hijo. Sufrió con Él. Como Francisco de Asís no se propuso resolver el problema de los pobres, sino que trató de ser él mismo pobre. Glicerio amó a los pobres, y basta; sin condiciones, sin pedir nada a cambio, ni siquiera que lucharan para salir de su pobreza. Esto era obligación de otros. Es el Estado social con sus instituciones quien debe asegurar a todos los ciudadanos el mínimo vital, poner en marcha una política de empleo, reducir las desigualdades. La solución de los problemas sociales no sale de la chistera de un prestidigitador, sino de leyes sabias que cambian la cultura y la mentalidad de los poderosos.

Glicerio estaba llamado a ser solidario con los pobres, a ser uno de ellos. El amor se expresa en primer lugar estando con alguien, más que haciendo algo por alguien. El señor Selvaggi, que seguía a Glicerio por todas partes como una sombra, no deja de referir el amor con que, al volver tarde a casa, siempre invitaba a uno o dos pobres cada vez, a los que lavaba y besaba los pies y daba la cena. Prolongando con ellos la conversación, les ofrecía también una cama para descansar. No quería que “esto lo supiera nadie, aunque yo no podía por menos de saberlo, porque llevaba el dinero. Glicerio hacía esto infinitas veces”⁶⁸. Glicerio se arrodillaba y besaba los pies del pobre, como los del sacerdote después de la santa Misa; más aún, hasta los pies del que le insultaba, porque, débiles y frágiles, todos hemos sido redimidos por Cristo y nos ha hecho hijos de Dios para gritar “¡Abbá”, Padre! El deseo de Glicerio era poder aliviar, aunque fuera poco, el misterio del dolor humano y ayudar al que sufre ahora y aquí.

Si embargo, no excluía otros caminos viables para combatir la situación de pobreza. Todos los testimonios están de acuerdo al afirmar que Glicerio buscaba cualquier medio para sacar a los infelices de su condición, de la calle a las mujeres convertidas y, especialmente, del ocio a los jóvenes desocupados, proyectándose con la fascinación del testimonio, que encarna con su vida los grandes ideales. Para ayudar a los hijos, echaba una mano también a los padres. Ayudaba a una, como doméstica, ayudaba a otro a encontrar un pequeño trabajo. Se preocu-

68 *Pos. s.v.*, p. 382, párr. 81

paba por ofrecer ocupaciones laborales no ficticias, para apartar a los jóvenes de la tentación de la ganancia fácil o de la actividad criminal. “Para alejar el camino del ocio, motivo de todos los males, y no dejar vagabundos a los jóvenes, fundó para ellos una Congregación”⁶⁹.

Los jóvenes vagabundos en Roma eran arrestados y enviados a la fortaleza de Civitavecchia o a las salinas. Para muchos, Glicerio obtenía la liberación y un puesto de trabajo: “Muchos pusieron una tienda. A otros, que conocía hábiles, los colocaba al servicio de algún señor o en los colegios romanos. Y fueron muchísimos los ayudados de este modo”⁷⁰. “Y lo hizo hombres de bien, a los que yo he visto y conocido”⁷¹.

Estos testimonios de vivencia de amor hacia los pobres se hacen conciencia crítica en lo social, y, para el mundo político, reclamo al deber primario de defensa de los derechos de los pobres. Pocas migajas; pequeña semilla, pero que vale más que una revolución.

El compromiso cotidiano, las tentativas repetidas de Glicerio, desembocarán pronto, como pequeños riachuelos, en las Escuelas Pías, verdadero río de aguas perennes. Aquí Glicerio se unirá al grupo cada vez más numeroso de apóstoles que, guiados por S. José de Calasanz, por puro amor de Dios, en humildad y pobreza, apostaban por la formación integral de los niños, en las raíces de la vida, para procurar una cara nueva a la sociedad del futuro.

6. BRUSCA FRACTURA DE RECORIDO. ENCUENTROS PROVIDENCIALES

El P. Francisco Méndez de Cristo

Originario de Andalucía, el padre Francisco fue a Roma poco antes de la llegada del Abad Glicerio. Se estableció en la casa del señor Francisco Selvaggi en Via Giulia⁷².

69 J. García, en *Pr. O. R.*, “*De heroica caritate*”, p. 404.

70 P. Mussesti, *o.c.*, p. 44.

71 J. García, en *Nova Pos.*, II, pp. 59-60

72 Cfr. Cap. 1.

Álvaro Huerga lo define “portugués de nacimiento, judío de raza, cristiano *nuevo* de religión, clérigo de profesión”⁷³. Provenía de una amarga experiencia. En México había sufrido un proceso por parte del Santo Oficio, como judaizante. No se conoce la sentencia, pero, según la usanza de la Inquisición mejicana, fue ciertamente condenado al exilio. Escogió como refugio Roma, donde adquirió fama de santidad especialmente por las largas oraciones y devociones y por la solidaridad cristiana que mostraba hacia los pobres y necesitados. Glicerio encontró en él un padre amoroso que lo acogió y lo condujo por el camino de la perfección.

Y, sin embargo, no era el Padre Méndez el hombre adecuado para guiar al joven abad a las cimas de la santidad. La confianza de Glicerio se había apoyado demasiado sobre él. El fervor del Padre Francisco en realidad estaba falto del equilibrio necesario, de prudencia y, sobre todo, del espíritu de obediencia, dentro de un concepto correcto de jerarquía. Como tenía en sus manos la dirección de la Obra iniciada por los cónyuges Todeschi⁷⁴, su relación con las muchachas en peligro y con las meretrices se comprobó que era más bien superficial y carente de fundamentos psicológicos. Creía que era suficiente confesarlas y darles la comunión, procurarles un trabajo cualquiera y un propósito sincero, para resolver sus problemas. Sin embargo, sucedía que una buena parte de ellas reemprendía su propio oficio. El papa Paulo V, para tener mayor garantía de resultados duraderos, mandó que interviniera el Padre Domingo de Jesús María, carmelita descalzo, superior del convento de Santa María de la Escala en el Trastevere. El fraile estaba en Roma desde hacía poco, pero ya bastante metido en el ambiente de la ciudad. Y tampoco se trataba ahora de un campo de actividad que le fuera desconocido, en cuanto que había desarrollado ese apostolado durante años en Valencia y Barcelona.

El contraste fue inevitable. El Padre Francisco no soportaba intromisiones ni estaba dispuesto a aceptar consejos. A los ojos de Paulo V su misticismo se reveló, como dice la Biblia, un barniz de plata sobre una vasija de barro. El pontífice no sólo no quiso saber más de

73 *Historia de los Alumbrados*, Publicaciones F.U.E., Madrid 1988, p. 168

74 Cfr. cap. 4.

la asociación religiosa para cuya aprobación Méndez estaba en Roma, sino que en 1609 lo mandó a España. Se trasladó a Sevilla. Aquí fundó una casa de retiro para muchachas pobres, viviendo con las limosnas que pedía para ellas. Las cartas de don Juan de la Sal, obispo de Bona, al duque de Medina tratan de sus numerosas extravagancias⁷⁵. Murió en 1616. Como perteneciente a la secta de los *iluminados*⁷⁶, la Inquisición intentó un proceso a su memoria, concluido con el *auto* del 30 de noviembre de 1624.

A la salida del Padre Francisco, Glicerio y la pequeña comunidad de Via Frattina recibieron un duro golpe. Quedaron como una barca sin timón. Las casas para mujeres fueron momentáneamente cerradas. Jóvenes y meretrices se trasladaron a otro sitio; algunas, de nuevo a la casa de Fiorenza Todeschi. Glicerio con sus cinco amigos fueron huéspedes del cardenal J. M. Vives, futuro fundador del Colegio de Propaganda Fide. Se había apoyado demasiado sobre el hombre, que siempre es una caña frágil, y se había hecho mal. Aprendió lo que significa: “Yo soy el Señor. Fuera de mí no hay salvador”. Y también: “El gobierno del mundo está en las manos del Señor. Él os suscitará en el momento justo el hombre adecuado”⁷⁷.

75 Tales cartas fueron publicadas por don Adolfo de Castro en sus *Curiosidades Bibliográficas*, Bibl. Autores Esp., I, 36, Madrid 1926. Entre otras cosas se lee allí que todos los días Méndez celebraba la santa misa para las chicas y se ponía *en cruz* emitiendo gemidos. Una misa duró veintiséis horas. Con raptos y éxtasis se ganaba la fama de santo. Terminada la misa, las mujeres cantaban y él bailaba como un borracho. Y otras rarezas. Huerga, *o.c.*, p. 155, titula el capítulo V *La farsa pseudomística del padre Méndez*. Alude a la farsa de su muerte, que él predijo, pero que no ocurrió el día predicho. En espera de la muerte, permaneció veinticuatro horas en el altar, siempre de pie y sin comer, recitando misa y breviario y confesando. El autor concluye irónicamente: “Milagro fue el que no muriera”. Las mujeres, que lo tenían como santo, decían que lo había hecho así para desacreditarse, por humildad. Cfr. A. García Durán, *Itinerario espiritual de S.J. de Calasanz*, p.118, n. 589; Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid 1956, II, cap. 5.

76 El movimiento alcanzó la mayor difusión en Sevilla. Intervino la Inquisición duramente y sin tantas distinciones. Hasta santa Teresa y san José de Calasanz fueron acusados de *iluminismo*.

77 Sir., 10, 4.

El papa Paulo V, que seguía con particular afecto a los dos hermanos Landriani, llamó a sí a Glicerio y lo encomendó al Padre Domingo de la Escala.

El padre Domingo Ruzola de Jesús María. Confesor y director espiritual de san José de Calasanz y del venerable Glicerio Landriani

El Padre Domingo en su biografía, escrita por él mismo por mandato de sus superiores, narra que Dios le concedió un don del todo singular. Puso para su custodia, además del Ángel Custodio, un Ángel de la más alta jerarquía, “que viene llamado el Precursor, porque siempre camina delante de mí, y a menudo se deja ver visiblemente, avisándome en todas las cosas y defendiéndome en todo. Y, junto al Ángel Custodio, los tres unidos alabamos y glorificamos a Dios, el Señor”.

El padre Domingo y las Escuelas Pías

El P. Domingo fue él mismo un don singular de Dios a san José de Calasanz, antes que para Glicerio. Un auténtico Ángel Precursor, que estuvo cerca de Calasanz en los momentos más difíciles de su Obra naciente y le explanó el camino.

Trazó además pistas seguras de vida espiritual, sobre las cuales Glicerio realizó su santidad. El primer contacto entre Calasanz y el Padre Domingo, ambos aragoneses, tuvo lugar probablemente algún años después de que el carmelita Pedro de la Madre de Dios hubiera fundado en el Trastevere, en 1601, una confraternidad con Oratorio, dedicado después a San Carlos Borromeo. A poca distancia, en santa Dorotea, San José de Calasanz había abierto su primera escuela ya en 1597, el mismo año en que los padres carmelitas venidos de España se habían establecido en el convento de Santa María de la Escala.

El Padre Domingo, llegado a Roma en 1604, prestaba su colaboración al P. Pedro de la Madre de Dios en el Oratorio de san Carlos. Calasanz, que había sido de los primeros socios, comenzó a confesarse con él. “Se confesaba el padre José Calasanz con el Padre Domingo de Escala y, acabado el ejercicio de las escuelas, iba allí casi todos los días, le confiaba todos sus pensamientos para la ayuda de la nueva planta.

De él obtenía óptimos consejos, no sólo para su alma, sino en bien de su Instituto”⁷⁸.

Por medio de su amistad con los Colonna, Calasanz ayudó al Padre Domingo a rescatar la iglesia de Santa María de la Escala, de la cual era prior. El Padre Domingo correspondió, favoreciendo la adquisición de San Pantaleón y, mucho después, enderezando hacia las Escuelas Pías al joven Glicerio.

El papa Paulo V, como nos cuenta el Padre Pedro Angelini, guardaba al Padre Domingo una grandísima estima⁷⁹. A él encomendó la dirección espiritual de su sobrino Marco Antonio, príncipe de Sulmona. Y Paulo V le quiso también a él como confesor y director espiritual de Glicerio Landriani en 1609, después de la partida del Padre Francisco Méndez.

Espiritualidad del Ven. Padre Domingo

El Padre Domingo no conoció a santa Teresa de Jesús, la gran reformadora del Carmelo, muerta ocho años antes de que él emitiera los votos en los descalzos, la nueva rama salida de la antigua cepa del Carmelo. Sin embargo, tuvo contactos con san Juan de la Cruz, y se formó en estrecha relación con los principales exponentes de la primera generación. Le atribuían éxtasis, visiones y profecías. Al arrebatado contemplativo hacia la unión con Dios, como en santa Teresa y en san Juan de la Cruz, se unía un admirable sentido práctico, que lo llevó a recorrer Europa, superando obstáculos de todo tipo. Dirigía, en los conventos y fuera, almas grandes y pequeñas. Fundó y organizó oasis de contemplación y de oración. Objeto constante de sus premuras eran los pecadores: “Los acogía con una sonrisa en los labios y los envolvía en el manto de una ternura y de una misericordia sin límites. Trataba con los penitentes con pocas palabras, pero de una fuerza extraordinaria, enriqueciéndolo Dios con el singular privilegio del discernimiento

78 G. C. Caputi, en *Rev. Cal.* 1 (1955), 192, nota 34.

79 Pietro Angelini de la Madre de Dios es el primer biógrafo del ven. padre Domingo. Fue su secretario y confesor y lo acompañó en casi todos sus viajes. Él hace decir al cardenal Borghese: “El padre Domingo es omnipotente con mi tío”, II, 63.

de espíritus”. “A las muchas penitencias practicadas en el antiguo Carmelo añadió rigores inauditos. Después del oficio nocturno continuaba ordinariamente la oración hasta la mañana”. “Bastantes veces se contentaba sólo con pan y agua. En la celdita no tenía otros muebles más que una tabla como cama y el suelo como asiento”⁸⁰.

Alimentaba desconfianza hacia el saber intelectual, considerado superfluo para alcanzar la perfección cristiana. Y éste era sólo uno de sus límites. El entusiasmo produjo algunas formas de *ascesis excesiva*, no del todo extrañas a la religiosidad contemporánea, pero que él transmitía a sus penitentes⁸¹. Se retiró al yermo de Bolarque para dedicarse del todo a la contemplación, pero pudo disfrutar de él apenas catorce meses. En nombre del sumo pontífice, que había tenido noticias de sus cualidades excepcionales y de su santidad, el nuncio apostólico lo invitó a Roma. Era el año 1604. Paulo V se sirvió de él para misiones importantes en Sicilia, cerca del virrey de Nápoles, y después en Baviera.

Hemos querido presentar algunos rasgos característicos de la espiritualidad y del estilo del padre Domingo, para comprender mejor ciertos aspectos de la espiritualidad de Glicerio y aquellas actitudes en las que, por decirlo con el tercer testigo del proceso de beatificación, Glicerio “podría”, humanamente hablando, haber caído⁸².

Confesor y director de Glicerio

El concilio de Trento, rechazada la unilateralidad protestante, había remachado la necesidad de la gracia, que, a través de la acción de

80 Padre Estanislao de santa Teresa, *Il Ve. P. Domenico de Ges Maria, carmelita scalzo*, Ceprano 1925, pp. 51, 103.

81 Cfr. Silvano Giordano, *Domenico di Ges Maria*, pp. 263-264: “Determinadas formas de exhibicionismo en su manera de vivir la religiosidad, si no llegaron a los excesos característicos de los *alumbrados*, gozaron, sin embargo, de aquella particular disposición a aceptar y exaltar lo *maravilloso*, propia de la religiosidad de aquella época. No obstante, las estructuras sociales y eclesíásticas, la orden religiosa a la que pertenecía y la Inquisición ayudaron a moderar, *antes de que degenerase*, los entusiasmos excesivos del religioso”.

82 *Nova Pos.*, 1920, p. 118.

los sacramentos, hace posible el cumplimiento de los mandamientos. El siglo XVI privilegiaba, en la comparación con la comunión, el sacramento de la penitencia, que ya con el tiempo había sufrido en la práctica una profunda transformación. Nacida en los comienzos para recuperar a los pecadores en la Iglesia, se había convertido en una especie de acto *privado*. De acto de reconciliación con la comunidad, en cuanto cuerpo eclesial herida por el pecado, daba paso cada vez más el aspecto subjetivo, la necesidad de oír que el confesor garantizaba el perdón de Dios.

En épocas sucesivas, a medida que la conciencia maduraba, los fieles eran invitados a la confesión semanal como medio de perfeccionamiento en la vida cristiana. Había personas santas que, de hecho, se confesaban todos los días. San Felipe Neri, que fue de los primeros en divulgar por Roma el uso de la confesión frecuente, a los hermanos del Oratorio se la prescribía tres veces por semana. Y él, dejando cualquiera otra ocupación, se sentaba en el confesionario todo el día, y a veces parte de la noche. Su carisma especial de intuir los secretos profundos de la conciencia favoreció el paso natural de la confesión frecuente a la *dirección espiritual*. Con frecuencia invitaba al pecador a la cena. Una comida frugal, pero condimentada con conversaciones que, partiendo del pecado como *disminución*, que impide al hombre conseguir la propia plenitud, llega a una gran profundidad espiritual.

Un siglo después de la muerte de Glicerio, con el papa Benedicto XIV, uno de los criterios para la beatificación de un siervo de Dios será la asiduidad aun cotidiana a este sacramento. San Felipe Neri recordaba: “El que quiera sacar provecho en la vida de Dios debe elegirse un confesor fijo y obedecerle en lugar de Dios”.

Sobre esta base se desenvuelve la relación entre Glicerio y el padre Domingo de Jesús María. “Glicerio no hacía cosa alguna –atestigua el mismo padre Domingo– aun la más mínima, sin mi permiso”⁸³.

Unida a la dirección espiritual, la confesión no era sólo un diálogo privado con el confesor sobre un programa de pecados y virtudes per-

83 *Pos. s.v.*, p. 586, párr. 25.

sonales, sino que proporcionaba un crecimiento en la vida interior en perspectiva evangélica. El sacramento de la penitencia no funcionaba como simple tranquilizante psicológico, en una actitud de obediencia pasiva, sino que constituía un momento de auténtica conversión, de recuperación, de estímulo para una donación total al Señor en el servicio a los hermanos. Glicerio, con la obediencia al confesor, no coaccionado en absoluto en sus opciones libres, iba para evitar el riesgo de una pretendida autosuficiencia o autocomplacencia por los resultados obtenidos. La dirección haría, de todas formas, de antídoto necesario para rechazar insidiosas y siempre posibles exageraciones y fervores desmesurados.

S. José de Calasanz

Nació en Peralta de la Sal en 1557. Frecuentó los cursos de humanidades, retórica, y los universitarios de filosofía, teología y derecho en varias universidades de España. Ordenado sacerdote en 1583, ocupó importantes cargos en la suya y en las diócesis cercanas en contacto con el pueblo. En 1592 fue a Roma para desempeñar importantes misiones confiadas por su obispo. Frente a la multitud de niños abandonados, renunció al sueño largamente acariciado de beneficios eclesiásticos, que le aseguraran el futuro tranquilo en la patria. En 1597 abrió una escuela en santa Dorotea en el Trastevere romano, a fin de asegurar a los niños pobres la enseñanza gratuita, la formación religiosa y moral y un puesto de trabajo en la sociedad. Para garantizar la estabilidad a su Obra, fundó la orden religiosa de las Escuelas Pías. Murió en Roma el 25 de agosto de 1648. Fue declarado santo por el papa Clemente XIII el 16 de julio de 1767.

Glicerio en la mesa de Calasanz

Entre los favores con los cuales el padre Domingo intentaba corresponder a la generosidad, la amabilidad y la devoción del padre José de Calasanz, el más valioso fue ciertamente el de haberle enviado como colaborador a Glicerio Landriani.

¿Quién hubiera dicho al joven abad, al que aún dolía la separación del padre Francisco Méndez y el sueño roto de una experiencia espiritual fascinante, que iba a encontrar enseguida en su camino al hombre de sus ideales? Apenas los ojos de José de Calasanz se cruzaron con su mirada,

Glicerio habría podido escribir en el libro de su vida *“incipit vita nova”* –ahora comienza para mí una vida nueva; decir al padre José: –¿Dónde vives? y sentirse que le respondía –Ven y verás. La casa de José se parecía a la descrita en el libro de los Proverbios: “La sabiduría ha edificado su casa, ha tallado sus siete columnas... hasta ha preparado la mesa... –Venid a compartir mi comida y a beber mi vino que he preparado... –Venid a la fuente de la Sabiduría. –Bebed sin tener que gastar nada”⁸⁴.

Todas las calles que Glicerio había recorrido conducían a aquella casa. Los proyectos de Carlos Borromeo para la reforma de la Iglesia y de la sociedad, las enseñanzas de Federico, los estudios de Bolonia y de Roma, la originalidad de Francisco de Cristo, la severa disciplina del padre Domingo de Jesús María. El banquete que le ofrecía la Sabiduría era la llegada natural de un viaje fatigoso pero guiado de lo alto. Con Calasanz había 800 niños de los más pobres de la ciudad. Un plato dorado para las aspiraciones misioneras de Glicerio. Niños de la calle, no protegidos e inmaduros, presa fácil de abusos sin escrúpulos, esperaban a quien les prestase su atención, en la búsqueda instintiva de una mano segura, de una cara amiga, para comprender una buena razón de crecer. Ellos eran la sociedad del mañana, los artífices del futuro que Glicerio soñaba. Tenían necesidad de amor y de seguridad. Querían comprender quiénes eran y qué sería de ellos.

Hasta ahora Glicerio había castigado el cuerpo con ayunos, vigili-
lias y cilicios. Calasanz le abrió un campo inmenso donde canalizar sus energías físicas y espirituales de una manera serena y quizá más útil. Le mostró un modo más directo de servir a Jesús: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. “Quien acoge a uno de estos pequeños en mi nombre, me acoge a mí”⁸⁵.

El P. José, escuela viviente de Glicerio

Calasanz había ya trazado el surco. Bastaba seguir sus huellas. Glicerio tenía aún al Padre Domingo como su guía. Él le había encauzado a Calasanz, junto con cinco compañeros de la ex comunidad del

84 Proverbios 9, 1-5

85 Mateo 25, 40.

padre Méndez. Y fue él quien le ordenó estudiar con calma su vocación, permaneciendo en las Escuelas Pías libre de decidir el momento oportuno. Glicerio esperaba todavía ser acogido en un convento carmelita, superando el *handicap* de su salud física⁸⁶. Mientras tanto tenía todo el tiempo para observar de cerca el comportamiento del padre José, comprender su ideal y reconocer el designio de Dios.

En contacto con Calasanz durante cuatro meses, Glicerio había descubierto en él interesantes y significativas afinidades de vida. Como él, José había ido a Roma desde lejos, vestido de seda con la intención de conquistar puestos importantes en la carrera eclesiástica. Ambición no ciertamente mala en sí, pero que, ante la exigencia de servir a Dios lo más perfectamente posible, se había desvanecido como la niebla ante el sol. Con corazón apasionado José había dado su nombre a numerosas cofradías de caridad, acercándose incansable adonde había un aquejado que aliviar. Hasta algún año antes había participado intensamente en la obra de la Doctrina Cristiana⁸⁷: “En las fiestas, iba con toda diligencia a enseñar en las iglesias de la Doctrina Cristiana a los pequeños, empleándose con toda diligencia y caridad, y muchas veces fue oficial y visitador general de ella... No sólo ejercitaba obras de misericordia de enseñar a los ignorantes, sino que distribuía a los pobres, unas veces pan, otras dinero, alimentando al mismo tiempo el alma y el cuerpo”. “Predicaba también en las plazas públicas con mucho afecto, sobre todo en aquellos lugares que frecuentan los pobres campesinos, conduciéndolos después a las iglesias cercanas, donde los confesaba y con mayor tranquilidad les enseñaba las cosas principales de la doctrina cristiana, para ser verdaderos cristianos y temerosos de Dios”⁸⁸.

86 Lo decía abiertamente Glicerio al cardenal Federico en una carta fechada el 5 de noviembre de 1611: “Cuando Nuestro Señor me llamó a su servicio yo estaba todo enardecido de mi Señor y *procuraba entrar como Descalzo del Carmen*. Pero aquellos padres *me lo impidieron a causa de la salud*”, AGSP, Roma. Cfr. P. Caputi, cit. En Sántha, *J. de Calasanz y su amistad con los Padres Carmelitas Descalzos*, Rev. Cal., I (1955), pp. 193-194.

87 Los biógrafos de Calasanz no se ponen de acuerdo acerca de la fecha de su inscripción en la cofradía. El padre Talenti pone el 1592, Bau propone 1595, Sántha prefiere el 1597, Severino Giner el 1599.

88 Vincenzo Berro, *Memorie storiche*, P. I., cap.10, Arch. Sch. P., n. 21-22 (1987).

Ahora Glicerio lo veía trabajar en silencio, hacerse niño entre los niños, humilde, para ofrecer a los niños pobres el don más precioso, la enseñanza, para adquirir el sentido de la dignidad humana. En ello veía con intuición profunda la liberalización del hombre. Con la instrucción, Calasanz daba a los pequeños el instrumento para crecer y ser sujetos activos en la renovación de la sociedad y de la Iglesia. Calasanz no realizaba grandes gestos, como san Francisco Javier, que convertía con una sola predicación cinco mil personas por aquí, cinco mil por allá. Él trabajaba con cada niño todos los días con inmensa paciencia, durante años, con peligros continuos de fracaso, hasta que lo entregaba, fermento nuevo, para una humanidad nueva. El padre José, que de noche preparaba de rodillas lo necesario para las lecciones del día siguiente, le enseñaba un modo nuevo de pasar las horas nocturnas en oración. Él cumplía la misma misión que María, que educaba y preparaba para la vida al Hijo de Dios: *“Inter divina opera divinissimum”*, esto es, la más divina de las obras divinas⁸⁹.

Glicerio veía a José poner a disposición de los pobres todos sus ingresos y, pobrísimo, ir con la alforja a la espalda a pedir limosna para sus “piccolini”, sus pequeñitos, barrer las aulas y los lugares comunes, para que al día siguiente sus “piccolini” se sentaran a gusto y se dieran cuenta de que había un padre que pensaba en ellos. Escribía el padre José de Calasanz al padre Juan Graziani: “Sepa que cuando los escolares conocen amor de padre en el maestro y diligencia acerca de su adelanto, van con gusto a la escuela”⁹⁰.

Glicerio observaba todo, participaba en la vida común, reflexionaba sobre las propias posibilidades y echaba una mano a todos. Seguía maravillado de los efectos de la escuela de Calasanz, y escribía a Milán a su pariente y amigo, el cardenal Federico Borromeo: “Me encuentro en las Escuelas Pías, adonde acuden hasta ochocientos entre niños y jóvenes. Aquí he venido sin que yo lo buscara. Ahora espero que el Señor quiera servirse de mí para esta obra suya, la cual es tan importan-

89 EGC, IV, p. 204.

90 EGC, V, p. 285.

te que me causa admiración, porque estos hijitos de los pobres, que suelen andar por las plazas sin ningún freno de temor de Dios, siendo presa de toda desvergüenza de palabras y de actos feos, se retiran del ocio y del mal, y con la ayuda divina se ocupan en ejercicios, no sólo de la inteligencia sino también de la doctrina cristiana⁹¹. Sin embargo, no hubo fiesta enseguida. La decisión definitiva se presentaba para Glicerio más difícil de lo previsto.

7. GLICERIO EN LA ENCRUCIJADA

“Muéstrame tu camino, Señor”

La partida del padre Francisco Méndez había interrumpido en el momento más hermoso el ritmo de un apostolado intenso. Glicerio se sentía huérfano. El primer encuentro con Calasanz, bonito e interesante, y los cuatro meses transcurridos en las Escuelas Pías no habían conseguido curar la herida de su alma. Por el contrario, parecían haber desencadenado de hecho en él, con un sentimiento de desorientación, interrogaciones angustiosas. ¿Todo había sido equivocado? ¿Había que volver a comenzar? Glicerio se encontraba de nuevo en la encrucijada. Por una parte, la multitud de pobres, que continuaban llamando a su puerta; por otra, un campo inmenso ya pronto para la siega, las Escuelas Pías, a las que le había orientado el padre Domingo de la Escala. Sentía, además, que sin vivir con los pobres algo moriría dentro de él. El que vive en una situación de servicio se hace bien a él mismo. Da a los demás la sonrisa de Dios, pero a sí mismo la alegría de dar. Por otra, Glicerio ya había expresado todo su entusiasmo por las Escuelas Pías en la carta al cardenal Federico. Dos llamadas igualmente santas y comprometedoras. Dos caballos que tiraban en direcciones, si no opuestas, tampoco convergentes. ¿A cuál de las dos le llamaba definitivamente Dios? El padre Domingo había dicho la suya, pero dejándole a él, a Glicerio, la elección decisiva y libre. A la confusión interna se unía el ver frustrados todos sus intentos de ser despreciado y considerado *loco*. La jugada estaba ya descubierta.

91 La carta tiene fecha de 29 de septiembre 1612. El manuscrito original se encuentra en el Archivo General de Roma.

También los príncipes y cardenales le manifestaban sólo estima y alabanzas. Además Calasanz si no lo proclamaba santo poco faltaba. Necesitaba un lugar alejado de la ciudad frenética y corrompida, un oasis donde Dios pudiera hablarle al corazón y él escucharle, y reflexionar sobre el presente, de cara a la eternidad. Un lugar del espíritu en el que encontrar, en soledad absoluta, en silencio y oración, la armonía interior. Y descubrir, finalmente, el camino de Dios.

Octubre de 1612. Glicerio decide truncar, con corte neto, toda dilación. Y parte, “*insalutato hospite*”, sin decir nada a nadie, ni siquiera al padre José⁹². ¿Quizá... al padre Domingo de Jesús María? Pero si se lo insinuó a él fue ciertamente en confesión, con pacto de secreto absoluto. El padre José, de hecho, lo anduvo buscando durante tres días, como José y María tras las huellas de Jesús en Jerusalén. La justificación que Glicerio daría a José más tarde no debió diferir mucho de la de Jesús a sus padres. Glicerio marchó a pie con el padre Diego López, el cual compartía desde hacía tiempo sus proyectos ascéticos.

En busca de un yermo

Glicerio y Diego trocaron sus vestidos por los harapos de dos pobres, y se pusieron en camino. San Luis de los Franceses, Via della Ripetta, Piazza del Popolo. Cruzaron el Tíber, Prima Porta, y se dirigieron hacia el norte, sobre Campagnano, que dista de Roma casi treinta kilómetros. Glicerio había dado incluso sus sandalias y medias, y caminaba sin dificultad descalzo⁹³. Iban a un yermo a hacer penitencia, pero casi seguro que ni ellos mismos sabían con precisión adónde. Diego se daba cuenta de que Glicerio pretendía ir muy lejos. Desde Campagnano seguir por Civita Castellana, y aún más allá. Se sentía perdido. Intentaría persuadirle con lugares cercanos a Campagnano. A pocos pasos estaba el eremitorio del monte Soratte, con la ermita

92 Casi seguro que aquel día Calasanz estaba ausente de San Pantaleo.

93 El padre Pedro Casani afirma que Glicerio una vez le confió cándidamente que “aunque en su vida había puesto los pies descalzos en tierra, entonces hizo muchas jornadas sin que le dolieran los pies. Y parecía que no los ponía en tierra ni pisaba las piedras, sino que fuera de continuo llevado por los aires. *Pr. O. R., fol. 78.*

de san Silvestre sobre una de las cuatro cumbres; los dorsales de los Simbruini y de los Ernini. O también al norte del lago Bracciano, lugares elevados, revestidos de monte espeso e intrincado, diseminados de santuarios y devotas iglesias románicas.

Pero, viendo que era inútil cualquier sugerencia, cualquier súplica, pidió excusa y emprendió el camino de vuelta hacia Roma. En Campagnano, día festivo, el arcipreste cedió a las insistencias de Glicerio, de que él quería, por una vez, aunque tan mal ataviado, explicar la Doctrina. Se dio cuenta, por el porte fino y por las palabras sabias de Glicerio, que él no era *el que aparentaba por su vestimenta*. Y le dio una de sus prendas⁹⁴. En Civita Castellana, al salir de la iglesia, donde había comulgado, Glicerio comenzó a gritar por la calle: “¡Viva Dios! ¡Viva Dios!”, contento porque algunos lo tenían por loco. Caminaba hacia Narni y pedía limosna, que después distribuía a los pobres. A la entrada de la ciudad, un tabernero le indicó como refugio un hospicio cercano, donde fue alojado. Pero un enfermo lo reconoció, y le ofrecieron una cama con colchón, y cena. Glicerio durmió, naturalmente sobre las tablas, y por la mañana desapareció enseguida. Reemprendió el camino hacia Terni, pidiendo limosna con un niño al cuello. Se lo había pedido con amabilidad a una pobre madre que lo llevaba en brazos. Glicerio se lo devolvió, con las limosnas recibidas, en una taberna cerca de Terni.

Mientras tanto, el padre Diego, llegado a Roma, informó de todo al señor Selvaggi, y éste a monseñor Vicegerente, quien mandó en seguida él mismo a uno que localizara a Glicerio, pero no antes de consignarle una carta en la que, en nombre del papa, obligaba a Glicerio a volver inmediatamente a Roma. El señor Selvaggi ensilló el caballo a toda prisa y se dirigió a Campagnano. El arcipreste, admirado de cuanto Selvaggi contaba de Glicerio, quiso acompañarlo él mismo hasta Civita Castellana, “espoleando los caballos para llegar cuanto antes”. Siguiendo las indicaciones precisas de los huéspedes con los

94 Escribe A. Armini *o.c.*, p. 30: “El arcipreste, acabada la Doctrina, lo revistió de uno de sus vestidos; pero él, apenas salió de casa, encontrándose con un pobre-cillo, enseguida lo cambió por sus harapientas vestiduras. Cuando vio esto, el arcipreste lo volvió a llamar y le dio otras, echando en un rincón las del pobre”.

que Glicerio se había albergado, llegaron a Narni. De aquí el arcipreste se volvió a su pueblo y Selvaggi continuó hacia Terni, acompañado por un señor de Espoleto, que se había quedado asombrado de cuanto sucedía. “¡Feliz él!, –había exclamado–, que desprecia el mundo para encontrar a Dios”. Llegados al Passo della Somma, cerca de Espoleto, encontraron al padre Santiago Vaquedano de la Caridad, que volvía de Loreto. Dijo conmovido que había visto a Glicerio en el cruce que va al eremitorio franciscano de Espoleto, “descalzo, sin gorro ni capa, con una pobre sotana, completamente mojado”. Bajando del caballo lo había abrazado, pero sin lograr convencerle de que volviera a Roma. Le había dejado dos monedas por caridad, él que en Roma recibía precisamente de Glicerio una pequeña ayuda mensual⁹⁵. Glicerio le había confesado que se dirigía al Convento para hacer penitencia. Mientras tanto el padre Santiago se ofreció generosamente a servirles de guía. Así, los tres llegaron por fin, sin posibilidad de error. Dejando a la derecha la iglesia de S. Pedro y bordeando a izquierda el puente delle Torri, subieron, en medio de hermosas vistas y a través de bosques, hasta la llanura terminal de Monteluco. Monteluco, la *Montaña santa* de Espoleto, era, pues, la meta de la larga peregrinación de Glicerio.

La montaña sagrada de Espoleto

No desconocida por Glicerio, era de lo más hermoso que pudiera imaginar. La montaña está unida a la ciudad de Espolazo mediante el puente delle Torri. A lomos de los primeros contrafuertes de los Apeninos, un frondoso robledal encantador se eleva hasta los ochocientos cincuenta metros, y se alterna con bosques de carrascales y alcornoques. Cerca de la cumbre está el pequeño convento de S. Francisco, fundado por el santo de Asís, un nido de águilas, verdadero oasis de paz. Monteluco deriva del *lucus*, esto es, bosque. Era *bosque sagrado* desde

95 Vaquedano, amigo íntimo de Glicerio, suministró, para su Beatificación, noticias utilísimas en una carta dirigida al padre Domingo de Jesús María. A nosotros nos ha llegado sólo un fragmento que se puede leer completo en el *apéndice*, 6. En cuanto a la ayuda que recibía de Glicerio, hemos encontrado en el Archivo de S. Pantaleo (*Reg. Cal.* 12A, XIX) una nota, de puño y letra de Calasanz, en la que se dice “Solía dar al padre Santiago Vaquedano cuatro escudos cada mes”.

la antigüedad pagana, celosamente protegido con una ley especial, la *lex Spoletina*. Durante los siglos IV y V de la era cristiana se convirtió en lugar privilegiado de eremitas venidos de Oriente, después, de los benedictinos y, por fin, de los franciscanos. Del beato Isaac, que vivió en uno de estos eremitorios, habla S. Gregorio Magno en el siglo VI. Junto con el eremitorio delle Carceri de Assisi y de Brogliano, sobre Foligno, Monteluco estuvo incluido en las varias reformas surgidas en la orden franciscana, antes y después de la observancia. Toda la montaña estaba bajo la *clausura*. A las mujeres les estaba permitido entrar tres veces al año. El primer asentamiento de franciscanos se remonta a 1218. S. Francisco construyó para sí y para sus frailes, con ramas y mortero, algunas celditas junto a la ermita de santa Catalina de Alejandría, regalada a él por los benedictinos de S. Julián. En el convento de Monteluco vivieron, además de S. Francisco, también S. Antonio de Papua y S. Bernardino de Siena. De S. Francisco se conserva en el oratorio la piedra que sostiene la pilastra del altar, y que servía de lecho al *poverello*. Junto a las celditas, que se conservan hoy como en tiempo de S. Francisco, está el pozo con el agua que el santo hizo brotar de la pura roca. Ciertamente Glicerio encontró la manera de relajarse en oración sobre aquella piedra, como en la Verna, y quitar la sed con aquella agua milagrosa. De S. Antonio se conserva la ermita entre las rocas del bosque, y de S. Bernardino, además de su ermita, la construcción que siguió a la de 1218. Desde el Belvedere hecho en el bosque se tiene una amplia visión, desde Espoleto a Perugia. Una lápida recuerda las palabras del *poverello*, “*nihil jucundius vidi valle mea spoletana*” –no he visto nada más apasionante que mi valle de Espoleto–. Un valle que se ha convertido casi en símbolo de Umbría, de su fascinación natural, de sus bellezas artísticas y del misticismo que de ella se desprende.

De cuanto hemos descrito en esta página parece bastante claro cuáles fueron las motivaciones que impulsaron a Glicerio a buscar un yermo tan lejano de Roma. La primera de todas, la fascinación por el *poverello* de Asís. En un manuscrito del archivo de la Porciúncula, terminado en el año 1654, el monasterio de Monteluco está ensalzado con este título: “*Paupertatis Asylum*”, el lugar inviolable de la pobreza. La pobreza, la *suma pobreza*, es, y seguirá siendo siempre en las Escuelas Pías, el ideal más ambicionado de Glicerio. Por lo demás, no

le era desconocido a Glicerio el sueño que S. Francisco tuvo en Esposito cuando quería ir a Puglia para combatir. Una voz le dijo: “¿Por qué buscas al sirvo en vez del amo?”. Y de caballero de Asís, Francisco se hizo juglar de Dios. Inmediatamente se marchó, humilde ermitaño, a orar en la soledad del bosque de Montelucio. Glicerio, también él llamado por una voz a vida nueva, se fue con su *Amo*, a Montelucio, humilde ermitaño, para completar su experiencia mística.

En el convento de S. Francisco

Llegados al convento, los tres se pararon unos minutos en el oratorio de S. Francisco, a la derecha de la entrada. Luego preguntaron al portero si había visto a un joven vestido de ermitaño. La cara del hermanito se oscureció, reconociendo, por la discreción que los caballeros mostraban, a aquel bribón que poco antes había introducido un alboroto en el convento. –¿Bribón?, exclamaron los tres a una sola voz. –¡Un verdadero bellaco! Un sinvergüenza, –respondió el fraile–. Se ha atrevido a robar quince ochavos a dos buenos hombres que sirven en el convento.

Y dejando a la derecha el claustro con el pozo y atravesando el estrecho corredor que tiene a la izquierda las antiguas celditas, los acompañó abajo, a una sala donde Glicerio, envuelto en una manta mientras sus andrajos se secaban en un gran fuego, estaba recitando el breviario. Poniéndose una especie de túnica, Glicerio abrazó a los amigos con efusión. Después les ayudó a quitarse las botas enfangadas y a secarlas. Y antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, vio en la mano de Selvaggi un folio. El amigo se lo leyó en voz alta. El hermanito comprendió todo como un rayo. Salió y en un instante estuvo de nuevo allí con el guardián y toda la comunidad. Se aprovecharon de la exquisita hermandad, característica del estilo franciscano, recreándose y gozando de las maravillas que el lugar sagrado ofrecía al espíritu con su silencio y sus reclamos místicos y saludables.

Mientras se despedían, –¡Adiós, Padre Abad! –exclamó el viejo portero: –¡De ladrón nada! Usted lo que quiere es robar el paraíso.

Uno de los presentes, verdaderamente feliz, feliz y asombrado por aquella escena, era el caballero de Esposito. Vuelto a casa, enseguida

“mandó muchos alimentos y también toda la ropa necesaria para vestir al Abad”⁹⁶.

La vuelta a Roma. Ejercicios espirituales

Glicerio, obediente como siempre, humildemente emprendió el camino de regreso. Imaginemos con qué ánimo. El P. Diego se la había hecho gorda. Pero Glicerio sabía reconocer en los acontecimientos el designio de Dios. Se volvía de vez en cuando a mirar la sagrada montaña, en la que quedaba enterrado para siempre su sueño de ermitaño orante y penitente.

Habría sido demasiado hermoso quedarse allí a contemplar aquel espectáculo de paraíso. Se había hecho ilusiones de haber encontrado y tocado la cumbre de sus aspiraciones. En cambio tenía que despertarse, bajar del monte antes de haber tocado la cima; volver a ponerse en camino para actualizar el proyecto del Padre celestial. Aún tenía mucho camino que recorrer. Sobre todo, había que subir otro monte bastante más dificultoso, en el que tendría plena realización su propia historia. A lo largo del camino iban apareciendo los primeros pobres, y Glicerio, que no había perdido el *vicio*, comenzó a insistir al señor Selvaggi para obtener dinero, dado que los dos del convento le habían soplado todo. Cerca de Narni, no sabiendo ya qué hacer, a un pobre le regaló el gorro nuevo. –¡Loco! –le gritó encolerizado Selvaggi– el gorro no era tuyo, no debías haberlo dejado⁹⁷. Y Glicerio, pobrecillo: –Hermano no se enfade. No lo haré más.

Llegaron a Roma. Glicerio, después de una breve parada en casa de Selvaggi, esperaba poder recuperar, al menos en parte, aquel tiempo del espíritu que le había sido bruscamente substraído sobre la montaña santa de Espoleto. Unos ejercicios espirituales en los padres de la Escala. Oración y penitencia.

La palabra, la experiencia y los carismas del P. Domingo lograron finalmente dar plena luz a su alma. –Sobre las Escuelas Pías –le dijo claramente el P. Domingo– se ha posado tu estrella. El Señor te lla-

96 A. Armini, *o.c.*, cap. IX, nn. 1-2, p. 48 ss.

97 Selvaggi, anota el P. Armini, rescató el gorro dando una moneda al pobre.

ma allí. Y añadió con tristeza: –“Aquí se separarán nuestros caminos. Aquí se acabará mi misión de guía y de maestro. Para llegar a la cima de la altísima perfección... “*confía el alma en otra más digna que yo / con ella te dejaré al partir*⁹⁸”.

Glicerio y José de Calasanz se dieron la mano. De ahora en adelante, en sinergia de ideales y de responsabilidad, serán una sola alma y un solo corazón. La alegría del primer encuentro se convirtió en promesa de una fiesta para siempre.

98 Dante, *Infierno*, I, vv. 122-123.

EL IDEAL ESCOLAPIO

LA REFORMA DE LA SOCIEDAD EDUCANDO A LOS NIÑOS



El contraste entre la misión de Glicerio a favor de los pobres en las calles de la ciudad y la desarrollada en la Escuela de Calasanz era sólo aparente. En realidad los niños son, entre los pobres, los más pobres, porque son los más débiles e indefensos, fácil presa de lobos rapaces, de adultos perversos. Ellos son la fuente de la vida, las raíces sanas, sujetos activos para un florecimiento nuevo. “Si de hecho los niños desde la primera infancia reciben una formación seria en la piedad y en las letras, es de esperar sin duda que será

fácil todo el curso de su vida”⁹⁹. Los niños serán la levadura que fermentará y salvará una sociedad renovada.

El programa de Calasanz no pedía por menos de entusiasmar al joven Glicerio. *Piedad y Letras* era el programa educativo en las

99 *Constituciones de las Escuelas Pías*, Roma 1986, Proemio, n. 5, p. 4.

Escuelas Pías, las dos alas para un vuelo seguro. Para las Letras no le faltaban a Calasanz profesores valientes, ni faltarán, aun a nivel internacional, los Galileo y los Campanella. En cambio, lo apremiaba la búsqueda de personas aptas que pudieran garantizar el equilibrio necesario a la otra ala, la más desguarnecida de las dos, y que, por consiguiente, despertaba una preocupación más urgente, la Piedad.

Los niños habían encontrado en José un padre afectuoso y dedicación infinita en beneficio suyo. Pero faltaba un hermano mayor que también fuera amigo generoso de los pequeños, que los cogiera de la mano con impulso juvenil. Calasanz reconoció en Glicerio el don esperado del cielo. Y he aquí que le encomendó los puntos estratégicos de su sistema educativo, las dos llaves secretas de un mundo complejo, cual es el alma de los niños y de los adolescentes: *La Oración Continua y la Catequesis*.

1. LA ORACIÓN CONTINUA

“Un camino de amistad con Jesucristo”¹⁰⁰

Es una “práctica genial genuinamente calasancia”¹⁰¹

“Cada día, desde el comienzo de la escuela hasta el fin, se hace Oración Continua de nueve alumnos, con asistencia de un sacerdote competente, que instruye a los escolares sobre el modo cómo debe hacerse la oración, y dura media hora, y luego se intercambian por otros nueve. Y se ora por la exaltación de la Santa Iglesia Romana, por la extirpación de las herejías, por la unión de los príncipes y en particular por los bienhechores ordinarios de este lugar. A esta oración van

100 Es el título del trabajo publicado por Rosalía Haro, escolapia. Roma 1986. Otros documentos sobre la Oración Continua son: Sántha, “La Oración Continua, según S. José de Calasanz”, en *Rev. Cal.* 12 (1957) pp. 649-664; Dionisio Cueva en *Catequesis calasancia*, ib. p. 118, n. 33; S. Giner, *S. J. de Calasanz Maestro y Educador*; Madrid 1992, pp. 65 ss.; A. Martínez, La O. C. en el primer siglo de las Escuelas Pías, en *Arch. Sch.P.*, 35, (1994), pp. 25-116.

101 J. Sántha, “P. Crisóstomo Salistri”, en *Eph. Cal.* (1965), pp. 146-167. Traducción española, por el P. Valeriano Rodríguez. Publicaciones ICCE, Madrid.

por orden todos los alumnos, comenzando por la clase primera hasta la última”¹⁰².

La práctica de la Oración Continua comenzó quizá en el año 1600. Con seguridad ya existía en 1602, presidida por el sacerdote Gellio Ghellini¹⁰³. Sufrió un cambio cuando las Escuelas Pías pasaron del edificio Vestri (1605) al de Mannini, y después, definitivamente, al de S. Pantaleón (1612), y el número de alumnos se duplicó, de unos 600 a 1200. Ahora, cada grupo de oración, en vez de nueve alumnos, tenía de 10 a 12, y quizá más. Algún enriquecimiento aportarían los luqueses, que dirigieron las Escuelas Pías desde 1614 al 1617. Pero fue sobre todo Glicerio quien dio a la Oración Continua la forma codificada después en las Constituciones de 1622:

“Un sacerdote, si es posible, presidirá la Oración Continua, que se hace por turno de diez a doce alumnos por la mañana y por la tarde durante las lecciones, para exaltación de la Santa Iglesia Romana, la extirpación de las herejías, la concordia entre los príncipes católicos y el buen gobierno e incremento de nuestra Congregación. Dicho Padre enseñará a los niños el modo de prepararse al sacramento de la penitencia, y a los mayores, a la Comunión. Igualmente (enseñará) un modo sencillo de orar, y otros temas según su capacidad”¹⁰⁴.

Y en los Ritos Comunes: *“Hágase Oración Continua mientras duran los ejercicios escolares, por la mañana y por la tarde, con algunos de los escolares, llamados por orden, de todas las escuelas, a la cual asistirá uno de los nuestros. Y éste podrá también instruir a los*

102 De la *Breve Relación*, escrita por Calasanz entre 1602 y 1605, y destinada a alguna personalidad no bien identificada, para informarle sobre la obra por él emprendida. Se llama también *Documentum princeps* (El Documento principal), por la importancia y las particularidades que ofrece sobre la organización originaria de la Escuelas Pías y sobre los principios pedagógicos de Calasanz.

103 Sacerdote vicentino, que fue de los primeros colaboradores de Calasanz. Escribió a su hermano el 20 de julio de 1602: “Calasanz ha puesto en el *Memorial* que a las lecciones y a la Oración Continua asista un sacerdote de edad madura, de Letras y de gran espíritu; y, puesto que se trataba de mí, quería que me releva- ra, pero no quiere”.

104 *Constituciones*, Parte II, Cap. IX, n. 194.

*pequeñitos con un modo fácil y breve para hacer dicha oración; además, sobre cómo el confesar bien los propios pecados, y examinarse bien la conciencia; y cómo se deberán preparar dignamente cuando sean aptos para recibir la Santa Eucaristía*¹⁰⁵.

Una de las vivencias más fuertes de Calasanz era la convicción de que la oración de los pequeños *inocentes* tenía un poder extraordinario ante Dios: *“Espero que la santísima Virgen intercederá, no por nuestros méritos, sino por las súplicas de los niños inocentes, en cuya Oración Continua confío*¹⁰⁶.

A medida que crecía la Obra y con ella las dificultades, Calasanz recorría cada vez más a la oración de sus *angelitos*, y se preocupaba por encontrar la persona más adecuada que se ocupara de su formación espiritual. Para Glicerio fue cosa sencilla y natural instruirlos en la oración y conservarlos en la pureza, dos campos en los que era verdaderamente especialista desde su infancia.

Los Sacramentos en el sistema educativo calasancio

La Oración Continua tendía a un fin específicamente práctico y excepcional. Insistía no tanto en el contenido cuanto en el modo de recibir los sacramentos, “bien y con fruto”. Pretendía crear una atmósfera de oración y de piedad en todo el ambiente escolar¹⁰⁷: *“En cuanto a las cosas espirituales, los escolares se confiesan una vez por semana, y se enseña el modo como se debe hacer la verdadera confesión. Los que son de Comunión comulgan cada ocho días, y otros cada quince, a los cuales se les enseña cómo deben comulgar fructuosamente*¹⁰⁸.

Una de los encargos principales del asistente a la Oración era el de instruir a los niños a recibir los sacramentos de la confesión y co-

105 Los *Ritos Comunes* junto con las *Reglas* nacieron de la exigencia por parte de Calasanz de dar una cierta unanimidad a la vida común de los escolapios después de haber compuesto las *Constituciones*. El manuscrito está en AGSP, Reg. Cal. XII, n. 47.

106 *Pos. Cas.*, Pr. Summ. N. 24

107 V. Caballero, *Orientaciones pedagógicas de S.J. de Calasanz*, Madrid 1845, p. 233.

108 S. J. de Calasanz, *Breve Relación*.

muni6n. Calasanz daba máxima importancia a la eficacia iluminativa, preventiva y medicinal de los sacramentos en su sistema educativo¹⁰⁹. Recomendaba a los maestros que se adaptaran lo más posible a la capacidad del auditorio. Exhortaba a los suyos a servirse en particular de uno de los medios más poderosos para el verdadero progreso moral y espiritual, esto es, el *examen de la propia conciencia*¹¹⁰. Sin el autocontrol interior y cuidadoso respecto a los ideales propuestos; sin una crítica clara, profunda e imparcial, de los propios sentimientos, resulta imposible cualquier progreso.

Glicerio conoca el arte de entrar con discreci6n y respeto en el santuario de la conciencia, misterioso lugar de encuentro de lo divino con lo humano. Los primeros pasos eran de rehabilitaci6n de los que entraban en las Escuelas Pías heridos por los influjos del ocio y del ambiente corrupto de la miseria y del pecado. Condici6n necesaria para hacerse alumno de las Escuelas Pías era la confesi6n general, que debía ayudar a romper completamente con el pasado y a comenzar una vida nueva en el camino de amistad con Jesús. Para los más pequeños la educaci6n tendía a prevenirlos en lo posible del influjo perjudicial que el pecado podría provocar en sus almas inocentes.

El castigo, medicina de ayuda

Todo buen educador sabe por experiencia que el autocontrol, esto es, el control que cada uno impone a las propias acciones a través del dictamen de la conciencia es, no un punto de salida, sino un punto de llegada, y supone un cuidadoso y largo trabajo de formaci6n. Esperar el autocontrol de los niños, que la mayoría de las veces siguen el instinto natural y estn tan ajenos a la reflexi6n y al razonamiento, es exponerse a muchas desilusiones.

109 "Haga que se confiesen bastantes veces y comulguen también los mayores, porque los sacramentos suelen iluminar bastante el entendimiento e inflaman la voluntad a aborrecer el pecado y amar las obras de virtud. Insista mucho en ello, porque es el todo de nuestro instituto". Al P. Castilla, Roma 4 de julio de 1626. *EGC*, II, p. 405.

110 "A la oraci6n asistir uno de los nuestros y... podrá instruir a los pequeñitos en el modo de examinar bien la conciencia". *Reg. Cal.*, XIV, 74.

Como para la salud física no es suficiente la prevención de las enfermedades y la correcta alimentación, sino que a veces es necesaria la medicina, así también para la salud espiritual no basta la vigilancia del educador y la ayuda sacramental. Es necesaria una medicina amarga y saludable, el castigo. Es una medicina. Por lo tanto hay que usarlo con prudencia, en los casos efectivamente necesarios, y bajo el control directo del *médico*. Escribe Calasanz:

“En cuanto al alumno desobediente, hace bien al castigarlo, pero quisiera que el castigo fuera impuesto siempre con tanta piedad y prudencia que los mismos escolares vieran que merecían mucho más”¹¹¹. Y todavía: “El castigar con benignidad y misericordia a los alumnos me agrada grandemente, porque conociendo los escolares amor de padre en el maestro no sienten tanto el castigo ni huyen tan fácilmente de la escuela”¹¹². “Procure atraer a los escolares mostrándose más como su padre que como juez riguroso”¹¹³.

Es recurrente en Calasanz la idea de que la *confesión* es una alternativa válida al castigo. Es un medio más eficaz porque obtiene la enmienda. Así, escribe:

*“En cuanto al castigo de los alumnos haga que, siempre que el confesor pida que a uno se le perdone si se confiesa, entonces se le perdone, porque causa mayor efecto el sacramento que el látigo”*¹¹⁴.

¡Cuántas veces Glicerio intervendría, para calmar la ira del maestro, juez riguroso, y librar de sus garras al desgraciado niño rebelde, llevándolo, pequeño *Judas*, al grupo de sus doce orantes, retocándole los rizos y las medias de ángel asustado!

Jesús, amigo a quien conocer

Liberados de los influjos nefastos del pecado, los niños estaban en grado de dar los primeros pasos hacia la perfección evangélica.

111 *EGC*, II, n. 224, al P. P. Cananea. Roma 20 de junio de 1624.

112 *EGC*, III, n. 893, al P. Pietrangeli. Roma 7 de julio de 1628.

113 *EGC*, IV, n. 1618, al P. Bandoni. Roma 15 de mayo de 1631.

114 *EGC*, IV, n. 1441, al P. García. Roma 19 de julio de 1630.

Jesús eucarístico era el punto de referencia privilegiado. Glicerio sabía que los pequeños con sus energías sanas y frescas tienden naturalmente a la entrega total al Señor. Por esto consideraba una prioridad pastoral conducirlos a Él, hacer que descubrieran a Cristo, para que pudieran afrontar con serenidad los problemas de la vida. El suyo era un desafío ético a las fuerzas del mal a favor de la vida.

Para profundizar en el conocimiento de Jesús que procuraba la catequesis semanal, Glicerio tenía a su disposición libros apropiados, como *Vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, de Calasanz¹¹⁵, *El joven cristiano*, del P. Franciotti, *Preparación clara y fácil para el sacramento de la Confesión y de la Comunión*, del P. Felipe Angelini, y la propia *Breve declaración de la Doctrina Cristiana*¹¹⁶.

Glicerio, igual que prefería, a ejemplo de Calasanz, orientar a los pequeños hacia las virtudes de los niños mártires, también lo hacía especialmente con la imagen de Jesús Niño. En esto tenía un celoso colaborador, Gaspar Dragonetti¹¹⁷. Con gran entusiasmo preparaba a los niños a la primera comunión. La sagrada comunión contribuye a integrar y conseguir los múltiples y saludables efectos de la confesión. Siendo por excelencia un sacramento *de vivos*, puede ejercer mejor su eficacia iluminativa de prevención y de estímulo para el bien.

Glicerio compartía de lleno el pensamiento de Calasanz:

“El Señor suele con mucha frecuencia dar en la comunión salud más completa que la que dan las mejores medicinas del mundo... salud y alegría”¹¹⁸. “Que los alumnos se confiesen y comulguen bas-

115 Son tres ejercicios piadosos de Calasanz.

116 Manuscrito de Glicerio, en la BGSP. Cfr. L. Picanyol, *El Ven. Glicerio Landriani*, Roma 1938.

117 Escribía Calasanz al P. Cananea el 19 de abril de 1618: “El P. Gaspar ha comprado para estas Escuelas Pías de Frascati valiosas figuritas para hacer el Pesebre, el cual será de gran devoción, y lleva consigo muchas cosas necesarias para darle perfección a su tiempo”, *EGC*, II, n. 27

118 *EGC*, IV, n. 1565. Roma 18 de enero de 1631.

tantes veces, porque es grande la fuerza del sacramento acompañada de piadosas exhortaciones del maestro”¹¹⁹. “Este sacramento es uno de los principales, o mejor, el principal medio para hacer copioso fruto en nuestro Instituto con los jovencitos”¹²⁰.

Todo esto se mezclaba con el afecto paterno de Glicerio, que podía repetir con el profeta: “Con lazos llenos de humanidad los arrastraba, con vínculos amorosos. Con ellos era como aquél que alza un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer”¹²¹. En Glicerio había efectivamente algo maternal en el gesto solícito y delicado, que le hacía especialmente cercano y amable.

Jesús, el amigo con quien hablar

La *exposición de Jesús sobre el altar* era una forma de oración que hacía más viva la presencia de Jesús entre los niños en el oratorio, y más devoto el ambiente. Me parece legítima la hipótesis de que ésta ha sido en las Escuelas Pías una invención de Glicerio, el cual tenía una larga experiencia de las cuarenta horas.

Calasanz, para crear en la sala del oratorio una atmósfera agradable de oración, para fijar la atención de los niños y frenar su fantasía, había mandado pintar y poner sobre el altar una gran imagen de la Virgen con el Niño, en el centro de un grupo de niños arrodillados en los escalones del altar, junto a un padre escolapio.

Glicerio ponía sobre el corporal el expositor con la forma consagrada. El expositor no mostraba a los niños los ojos azules del Hijo de María, como en el cuadro, pero les ofrecía la ocasión concreta de un acto de fe auténtica: “*In cruce latebat Deitas, at hic latet et humanitas*” (Sobre la cruz se escondía la divinidad, pero aquí, también se oculta la humanidad). Aquí resuena clara la palabra del Señor: “Cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”¹²². Una presencia que el sacerdote hacía completa y más con-

119 *EGC*, V, n. 2258. Roma 16 de agosto de 1634.

120 *EGC*, III, n. 871. Roma 10 de junio de 1628.

121 Oseas, 11, 4.

122 Mateo 18, 20.

creta en la Eucaristía. Jesús ha prometido: “Todo lo que pidáis en mi nombre lo haré”¹²³.

Aquí está la fuerza que Glicerio otorgaba a la oración de sus pequeños. Ellos recitaban el Padrenuestro, el Ave maría, las Letanías de la Virgen María y de los santos, el Credo, los siete Salmos penitenciales, el *Veni, Sancte Spiritus*, el Rosario, la Corona de las Doce Estrellas, el *Sub tuum praesidium*¹²⁴. Cantaban los Laudes, aprendían a hacer la visita al Santísimo Sacramento.

Glicerio ayudada a los niños a tomar contacto con el propio mundo interior, a descubrirse a sí mismos, a tener una percepción realista de la cualidad, de los dones recibidos, de las aptitudes. Un aprender a *pensar en positivo*, a tomar conciencia de la riqueza que hay en cada persona y que espera cómo expresarse. El padre “letrado” les iba conduciendo poco a poco a preocuparse no sólo de sí y de su propia familia, sino a mirar también generosamente fuera de ellos. Suscitaba entre ellos sentimientos de gratitud hacia Dios, pero también hacia las personas que tomaban a pecho su mantenimiento y les daban la posibilidad de adquirir la formación cultural y de proveer a su futuro. Pedían por las necesidades de la Iglesia universal.

Glicerio les ayudaba a tomar conciencia también de los problemas internacionales. No sólo los de los turcos, que amenazaban la Iglesia y la civilización occidental, sino los de Europa central, atormentada por odios, guerras y matanzas entre hermanos.

Calasanz al principio asignó al padre encargado de la Oración Continua la tarea de enseñar a los niños la oración. Después de la experiencia de Glicerio, añadió a las constituciones la obligación de tratar también “otros temas acomodados a su capacidad”. El padre Gellio Ghellini, que precedió a Glicerio en el cargo de animador de la Oración Continua, escribiendo al hermano Pablo Emilio, le pedía subsidios didácticos, para que “apoyándose sobre mí el negocio del espíritu de estos hijos y de su

123 Juan, 14, 13.

124 Con esta hermosa oración, “*A tu amparo y protección...*” todavía hoy todos los escolapios terminan sus oraciones de comunidad.

oración, tengo que hacer *muchas actividades*¹²⁵. Sí, porque el deber del educador exige puesta al día continua y creatividad permanente. La rutina y la inestabilidad propia de la adolescencia son dos enemigos capitales de su armónico crecimiento espiritual. Con este fin Glicerio pedía al hermano que le enviara libros, estampas y otro material.

También Glicerio tenía que hacer “muchas actividades”, mucho trabajo: leer, tomar notas, evaluar, profundizar, reflexionar y adaptar tanto el material sacro como el profano. La literatura era igualmente importante, porque ayuda a multiplicar los puntos de vista, a ensanchar el horizonte cultural. Permite abrir una puerta más para entrar en el mundo de los demás. Glicerio ayudaba a los jóvenes a comprender los problemas de la Reforma y de la renovación, hasta desde el punto de vista de los protestantes. Sin su aportación correcta, se habrían apagado, por intrínseca fragilidad, los esfuerzos de la Roma católica. Sabía bien qué soluciones concretas, inspiradas en el Evangelio, podía proponer a sus niños, para hacerles artífices activos y capaces de estimular y reformar la evolución natural de su sociedad religiosa y civil, y ofrecer su inestimable contribución al progreso de la humanidad.



2. EL CATEQUISTA

“El oficio más digno del mundo”

De apóstol de los pobres y de las prostitutas, Glicerio se convirtió, dentro de las Escuelas Pías, en especialista de la catequesis. Utilizó la ciencia teológica adquirida¹²⁶ y la experiencia de Milán junto a Federico Borromeo, sobre las huellas de san Carlos. Advertía, según el espíritu del concilio de Trento, sobre la exigencia de una acción catequética renovada y creativa, incisiva y constante, capaz de dar, con la fuerza de la Palabra evangélica

125 *EC*, p. 1555.

126 San José de Calasanz afirma: “Sé que ha estudiado filosofía y teología, porque razonaba sobre ello con mucho fundamento”.

y a través del ejercicio propio y fatigoso, un alma cristiana al mundo. Ayudar a los jóvenes a liberar la mente y el corazón de cuanto les obstaculiza el camino; espolearlos a dar lo mejor de sí en una tensión constante de crecimiento humano y cristiano. Tuvo por un don del cielo el encargo que Calasanz le confió, esto es, dedicar su atención en especial a los niños. No se consideró en absoluto rebajado. Cristo, la sabiduría de Dios mismo, tuvo predilección por los pequeños y trató a los niños con confianza: “*Dejad que los niños vengan a mí*”¹²⁷.

La formación intelectual y religiosa de la juventud es presupuesto esencial para el futuro de la Iglesia. La principal fuente en la que Glicerio bebía para su catequesis era la Sagrada Escritura.

*“Por la calle... siempre se ocupaba en hacer oración mental o vocal, y en leer algún paso de la Sagrada Escritura, que siempre llevaba consigo, con gran fruto de sus compañeros”*¹²⁸.

Consideraba un oficio, el más digno y eficaz, el exponer y explicar fielmente la correcta interpretación de la Palabra, camino seguro para encontrar a Dios y, sin embargo, “tan olvidada –afirmaba en una carta al cardenal Federico–, es más, contra la cual el mundo ha alzado bandera”. Se preparaba a fondo a través del estudio, la oración y la reflexión, haciendo de la Biblia el pan de cada día, porque, escribía repitiendo las palabras de Jesús, “si uno me ama observará mis palabras y mi Padre lo amará y vendremos a él y en él pondremos nuestra morada”. “Sólo si su Palabra permanece en mí, –concluía Glicerio–, obtendré mucho fruto”¹²⁹. Su esfuerzo diario era actualizar y acomodar la Palabra eterna en su enseñanza, para que cada acontecimiento se viera iluminado por ella. Para comprender mejor el sentido de la Palabra divina, leía con asiduidad las obras de los santos Padres y de los Doctores de la Iglesia, especialmente san Gregorio papa y santo Tomás de Aquino¹³⁰.

127 Mateo, 19, 14.

128 P. García en *Pos. s.v.*, fol. 128, p. 274.

129 Carta al cardenal Federico con fecha 5 de noviembre de 1611.

130 Glicerio transcribió en un libro las Sentencias de los Padres y Doctores, y se servía de ellas para el apostolado y mandó que se las leyesen en la última enfermedad. Cfr. *Apéndice* 6.

Lugares de su catequesis

Desde siempre el lugar propio de la catequesis es la familia, ayudada por la comunidad parroquial. Pero a veces el punto de partida, o sea, el ambiente familiar y la insuficiente propuesta de la comunidad eclesial, hacen la contribución de la escuela, siempre preciosa, indispensable para la formación integral de los jóvenes.

Toda la semana Glicerio trabajaba en la escuela; los domingos y días festivos en distintas parroquias de Roma y de sus alrededores.

“El celo de la salvación de las almas era, según a mí me parece, ardentísimo. La asiduidad y diligencia que usaba cada día en nuestras escuelas, estando de la mañana a la tarde en el Oratorio, catequizando a los alumnos, o enseñando a hacer y haciendo con ellos continuas oraciones o exhortaciones y procurando que se confesaran, me parece inexplicable”¹³¹.

“Sentía gran agrado en enseñar la doctrina en las Escuelas Pías a los niños continuamente. Con un bellissimo orden catequizaba a los niños en todas las cosas necesarias para vivir cristianamente, imprimiendo en sus corazones el santo temor de Dios, la obediencia a los mayores y a estar dispuestos antes a perder la vida que a ofender a Dios”¹³².

“Atendió un tiempo a la doctrina cristiana en la iglesia de santa María en Grottapinta... Cuando tuvo bien organizada la doctrina en dicha iglesia, para que marchara bien, fue a implantar la doctrina en san Adrián en Campo Vaccino, que estaba toda abandonada, habiendo sido él nombrado prior por Mons. Vicegerente de la doctrina, para que restableciera la doctrina en los sitios donde faltaba. Y usó tanta nobleza y tan buen hacer que en poco tiempo aquella fue de las primeras doctrinas en Roma”¹³³.

“Sé que estableció una buena doctrina en Campognano de Roma, habiéndomelo dicho el arcipreste de dicho lugar, y otra en Formello;

131 B. Pedro Casani, en *Pos.s.v.*, p. 271

132 P. Juan García, en *Pos.s.v.*, p. 401.

133 P. García, en *Pos.s.v.*, p. 275.

*y sé que enseñaba la doctrina a los niños de las Escuelas Pías, donde habitaba*¹³⁴. “Restauró la doctrina en San Bernardo, la cual faltaba, habiéndoselo ordenado Mons. Fedele, vicegerente”¹³⁵.

Centros de su actividad fueron, primero san Lorenzo en Dámaso, cerca de san Pantaleón; después santa María en Grottapinta en Campo dei Fiori, y san Adriano en el Foro Romano, donde gracias a Glicerio la doctrina logró la cima del florecimiento y organización. Fuera de Roma, además de Campagnano, donde el capellán era buen amigo de los padres de san Pantaleón, y Formello, no lejos de Campagnano, realizó intenso trabajo en Frascati, donde Glicerio, con Calasanz y Gaspar Dragonetti, se trasladó desde san Pantaleón en 1616.

Los modelos y la organización

Vale la pena recordar lo que el señor Cosme Contini afirma en el proceso ordinario: “El padre abad era un gran siervo de Dios e *imitaba la vida de san Carlos*”¹³⁶. Glicerio, que se había reflejado en las múltiples facetas de la vida de san Carlos, ahora, en la infatigable actividad catequética reconocía el aspecto con el que más congeniaba.

Inmensa fue la mole de actividad pastoral que san Carlos desarrolló en Milán: seminarios, sínodos, visitas y audiencias, peregrinaciones, asistencia a los enfermos pobres, música y canto. Pero la primera entre tantas preocupaciones pastorales suyas fue la de las escuelas de la doctrina cristiana para niños. San Carlos iba de una a otra iglesia para controlar el funcionamiento de la doctrina. Enviaba laicos y sacerdotes a fundar escuelas en todas las parroquias de la diócesis. Les prescribió estatutos y normas. En cada escuela había un Prior, un director que después del catecismo reunía a los maestros para examinar dificultades, impedimentos, ausencias, desórdenes, y tomar decisiones. Parece ya la descripción de cómo actuará Glicerio medio siglo después en los centros de catequesis de Roma, tal como viene atestiguado en los procesos de beatificación:

134 Francisco Selvaggi, en *Pos. s.v.*, p. 270.

135 J. García, en *Pos. s.v.*, p. 276.

136 *Pos. s.v.*, p. 238.

“Quería que cada obrero –así llamaba a los maestros– tuviera “in scriptis” –por escrito– lo que debía de hacer al enseñar la doctrina, queriendo él mantener el método que seguía san Carlos al enseñarla. A tal efecto mandó pedir un libro a Milán y lo llevaba siempre consigo, junto con la Sagrada Escritura”¹³⁷. “Decían todos que mientras Glicerio tuvo la doctrina la había llevado con mucha caridad, y que tanto fue el buen ejemplo que todos habían quedado muy bien edificados por ello, y había quedado la fama de que la doctrina había sido explicada por un sobrino de san Carlos”¹³⁸.

Como en Milán la catequesis de los Borromeo, en Roma la enseñanza de Glicerio estaba intercalada de cantos, salmos y oraciones. Y se extendía también a las nociones elementales de adquisiciones culturales, como rudimentos de la lengua escrita y hacer cuentas. San Carlos Borromeo escribió en 1571: “Y es de tanta utilidad esta obra de escuelas cristianas el día de fiesta que, para mí, no puedo ver que otra cosa haya dado tanto fruto en esta mi diócesis cuanto ésta”. Formado en la escuela de los Borromeo, Glicerio tenía ideas claras, y ya una cierta experiencia. Él estructuró la catequesis de manera sistemática.

Estilo calasancio

Las líneas programáticas de san Carlos las encontraba Glicerio también en gran parte codificadas en los estatutos de la confraternidad de la Doctrina Cristiana en Roma. Pero iba más allá de la simple catequesis que la confraternidad proponía. En los objetivos de la pía asociación él infundía un espíritu nuevo, el espíritu calasancio, que mira a la *educación integral* de los alumnos. No ya la simple evangelización, sino piedad y letras, fe y ciencia; no sólo formación religiosa, sino cultural y profesional. Lo esencial, presentado con sencillez, amor, y dedicación a tiempo completo. Palabra y testimonio. Primero *ser*, para luego *comunicar* con eficacia.

En la escuela de Calasanz el momento privilegiado de la catequesis era el de la Oración Continua, de la que ya hemos hablado. El

137 *Pos. s.v.*, p. 276.

138 *Pos. s.v.*, p. 277.

ambiente de las Escuelas Pías ofrecía amplios espacios para organizar academias y pequeños teatros hagiográficos, disputas académicas semanales, competiciones sobre temas catequéticos con pequeños premios –estampas, rosarios, agnuscéis, libritos, material para escribir– que suscitaban emulación y aumentaban la diligencia de los niños¹³⁹. Los grupos rivales con frecuencia recibían nombres característicos, como “Cartagineses y Romanos / Caballeros e Infantes / Puerta Pía y Puerta Angélica”. Pero, –se nos podría argüir– ¿no es este el método hoy tan vituperado... porque lleva a la rivalidad? Sí, pero aquí *vencer* era secundario. La competitividad, en cierto modo, forma parte de la psicología del hombre y del niño, con tal de no llevarla más allá de ciertos límites. Hay que subordinar el momento competitivo a la solidaridad y a la comunión.

Formación de los Laicos

En las parroquias una de las exigencias más sentidas también hoy, para una catequesis de calidad, es la formación de catequistas laicos celosos y capaces. Una parte del saber pastoral consiste en saber valorar las capacidades de los talentos, quizá escondidos, pero al alcance de la mano; animar adecuadamente al que tiene las dotes necesarias para llegar muy alto, elaborando estrategias e iniciativas nuevas. Todos los cristianos, en virtud del sacramento de la confirmación, han recibido del Espíritu Santo carismas apropiados para construir la comunidad.

Glicerio ayudaba a los laicos, hombres y mujeres, a descubrir el propio papel en el ámbito de la misión evangelizadora de la Iglesia, y daba concreción a su ministerio. Reconocía y respetaba al laico como sujeto legítimo de apostolado y de testimonio cristiano. “Por su vocación es propio de los laicos buscar el Reino de Dios, tratando las cosas temporales y ordenándolas según Dios”¹⁴⁰. En san Adrián Glicerio tenía más de treinta obreros laicos, y quince obreras –catequistas–, para más de cuatrocientos niños y niñas. Iban a la catequesis también

139 Cfr. C. Vilà Palà, *Fuentes inmediatas de la Pedagogía Calasancia*, Roma, Arch. Gen. F 8/6, pp. 261-278.

140 Conc. Vat. II, Const. Dogm. *Lumen Gentium*, n. 31.

unos sesenta campesinos. Con cortinas separaban los hombres de las mujeres. Y esto no por otro motivo, sino, como afirma san José de Calasanz “*para que hicieran su trabajo con mayor tranquilidad; y lo sé por haberlo visto muchas veces*”.

Y añade:

“Tenía tan gran fervor al enseñar en Roma la doctrina cristiana a los niños pobres y otras gentes, que las fiestas, para ir pronto no se preocupaba de comer mal y rápido. Y duró mientras que vivió, ordenando la doctrina con tanta diversidad de órdenes, clases y maestros, que era maravilla la cantidad de gente”¹⁴¹.

Disponía de enfermeros y también maestros para los que querían aprender a leer y escribir. “*Muchos con tal ocasión aprendían y algunos se hicieron religiosos por los buenos ejemplos que dicho padre les daba*”¹⁴². Había siempre confesores dispuestas para todos. Cada “equipo”, esto es, grupo de niños o niñas, era confiado a un maestro o maestra. Cada sección, masculina o femenina, la supervisaba un prior o una priora, figuras de primer orden que el mismo Glicerio elegía entre los laicos más comprometidos y a las que formaba adecuadamente.

Escrita de puño y letra de Glicerio, ha llegado hasta nosotros, aunque mutilada, una página preciosa, titulada “*Sobre el oficio del Prior*”¹⁴³. El nombre era bien conocido en las hermandades de la doctrina cristiana de Milán y de Roma. Sin embargo, en Glicerio el nombre de prior está cargado de un valor que trasciende el de un simple encargado del orden y del buen funcionamiento en general. Él debe “pensar con frecuencia sobre las cosas de su escuela”, “ser solícito en prever... para conseguir el bien”. “Sea en todas las cosas excelente y en las virtudes cristianas irrepreensible lo más que pueda... como lámpara encendida y puesta sobre el candelero”. Debe poder repetir “como Gedeón a los soldados: –Haced vosotros como me veis hacer a mí”. Debe visitar con frecuencia las distintas clases para “animar al

141 José de Calasanz, en *Pr. O. R.*, p. 376.

142 J. García, en *Pos. s.v.*, p. 403.

143 *Eph. Cal.* N. 11, 1981, p. 413.

perezoso, espolear al negligente con caritativa severidad y con amable reprensión”.

Glicerio era un obrero de la primera hora en las Escuelas Pías. Era él, junto con el fundador, quien establecía en la práctica lo que luego fue sancionado en las Constituciones, y se convertirá en carisma y tradición calasancia. Calasanz escribirá que “el superior debe espolear a la santidad *imprimis* –sobre todo– con su ejemplo, corregir los defectos *benigne* –con amor–, más exhortando con sensibilidad que con mandato severo”¹⁴⁴. En la página de Glicerio emergen ya las características principales de la didáctica calasancia y especialmente la *diligencia* intensa, en su rico valor semántico de cuidado, atención, amor, delicadeza. Calasanz insiste en sus cartas: “...atienda con diligencia la escuela y considere que sirve a Dios”¹⁴⁵. Glicerio recomendaba al prior: “*Tendrá cuidado diligente en la comunión de cada mes no falte ninguno de los suyos, avisándoles uno o dos domingos antes y aconsejándoles se confiesen y se preparen*”. Y para que la invitación fuera eficaz “*debería él mismo hacerla con más frecuencia*”. Escribiendo al padre García desde Frascati el 29 de mayo de 1617 le suplica que haga de manera que los socios de la Doctrina se avisen unos a otros para la comunión del siguiente domingo, si no estuviera seguro de que ya se había hecho. De tal manera que –y así viene destacado también en las Constituciones como característica calasancia– “*la catequesis predisponga a la liturgia y suscite el compromiso apostólico*”¹⁴⁶.

Como director y supervisor de la doctrina, Glicerio requería que después del catecismo cada maestro diera cuenta de la propia experiencia. De la confrontación y de la verificación con las líneas programáticas debían salir nuevas orientaciones para el futuro. Tal como hoy los decretos ministeriales ordenan a los profesores y maestros reuniones para adoptar los textos, para unificar los criterios de evaluación, para aprobar técnicas nuevas, para proponer cursos experimentales, para

144 *Constituciones*, Salmanticae 1979, cap. VII, n. 75.

145 *EGC*, IV, n. 1374.

146 *Constituciones y Reglas*, Cap. VIII, n. 87, Roma 1986.

examinar otras posibilidades, para verificar la validez de las propias estrategias didácticas. En el *Proceso Ordinario Romano*, el segundo testigo, Cosme Contini, refiere:

“Acabada la doctrina, reunía a los obreros y enseñaba a todos el modo de enseñarla y lo que se debía de hacer desde que se abría la puerta hasta el final”.

Más allá de toda estrategia y técnica didáctica, Glicerio sabía que, en su campo, el testimonio personal tiene una importancia fundamental. Se exigía al prior *saltar enseguida* al toque de campana, pero él estaba siempre el primero en la iglesia, en el trabajo, para crear una atmósfera de alegría, y en las dificultades para animar y ayudar.

“Sé –atestigua el padre García– que en San Adrián, en una sala donde se conservan los bancos, Glicerio se quitó la camisa y se la dio a un pobre que estaba en un rincón casi desnudo”.

Jesús había reunido en torno suyo un grupo de discípulos que compartían su ansia apostólica y a los cuales confiaba tareas adaptadas a sus capacidades, respetando los tiempos de maduración. También la presencia de Glicerio sobre el terreno requería, para los fines de una eficaz acción misionera y evangelizadora, la colaboración de muchos discípulos con papeles y tareas particulares. Su preocupación era que la acción tuviera, lo más posible, caracteres de homogeneidad y organización, pero especialmente de humanidad y espiritualidad, con una mentalidad de comunión. A este fin, resultaba preciosa la colaboración de los sacerdotes. He aquí algunos gestos significativos. Una vez encontró a un sacerdote en un hospital. No podía ya comer. Glicerio compró cuatro huevos frescos, le abrió la boca y le hizo tragar dos. Con esto comenzó a recuperarse y, curado, fue un obrero diligentísimo de la doctrina¹⁴⁷. Especialmente en Grottapinta, donde los pobres eran más numerosos, distribuía limosnas y pan. También Jesús unía las dos exigencias, materiales y espirituales, y el *Padrenuestro* nos exhorta a sentirnos hijos del Padre que está en los cielos y a pedir el pan para saciar el hambre de cada día.

147 F. Selvaggi, en *Pos. s.v.*, p. 388.

Una catequesis tan completa, atenta y transparente, que no descuidaba nada de las exigencias legítimas del hombre, y que animaba los proyectos eclesiales con estilo calasancio, no podía por menos de tener gran resonancia. Y no sólo en aquel siglo. El ilustre abad Carlos Bartolomé Piazza, casi un siglo después de la muerte de Glicerio, lo recordaba como el “Restaurador de la Doctrina Cristiana en Roma, al que se debe en gran parte el buen método y la organización que hasta hoy se nota en esta obra tan necesaria”¹⁴⁸.

3. SACA DE SU TESORO COSAS ANTIGUAS Y NUEVAS

Ayudas didácticas

El texto oficial de la doctrina cristiana era de ordinario el del cardenal S. Roberto Bellarmino “*Doctrina cristiana breve para aprender de memoria*”, editado en 1597, según el modelo del Concilio de Trento, redactado en latín por Poggiano y mandado traducir por Pío V en varias lenguas. Eran 95 preguntas del maestro al discípulo en dos aditamentos: uno para el maestro con preguntas fáciles, explicaciones claras y sencillas y con ejemplos aclaratorios; otro para el alumno. Glicerio entregaba a cada *oficial* un ejemplar de uno y de otro.

De los tres catecismos de san Pedro Canisio, editados en 1558, utilizaba sólo el *Cathechismus minimus*. La preferencia concedida por Calasanz, entre otros muchos, al catecismo de Bellarmino era debida a su sencillez –eran los niños sus destinatarios– y al esfuerzo de tener que pasar continuamente de aprender a practicar lo aprendido.

Del mismo Bellarmino es la *Declaración más abundante*, cuyos destinatarios eran los catequistas. Las preguntas vienen hechas por el alumno; las respuestas, con explicaciones y ejemplos, por el maestro. El curso duraba tres años, el tiempo que los alumnos transcurrían a lo sumo en las Escuelas Pías. Glicerio utilizaba mucho el catecismo pequeño, escrito por Calasanz en 1599, del que conservamos un ejemplar editado en 1691: *Algunos misterios de la vida y de la Pasión de Cristo N.S.* Son 64 preguntas con sus correspondientes respuestas. Por ejemplo:

148 C. B. Piazza, *Emerologio di Roma cristiana*, Roma, 1712.

- Maestro: –“¿En qué día y año se hizo hombre el Hijo de Dios?
Alumno: –“El 25 de marzo”.
- Maestro: –“¿Qué fiesta celebra la Iglesia en memoria de tan gran misterio?”.
Alumno: –“La Anunciación”.
- Maestro: –“¿Y por qué se hizo hombre el Hijo de Dios?”.
Alumno: –“Por nosotros”.
“Para agradecerlo al Señor se arrodillan todos, recitando el Padrenuestro”.

De Glicerio nos queda, original aunque incompleta, la *Breve Declaración de la Doctrina Cristiana*, encontrada en tres cuadernillos en la Postulación General de Roma en 1980. Allí se transparenta más la preocupación de presentar a Jesús como amigo y hermano, que libera verdaderamente al hombre, más que el moralismo para no caer en pecado mortal y *descargar* así la conciencia. Glicerio divide su trabajo escrito en cuatro partes: Credo – Padrenuestro – Mandamientos – Sacramentos. Los artículos del credo están incompletos; no queda nada de los mandamientos, que precisamente Glicerio pide al P. García en una carta, el 29 de mayo de 1617¹⁴⁹. De los sacramentos nos queda sólo lo que el padre Casani transcribió en hermosa escritura sobre la Penitencia o la Confesión¹⁵⁰.

Método de aprendizaje

La etimología misma de *Catequesis* –resonar– sugiere la voz del alumno que, como un papagayo repite la del maestro. ¿Es quizá por esto, en defensa de la dignidad del alumno, por lo que hoy se evita dar a los alumnos fórmulas ya confeccionadas? El catecismo de Pío X, por ejemplo, anticiparía las conclusiones, excluyendo por consiguiente el camino de la búsqueda. Sin entrar en el fondo de la cuestión, debemos

149 Glicerio al P. García desde Frascati: “Esperamos... que nuestro hermano carísimo bresciano me mande, por favor, en seguida aquella copia de los *Mandamientos*” Roma, BGSP.

150 Cfr. Claudio Vilà Palà en *Eph. Cal.* n. 11, 1981, pp. 413-434.

tener presente que para Glicerio las fórmulas de la fe llegaban a los niños como respuesta, después de un camino de interiorización durante la Oración Continua. Sólo un aprendizaje exclusivamente memorístico suprimiría el trabajo personal y anularía la alegría de sentirse instrumentos vivos de la verdad, a través del diálogo, bajo la acción del Espíritu.

La *Cathechesi tradendae* reconoce que las fórmulas repetidas sin la necesaria profundización se prestan a una asimilación insuficiente de las verdades de la fe. No obstante, voces muy autorizadas se han dejado sentir con ocasión de la IV Asamblea general del Sínodo de los obispos en 1977, para equilibrar sensatamente la función de la reflexión y la de la espontaneidad. “Las flores de la fe y de la piedad, –afirman los obispos–, no afloran en las zonas desérticas de una catequesis sin memoria”. Así pues, lo esencial es que los textos memorizados sean al mismo tiempo interiorizados. Era justo que Glicerio enseñara a los niños a memorizar, porque hacía falta “entregar” a los jóvenes los documentos de la fe, ciertos pasajes del Evangelio o de la liturgia, los diez mandamientos, las fórmulas de las principales oraciones y las nociones clave de la doctrina. En las Escuelas Pías se utilizaba también el método de premios en concurso¹⁵¹. Artimañas creativas que servían para animar los encuentros y memorizar algunas informaciones básicas. Por lo demás, hasta Jesús hacía algo semejante: “¿Juan, venía de Dios o del diablo?”, –preguntó una vez a los discípulos.

La catequesis de Glicerio era siempre un momento agradable. Hacer que se convirtiera en “un juego”, en el sentido más profundo del término, no es una herejía. Entre otras cosas, los niños aprenden precisamente así. Si el Evangelio es “Buena Noticia”, quien da la catequesis de forma banal, repetitiva, pesada, es en cierto sentido antievangélico y obtiene el resultado de que los niños no quieren ya saber nada ni de Marcos ni de Juan. Glicerio sabía bien que todo vale si suscita interés: la dramatización, el cuento con dibujos, cartulinas o carteles murales.

151 Calasanz preguntaba (PBC, 2, pp. 1 ss.): “¿Cuánto tiempo estuvo la B. V. María en el establo de Belén?” Respuesta exacta: –No más de cuarenta días. Pero el primer premio correspondía al que hubiera razonado también la respuesta (*Porque entonces presentó a Jesús en el Templo*). ¡Por algo el Cardenal Baronio se deleitaba con las disputas que Calasanz improvisaba con los niños en su presencia!

También un santo egoísmo. Lo importante era que cada cosa fuera hecha como catequesis, como camino de fe, y no fin en sí misma.

Glicerio y la Biblioteca Ambrosiana

Escribe Alejandro Manzini en el capítulo 22 de *Los Novios*: “La obra capital de Federico Borromeo fue la Biblioteca Ambrosiana, que él ideó con entusiasta ambición, y erigió con tanto derroche desde sus cimientos”. Para proveerla de libros, además de sus propias colecciones, mandó a ocho hombres de los más cultos y expertos que pudo encontrar para que hicieran acaparamiento de ellos por Italia, Francia, Alemania, Flandes, Grecia, Líbano y Jerusalén. Fue inaugurada en 1609. Participaron personajes ilustres. Se convirtió en meta de eruditos y viajeros. Se ha dicho que la Biblioteca Ambrosiana es una de las cosas memorables de aquel siglo. Y no sólo por su magnificencia y riquezas, sino especialmente porque Federico la quiso como biblioteca pública *para la elevación del pueblo y para la instrucción de los pobres*.

Sobre este punto, no podemos por menos de recordar la famosa carta que Glicerio escribió al cardenal en 1612. Después de agradecer a Dios por haberle llamado a su servicio en las Escuelas Pías, describe cuanto se realiza cada día en la escuela de Calasanz:

“Los hijitos de los pobres, que suelen andar por las plazas sin ningún freno de Temor de Dios, aquí se apartan del ocio”. Y añade con estupor que el padre José les distribuía gratis papel, plumas, rosarios, libros, por amor de Dios¹⁵².

Estas expresiones debieron tocar profundamente el alma grande de Federico. Se lamenta, y con razón, no tener en el Archivo General de Roma la respuesta del cardenal a la carta de Glicerio. Pero, ¿qué respuesta más hermosa que la iniciativa de Federico en la Biblioteca Ambrosiana? “El cardenal Federico daba gratis a cualquiera que se acercara para estudiar *papel, plumas, arena y tinta*”. ¡Magnífico! Ciertamente Federico no sólo había *emulado* a san José de Calasanz, sino *superado*, con sus medios económicos. Al mobiliario normal añadía braseros de

152 El original se encontraba en origen en el Arch. Gen. de Roma. Hoy, en la Biblioteca Ambrosiana de Milán.

cobre en invierno, y hasta alfombras, para que los pobres niños no padecieran frío apoyando los pies sobre el suelo pelado. Calasanz, para calentar a sus pequeñines no disponía ni siquiera del caldeo natural, que hasta el Niño Jesús tuvo en el portal de Belén¹⁵³. Pero Federico Borromeo ponía a disposición de los niños pobres mucho más que las salas de su biblioteca. Ofrecía, como Calasanz, su propia persona en la catequesis, con gran espíritu de abnegación y humildad. Manzoni, después de haber descrito la “mesa más bien pobre que frugal, los vestidos más bien pobres que sencillos”, en una ráfaga de vida, nos presenta al cardenal absolutamente *escolapio*: “Federico instruía a algunos niños pobres y al mismo tiempo que les interrogaba y enseñaba, les acariciaba amorosamente. Un *gentilhombre* le advierte de por qué hacía tantas caricias a aquellos niños, pues estaban demasiado sucios y hambrientos. ¡Como si el buen señor supusiera –destaca con agudeza Manzoni– que Federico no tenía bastante vista para hacer tal descubrimiento, o bastante perspicacia para encajar por sí mismo aquella acusación tan fina!”.

Intuición profética

El impulso de Glicerio para la renovación de la catequesis encontró un fuerte estímulo con la presencia de los padres Oblatos de san Ambrosio y san Carlos, llegados a Roma desde Milán. Los Oblatos eran sacerdotes que con juramento especial de obediencia se ponían a disposición del arzobispo de Milán. Bajo su dirección habían realizado la escuela catequética de la catedral con cuatrocientos catequistas laicos.

El cardenal Federico Borromeo llevó adelante la iniciativa del predecesor, san Carlos, y en 1612 envió al padre Juan Andrés Galeazzo Bono a fundar una casa en Roma. Con él estaba también el teólogo Airone. Fue grandísima la alegría de Glicerio, que ya había pensado por cuenta propia en una escuela para la formación de catequistas laicos. Había llenado centenares de hojas para un curso trienal que proyectaba. Han llegado hasta nosotros, como hemos recordado antes, bajo forma de apuntes “ilegibles” por las numerosas abreviaturas. Permanecen cerradas en su misterio, en la postulación general de S. Pantaleón.

153 S. José de Calasanz tenía en San Pantaleón dos asnillos y... ¡1200 niños!

El plan de Glicerio fue aprobado por Calasanz. Y él, animado, contactó con Mons. Seneca, gran amigo del cardenal Federico y antes colaborador de san Carlos. Con el padre Bono se concertó el nombre que ayudara al P. Airone. En seguida salió una petición de Glicerio, dirigida a su pariente, el cardenal Federico, y que transcribimos aquí en sus rasgos más significativos:

“Il.mo y Rev.mo Padre en Cristo: Encontrándose aquí mi carísimo padre Bono, hemos conversado algunas veces juntos... El P. Prefecto de nuestras escuelas, viendo que es una oportunísima ocasión el tener estas escuelas, tan numerosas como son, como una fuente viva que siempre proporcionará nuevos individuos, pensó solicitar de vuestra benignidad y caridad al teólogo compañero del padre Bono para comenzar un curso en forma breve, de tres años de filosofía y teología, porque nos parece una invención inspirada por el Espíritu Santo, para el que desea saber lo necesario sólo para la gloria de Dios y salud de las almas... Sólo que me dijo el padre Bono que era necesaria vuestra autorización para acoger en nuestra Casa a su compañero teólogo, y que tenía necesidad de otro que viniera de Milán para ayudarlo. Mons. Seneca me prometió escribir a vuestra caridad, pero antes dijo que quería conversar con el padre Bono sobre quién de entre los padres Oblatos sería a propósito para venir a Roma. En nombre de Jesucristo N.S., nosotros le pedimos humildemente esta autorización, que es cosa de tanta gloria de Dios y provecho de muchas almas; y con la ayuda de Dios le prometemos diez por uno de operarios para la Doctrina Cristiana. Y ciertamente aquí se formarán vocaciones para servicio de sus padres Oblatos. Nuestro deseo no es otro que la gloria de Jesucristo... Cuanto antes, y mejor inmediatamente, deseamos se digne darnos respuesta y buena solución. Y postrándonos a sus pies hacemos humilde reverencia y nos recomendamos a sus oraciones.

De Roma, el día 29 de septiembre de 1616.

El más humilde, suyo Glicerio de Cristo.

En cuanto a satisfacer la solicitud de Glicerio, probablemente el buen Federico esperaba verse libre de los graves compromisos del *Ambrosiano*. En abril de 1618 el cardenal inauguraba finalmente, después de tantas fatigas y gastos, la pinacoteca ambrosiana, con las

celebérrimas obras de arte de Caravaggio, Tiziano, Leonardo, Rafael, Brueghel... Pero ya hacía dos meses que Glicerio había volado al cielo. Por desgracia, el curso trienal de catequesis se quedó en el sueño de Glicerio. Él anticipaba ciertamente los modernos institutos de teología para la formación de catequistas y maestros laicos de religión, que respondan a una idéntica necesidad de evangelización.

En el designio de Dios una verdadera renovación de la catequesis estaba reservada a nuestro tiempo, fruto de un estudio dirigido a nivel internacional, por expertos y pastores de almas, guiados por un Directorio General. Para lograrlo han trabajado congregaciones y comisiones especiales, consultando a las conferencias episcopales del mundo. El directorio orientará a las iglesias particulares en el camino de la renovación de la catequesis, proponiéndose como punto de referencia, sea para los contenidos como para los métodos que emplear. En la encíclica *Cathechesi tradendae* de 1979, mientras tanto, la voz de Juan Pablo II ha sido, en el maravilloso juego de Dios en la historia, la respuesta al ansia apostólica de Glicerio: "Los catequistas laicos deben ser cuidadosamente formados... Una tal formación nos obliga a organizar centros e institutos apropiados¹⁵⁴.

Podemos concluir que los cuatro siglos que nos separan de Glicerio Landriani pesan relativamente lo que un grano de arena en la balanza, ante el florecimiento de la acción del Espíritu que, a través de un largo curso de siglos, suscita, en el momento oportuno, profetas, pioneros y santos, que reproducen la impronta de amor y de servicio de Jesús Maestro para con los hermanos.

4. LA CATEQUESIS ITINERANTE. EL PAPEL DE LOS LAICOS

Un descubrimiento maravilloso

Glicerio, inmediatamente después de su *conversión*, no estuvo afortunado en el encuentro con el padre Francisco Méndez, hombre de fama de santidad, pero en realidad más bien extravagante y pseudomístico. Quizá tampoco le ayudó mucho ni siquiera la dirección

154 *Enchiridion Vaticanum*, n. 6, párr. 1927.

espiritual del carmelita padre Domingo de Jesús María, que gravitaba excesivamente, con la palabra y con el ejemplo, sobre su entusiasmo de neófito ardiente y emotivo¹⁵⁵.

El hombre adecuado, en cambio, para Glicerio fue el padre José de Calasanz, que contribuyó decisivamente a estabilizar el equilibrio de su espíritu. Con el ingreso en las Escuelas Pías cesaron para siempre las así llamadas *rarezas* de Glicerio. Además de una actividad que congeniaba con él, y evangélicamente alabada, el padre José, con su ejemplo, ofreció a la devoción privada de Glicerio formas de piedad populares, sencillas y eficaces.

“Cuando llegó a Roma, don José se dedicó con mucha devoción y consuelo suyos a visitar los lugares santos de esta ciudad, agradeciendo a S. D. Majestad por haberle librado de muchos peligros... Le producía un consuelo tan grande visitar estos santuarios, y particularmente las Siete Iglesias, que comenzó a frecuentar con mucha frecuencia¹⁵⁶”.

Para Glicerio fue un descubrimiento maravilloso y una fuente de innovaciones geniales. Casi instintivamente supo infundir en estas expresiones de piedad popular su impronta de misionero y catequista nato. En un primer momento la actividad del Glicerio escolapio se desarrolló durante la semana en la escuela de S. Pantaleón y, casi al mismo tiempo, en los días festivos, en los centros catequéticos de Grotta-pinta, S. Dámaso, S. Adrián, S. Bernardo, Campagnano y Formello. Después, en el ejercicio continuo de programar y corregir, observar y orar, no tardó en comprender que las visitas privadas a los santuarios de la ciudad, la escuela, los centros de catequesis, y hasta la calle –símbolos de la vida desde siempre en todas las ciudades– en lugar de ser departamentos estancos, uno al lado del otro, podían convertirse en *ambientes vitales*, única dimensión constitutiva de ser todos ellos Iglesia. O lo que es lo mismo, catequesis itinerante.

155 El padre Pedro Angelini, primer biógrafo y compañero del padre Domingo, lo caracteriza así en el cap. II, 7-8 de su libro: “Se despreciaba a sí mismo y se envilecía en cada ocasión”. Y el padre Estanislao: “Llevaba una cadena de hierro, la cual, pasando sobre los hombros, le rodeaba cinco veces. En algunas partes le había penetrado en la carne”. *O.c.*, p. 52.

156 Vicente Berro, *o.c.*, libro I, cap. 9, p. 65.

Del conocimiento profundo del amor a Cristo nacía en Glicerio el deseo de anunciar, evangelizar, conducir a los demás al “*si*” de la fe en Jesús, donde fuera posible. En la carta al cardenal Federico del 29 de septiembre de 1612 se expresaba así, hablando del padre Bono, teólogo milanés en Roma: “Hemos hablado algunas veces juntos sobre la preparación de algunos jóvenes para la ayuda de los infieles”. Con frecuencia repetía: “¡Señor, haz que todas las criaturas te conozcan!¹⁵⁷”. ¿Y no es quizá la finalidad de toda catequesis el poner en comunión con Jesús, el único que puede conducirnos al amor del Padre?

La peregrinación

Un compromiso misionero

Las peregrinaciones, privadas y públicas, cortas y largas, se convirtieron para Glicerio en momentos privilegiados de catequesis. La peregrinación es por su naturaleza *viaje del alma* en su anhelo hacia Dios, un camino de transformación y de transfiguración en el seguimiento de Jesús, que se ha proclamado: “*Yo soy la vida*¹⁵⁸”. Glicerio por el camino invitaba a las personas que encontraba a recitar el santo rosario alternativamente: “Invitaba a los viandantes por los caminos diciendo: –”Ayudadme a rezar el rosario”. Éstos, los más, obedecían. A veces hubo de quince a veinte personas... Terminadas las oraciones vocales, comenzaban algún razonamiento espiritual¹⁵⁹”. Distribuía una gran cantidad de libritos espirituales y rosarios, que llevaba a este efecto, para que no tanto el cuerpo como el espíritu tuvieran su alimento¹⁶⁰”.

En su incesante e infatigable peregrinar allí donde el pueblo vivía con sus dificultades, esperanzas y alegrías, hacía casi tocar con la mano, también a los alejados, el que ellos formaban parte de la Iglesia una y universal en la que todos cuentan, ricos y pobres, iguales porque todos son hijos de Dios. Para aquella gente sencilla y creyente, que con frecuencia vivía en condiciones difíciles, era una fiesta participar, notando la comprensión

157 *Pos. s.v.*, p. 404.

158 Juan 14,6

159 A. Armini, *o.c.*, p. 58.

160 F. Baldi, *o.c.*, p. 33.

que Glicerio mostraba por sus necesidades religiosas y materiales y por el modo original de acercarse a sus aspiraciones más profundas.

Glicerio había comprendido que las basílicas romanas, lugares sagrados por excelencia, eran al mismo tiempo lugares amenos, cargados de mensajes históricos y espirituales. Suscitaban entusiasmo y devoción al mismo tiempo. La gran arquitectura ha nacido de la exigencia que tienen los hombres de vivir juntos y comunicarse. No hay nada más sublime que la red de estupendas basílicas romanas, con sus calles, donde todos podían participar de forma coral y alegre en los monumentos de la vía pública, civiles y religiosos. El sólido nexo entre arte, piedad y sociedad era un aspecto vital para la catequesis de Glicerio, aunque nos parezca hoy casi raro para nuestro modo de disfrutar de la ciudad. Con la revolución industrial y la congestión del tráfico, bajo el empuje de las exigencias técnicas, nuestra cultura, de hecho, ha reducido el tejido urbano a una aglomeración caótica, y la función del templo tiene presencia de servicio, sin aquella carga simbólica y espiritual que en el pasado hacía referencia a la organización espacial.

Con Glicerio la catequesis en Roma pasó de compromiso semanal en las parroquias a misión permanente e itinerante. El vicegerente Mons. César Fedele había puesto en su mano prácticamente todo el movimiento catequético de la ciudad¹⁶¹. Glicerio lo organizó y lo convirtió en asociación, obteniendo del papa Paulo V una indulgencia especial. Obtuvo también para Formello el mismo beneficio que para Roma. En un solo día, para que los fieles pudiesen gozar de ella durante la fiesta del día siguiente, recorrió desde Formello a Roma a caballo, ida y vuelta, cerca de cincuenta kilómetros, recibiendo del papa con gran alegría el breve de la indulgencia¹⁶².

El “pequeño Jubileo”

No por casualidad el papa Paulo V concedió a las asociaciones de Glicerio indulgencias especiales. Desde el momento en que Glicerio se tras-

161 P. Mussesti, *o.c.*, p. 36: “Por Mons. Vicegerente fue hecho Prior de todas las Doctrinas de Roma”.

162 F. Baldi, *o.c.*, p. 33.

ladaba del interior de un edificio, escuela o iglesia, a la calle, él empezaba a organizar automáticamente *pequeños jubileos*. “Jubileo” es el gran perdón que se concede a quien sinceramente arrepentido, y habiendo confesado y comulgado, hace una peregrinación, esto es, un camino de purificación. La meta es el encuentro *en plenitud* con Cristo. Juan Pablo II, en la bula donde anuncia el jubileo del 2000, define la indulgencia como “uno de los elementos constitutivos del evento jubilar”, y la peregrinación “ejercicio de ascesis laboriosa, de arrepentimiento por las debilidades humanas, de preparación interior para la reforma del corazón”.

Glicerio a lo largo de los peregrinajes organizados por él enseñaba “a aprender a confesarse bien y a prepararse para la comunión¹⁶³”, y alimentaba la piedad de los fieles con la profesión de fe, con cantos y con plegarias. Ferviente convertido, para demostrar al Señor la sinceridad de sus sentimientos se dedicó apasionadamente a la oración, a la limosna y al ayuno, entendido como abstinencia de comida y mortificación del cuerpo. Al entrar en las Escuelas Pías, en contacto con Calasanz descubrió la peregrinación como forma importante de *ayuno*. Y la valorizó incluyéndola en su catequesis:

“¿Cuáles son las obras buenas y gratas a Dios para satisfacer por los pecados? – pregunta Glicerio en su página sobre la penitencia¹⁶⁴. Él mismo responde: “Todas las asperezas corporales”. Y cita, junto a los “cilicios, las disciplinas, dormir en tierra, también las peregrinaciones”.

El camino hacia el santuario conjugaba significativamente la invitación de Jesús: “Convertíos y creed en el Evangelio” con la necesidad de volver a la casa del Padre, manteniendo viva la certeza de que “donde ha abundado el pecado ha sobreabundado la gracia”. Cada peregrinación tenía como punto de partida y de llegada la celebración del sacramento de la penitencia y el encuentro con Jesús eucarístico¹⁶⁵:

163 *Pos. s.v.*, p. 261.

164 Manuscrito de Glicerio, *Sacramento de la Penitencia*, C. Vilà Palà, *Eph. Cal.*, n. 11, 1981.

165 Confesión y comunión eran la base de todo el sistema educativo en las Escuelas Pías. S. José de Calasanz escribía: “Confíesense con frecuencia y comulguen también los mayores... Insista bastante en esto, que es el todo de nuestro Instituto”. *EGC*, II, n. 471.

“Cada primer domingo de mes Glicerio iba a san Martinello a comulgar y llevaba con él a todos los operarios y niños aptos para la comunión. Y así hacían por su encargo las operarias que tenían cuidado de las niñas”¹⁶⁶.

La indulgencia fluía como medicina saludable en las almas espiritualmente dispuestas. En la bula señalada, el papa dice que el pecado actúa con profundidad y se extirpa con trabajo y con un largo camino de purificación. El peregrinaje guiado por Glicerio no era, como con frecuencia hoy, una excursión turística, sino que estaba caracterizado por el esfuerzo y el sacrificio. Si embargo, los fieles comprendían que con las fuerzas propias no serían capaces de reparar el mal que con el pecado habían causado a sí mismos y a toda la comunidad. Obtener la indulgencia significaba disfrutar de una ayuda especialísima, entrar en el *tesoro espiritual de la Iglesia*. El compromiso de Glicerio en la catequesis no se olvidaba de enseñar a los fieles que la indulgencia se alimenta en un patrimonio inmenso, constituido por bienes espirituales adquiridos por todos los hijos de Dios, al que todos pueden acceder, como en nuestras familias todos los hijos gozan a pleno derecho del patrimonio familiar. “Todo viene de Cristo, pero, como nosotros le pertenecemos, aun lo que es nuestro se hace suyo y adquiere una fuerza que cura”¹⁶⁷. Leída desde esta perspectiva, la indulgencia es camino que introduce en el misterio de la comunión de los santos, por el cual, en virtud de la *acción vicaria*, sobre la que se funda el misterio de Cristo, la santidad de uno ayuda también a la salud espiritual del otro.

La comunión con el Cuerpo de Cristo es comunión con su cuerpo entero, esto es, también con todos los hermanos en la fe. Comulgar con Cristo significa abrirse totalmente a los demás. Por eso, la peregrinación hacia Cristo se hace con Glicerio peregrinación hacia el prójimo, el pobre, el enfermo, hacia la liberación de las mujeres explotadas, hacia los lugares de dolor, donde Jesús se encuentra especialmente presente. No hay, de hecho, auténtico peregrinaje si no se llega a amar a Dios en el prójimo. “Cuando visitaba a los enfermos en

166 *Pos. s.v.*, p. 403.

167 *Incarnationis Mysterium*, n. 10

los hospitales, les hacía las camas, y muchas veces ordenaba que las hicieran *aquéllos que iban con él*¹⁶⁸.

En los procesos de beatificación del P. Glicerio son recurrentes las expresiones de los testigos: “Yo lo he acompañado muchas veces”, “Con frecuencia he ido con él”, “Fui allí muchas veces”... No hay que maravillarse si Juan Pablo II, en la mencionada bula, entre las condiciones necesarias para ganar la indulgencia jubilar pone, como alternativa a la visita de las basílicas romanas, a tierra santa, o incluso a los santuarios de las diócesis, la visita a los hermanos que se encuentran en necesidades o dificultades –enfermos, encarcelados, ancianos en soledad– y hace referencia explícita a Mateo, 25, 34-36. *Jubileo* no significa sólo ir a la búsqueda de la presencia de Dios o de Jesucristo en lugares sagrados, sino también ir al encuentro con Cristo *vivo*, que cada día encontramos en los *últimos*.

Los laicos protagonistas en la catequesis

Empeño fundamental para Glicerio era –acabamos de decirlo– implicar, sensibilizar y apoyar a los laicos bien dispuestos, en la convicción de ser junto con él responsables y protagonistas en la misión de la Iglesia. El señor Cosme Contini refiere:

*“Enseñaba a hacer actos de fe, de esperanza y de caridad, humildad y contrición. Y me lo enseñó también a mí. Me ordenaba dirigir tales actos y él con los otros los repetía. Si me equivocaba me corregía de forma que no se enteraran los demás. Enseñaba también a saber confesarse bien y prepararse a la comunión. Así hacía también en las Escuelas Pías con los alumnos. Yo lo sé por haberlo visto*¹⁶⁹”.

La figura del laico Cosme Contini es emblemática. Resalta como protagonista de laico comprometido en la animación de la comunidad itinerante, ante la urgencia de rehacer el tejido cristiano de la sociedad. Los numerosos *operarios* que Glicerio reunía en los centros de catequesis eran formados para que fueran capaces de crear entre la gente una mentalidad que brotara de los valores cristianos.

168 A. Armini, *o.c.*, p. 115.

169 C. Contini, en *Pos. s.v.*, p. 261, párr. 59.

“A muchos oficiales les proporcionaba bellísimos modos de enseñar la doctrina¹⁷⁰”.

Aun la corrección, hecha con caridad, era parte del aprendizaje formativo, como también la verificación después de cada misión cumplida. Glicerio y los catequistas no eran sólo personas que oraban y enseñaban, sino sobre todo personas que daban testimonio. Giraban por los barrios para conocer directamente la vida de los pobres, para socorrer y compartir sus sufrimientos:

“Enseñaba por la calle actos de fe, esperanza y caridad, y me daba a mí dinero para dar de comer a los pobres a lo largo de las calles¹⁷¹”. “Con frecuencia he ido con él para llevar limosnas a distintas casas”. “Hacía que las llevaran también otras personas¹⁷²”.

Toda reunión era programada y articulada en torno a tres momentos: oración, anuncio y compromiso de caridad. Los enfermeros de que disponían los centros catequéticos socorrian a los pobres y necesitados aun entre las familias del barrio. Si algún joven iba a la cárcel, Glicerio, con el permiso del padre José, lo recomendaba al gobernador. A muchos de ellos hacía que les soltaran conduciéndolos a la doctrina y a la conversión:

“A muchos jóvenes liberados de la prisión los llevábamos con nosotros y se dedicaban a servir a Dios y a obras de bien¹⁷³”.

El contacto personal entre el que habla y el que escucha obtenía un significado particular. La cercanía del encuentro y la sinceridad de la entrega gratuita permitían mostrar toda la autenticidad del mensaje. En la catequesis de Glicerio todos participaban. Cada uno escuchaba y cada uno era escuchado. Y el testimonio de fe se sentía en el ambiente externo:

“Solía llevar consigo alguno de los operarios y les conducía a visitar alguna iglesia o al hospital de San Juan de Letrán, para hacer

170 Mussesti, *o.c.*, p. 37.

171 F. Selvaggi, en *Pr.O.R.*, p. 270.

172 *Pr. O.R.*, 12, p. 398.

173 *Pos.s.v.*, p. 399.

algún acto de caridad con los enfermos¹⁷⁴. “Acabado el ejercicio de la doctrina, llevaba a todos a alguna iglesia donde estaba expuesto el santísimo Sacramento, y aquí se entretenía con ellos en oración¹⁷⁵”.

“La catequesis, dirá Juan Pablo II, está intrínsecamente unida con toda acción litúrgica y sacramental, porque es sobre todo en la Eucaristía donde Jesucristo actúa en plenitud para la transformación del hombre¹⁷⁶”.

La catequesis itinerante en las Escuelas Pías

La catequesis itinerante de Glicerio contagió también a la escuela de San Pantaleón. La catequesis de Glicerio a los pequeños preveía la oración, el estudio, pero también *breves peregrinaciones y momentos de descanso físico y mental*.

Breves peregrinaciones

Además de las solemnes procesiones del Corpus, del domingo de Ramos¹⁷⁷ y de la más grandiosa, la de la Virgen de las Nieves en santa María la Mayor¹⁷⁸, Glicerio “*conducía a los alumnos en procesión a visitar diversas iglesias con no menor provecho de ellos que buen ejemplo de la ciudad*¹⁷⁹”.

El sentido común permitió a Glicerio ofrecer a los jóvenes distracciones sanas, además de comprometerlos en lo sagrado. La expe-

174 Pr. O.R., p 452.

175 F. Baldi, o.c., p. 28.

176 *Cathechesi tradendae*, n. 23.

177 Berro, o.c. II, pp. 124-125: “Era costumbre en nuestra casa de San Pantaleón de Roma en la procesión de Ramos conducir a nuestros alumnos con palmas, saliendo por la puerta pequeña de la iglesia hacia los señores Massimi, por la callejuela de los señores Torres, girando toda la plaza grande de nuestra misma iglesia”.

178 A. Bernardini, o.c., 1614, f. 47: “Las Escuelas Pías estaban bajo la protección de la B. Virgen de las Nieves. Por eso un día dentro de la octava de dicha fiesta se llevaba en procesión a todos los pequeñines de las escuelas con los Padres al lado, cantando letanías y alabanzas en honor de la Madre de Dios. Llegaron a reunirse unos ochocientos pequeñines”.

179 A. Armini, o.c., p. 68.

riencia personal le reveló en las peregrinaciones un sistema excelente de sus ideales educativos y un método atractivo y eficaz para actualizarlos. Dotado de espíritu intuitivo, conocedor de los jóvenes y de sus necesidades, comprendió por experiencia personal que la oración no podía ir separada de la belleza de la naturaleza y del arte. Hacer participar a los jóvenes en tales manifestaciones significaba para Glicerio el lograr conjugar ante sus ojos el connubio fe, folclore y cultura. Fe y cultura, las dos almas de las Escuelas Pías, se unían admirablemente y se manifestaban en el arte de las basílicas. Además, participar en ellas, mientras representaba especialmente para los más jovencitos un momento gratificante de agrupación colectiva, introducía la adquisición de reglas de comportamiento, como puntualidad, respeto, moderación, desfilar en actitud de recogimiento, que serían luego útiles en la vida cotidiana. La visita de las iglesias llegó a ser para Glicerio uno de los momentos clave de su catequesis escolar.

Momentos de relajación

“Para apartar a los jóvenes de la ocasión de los vicios Glicerio solía, no sólo en carnaval, sino también en otros tiempos y en los días de vacación, llevarlos a alguna finca. Allí en su presencia y bajo su mirada los entretenía en alguna diversión lícita¹⁸⁰, mandándoles cada cierto tiempo interrumpir el juego para entonar cantos espirituales o letanías de la B. Virgen María¹⁸¹”.

“Es importante, –amonesta Juan Pablo II–, mostrar sin duda de ninguna clase, las exigencias materiales de renuncia, pero también la alegría, a la que el apóstol Pablo le gustaba llamar *vida nueva*”.

Con su ejemplo Glicerio entusiasmaba a los niños haciéndoles pequeños apóstoles comprometidos en lo social: *“También llevaba con él a los alumnos de las escuelas y a otros jóvenes, para que siguieran su ejemplo¹⁸²”*. Glicerio había creado en las Escuelas Pías un clima de

180 F. Baldi, *o.c.*, p. 36, cita algún ejemplo de “*lícita diversión en deliciosos lugares*”: el juego del tejo y el de las bolas.

181 A. Armini, *o.c.*, p. 67.

182 *Pos. s.v.*, p. 453.

fervor y participación, y por tanto de alegría. Una alegría vista más desde su dimensión interior que en sus manifestaciones externas y ruidosas, según el estilo propio calasancio, muy cercano a la perfecta alegría franciscana, que Calasanz había asimilado en la confraternidad de las Llagas de san Francisco, a la que hacía años había dado su nombre. Calasanz estaba convencido de que el ministerio de la escuela es ineficaz si no se crea un ambiente sereno, estimulante, alegre. Repetía: “Dios ama a quien da con alegría”.

La creatividad de Glicerio alcanzada en las Escuelas Pías

José de Calasanz, igual que había reglamentado en los *Documentos* de la orden, algunos años después de la muerte de Glicerio, su invención de la *Oración Continua* y el acompañamiento de los niños a casa, también inmediatamente después extendía a todas las Escuelas Pías la práctica introducida por Glicerio de llevar *de expansión* a los niños en los días de vacaciones y festivos. En los *Ritos comunes* Calasanz prescribe que este asueto “sea siempre en lugares abiertos y en presencia de los otros”, que los niños vayan siempre “con los Padres a más sitios de la ciudad para su recreo, haciendo que se ejerciten en diversos juegos, y de tiempo en tiempo también en cantos espirituales”. Los juegos más comunes eran los de la pelota, del balón y de los tejos. Estaba prohibido el juego de cartas, de dados, y en general todos los juegos de azar¹⁸³. Y siempre con la asistencia amable y prudente de los Padres. Precisamente lo que Glicerio acostumbraba a practicar. Con tal fin Calasanz en 1637 compró una villa cerca de Velletri¹⁸⁴. Una confirmación de cómo Calasanz estaba convencido de la bondad de tal iniciativa es una carta en la que recuerda al Padre Castilla que “los alumnos irán de asueto los días de vacación –el jueves– y los domingos después de vísperas¹⁸⁵”.

La catequesis de Glicerio era como una construcción al aire libre, en la cual había siempre trabajos en curso, cuya ejecución era a veces improvisada, para abrirse a nuevas realidades. Quería que todas las al-

183 *Reg. Cal.*, 74, p. 51.

184 Cfr. Pascual Vannucci, *Il Collegio Nazareno*, p. 38

185 *EGC.*, IV, p. 168. En Frascati, 15 de febrero de 1630.

mas fueran hermosas, adornadas de virtudes, porque son templo de Dios y morada del Espíritu Santo. Con sobrada razón, pues, Calasanz dirá:

“El modo que Glicerio tenía para ordenar y enseñar la doctrina fue verdaderamente más que humano¹⁸⁶”. Y de nuevo, escribiendo al padre Castilla el 19 de julio de 1630 dice: “Procure el padre Carlos catequizar a los alumnos y hacer que hagan oración como se solía, de forma que de nuevo se emplee diligencia, como se hacía en tiempo del padre Abad de santa memoria¹⁸⁷”.

5. GLICERIO, PEREGRINO SOLITARIO

Sobre las huellas de Calasanz

En el capítulo precedente hemos descubierto en Glicerio un alma misionera y genial, que consiguió transformar la peregrinación en oportunidad de catequesis itinerante. Se nos escaparía un aspecto importante si no viéramos en el joven escolapio también al humilde peregrino que, solitario, caminaba a los lugares santos. Es un tema que recoge, en cierto sentido, un aspecto nuevo de Glicerio. El Glicerio peregrino, que de vez en cuando se permitía una pausa en el trabajo acuciante, y elegía con ritmo periódico un lugar sagrado cercano o lejano, cuando le estaba permitido, para hacer un alto en su camino cristiano, enriquecerse espiritualmente y verificar en el silencio el sentido de su vida. Peregrino por una formación permanente. Le animaban las palabras y el ejemplo de José de Calasanz, de quien queremos releer un precioso testimonio: “Deseo visitar algunos lugares de gran devoción que hay en Italia, como la santa casa de Loreto, el monte de la Verna donde san Francisco recibió las llagas, Montecasino y Montevergine. Hasta ahora no me ha sido posible, pero espero hacerlo con la ayuda de Dios¹⁸⁸”.

186 *Pos. s.v.*, p. 377.

187 *EGC, IV*, p. 250.

188 *EGC, II*, pp. 45-46: Desde Roma Calasanz al párroco de Peralta de la Sal, José Texidor, el 27 de junio de 1599. Por las *Memorias* históricas del padre Vicente Berro sabemos que tales visitas tuvieron lugar. “Incluso más de una vez, afirma el padre Berro, Calasanz fue a visitar a la Virgen de los Ángeles de Asís para el perdón del 2 de agosto”.

Roma “caput mundi”

El primero y más largo peregrinaje *privado* de Glicerio, diríamos que fue el viaje de Milán a Roma en 1607. Unido a los motivos prácticos que ya conocemos, no era secundario el deseo de visitar la ciudad eterna, los sepulcros gloriosos de los apóstoles y de los mártires y las grandes basílicas que su imaginación agrandaba sobre todos los monumentos de la antigua Roma.

“*Roma caput mundi regit orbis frena rotundi*”. Roma, la capital del mundo, lleva las riendas del orbe redondo. Este antiguo hexámetro latino señalaba a Roma como el centro de todos los pueblos y de todas las gentes. Una expresión que, especialmente en el medievo, se quiso aplicar a la Roma cristiana, a la Roma de los papas, evocando al mismo tiempo la archibasílica de San Juan de Letrán, denominada *Madre de todas las Iglesias*. Era la Roma donde acudían peregrinos de todas las naciones para venerar, en el Vaticano o sobre la Via Ostiense, las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo, y después para recibir el perdón y la indulgencia del jubileo. Roma, sede apostólica por excelencia, capital de la cristiandad, acoge a cuantos de todas partes del mundo conocido se mueven, a lo largo de la Via Francigena y de las vías consulares para ir a admirar, además de las tumbas de los Apóstoles, la imagen de Cristo impresa en el velo de la Verónica y las *mirabilia Urbis*, esto es, cuanto de grande, santo y bello conserva Roma, y lo va mostrando en una estratificada secuencia de siglos.

En su tratado de *la Oración Dominical*¹⁸⁹ Glicerio se detiene sobre la expresión “que estás en los cielos”, para hacer comprender a los niños que nosotros “somos *peregrinos*, no tenemos aquí la posesión de nuestra herencia, tenemos mucha necesidad de la ayuda de Dios”. Los peregrinos son aquéllos que en los grandes problemas de la vida, públicos o privados, piden ayuda en la fe y miran los santuarios como lugares privilegiados donde depositar ante Dios la oración personal, avalándola con la intercesión de intermediarios cualificados, la Virgen María, y los grandes santos, presentes a través de sus reliquias. El

189 En *Breve Declaración de la Doctrina Cristiana*, manuscrito de Glicerio, en BGSP.

motivo de la peregrinación no es tanto el de pedir favores o curaciones, cuanto el encuentro con lo sobrenatural. En tiempos de Glicerio el asentamiento de los turcos había cerrado Tierra Santa al mundo cristiano. La Iglesia de la Contrarreforma hizo hincapié en su apoyo a las peregrinaciones, y, reaccionando ante el ataque de los protestantes, que condenaban cuanto distrae al hombre de las actividades cotidianas, alentó la dimensión *localista*, que no suponía grandes desplazamientos. Se multiplicaron, por tanto, los recorridos alternativos: Roma, Santiago de Compostela, Asís, Padua y Loreto.

Glicerio era un apasionado de las *miniperegrinaciones* por Roma y sus alrededores, y, cuando le era posible, también de las grandes.

“Visitaba con frecuencia las Siete Iglesias y todos los demás santuarios de esta ciudad, especialmente los sepulcros de los gloriosos príncipes de la Iglesia, Pedro y Pablo... Fue también a visitar Santa Clara de Montefalco y muchos otros lugares de devoción. Y hubiera ido más veces si se lo hubieran concedido los superiores¹⁹⁰”. “Con frecuencia visitaba los cuerpos y reliquias de los santos en diversas iglesias de la ciudad, en las que se entretenía mucho tiempo haciendo oración. Y yo lo sé por haber ido con él muchas veces¹⁹¹”. “Con frecuencia visitaba también las iglesias dedicadas a la Virgen, haciendo con muchísima frecuencia las Siete Iglesias –así llaman en Roma las iglesias donde está la imagen de la misma Señora pintada por san Lucas–¹⁹²”.

Entre los lugares sagrados que Glicerio prefería como metas de peregrinación describiremos, porque son ricos en valores y significado particular, y están mejor documentados, el santuario de Loreto, la Porciúncula de Asís, y en Roma las Siete Iglesias. La visita al santuario de Loreto merece un capítulo a parte, por el significado que la Virgen de Loreto tuvo en la vida de Glicerio, donde desde jovencito se consagró a ella. De la peregrinación extraordinaria a su santuario los biógrafos

190 P. Mussesti, *o.c.*, pp. 19-20.

191 P. J. García, en *Pr. O.R.*, p. 280.

192 V. Berro, *Vida del siervo de Dios Glicerio Landriani*, en *Arch. Sch. P.*, Roma 1982, n. 11, p. 21.

hacen un detallado relato en forma de verdadero y auténtico diario espiritual. Y nosotros seguiremos sus pasos en el capítulo siguiente.

La “Porciúncula”

Es la pequeña iglesia cerca de Asís, donada a san Francisco por los monjes de monte Subasio. El santo recibió allí la inspiración a la misión apostólica (1209). Ahora está englobada en la basílica de Santa María de los Ángeles. En una celda cerca de la Porciúncula –capilla del Tránsito– san Francisco, el 3 de octubre de 1226, pasó de la tierra al cielo. El nombre la Porciúncula está ligado a muchos episodios de la primitiva historia franciscana y especialmente a la famosa *indulgencia del perdón*, que el mismo santo obtuvo del papa el 2 de agosto de 1216. Junto a la grandiosa basílica que sobre el monte del Paraíso custodia los venerables restos mortales de san Francisco, con san Damián, ligado a la memoria de santa Clara, y con el yermo delle Carceri, donde san Francisco se retiraba a orar, la Porciúncula constituye un complejo de santuarios que ha conservado en Asís una aureola de misticismo y de grandeza.

En la peregrinación al santuario de Loreto, junto con el compañero doctor Cosimo Contini, Glicerio había calculado el tiempo que las diversas etapas requerían, con el fin de poder encontrarse en Asís el cuatro de octubre. La Porciúncula y los demás santuarios franciscanos ejercían sobre él un atractivo irresistible. Para Glicerio cualquier ocasión era buena con tal de hacer al menos una visita relámpago a Asís. Los lugares franciscanos tenían el poder de reforzar sus más altos ideales evangélicos. Glicerio estaba literalmente sugestionado, narra nuestro padre Vicente Berro, por san Francisco peregrino incansable, que fue a Tierra Santa como mensajero del Evangelio de la paz, a san Miguel sobre Gargano y a Santiago de Compostela. ¿Pero existen hechos particulares en la vida de Glicerio tales que expliquen la fuerte sugestión por Francisco de Asís? Ciertamente Glicerio no podía olvidar que su segundo nombre de bautismo era Francisco, el nombre que la madre quiso ponerle en el momento difícil del parto, por la gran confianza que tenía en el santo de Asís. A él confió el hijo como a padre espiritual y guía. Glicerio, en las narraciones oídas a su madre, conectaba gran parte de su propia vida en paralelo con la de san Francisco: la juventud, que a pesar del fasto de las riquezas y de

la vanidad permaneció pura, intachable y generosa; la *conversión* a una vida de oración y de penitencia; la vocación a la vida eremítica en Montelucio, en el Carceri de Asís o en el Valle Santo de Rieti; el amor por los pobres hasta intercambiar con ellos sus vestidos y a mendigar en favor suyo a las puertas de San Pedro en Roma. ¿Qué decir del cuidado heroico de Francisco hacia los leprosos? Y después la voz del Crucificado: –“Vete, Francisco, restaura mi casa”; su cuerpo debilitado por continuos ayunos; la alegría espiritual al acercarse a la *hermana muerte*; la profunda humildad al considerarse indigno de ascender a la dignidad sacerdotal. Los biógrafos afirman que precisamente en Asís Glicerio hizo el propósito de no aspirar a la dignidad sacerdotal. Por fin, el testamento en el que Francisco recomendó a sus frailes la pobreza, su esposa mística: “Recomendó a su más querida esposa/y mandó que la amaran con fidelidad¹⁹³”.

Incluso la devoción de Francisco a la Virgen de Loreto, ¡medio siglo antes del traslado de la santa Casa! Es precisamente en los años de la adolescencia de Glicerio cuando se difundió un documento que refería la visión profética que san Francisco habría tenido en el convento de Siroco, cerca de Loreto: “Estando en él miró de lejos el valle y la selva y predijo la venida, por medio de los ángeles, de la sacrosanta Casa de María. Viendo el valle del convento dijo: –¡Oh, valle afortunado!”.

La Porciúncula era para Francisco *la tienda del encuentro* con el mismo Cristo. “Un día, mientras lloraba recordando con amargura su pasado, se sintió invadido por la alegría del Espíritu Santo, de quien obtuvo la seguridad de que le habían sido perdonados completamente todos los pecados”. El santo quiso hacer partícipes a todos de esta experiencia personal suya. Por eso pidió y obtuvo la indulgencia plenaria para los peregrinos que, arrepentidos, acudieran a la iglesita para recibir el perdón. Y Glicerio era uno de los peregrinos más afligidos por el recuerdo de las culpas pasadas y uno de los más necesitados de sentirse perdonado plenamente.

En la capilla de la Porciúncula, que había restaurado con sus propias manos, Francisco, iluminado por las palabras del capítulo décimo

193 Dante, *Paraíso*, XI, pp. 112-113.

del Evangelio de Mateo, había decidido abandonar la breve experiencia eremítica anterior, para dedicarse a tiempo completo al servicio de la gente “con la simplicidad de su palabra y la magnificencia de su corazón”, como atestigua su primer biógrafo Tomás de Calano. Glicerio, habiendo hecho suyo en la Porciúncula el mensaje específico de perdón y de reconciliación, y experimentado el sentido profundo de reconciliación consigo mismo, renunció para siempre a toda nostalgia del yermo para dedicarse a tiempo completo y serenamente a su típico ministerio de catequesis itinerante en las Escuelas Pías.

De las visitas de Glicerio a Asís, el testimonio más significativo es ciertamente el de Pedro Mussesti:

“Glicerio fue a visitar el cuerpo de san Francisco en Asís y la Virgen de los Ángeles y todos los lugares donde había estado el santo... postrándose y besando; y no sabía marchar de allí si los compañeros no le hubieran levantado¹⁹⁴”.

El padre Alejo Armini destaca el momento en que Glicerio, cuando llegó adonde Francisco se acostaba para dormir “sobre unas piedras”, también él enseguida se arrojó tendido y allí se estuvo un buen rato de tiempo orando¹⁹⁵. En los frescos de la basílica superior Giotto describe la historia de san Francisco como un momento de la historia más grande de la salvación. Por eso las escenas de su vida están colocadas con las historias del Antiguo Testamento. Era fácil para Glicerio descifrar en ellas que la vida de san Francisco no fue otra cosa que un nuevo episodio de la única historia que se inicia en el Antiguo Testamento y continúa con la vida de los santos. El alma y los ojos de Glicerio no se saciaban de contemplar. Como en la basílica de Loreto, quién sabe cuántas veces repetiría: “Si en este mundo hay cosas tan ricas y bellas, hechas por los hombres, ¿qué no será en el Paraíso¹⁹⁶?”.

El arte, como escribe el papa Juan Pablo II en la *Carta a los artistas*, es un camino de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo. Invita al hombre a elevarse a la contemplación de la perfección,

194 Mussesti, *o.c.*, p. 21.

195 A. Armini, *o.c.*, p. 65.

196 F. Baldi, *o.c.*, p. 40.

no para alienarse de la vida concreta, sino para volver a ella con propósito de hacerla más verdadera, más noble, en una palabra, “más bella”. También es verdad que a la belleza artística, que sin duda puede manifestar algo del cielo, Glicerio prefería la imagen más verdadera y más hermosa de Cristo, la imagen viva de los hermanos, pero el santuario de Asís representaba con toda evidencia, en su arte y su misticismo, un lugar privilegiado del encuentro del hombre con Dios en el tiempo y en el espacio.

La visita a las Siete Iglesias

Feliz invención de la iglesia de Roma, revitalizada por el ingenio de san Felipe Neri, la visita a las Siete Iglesias era una de las prácticas más populares y sugestivas del siglo XVII, organizada con itinerarios preestablecidos, que en el XVI se definieron como “Vuelta de las Siete Iglesias”. Casi toda la ciudad se movía en una participación coral y sentida. Una liturgia festiva, rica de valores humanos y de motivos espirituales para cada uno y para la colectividad.

Finalidad y desarrollo

El fin principal era el de proponer un programa de santidad revestido de alegría. Una invitación dulce pero comprometida a autoeducarse, a valorar las propias energías en un camino de sano crecimiento humano y cristiano. Especialmente en tiempo de carnaval, además de los tiempos fuertes de la liturgia, las Siete Iglesias ofrecían a los jóvenes una alternativa válida a las diversiones a veces desenfrenadas y licenciosas.

El recorrido previsto tocaba las cuatro basílicas patriarcales, San Pedro, San Pablo, Santa María la Mayor, San Juan, y las tres menores, San Lorenzo, San Sebastián y La Santa Cruz. La visita se completaba en general en dos jornadas, para un recorrido de unos veinticuatro kilómetros en trece horas. Los peregrinos, divididos en dos o tres grupos numerosos, se reunían todos en Santa María en Vallicella, y desde allí, después de haber recitado una oración especial para el itinerario, partían, cada grupo precedido del estandarte y de una cruz llevada por los frailes capuchinos, a los cuales por tradición correspondía ir a la cabeza de las procesiones. El cortejo se detenía de vez en cuando para escuchar breves meditaciones predicadas. Después se reemprendía con la recitación de oraciones y el canto de himnos sagrados, entre los

cuales el más común era el *Canto de la Vanidad*, en el cual cada estrofa acababa con el estribillo: “*Vanidad de vanidades / todo es vanidad / todo el mundo/ y lo que en él hay / todo es vanidad*”. Los peregrinos en procesión llegaban a veces a dos mil personas. Como Jesús había saciado al pueblo que acudía a escuchar su palabra, así los organizadores se preocupaban también de distribuir la comida a los peregrinos.

San Felipe Neri solía distribuir los víveres, colocados en cestas y llevados por borriquillos, en un descanso a mediodía, colocándose todos en orden sentados en un prado. Cuenta el padre Pedro Bacci, contemporáneo y primer biógrafo del santo, “Se daba a cada uno pan y vino suficiente, un huevo con un poco de queso y algo de fruta. Mientras comían, o se cantaba algún motete o se hacía algún concierto de instrumentos, en parte como recreación y en parte para mantener la mente unida a las alabanzas divinas. Finalmente, prosiguiendo el viaje, volvían a casa con gran alegría y fruto espiritual de sus almas”.

Glicerio y las Siete Iglesias

San José de Calasanz practicó intensamente la visita a las Siete Iglesias¹⁹⁷, y Glicerio, siguiendo su ejemplo, hizo de ella uno de los puntos fuertes de su espiritualidad. Lo impulsaba, peregrino solitario, la exigencia de vivir cada vez más profundamente la presencia de lo divino, de santificarse para ser auténtico testimonio de la esperanza. Era también la necesidad de obtener para él perdón, paz y luz interior; el ansia de sacudir de sus espaldas el polvo que, aun inconscientemente, se acumulaba a lo largo del camino en el contacto cotidiano con el mundo. Se esforzaba por realizar el consejo repetido por Calasanz: “Cuando vayáis al santuario, haced que el santuario entre en voso-

197 El padre Berro, después de haber afirmado que el padre José visitaba las Siete Iglesias *muy a menudo*, añade: “A media noche le levantaba a rezar Maitines con la devoción que ya podemos imaginar. Después se encaminaba a las *Siete Iglesias*, en una de las cuales celebraba la santa Misa con tal devoción que empleaba algunas horas, y esto especialmente en la capilla de la Columna del Señor en santa Práxedes, o en santa María la Mayor o en la de los Montes. Y en la peregrinación sólo Dios sabe qué tiempo de meditación y contemplación empleaba”. *Anotaciones*, T. I, 1, I, cap. II, p. 70.

tros”. Glicerio implicaba en su experiencia, además de la gente común y los alumnos de las Escuelas Pías, también a otras instituciones escolares y civiles que habían comprendido el valor social de una de las manifestaciones más originales del tiempo.

Con san Felipe Neri una parte notable de la peregrinación estaba reservada a la música. El santo intentaba imitar a los primeros cristianos, que en el canto expresaban su fe en Dios. Glicerio, que no ignoraba la alabanza de Felipe Neri¹⁹⁸, enriquecería tal práctica, además de con la riqueza interior adquirida, con el entusiasmo de un alma fuertemente sensible al mensaje musical:

“Estaba siempre pronto a cantar las alabanzas espirituales. Y esto lo hacía con tanta alegría que habría conmovido, se puede decir, hasta las piedras¹⁹⁹”.

En su último día de vida sus compañeros novicios, para hacerle agradables las horas, entonaban canciones espirituales. Entre ellos, como novicio, estaba el mismo padre Baldi, el cual recuerda que ellos repetían en particular la canción preferida por Glicerio: “*Vanidad de vanidades / todo es vanidad / a la muerte ¿qué será? / todo es vanidad*”. Que era precisamente el lema que acompañaba y ritmaba la procesión de las Siete Iglesias, y que tanta resonancia mística producía aún en su alma.

6. PEREGRINACIÓN A LA VIRGEN DE LORETO Y VUELTA POR ASÍS

Loreto

Loreto debe su fama a la Casita que, según la tradición, los ángeles transportaron en vuelo desde Nazaret en 1294, primero a Tersotti junto al río, y después al lugar actual junto al bosque de laureles (*Lauretum*). Esta pequeña ciudad, en situación panorámica sobre una colina

198 Ha llegado hasta nosotros la colección de *Cien laudes espirituales* que los niños de S. Pantaleón cantaban en tiempo de Glicerio. El librito fue impreso en S. Pantaleón en 1624. A nosotros nos ha quedado en la Biblioteca Escolapia de S. Pantaleón (B1/4) una reimpresión hecha por el padre Gabriel de la Anunciación.

199 F. Baldi, *o.c.*, p. 58.

de cara al mar, está coronada por el célebre santuario, uno de los más importantes de Italia. La Casa de Nazaret recuerda el momento en que el Verbo se hizo hombre en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo. Aquí los enfermos acuden numerosos, a la Casa de María que en las letanías lauretanas invocamos como “*Salud de los enfermos*”, “*Consuelo de los afligidos*”. Juan XXIII la ha definido como “síntesis de todos los santuarios del mundo”, cuando fue allí en peregrinación, el 4 de octubre de 1962, en vísperas del concilio Vaticano II. Loreto era el nombre poderoso capaz de evocar en Glicerio la voz de aquel oráculo de Virgilio: “*Antiquam exquirite matrem*”, *Busca la Madre antigua*, la que en la iglesita de Milán fue referencia luminosa de su infancia y adolescencia.

El origen de la gran devoción de Glicerio a la Virgen de Loreto hay que buscarlo en el ejemplo de las dos figuras ideales de su vida, san Carlos y Federico Borromeo. San Carlos era devotísimo de Ntra. Sra. de Loreto. Fue allí como peregrino al menos cuatro veces, y por aquel tiempo no era un viaje de poca cosa. Escribió al cardenal de Altemps que en ningún otro santuario había obtenido “una más profunda impresión religiosa”. Allí donde la Virgen pronunció su *fiat*, buscó la fuerza de abrazar la ardua tarea de reforma moral y religiosa que se preparaba a realizar en su diócesis. En 1579 quiso recorrer descalzo casi cincuenta millas de camino. Llegado a Loreto al atardecer, fue en seguida a la santa Casa y allí se estuvo toda la noche en oración. Es él quien tuvo la primera idea de fundar en Milán un santuario dedicado a la Virgen Lauretana. Fue en cambio su primo, el cardenal Federico Borromeo quien la realizó en la zona de “fuori dei Bastioni di Porta Venezia”.

Glicerio, dócil como Jacob a la invitación del ángel, salió de Roma descalzo para *retornar a su patria ideal*, Loreto, y alcanzar, siguiendo las huellas de san Carlos, las inspiraciones y energías nuevas para el futuro. La capilla de Milán, consagrada a la Virgen de Loreto, la *Madre antigua*, ya no existía, englobada en la nueva construcción del cardenal Federico.

Preparativos

La ocasión de visitar el santuario de Loreto se la proporcionó su amigo, el doctor Cosme Contini, que había decidido ir, y después el

ánimo que le dio el padre José de Calasanz. Glicerio se apresuró a pedir permiso para marchar también a su confesor, padre Domingo. La única condición que le impuso fue la de obedecer en todo, como a su legítimo superior, al doctor Contini, su colaborador en la doctrina cristiana, y ahora compañero de peregrinación. Se fijó la fecha, que sería en los primeros días de septiembre de 1614. Se tomó el acuerdo de hacerlo a pie, aunque Contini era bastante corpulento. “¡Suerte la tuya, le dijo Glicerio bromeando, pues teniendo que cargar durante todo el viaje con ese bulto, tendrás por ello más mérito²⁰⁰!”. Se programaron también las oraciones que debían recitar cada día. Pactos claros: –Hace falta, querido doctor, precisó sonriendo Glicerio, que me deje también a mí un poco de mando. Usted llevará los gastos, las paradas, y lo demás. Y no encontrará súbdito más obediente que yo. A mí me deja ordenar lo que se refiere a Dios. ¿Le parece bien? –Y Contini: –¡Estupendo!, con tal de que entre mis competencias estén también tus limosnas. No por nada, pero es que usted tiene agujeros en las manos²⁰¹. Glicerio se vistió de peregrino: sayal, sombrero de ala ancha, grueso bordón, cantimplora, zurrón con el breviario, Biblia y un poco de pan. Confió a la Virgen la oración, con el propósito de hacer penitencia y conversión, y... en marcha. A nosotros nos ha sido posible seguir, en un precioso y detallado *diario*, los pasos de Glicerio en este emblemático y largo peregrinaje, gracias al cuidado de sus primeros biógrafos.

*Hacia la “Santa Casa”
Paradas en Terni y en Camerino*

En hábito de peregrinos, Glicerio y Cosme, después de comulgar salieron por la puerta de San Pantaleón recitando la oración “*Actiones nostras*”. Glicerio sacó el rosario. Lo recitaba muchas veces, invitando a lo largo del camino a todos los que encontraba, hasta veinticinco o treinta personas. El doctor iba provisto de rosarios, medallas y estampas. Quizá quería ahorrar dinero, pero Glicerio los distribuía a manos rotas a todas las personas que se unían al grupo, “para que –precisa

200 A. M. Mistrangelo, *o.c.*, p. 149.

201 *Ib.* P. 149.

el Padre Baldi— no sólo el cuerpo, sino también el espíritu tuviera su apoyo”. Ofrecía también libritos, como ayuda útil de catequesis breve y eficaz. El tiempo restante lo empleaban en conversaciones espirituales y oración mental. Por sugerencia de Contini se detenían a cada hora canónica; Contini para limpiarse el sudor, Glicerio para recitar el breviario. Cada mañana oían la santa misa, servida por Glicerio. En cuanto a las limosnas, comenzaron dando un julio, algo así como cinco céntimos, que ellos llamaban “caridad florida”. Contini comenzó a preocuparse y convinieron en dar sólo la calderilla que les devolvían en cada compra necesaria.

Pasaron sucesivamente por Monterosi, Civita Castellana, Narni, y se detuvieron en Terni, adonde llegaron a la puesta del sol. Cuenta Armini que en Terni fueron huéspedes de un pariente del doctor Contini, el señor César Ferentillo, el cual ofreció gentilmente a Glicerio una estancia señorial. Glicerio, que había salido de Roma sólo para hacer penitencia, al ver al hijo del dueño retirarse a un cuchitril, le convenció para que cambiara con él la habitación.

Terni y toda su cuenca es un don del río Nera, como Egipto debe su existencia a la presencia del Nilo. El señor César no dejaría de mostrar a sus huéspedes las famosas cataratas Marmare, maravilla de inspiración poética. Y Glicerio, contemplando aquel escenario excepcional de grandiosidad y poder divino, con su breviario cantaría exultante alabanzas al Señor: “Benedicid manantiales, mares y ríos, montes y colinas, al Señor”.

Dos días después reemprendieron el viaje. Entre Espoleto y Camerino se pegaron a Glicerio cuatro *ultramontanos*²⁰² que pedían limosna. Y Glicerio, sonriendo, dijo a Contini: —En nuestro pacto no hemos nombrado a los ultramontanos, por consiguiente no están comprendidos... Y dieron un julio a cada uno.

Han llegado ya al valle del Chianti, desde donde divisan la roca colosal de Camerino. Era gobernador de la pequeña ciudad el hermano de Glicerio, Mons. Fabricio. Apretaron el paso. Monseñor, que había sido advertido por una carta de Calasanz, quedó encantado de abrazar

202 Eran los que venían *de más allá de los montes*, es decir, extranjeros.

de nuevo a su hermano y, prudentemente, le preparó una habitación sencilla con un colchón sobre tabla. Después, sabiendo que le era cosa grata, le invitó a decir dos palabras a la servidumbre. Glicerio se puso contentísimo, pero no se quedó. Prefirió la casa de don Sebastián de Grandis, amigo suyo y de Contini, sacerdote piadoso, que había fundado en Camerino una congregación, semejante al Oratorio de san Felipe Neri en Roma. Persona de gran bondad, puso enseguida a Glicerio a sus anchas: oración y participación en la disciplina y otras prácticas de la congregación. Cuando le mostraron la gruta donde se decía que había hecho penitencia el joven mártir san Venancio, permaneció allí largo rato tendido en tierra, inmóvil.

Don Sebastián pidió humildemente a Glicerio y a Contini si se podía unir a ellos, junto con tres amigos, hasta Loreto. Los recibió gustoso. Glicerio prometió a su hermano pasar otra vez por su casa, a la vuelta. Y partieron hacia Recanati. Camina que camina... se hizo de noche y, para colmo, se levantó de improviso una tormenta. La niebla les impedía ver la ruta, pero una luz mortecina les devolvió la confianza, y una voz a la que Glicerio aconsejó obedecer. Era un campesino que salía a su encuentro y que los acompañó hasta un lugar seguro, a una finca cercana. El dueño, por desgracia ausente, tenía las llaves de la despensa y de las habitaciones. Todos pusieron en común lo que tenían, incluida una garrafa de vino de misa que llevaba uno de los amigos de don Sebastián. Esto hizo la alegría de todos. El señor Contini contó entre ovaciones la frase que Glicerio le había dicho apenas estuvieron fuera de Roma: "¡Alegría, doctor! Que va a ver milagros en este viaje". Y éste era ciertamente uno. A la mañana siguiente, domingo, habiendo salido de madrugada, llegaron a Loreto.

En la Santa Casa

El alma de Glicerio se ensanchaba ya en aquella casita donde María, desde el día de la Anunciación, se entregó en cuerpo y alma a su Hijo, en la vida y en la muerte. El santuario de Loreto ofrece la oportunidad de detenerse allí donde se realizó el misterio fundamental de la Encarnación del Verbo, para recibir luz y fuerza del Espíritu, que transforma el corazón humano en una morada de esperanza. Glicerio, herido de recuerdos y nostalgias, de ansia de renovación y de perfección, entró en la explanada monumental, donde la nueva fontana de

Madero prometía ríos de agua viva. Su corazón se expansionaba con el pensamiento de la Madre celeste que le esperaba. Entre tantos peregrinos, Glicerio caminaría de rodillas sin sentir dolor, por los callos de largas oraciones, mientras en el santuario resonaban las palabras del profeta: –“¡Exulta, alégrate con su amor. Danza con gritos de júbilo, como en los días de fiesta!”²⁰³.

Nuestros peregrinos entraron en la basílica, oyeron la santa misa, comulgaron y, a la espera de poder entrar en la santa Casa, pudieron también admirar las obras maestras realizadas en honor de María por Sangallo, Bramante, Signorelli, Sansovino, Lotto y tantos otros grandes artistas. El Padre Armini nos cuenta la expresión de Glicerio: “Si en este mundo hay cosas tan valiosas y bellas hechas por los hombres, ¿qué será en el Paraíso?”. Amor y estupor, concretizados allí en la contemplación de tanta belleza artística. Finalmente le llegó a Glicerio el turno de entrar “en la santa capilla, en el lugar donde se muestra el fogón de la santa Casa; y puesto boca abajo, así estuvo durante casi cuatro horas con la tierra por almohada²⁰⁴”. Todos los testigos están de acuerdo en esto.

En este santuario los religiosos siempre han individualizado no sólo una de las fuentes inspiradoras de su carisma, sino también el criterio de verificación de la autenticidad de su perfección, apostolado y servicio eclesial. María ha sido proclamada la *estrella* de la vida consagrada, porque estuvo dispuesta a la realización del proyecto de Dios en la historia de la salvación. Es en aquellas piedras, hoy ahumadas y gastadas, donde María acogió el anuncio del ángel, donde dijo su “sí”, donde concibió por obra del Espíritu Santo. Entrar entre aquellas pobres paredes es como pisar en Tierra Santa, el centro del proyecto salvífico de Dios, porque, como se lee en latín sobre el altar: “*Hic Verbum caro factum est*”, Aquí se encarnó el Verbo.

Glicerio entró trepidante y renovó la consagración hecha de niño con el anillo de oro en la pequeña iglesia de Milán. Esta vez con el propósito de servir a Jesús en las Escuelas Pías, pobre con los pobres.

203 Oseas, 3, 17

204 F. Baldi, *o.c.*, p. 40.

Sentía resonar dentro de aquellos muros las palabras: –“¡Aquí me tienes! *Fiat*”. También él se declaró *siervo del Señor* en actitud de completa disponibilidad. No se enteró de las cuatro horas transcurridas, pero sí se dio cuenta el custodio. Había que dejar paso libre al cardenal Antonio María Galli, protector de la Santa Casa. Glicerio habría querido alargar la salida de Loreto, al menos hasta el día siguiente. Pero no estuvieron de acuerdo los compañeros de viaje. Sin embargo, esperaron el tiempo suficiente para participar en el canto de las vísperas, y reemprendieron en el camino de vuelta.

Retorno a Roma, por Asís

Llegaron a Recanati al toque del Ave María; pero quisieron continuar durante otras nueve millas, por lo que mandaron al más veloz de ellos para avisar al mesonero de que no cerrara el albergue antes de su llegada. Entre tanto, se desencadenó una tempestad. Intentaron coger un atajo, pero, desconociendo el lugar, acabaron metiéndose en un callejón sin salida. Sacó a todos del aprieto Glicerio porque, habiendo Contini ordenado volver a buscar el camino, a los pocos pasos: –¡Ahí está!, –dijo. Recuperaron el ánimo y, empapados, pero contentos, como Dios quiso llegaron al alojamiento. Al día siguiente, de mañanita, se pusieron otra vez en viaje. Se encaramaron, por insistencia de Glicerio, a un pueblecito de montaña. Don Sebastián celebró la santa misa para ellos y para una treintena de personas de aquel pobre lugar privado de sacerdote. Prosiguieron, contentos por aquella buena acción, hasta san Severino, donde se alojaron por la noche.

La etapa siguiente fue Camerino. Glicerio quiso pararse de nuevo en casa de don Sebastián. Mons. Fabricio estaba disgustado. Sin embargo, le proporcionó todo lo necesario. Al segundo día don Sebastián “ordenó” a Glicerio que contentara a su hermano, haciéndole una visita. Obedeció. Al día siguiente, Glicerio y el señor Contini partieron de nuevo para Asís. En Foligno fueron huéspedes del padre Juan Bautista Vitelli, alumno de san Felipe Neri y conocidísimo por su bondad. Como era la víspera de san Francisco, Vitelli quiso acompañar a los dos huéspedes hasta Ntra. Sra. de los Ángeles y Asís, ver nuevamente el cuerpo del santo y visitar los lugares franciscanos. Cuando Glicerio estuvo donde san Francisco solía recostarse sobre piedras para dormir, también él se echó tendido y estuvo mucho tiempo en oración.

Volvieron a Foligno, y pernoctaron una noche más en casa del padre Juan Bautista. A la mañana siguiente, oída la misa, se despidieron y, después de una breve visita a santa Clara de Montefalco, llegaron a Cesi, patria de Contini, donde finalmente el doctor, exhausto, pudo descansar durante dos días enteros. Así el retorno a Roma pudo ser más expedito. No hubo dificultades ni cosas dignas de contar.

Se cierra el cerco

El Loreto de Milán no era para Glicerio sólo una referencia formal, sino un reclamo vivo, como complacencia de una compostura y medida espiritual. El desposorio místico con María no fue un simple juego de niño, sino un gesto de joven *enamorado*, que vuelve de nuevo al lugar de la cita. Como cualquier hijo de familia, Glicerio dejó su casa, mirando al futuro. Le acompañaba el afecto de la madre y de María con su anillo de oro. No hubo desgarró ni solución de continuidad. Su vida discurría como un arroyuelo límpido bajo los rayos del sol. María bajaba su mirada de amor cuando Glicerio recitaba cada día los Laudes de su Reina y desgranaba las cuentas del rosario. Es verdad que, por fragilidad humana y por un momento, Glicerio se había distraído en Roma, los esplendores mundanos le habían encantado, y él, como si se hubiera adormecido. Pero al cuidado vigilante de María le bastó un leve toque, una palabra amiga para despertarlo e imprimir un impulso irresistible a su existencia. Advirtió que allá arriba había un corazón que lo amaba. Ahora, en el verdadero Loreto, *recordaba*, es decir, “llevaba en el corazón” los arrebatos místicos y las promesas de niño. A María, que brilla sobre la tierra “ante el pueblo peregrino de Dios, como señal de esperanza cierta y de consuelo²⁰⁵”, ahora, en su hermoso santuario, se confiaba y le consagraba su vida.

La protección de María será determinante para él y su definitiva victoria sobre el mal. Para Glicerio, *recordar* era lo mismo que pisar un terreno vivo y conocido, en el que entonces fue depositada una semilla que había arraigado, y ahora crecía en bendición, para abrirse hacia nuevos cielos, los centenares de niños que María le había engendrado en las Escuelas Pías. Su compromiso era el de preservar a aquellos hiji-

205 Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 68.



tos de María en la inocencia a toda costa y de cualquier modo. Sabía que María estaría contenta de ello y confortaría su esfuerzo. Quizá, precisamente a raíz de la experiencia que Glicerio tuvo en Camerino, en la gruta del pequeño mártir san Venancio, en las Escuelas Pías se acentuó el culto a los niños mártires. Una intuición psicológica adivinada, la de poner ante los ojos de los niños el ejemplo de otros niños héroes, capaces de mostrar a una edad tan joven una fe tan robusta. El ejemplo suscitaría por fuerza el entusiasmo y el deseo de emulación. Junto a los niños, Glicerio volvía con gusto la

mirada y el corazón a Milán, al altar de la iglesita de Loreto y a su consagración a María. Cuando se presentaba la ocasión de que también ellos ofrecieran su anillo de oro a la Virgen, enamorándose de ella y de Jesús, les contaba que “desde entonces en adelante no sentí nunca más el estímulo de la carne *vehemente*²⁰⁶”. San José de Calasanz cuenta:

*“Mandó imprimir una cantidad grandísima de pequeños oficios de la Virgen Santísima para darles a los niños, para que todos los domingos vinieran a aprender a recitarlos”. “El domingo hacía recitar también el rosario a los niños, y cantar cada día las letanías de la Virgen”. Llevaba a los alumnos en procesión a visitar diversas iglesias, con no menor provecho de ellos que ejemplo para la ciudad*²⁰⁷”.

Fiel a su consagración, estimulado por su gran pureza, atestigua el padre García, Glicerio “caminaba siempre con mucha modestia y castigaba su carne con cilicios y cadenas; dormía sobre tablas, y con frecuencia en tierra”. Y María, fiel al *pacto de alianza*, permaneció como guía segura y sustento válido de su actividad, predisponiendo su mente y corazón a recibir y comunicar los dones del Espíritu. En la

206 Francisco Baldi, *o.c.*, p. 5.

207 A. Armini, *o.c.*p. 67.

peregrinación a Loreto, Glicerio había tenido la confirmación de que su camino se desenvolvía bajo el signo de la benevolencia de María, bajo su mirada, como sobre el fondo de un arco iris en el que el cielo se une a la tierra en abrazo festivo de luz y color.

7. EL ÁNGEL TUTELAR

Acompañar a los niños a casa

Una de las prácticas características al comienzo de las Escuelas Pías era la de acompañar a los niños a casa apenas terminadas las clases, de acuerdo con las familias, para prevenir los peligros físicos y morales.

“Los Padres resolvieron, después de buena consulta, que les parecía bien que los escolares fueran por la mañana y por la tarde acompañados por los nuestros a su casa. Salían todos los alumnos de la escuela en seis grupos. Se determinó que a cada uno de éstos los acompañaran dos de los nuestros y procuraran que los pequeños caminasen con modestia. Estos grupos se encaminaban hacia aquellas partes donde habitaban los niños, como por ejemplo, los que habitaban en el Borgo se ponían todos juntos y los maestros mañana y tarde caminaban hasta San Pedro, y los niños, con su licencia, cuando estaban cerca de sus casas, tranquilamente se retiraban a aquéllas. Otro grupo iba hasta el Popolo, otro a Santa María Mayor, otro a San Marcos, otro al Trastevere. Así distribuían a los pequeños por toda la ciudad. Cada grupo era muy numeroso, dado que el número pasaba de doscientos niños, los cuales estaban tan bien amaestrados que iban con gran modestia y decoro y con su rosario en la mano, de modo que, viéndose mañana y tarde aquellas procesiones por Roma, daba gusto verlos, y el pueblo y los caballeros, señores preladados y cardenales ensalzaban la obra hasta el cielo²⁰⁸”.

Un precedente histórico podríamos reconocer en los tiempos clásicos, cuando el *pedagogo* o tutor acompañaba al pequeño amo a la es-

208 *Pos. Cas.*, I, 276. Es la primera vez que encontramos documentada esta práctica, junio de 1615. De hecho no se encuentra ni en la *Breve Relación* de Calasanz (1610), ni en la carta de Gellio Ghellini (1602), ni en las de Glicerio (1612).

cuela, llevándole los libros y tablillas. Según el grado de cultura, en casa le hacía repetir las lecciones y corregía las faltas. Obligación importante del pedagogo era vigilar al niño por la calle, reprenderle e inculcarle la buena educación. Pero eran escasos los efectos de tal educación, porque el preceptor era a lo sumo un viejo siervo inhábil para el trabajo y, si era joven, no servible para otra cosa por algún defecto físico. Una realidad completamente distinta de la que se practicaba en las Escuelas Pías.

*Los “Ángeles Custodios” en el sueño de Calasanz
y en el memorial al cardenal M. Tonti*

Juan Carlos Caputi, íntimo amigo de Calasanz, y uno de los primeros escolapios históricos, describe, en una página encantadora de sus memorias, el sueño que san José de Calasanz tuvo en España poco antes de ir a Roma:

“Para aclarar el motivo fundamental de donde tuvo origen la Obra de las Escuelas Pías, es importante conocer la visión que el padre José tuvo cuando era vicario general del obispo de Urgel. Muchas veces me la contó él a mí, que, curioso por saber todos sus actos, siempre le preguntaba para sacarle algo de la boca. Una noche vio que se encontraba en Roma y predicaba a un grupo de niños. Les enseñaba la manera de vivir cristianamente, los bendecía y después los acompañaba a sus casas. Veía que los ángeles se unían a él para conducir a aquellos niños pobres. No hizo caso de la visión, pensando que era sólo fruto de la fantasía y una cosa absurda, pues él no tenía ninguna intención de ir a Roma. Pero no pasaron muchas semanas, cuando comenzó a sentir una voz interior que le decía: –‘José, ve a Roma. Ve a Roma, José’²⁰⁹.”

En la Biblia hay muchos casos en los cuales Dios habla al hombre a través de sueños. El de Calasanz probablemente no sería determinante para su ida a Roma. Sin embargo, en la visión de los niños pobres del Trastevere²¹⁰ habrán influido, en un juego de fusiones en-

209 Juan Carlos Caputi, *Noticias Históricas*, III, 1673.

210 Habiendo llegado a Roma en 1592, José, pasando con frecuencia por las callejuelas del Trastevere observaba oleadas de niños abandonados a sí mismos y alborotadores. Y cada vez llamaba a su conciencia el problema de su educación.

cadenadas, las imágenes del sueño que tuvo en su patria. El material que constituye el contenido de un sueño deriva siempre de algún tipo de *experiencia*. Y Calasanz, especialmente en su acción pastoral como párroco de Claverol y Ortopeda, en los Pirineos, después a sus treinta años como secretario, visitador, reformador y vicario general del obispado de Urgel, tuvo muchas experiencias de maestro y de educador de niños y adolescentes²¹¹.

Con el pasar de los años se convencía cada vez más de que era necesario echar una mano a los Ángeles custodios de aquellos pequeños; inventar algo, un medio formativo y eficaz para preservarles del mal y enderezarlos al bien; hasta defender que la educación de los niños es indispensable para la reforma universal de la “república cristiana”. Las familias tendrían la satisfacción de ver a sus hijos enderezados por el camino del bien; las autoridades civiles podrían contar con ciudadanos honrados y súbditos fieles; la Iglesia, sobre todo, ganaría en ellos personas activas y válidas para los distintos campos de su apostolado²¹².

Cuando Glicerio le propuso aquella iniciativa genial, que relacionaba de modo admirable al escolapio con el ángel custodio y la escena del sueño que tuvo en su patria, José no pudo no reconocer en ello un mensaje del cielo, la confirmación del sueño, la voz interior que lo perseguía desde hacía años. Glicerio, con el acompañamiento de los niños a casa, sugería un gesto que uniría la acción educativa de la escuela a la de la familia. La calle, esto es, el peligro número uno para los pequeños, se convertiría en lazo de unión entre los dos estamentos educativos más importantes. El escolapio acompañando al niño com-

211 J. Sántha, *S. J. de Calasanz*, p. 20, habla de una afirmación del padre Picanyol, según el cual en Tremp existe una tradición popular, la cual asegura que la índole inquieta de los niños de esa ciudad había influido no poco en la fundación de las Escuelas Pías. El padre J. Poch, en *An. Cal.*, 15 (1966), p. 193, afirma que Calasanz fue maestro de los niños en el palacio episcopal de Barastro. Enseñaba a leer, escribir, gramática y doctrina cristiana. S. Giner, *San José de Calasanz*, BAC, 1992, p. 201, demuestra que Calasanz, huésped del señor Janner, fue maestro y guía, entre otros, del joven Coromines.

212 Cfr. *Memorial* de Calasanz al card. Tonti, en *Arch. Sch. P.*, XV (1991), pp. 1-48.

pletaría ante los padres el trabajo precioso desarrollado aquel día en clase y en el Oratorio. De cara al proyecto de Landriani, Calasanz no tuvo ya necesidad de tener que *interpretar su sueño*. El significado, hasta con su contenido latente en el símbolo de *ángeles*, era claro, como realista había sido la visión del Trastevere.

Sabemos que cualquier manifestación onírica puede ser síntoma de sentimientos en contraste con cuanto el sueño expresa. En el padre José, desde los primeros años romanos, la convicción de que tenía que hacer algo concreto y grande por los niños contrastaba efectivamente con proyectos e intereses personales. En lo sucesivo, el deseo de conseguir algún beneficio eclesiástico y volver tranquilo a España cedió, después de duras luchas interiores, ante exigencias más altas. En 1600, en una carta al secretario de la embajada del Rey Católico escribía, rehusando la canonjía de Sevilla: “He encontrado en Roma mejor manera de servir a Dios, ayudando a estos pobres pequeñitos, y no la dejaré por nada del mundo²¹³”.

Calasanz, con buen juicio, pensaba que con su obra cumplía bastante bien el oficio de *ángel custodio* para con los pequeños alumnos. Y recomendaba calurosamente a sus colaboradores: “Conviene emplear toda paciencia y caridad con los jovencitos para enderezarlos por el buen camino²¹⁴”; “No deje de usar toda diligencia en ayudar a los escolares y especialmente haciendo volver al buen camino a los descarriados²¹⁵”. Para el padre José, su obra era “*inter divina divinissimum* –la más divina entre las divinas²¹⁶–. Al padre rector de Savona escribe: “Dirá al padre Hilario –confesor de los niños– que debe mostrar toda su diligencia... lo que hará fácilmente si es humilde y devoto del ángel custodio, con el que debería tener relación y familiaridad muy estrecha²¹⁷”.

Pero Glicerio pedía ahora a Calasanz algo más comprometido, que ciertamente José había ya madurado en su conciencia, porque abrazó

213 V. Berro, *Anotaciones*, I, 12.

214 *EGC*, carta n. 225.

215 *EGC*, n. 386.

216 *EGC*, n. 1374.

217 *EGC*, n. 3672.

enseguida la idea del Abad con entusiasmo. Era el mes de junio de 1615. Escribía al cardenal Miguel Ángel Tonti tres años después de la muerte de Glicerio: “La divina majestad nos concede a nosotros, los hombres, vivir como ángeles en el mundo”. Y, aunque pareciera presuntuoso, definía finalmente, sin términos medios, el instituto de las Escuelas Pías “nobilísimo, en cuanto es oficio angélico y divino, ejercitado por los ángeles custodios, de los cuales, en esto, los hombres se hacen ayudantes²¹⁸”.

Al padre Marcos Manzella escribía el 17 de mayo de 1647, esto es, pocos meses antes de morir:

“El ejercicio de acompañar a los escolares, haciéndolo como se debe, es de grandísimo mérito para el que lo sabe hacer, y de grandísimo ejemplo para los escolares²¹⁹”. Y pedía a todos sus religiosos que “abrazaran con gusto el hacer la caridad de acompañar a aquellos pobrecitos, y tuvieran el oficio de ángeles custodios, y lo ejercitaran en la humildad de Cristo²²⁰”.

Un mensaje para hoy

Bajo la ola de indignación, de desconcierto y de alarmas por los recientes episodios de violencia sobre los niños, a fin de cortar la plaga de degradación social y realizar una línea común de intervenciones, se convocan hoy vértices a todo nivel. ¿Qué hacer, qué inventar para que se entable una lucha incisiva, eficaz, contra la violencia, la pedofilia y los horrores de que son cada vez con más frecuencia víctimas los niños? En toda Europa se están experimentando medios coercitivos y de otro tipo. Se enseñará a los niños la sexualidad sana y, por consiguiente, también la mala. Habrá cursillos para padres, profesores, personal de la escuela, para que aprendan a distinguir los sufrimientos del niño molestado. También están previstas en las leyes partidas presupuestarias *ad hoc*. ¿Se terminará con los delitos contra los más débiles?

Glicerio y los primeros escolapios, con gesto verdaderamente profético, sin cursos especiales y sin financiación estatal, resolvie-

218 *Memorial al card. Tonti, o.c.*, p. 2

219 *EGC*, n. 4461.

220 *J. Sántha, o.c.*, p. 364.

ron el problema. Ellos ponían a disposición –y eran suficientes– las riquezas de su corazón enamorado de Dios, y su tiempo aprovechado hasta el último minuto. Los niños y los jóvenes encontraban así seguridad afectuosa y garantías de futuro. Después... leamos de nuevo lo que Calasanz escribía a Juan Domingo Romani desde Roma el 3 de abril de 1638:

“Para nuestra desgracia se ha perdido en esa casa este buen ejemplo de acompañar a los escolares a sus casas... A mí me gustaría mucho que los maestros fueran lo que vuestra reverencia desea; pero algunos de ellos, que no saben lo que es la humildad, y están poseídos de soberbia, han abandonado los ejercicios humildes, que eran verdadero camino para ir al paraíso. Aunque sean maestros de otros, no tienen espíritu para comunicarlo a los escolares²²¹”.

¿No deberíamos hoy indignarnos y preocuparnos más por la carencia del bien que por la presencia del mal?

8. LA INVENCIÓN DE GLICERIO ¿EXIGENCIA PEDAGÓGICA O PRETENSIÓN EXAGERADA?

Motivaciones educativo-sociales

Juan Carlos Caputi, que atribuye a Glicerio Landriani²²² la iniciativa de acompañar a los niños a casa describe claramente las motivaciones:

“Le dijeron a Glicerio unos normadores²²³ que algunos escolares, salidos de la escuela, eran llamados por ciertos individuos dentro de los palacios, y hacían cosas malas; otros se ponían a jugar por las calles y otros daban mal ejemplo. El padre Abad contó todo al

221 *EGC*, VI, n. 2835.

222 J. C. Caputi, *Fragments de noticias históricas*, t. I, pte. 30, p. 92. También el padre Bartlik atribuye a Glicerio la práctica del acompañamiento: *Eph. Cal.*, III (1934), p. 127.

223 Se llamaban así los que estaban encargados por los superiores de contar los hechos de cada día.

fundador y le dijo que se debía encontrar el modo de evitar la ofensa de Dios; que le diera licencia para acompañarlos él con otro hasta las propias casas o poco lejanos. Agradó mucho al fundador este pensamiento del Abad, y como veía que estaba iluminado por Dios, andaba pensando secundarlo y animarlo en sus santos propósitos. Hizo oración por ello y Dios lo inspiró que se los acompañara. Por lo que el padre fundador dio una conferencia a todos los padres y hermanos para que abrazaran con gusto el hacer el oficio de ángeles custodios y se ejercitaran en la humildad de Cristo, porque por ello conseguirían gran mérito ante Dios. Él lo pondría en práctica el primero; no quería que nadie se viera libre, tanto los superiores, como los confesores, al menos una vez a la semana. Comenzó el padre fundador a acompañar al grupo de la Rotonda, que llegaba hasta la Trinità dei Monti; el Abad tomó la de Campo dei Fiori, que llegaba hasta Pecuaría; otros dos, la del Gesù, que llegaba hasta Santa María Mayor; otros dos, la de la Scofra, que llegaba hasta el Popolo”.

Glicerio, pues, conocía bien el ambiente en que se movían sus niños. Y sabía que bastaban cuatro ochavos para que cayesen en la red. Sabía que los pequeños son *sensores*, que absorben e interiorizan lo que les circunda, lo elaboran y se identifican con ello. Es inútil recomendarles que sean buenos, si todo su entorno se muestra, y es, malo. Los niños son como acumuladores, que después, con el tiempo, restituyen con intereses todo lo que han recibido. Era un juego toda la acción educativa, si iba acompañada de aquellos estúpidos pedófilos que pululaban en ciertos barrios de la ciudad. Ciertamente, el camino más fácil y más instintivo para exorcizar el mal, ayer como hoy, es el de invocar castigos ejemplares. Castigos, condenas, leyes severas, se requieren. Y algunos pontífices, por ejemplo Sixto V, no bromeaban ante esta peste. Pero no servían de nada –bien lo sabía Glicerio– si en las calles, en las casas, en los despachos públicos, y principalmente en las escuelas, no se consolida una *cultura* del respeto por los niños, por los derechos de los hijos de Dios. Más difícil es prevenir el mal, y más trabajoso, porque hay que cambiar el ambiente y comprometerse todos los días, no sólo cuando una víctima llega a despertar la atención de toda la comunidad.

Los niños “no saben distinguir la derecha de la izquierda²²⁴, el bien del mal. Apartarlos del peligro no es violar el derecho a la libertad y a la autonomía. En las Escuelas Pías de Calasanz tampoco se trataba de quitar a los niños la alegría y la autonomía e imponer una vida blindada y superprotegida, sino más bien proteger la plantita, para que el trigo no se convierta en una especie de *transformación trasgénica* en contacto con la cizaña presente sobre el campo. Garantizarles la seguridad, con una actividad de presencia y vigilancia amigas. En la *Declaración a las Constituciones*²²⁵ Calasanz ordenaba expresamente a los maestros “no lleven látigos cuando acompañan, ni den bofetadas a los alumnos por la calle, ni tiren del pelo o de las orejas, sino hagan que los *decuriones*²²⁶ vigilen a los que no van formales, pero no las bagatelas y ligerezas propias y naturales de los pequeños”.

En las Escuelas Pías se ofrecía a los niños muchas oportunidades para el desarrollo de sus capacidades de aprendizaje y autonomía. Eran ejercitados en observar y confrontarse con las realidades religiosas y sociales para su crecimiento moral y cultural. Para formarles espiritualmente, Glicerio, como afirma un ex alumno suyo:

“Inventaba siempre nuevos métodos para estimular a los niños a la devoción, ya con oraciones nuevas, ya con libritos... “Enseñaba a montones de pequeños el modo de hacer oración, de confesarse, de comulgar, de asistir a misa y otras cosas de la ley de Dios. Y esto lo hacía con tal espíritu –me acuerdo porque era yo jovencito– que no podía por menos de sentir en mí –y sé que les sucedía a otros– grandísimo entusiasmo y amor de Dios. Hacía cantar las alabanzas espirituales. Y hacía esto con tanta alegría que hubiera conmovido hasta a las piedras. No pudiendo aguantar el fervor de su alma alegre, bailaba con grandísimo afecto hacia Dios²²⁷”.

224 Josué 4, 11. Deuteronomio, 1, 39.

225 *Reg. Cal.*, XI,5, p. 18.

226 Se llamaban *decuriones* los alumnos elegidos por los coetáneos y votados por los maestros y compañeros. Especialmente piadosos, diligentes y maduros, colaboraban en la disciplina, pero también en la didáctica.

227 Padre Francisco de la Anunciación, Proc., *De heroica virtute fidei*, fol. 117, p. 273.

Una formación de primer orden, gracias a estudios serios, unidos a la religiosidad, y también gracias a los ejemplos santos de toda la primera comunidad escolapia, a sus esfuerzos concordes, sostenidos por la esperanza de conseguir con la ayuda de Dios los objetivos previstos.

Pero formar las conciencias no es lo mismo que encender una bombilla. Hace falta mucho tiempo para interiorizar las orientaciones morales y evangélicas e integrarlas en la vida cotidiana. La plantita tierna, antes de poder afrontar el viento y la tempestad, tiene necesidad de estaquilla y de apoyo. Glicerio sentía que en los niños se agitaba un espíritu aprisionado, una devoradora ansia de libertad. También él hubiera querido quemar etapas, insertar lo antes posible a los jóvenes en la sociedad. Pero comprendía que un camino, un acompañamiento educativo lento, era algo absolutamente necesario, que debían hacer el camino juntos, aun fuera de la escuela, para que los pequeños, creciendo poco a poco, maduraran y no se sintieran víctimas de abusos y perversiones, de profanaciones en el alma y en el cuerpo. No había que infravalorar el hecho de que no pocos de aquellos muchachos habían contraído ya antes malas costumbres. Y la costumbre es la costumbre. No se la puede arrojar por la ventana. Hay que mostrarse a los jóvenes como testimonio cada día, con paciencia infinita, enseñando con la vida la fascinación de Cristo; poner en marcha un proyecto educativo para el futuro, y dejar en claro lo que cada uno debe quitar o meter en la alforja que lleva en la vida. Una alforja ligera con los valores fundamentales dentro.

Los niños tienen desarrollada la capacidad e discernir, de saber defenderse de quien quiere abusar de su ingenuidad, aun sin aterrorizarlos. En suma, José de Calasanz y Glicerio Landriani, convencidos de que es mejor prevenir el mal que curarlo, acompañaban a los niños de la escuela a casa. Ellos habían arrancado a aquellos pequeños de la calle y del vicio. ¿Quién podía garantizarles que, dejados libres, a merced de ellos mismos, antes de haberlos formado convenientemente, no volverían a las viejas costumbres?

Dificultades internas en el Instituto

La costumbre de acompañar a los alumnos de la escuela a casa fue prescrita por Calasanz en las Constituciones de la Orden en 1622, y ex-

tendida fuera de Roma en todas las comunidades de las Escuelas Pías²²⁸. Dejando a parte algunas excepciones, el acompañamiento de los niños resultaba en la práctica muy gravoso para las comunidades religiosas. Las principales dificultades vienen expresadas con mucha libertad por el padre Castelli, fiel colaborador de Calasanz y Asistente General:

“Me escriben de Florencia que Fiammelli no considera bueno acompañar a los escolares a casa en aquella ciudad; y en cuanto a mí no tendría dificultad alguna para desterrarlo de nuestro instituto, porque me parece, si no me equivoco, que impide la entrada de muchas personas distinguidas en la vida religiosa. Impide también el provecho en la vida religiosa a muchos que ya han entrado, obligados, por falta de tiempo a desatender todos nuestros ejercicios. Y aleja a muchos otros de nuestras escuelas, que por esto no quieren venir aquí. Finalmente, no se consigue el fin pretendido con tal acción, porque los mayores no quieren venir, que son por otra parte los que tienen peligro de escándalo; ni siquiera muchos pequeños, bastante educados, de donde se reduce no sólo a los que son pequeños, sino también harapientos y menos peligrosos. Todo lo cual, aunque sea caridad, no me parece sea caridad de persona religiosa, o al menos tal que, por un poco de apariencia más que de sustancia, tenga que prevalecer a las razones anteriores... Nos sirve sólo para agotarnos y distraernos después de la fatiga de la escuela, en vez de recuperar el espíritu al retirarse después de las clases... Al presente aquí en Génova nuestros grupos se han reducido a niños de ocho a diez años, los más miserables, a los que ciertamente no es poca mortificación acompañar; y desalienta bastante nuestra obra esta nuestra comitiva cotidiana. Por amor del Señor, vuestra paternidad reflexione mejor. Yo espero en el Señor que usted lo intentará mejor que lo hago yo²²⁹”.

En el *Discurso sobre las Escuelas Pías* dicho padre Castelli insiste en el tema. Además de defender “totalmente mujeril enseñar a los niños que tienen menos de ocho años –y eran precisamente aquellos

228 *Reg. Prov.* 42/13, de 21 de julio de 1629. Cfr. V. Berro, T. I, L. 1, fol. 52.

229 *EHI*, pp. 585-6. Génova 10 de noviembre de 1629.

que Calasanz prefería, porque son incapaces de educación—”, quería liberar a las Escuelas Pías... “de lo que tienen de más *pedantesco*, como es acompañar a los escolares a casa. A lo más, de este oficio se podrían encargar los hermanos laicos; pero mejor eliminarlo del todo²³⁰”.

En cambio Calasanz iba él y quería que fueran los mismos maestros, los sacerdotes, los superiores, los confesores. Nosotros podemos comprender que para muchos pasar al menos dos horas por la calle, a veces con mal tiempo, después de las fatigas de la escuela y con todo el trabajo de casa, también barrer la propia aula y limpiar los servicios, *era una pretensión exagerada*. Volviendo a casa extenuados, ¿cómo podían cumplir con los otros compromisos religiosos y didácticos? Todo era cierto. Pero del contraste de opiniones emergen claras dos dimensiones del espíritu: por una parte Glicerio y Calasanz, hombres nuevos, servidores de Cristo, que vuelan alto alentados por el Espíritu; por otra, el padre Castelli y Fiammelli, cuya lógica es la del hombre corriente, espíritus cobardes, que se resienten de la fatiga del día y el peso del destierro.

Calasanz en los *Ritos Comunes* exhorta a sus religiosos a utilizar para sí todos aquellos espacios que las mismas obras de caridad ponen a su disposición:

“Al volver a casa –del acompañamiento de los niños– observando el debido silencio y la modestia religiosa, pueden por la mañana hacer el examen de conciencia o, si hubieran ido lejos, recitar el rosario..., pero sin llevar el breviario. Por la tarde pueden prepararse a la oración mental... Procuren no tener que dar cuenta de aquel tiempo mal empleado, teniendo obligación hasta del más pequeño momento²³¹”.

No sabemos en qué términos respondería a cada una de las objeciones del padre Castelli, pero es cierto que Calasanz, a pesar de todo, permaneció fiel hasta el fin de su vida²³² al pensamiento de su queridísimo Padre Abad: preservar a los niños en la inocencia a costa de cualquier sacrificio y de cualquier incomodidad.

230 *Reg. Cal.*, XIV, 60.

231 Del manuscrito original del padre Graziani. AGSP, p. 31.

232 Cfr. V. Berro, II, pp. 91-92.

9. HACIA LA META

Las Escuelas Pías entre luces y sombras

En el año 1600 el traslado, a través del puente Sixto, de la primera escuela de Calasanz desde Santa Dorotea a la plaza del Paraíso, luego al edificio Vestri, y al edificio Mannini, fue casi un camino triunfal. Los niños, que iban especialmente de los barrios más pobres de la ciudad, crecían de día en día, hasta alcanzar el número de 500, 600, 700. Y llenaban con sus gritos alegres cada ángulo de la casa. Pero no tardaron en llegar las pruebas y las tempestades.

Una primera sombra funesta se abatió sobre las Escuelas Pías en 1602, en el edificio Vestri. Fue la caída ruinosa del padre José y la muleta que lo acompañaría durante toda la vida. Inmediatamente después, un rayo de luz; el encuentro del valeroso sacerdote español con el maestro siciliano Gaspar Dragonetti, que había ido a visitarlo mientras guardaba cama con la pierna rota. –“Gaspar, –le dijo Calasanz–, cuánto bien harías y cómo te lo agradecería la Virgen, si vinieras a echarme una mano aquí, entre tantos niños. Y Dragonetti, con 90 años encima, pero lozano y fuerte como un viejo roble, fue con sus alumnos y permaneció al lado de Calasanz hasta la muerte, es decir, hasta sus 119 años. Dos eran las principales preocupaciones del padre José: la falta de una sede fija, apropiada a la actividad escolar y el número de operarios, demasiado escaso para tantos niños. Propiamente, el mismo sueño: dar estabilidad y universalidad a la Obra, para que la pudieran disfrutar los niños de todos los tiempos y del mundo entero. Una meta que se presentaba más como un espejismo que como una esperanza.

La presencia del joven Abad Glicerio

Fue decisiva. Glicerio se unió a la Obra de Calasanz en 1612. Gracias a él, cerca de 800 niños disfrutaron finalmente de una casa grande y cómoda sólo para ellos, esto es, el palacio de los marqueses de Torres, cerca de Plaza Navona. Glicerio salió fiador del contrato de compra, depositó a título de donación la suma de doscientos escudos, y contribuyó a la rees-

tructuración del edificio²³³ con las rentas de su abadía, con las herencias obtenidas a la muerte de su padre –y después de su hermano Fabio– con las ofertas que obtenía gracias a sus contactos y los de su hermano Mons. Fabricio, y con las limosnas que, junto con el padre José, recogía casa por casa. La escuela era gratuita. A los niños se les distribuía *gratis* papel, pluma y cualquiera otra cosa necesaria. Ante la situación de extrema pobreza, Calasanz obtuvo del papa el permiso de recoger limosnas para las Escuelas Pías. Pero la sombra más oscura que pesaba sobre la Obra del padre José no era tanto la pobreza –que podía aparecer hasta como un elemento de distinción y veneración, incluso de bendición divina– como la inestabilidad del cuerpo docente. Los alumnos aumentaban; en cambio los maestros, todos voluntarios, como no tenían ninguna seguridad de futuro, iban a menos. En doce años, se le habían unido alrededor de ochenta, pero apenas quedaban once comprometidos con la idea de Calasanz.

La aparición de Glicerio y de sus cinco compañeros fue un maná, una verdadera transfusión vital de energías frescas y una señal de gran esperanza para Calasanz. Las Escuelas Pías ganaron enseguida en cantidad, pero sobre todo en calidad. Eran hombres llenos de entusiasmo y de experiencia y dispuestos a cualquier sacrificio. Calasanz osó abrir una escuela también fuera de Roma, en Frascati, en 1616. Llevó consigo a Glicerio. A los pocos meses, el joven escolapio fue enseguida el ídolo de la ciudad del Lacio. Todos lo buscaban. El ejercicio de la escuela se hizo verdaderamente problemático, como lo atestigua Calasanz en el proceso de beatificación:

“Era tanta la gente que acudía y lo solicitaba para que fuera a visitar a sus enfermos, que pareció conveniente volverlo a Roma, para que no se viera impedido el ejercicio de las escuelas²³⁴”.

Y desde Frascati le escribía a Roma el 23 de noviembre de 1616:

“Aquí, no sólo los escolares sino también los de la ciudad solicitan a menudo tu retorno, que todos desean ocurra cuanto antes²³⁵”.

233 Cfr. Bernardo Bartlik, en *Eph. Cal.*, III (1934), pp. 164-165; J. Sántha, *Ensayos críticos*, pp. 259-260.

234 S. J. de Calasanz, en *Pr. O.R.*, p. 651.

235 *EGC*, II, p. 60.

La perfecta organización didáctica y la estima de la gente suscitaban la envidia de los maestros municipales, preocupados hacía tiempo, al ver que se vaciaban las propias aulas y se reducían los ya miserables sueldos mensuales. Glicerio, con sus inagotables inventivas traducía perfectamente el pensamiento de Calasanz, que veía en el joven escolapio cómo se encarnaba en él día tras día la identidad de su Obra:

- Entrega completa al ministerio de la educación cristiana de los niños, especialmente pobres, condición indispensable para pretender una reforma eficaz de la Iglesia y de la sociedad.
- Enseñar a leer, escribir, hacer cuentas, para una integración segura de los jóvenes en el campo del trabajo.
- Pero, en primer lugar, la piedad y la doctrina cristiana para una formación sólida en los valores evangélicos.
- Devoción a la Virgen María, Madre y educadora de Cristo.
- Atención constante a las exigencias de los niños y a las esperanzas de los hombres, para hacer un mundo más justo y fraterno.
- Obediencia y fidelidad a las normas establecidas.

Como la flor –se ha dicho– es el esfuerzo de la naturaleza para convertirse en luz, así Glicerio era la expresión de los sueños angustiosos de Calasanz, que propulsaba ideales utópicos y ambiciosos.

La mies es mucha, pero los obreros pocos. Hipótesis de solución

Pocos resistían el ritmo intenso y tenaz de Calasanz, de Glicerio y también del anciano Dragonetti²³⁶. Los más, no obstante el ejemplo y el ánimo del padre José, se retiraban después de algún intento voluntarioso. Era imposible ir adelante de este modo, a fuerza de deudas, en medio de una extrema pobreza. No se podían tener ilusiones sobre el futuro. El padre José, a pesar de tantas satisfacciones por los re-

236 Calasanz, en la carta citada a Glicerio, escribía también: “El celo da la salvación de las almas, que nuestro P. Gaspar tiene tan arraigado en su corazón, como bien lo sabe usted, merece que cada uno le preste toda clase de servicios”.

sultados, testimonios de estima y solicitud de nuevas fundaciones, se encontraba siempre, sistemáticamente, escaso de obreros²³⁷.

El Padre Domingo de Jesús María, que había tomado muy a pecho a las Escuelas Pías, había ya enviado a Calasanz a Glicerio y sus compañeros intentaba por todos los medios sostener al padre José y su ardua empresa. A la muerte del cardenal Ludovico de Torres, primer protector de las Escuelas Pías, tras la solicitud de Calasanz, el Padre Domingo intervino cerca del cardenal Benedicto Giustiniani, su penitente, para que se cuidara del Instituto²³⁸. El nuevo protector, animado por el carmelita padre Juan de Jesús María²³⁹, y con la iluminada colaboración del Padre Domingo, sugirió a Calasanz un cambio estructural de su Obra, para garantizar la estabilidad necesaria: unirse a los Clérigos de la Madre de Dios, fundada en Lucca por Juan Leonardi, que había sido amigo de Calasanz. No parecía, de hecho, posible de ninguna manera, crear una nueva Orden religiosa, mientras había proyectos para reducir el número de las ya existentes. Un decreto del concilio Lateranense IV, año 1215, después revalidado por el concilio de Trento, se había expresado en estos términos: *“Para no crear confusión en la Iglesia con el excesivo número de órdenes religiosas, prohibimos absolutamente –firmiter prohibemus– que se cree alguna más. El que quiera entrar en una Orden, que la busque entre las ya aprobadas”*.

Glicerio “más dedicado a ejercicios de mortificación que a otra cosa”

Calasanz aceptó gustoso el sabio y generoso consejo del cardenal protector. A tal fin se tuvo una reunión en el convento de Santa Ma-

237 En sus pocas horas de descanso, ¡cuántas veces el P. José soñaría con retahilas de escolapios! Escribía al P. Melchor Alacchi con fecha 29 de octubre de 1633: “Si tuviera diez mil religiosos, podría distribuirlos en un mes por todas partes donde me los piden con grandísima insistencia”. *EGC*, n. 2027.

238 *Rev. Cal.*, 192 (1955), n. 34e.

239 En 1613 el padre Juan de Jesús María dedicó al cardenal Giustiniani su *Liber de pia educatione sive cultura pueritiae compendio scriptum*, cfr. *Arc. Sch. P.*, n. 16 (1984). El carmelita retomaba el proyecto del mismo cardenal, de dar una estructura al proyecto de la Obra de Calasanz.

ría de Escala, presidida por el cardenal Giustiniani y organizada por el carmelita Padre Domingo de Jesús María, también él presente en la sesión. A una parte de la mesa, José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, con Gaspar Dragonetti y Glicerio Landriani; a la otra, el Padre Alejandro Bernardini, Superior general de la Congregación Luquesa de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, con Juan Bautista Cioni y el Padre Pedro Casani. Probablemente éste fue el primer encuentro de Glicerio con el padre Casani.

La reunión tuvo éxito positivo. El Padre Bernardini en sus *Crónicas*, describiendo el procedimiento y la solución, que preveía el liderazgo de su congregación sobre las Escuelas Pías, con una pizca de satisfacción anota que en el fondo así tenía que ser. Calasanz, de hecho, tenía ya su edad con sus achaques, Dragonetti había superado los noventa y Glicerio, el Padre Abad, estaba “más dedicado al ejercicio de la mortificación y devoción que a otra cosa”.

El Padre Casani en las Escuelas Pías se convertirá, como antes con Juan Leonardi, en el brazo derecho de Calasanz, *columna y baza*, esto es, *fundador*, si así lo podemos llamar, de lo que en 1621 llegaría a ser la Orden de las Escuelas Pías con votos solemnes. Pero por otra parte, Calasanz, para la prosecución de su obra, no contaba tanto con Casani como con el joven Landriani. El mismo Padre Casani confesará humildemente que no era persona apropiada para el gobierno²⁴⁰, precisamente lo que el Padre Bernardini había pensado de Glicerio. En realidad, ni el Padre Casani ni Glicerio eran hombres de gobierno. Eran personas en busca del “*unum necessarium*; una cosa es necesaria, la salvación. Y, metidos en la complejidad de una vida activa, que absorbía, a pesar suyo, todo el arco de la jornada, se sentían de verdad a disgusto en un activismo que, por su misma naturaleza, suele oscu-

240 “Habiéndome Nuestro Señor Dios hecho conocer, con la experiencia de muchos años, mi incapacidad para todas las cosas, pero *especialmente para cualquier gobierno*, finalmente me he decidido a renunciar libremente el cargo”. *Pos. Cas.*, p. 1122. Cfr. La carta de Calasanz al padre Esteban (Cherubini): “En cuanto a las cosas temporales, me parece que el padre provincial (Pedro Casani) vive muy ajeno, por eso vuestra paternidad procurará suplirle”. *EGC*, III, n. 819, con fecha 8 de junio de 1628.

recer el ser. Sentían, en cambio, la exigencia de la oración, necesaria como la respiración, para encontrar el justo equilibrio entre tierra y cielo, entre concreción y transcendencia, entre fuerza de voluntad y absoluta dedicación a Dios.

Un momento histórico dramático

La unión de las Escuelas Pías con la Congregación luquesa en 1614, después del primer entusiasmo, que parecía asegurar felizmente el futuro de la escuela para los niños pobres, no tardó en mostrar las grietas humanas. Y no fue para los Padres luqueses sólo el lamento del carisma original, sino el tener que vivir una pobreza extrema no prevista en sus Constituciones, pero por otra parte esencial para quien desarrollaba la misión propia entre los más pobres. El padre Bernardini, describiendo el inicio feliz de colaboración entre sus religiosos y los padres escolapios, cuenta que se vivía *“con mucha parsimonia, pero con igual alegría y satisfacción de ánimo, sabedores de que Dios se deleita con fundamentar su obra de este modo”*. La fuerza de las obras de Dios no está en los medios, sino en el mensaje. El padre Bernardini concluía lo mismo que Lucas, cuando describe la primera comunidad cristiana en los Hechos de los Apóstoles: *“Gozaban de la simpatía de todo el pueblo”*. Para Glicerio el índice de aceptación por parte de Dios y de los fieles eran las limosnas, que afluían en abundancia.

Pero apenas el cansancio de la escuela y la estrechez de la pobreza comenzaron a hacerse pesados a los Padres luqueses, cambió el clima en la comunidad y fuera. Hubo mucha excitación, con verdaderas y auténticas sublevaciones, de parte de quien no quería obligarse a los pactos suscritos²⁴¹. De rechazo, consecuencia lógica, iban a menos las donaciones y las limosnas. Escribe aún el Padre Bernardini:

“A esta discordia interna se unía la externa, por lo cual el cardenal Giustiniani, muy disgustado, quería suprimir la ayuda anual

241 La fórmula de adhesión a la unión con las Escuelas Pías, suscrita por los padres luqueses y enviada por el padre Cioni a su general con fecha 31 de diciembre de 1613, pone al pie de página la apostilla: *“Le envió el folio firmado por todos, excepto uno”*. *Pos. Cas.*, I, pp. 167-168.

de ciento veinte escudos que daba. Y se daba por seguro que el Abad (Glicerio) se retiraría de la Congregación, y no contribuiría con las limosnas acostumbradas (personales), ni procuraría subvención alguna de diversas personalidades importantes, como había hecho siempre, con mucha utilidad para la casa, por la gran consideración que tenía por parte de todos²⁴²”.

El día en que Glicerio volvió agotado de la cuestación, con un poco de calderilla en la mano –¡un cuarto de julio!– fue el más triste de su vida. Era señal evidente de que Dios se había alejado de él y de las Escuelas Pías. El Padre Casani acostumbraba a recitar el breviario con Glicerio en el oratorio de San Pantaleón. Durante la oración seguía extasiado, en lenta transfiguración, aquel rostro, “por lo demás siempre pálido”, hasta ruborizarse todo, de la frente a las mejillas²⁴³. Y parecía, añade, que los ojos le relumbraban. Pero en aquel día de pasión el padre Pedro notaría con angustia que el rostro del joven se oscurecía y un velo de lágrimas cubría sus ojos²⁴⁴. Eran los síntomas de una de aquellas tempestades que el demonio no se ahorra de desencadenar de vez en cuando contra las Escuelas Pías, y que un día terminaría por desencadenar también contra él y el Padre Casani una profunda depresión psicológica.

A la hora de la prueba, sólo la oración y el ejemplo de fortaleza y paciencia del Padre José de Calasanz contribuían a devolver la serenidad al alma y al espíritu de los dos santos hermanos escolapios²⁴⁵. Durante un trienio (1614-1617) Glicerio y el Padre Pedro vivieron juntos

242 *Pos. Cas.*, cap. VI, fol. 93, p. 283.

243 *Pr. O.R.*, p. 271.

244 En la postulación general de Roma, entre las reliquias de Glicerio hay un folio escrito de su puño y letra con sentencias de los Padres de la Iglesia, sobre el capítulo III de Isaías. Ciertamente en esta circunstancia Glicerio escribiría, con amarga reflexión, los versículos del profeta: “Pues he aquí que el Señor está quitando de Jerusalén todo sustento y apoyo, todo sustento de pan... ¡Habéis incendiado la viña, el despojo de los pobres lo tenéis en vuestras casas!” (*Isaías 3, 1 y 14*).

245 En la urna que contiene los restos del padre Casani, venerada en la iglesia de San Pantaleón de Roma, se lee la expresión característica del Beato: “Tranquillicémosnos y oremos”.

en la comunidad de San Pantaleón; el Padre Casani como responsable principal, y Glicerio como animador de sus actividades espirituales. Juntos compartieron las ansiedades y las esperanzas de Calasanz.

La “meta”

Termina la misión de Glicerio en las Escuelas Pías

“Para los que aman a Dios todo coopera al bien” –dice san Pablo–, aun el sufrimiento y la pobreza, porque el amor nunca es dispendio. “Sed constantes –repetía Calasanz a sus religiosos– y veréis la ayuda de Dios sobre vosotros²⁴⁶”. Escaseaban las limosnas, y la casa de San Pantaleón estaba cargada de deudas y gastos. Los Padres luqueses colaboraban ya escasamente en las actividades estrictamente escolares, descontentos por no haber obtenido del papa el reconocimiento de Orden religiosa, como habían esperado al unirse a las Escuelas Pías. Ellos deseaban verse libres de las preocupaciones del trabajo escolar. Fue necesario reclutar maestros de escuela y retribuirles. Momento difícilísimo, que puso a dura prueba la fe y la perseverancia de quien creía en la misión a favor de los niños pobres. Era necesario, en medio de tales tormentas, vadear el *pequeño rebaño*²⁴⁷ de las Escuelas Pías a sus metas, pero sin arrojar al mar –para salvar la situación– la carga preciosa ya adquirida para el propio carisma: la *suma pobreza y la dedicación gratuita a la formación de los niños pobres en la escuela*.

El Padre Bernardini, General de los Padres Luqueses, pidió al papa la separación definitiva de las dos congregaciones. ¿Qué hubiera sido, si no, de las Escuelas Pías? Glicerio tuvo que tener una parte

246 Es una expresión de la Biblia que Calasanz hizo suya, y que encontramos sobre todo en la última carta hológrafa suya de 20 de mayo de 1647. *EGC*, VIII, n. 4463.

247 *Pusilli gregis idea* –ideal de un pequeña grey– es el título que el padre Pedro Casani dio al esbozo de constituciones que por iniciativa suya redactó para una hipotética futura congregación, que resultaría de la fusión de las dos, Luquesa-Escuelas Pías, que supuso unidas jurídicamente y en la finalidad. A esa congregación la llama “pequeña grey”, y a las casas religiosas, “redil”. Idea personalísima de Casani. Pero este escrito no fue tomado en consideración porque era demasiado duro y austero para un instituto de vida activa. *AGSP, Reg. Serv.*, 59. Cfr. Texto latino y comentado por el padre Sántha: *Arch. Sch. P.* 1978, n. 3, pp. 87-134.

bastante importante en la solución del espinoso asunto. El Padre José de Calasanz desde Frascati escribió una carta a Roma para recordarle “que hablara con Mons. Monaldeschi, para informarle de la manera como hoy día llevan la escuela los Padres luqueses, con los ojos puestos en su instituto antiguo²⁴⁸”. Y precisamente él, Calasanz, le envió a la basilica de San Pablo extramuros, el 25 de enero de 1617, a rogar por el feliz éxito de las tentativas en curso cerca de la Santa Sede. Después de una hora de oración, Glicerio dijo a su compañero Simón Castiglioncelli: “¡Alégrate! Dios exaltará nuestra Congregación por los méritos del padre José²⁴⁹”. En el proceso de beatificación, Calasanz cita este hecho como profecía, un don concedido por Dios a Glicerio en premio de sus grandes virtudes²⁵⁰. De hecho, pasaron sólo unos pocos días y se recibió el breve del papa Paulo V, “*Ad ea per quae*”.

Las Escuelas Pías, separadas finalmente de la Congregación Luquesa, recuperaban su propia identidad. Se cerraba definitivamente la experiencia sufrida, y se abría una fase del todo nueva, bajo el punto de vista jurídico, y de florecimiento inesperado. A las Escuelas Pías se les aseguraba, con la autoridad apostólica, estabilidad y perpetuidad. Era el punto de llegada de veinte años de camino. El título *Congregación Paulina de los Clérigos Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías* significaba el reconocimiento oficial de la Iglesia, y el paso seguro y firme hacia la meta definitiva de la elevación a Orden de votos solemnes.

Era el 6 de marzo de 1617. Las Escuelas Pías nacían oficialmente en el registro de la Iglesia. La meta soñada por Calasanz, y que los acontecimientos habían hecho casi inalcanzable, se había convertido en feliz realidad. Las campanas de San Pantaleón pudieron tocar a fiesta, y el coro de mil niños llenar de alabanzas la iglesia. Calasanz eligió de nuevo a Glicerio para que fuera con el Padre Casani a recoger el documento pontificio al palacio del cardenal datario de santa Susana. El Padre Casani atestigua así en el proceso informativo sobre las virtudes de Glicerio Landriani:

248 *EGC*, II, n. 10.

249 *Pr. O.R.*, p. 649. Cfr. F. Baldi, *o.c.*, p. 49; A. Armini, p. 132 ; A. Mistrangelo, pp. 215-216.

250 *Pr. O.R.*, *Sumario*, p. 649. Cfr. Cap. 21.

“Cuando tuvimos el Breve de la fundación de nuestra Congregación, en tiempo de la santa memoria de Paulo V, Glicerio, tomando de las manos del señor cardenal dicho Breve, le preguntó si venía expresada en él la palabra suma pobreza. Habiéndole respondido que sí, le invadió tanto fervor y alegría que apenas pudo contenerse hasta la salida del palacio del cardenal, y enseguida, alzando en alto con las dos manos el mismo Breve, fue así hasta las Escuelas Pías de San Pantaleón, saltando por la calle y cantando: “¡Suma pobreza! ¡Suma pobreza!”²⁵¹”.

Con este gesto de satisfacción, con su grito de liberación, que suena como un himno de victoria sobre los poderes del mal y de triunfo de la suma pobreza sobre las insidias del maligno y de los hombres poco valientes, la misión del Abad escolapio Glicerio Landriani de Cristo en las Escuelas Pías se podía considerar virtualmente concluida. Involucrado en los problemas complejos y escabrosos de las Escuelas Pías nacies, y ya en peligro de extinción, al lado de Calasanz, Glicerio había sufrido y orado. Ahora celebraba con él la promesa de una era nueva de la historia. Su misión de escolapio había terminado. La toma de hábito religioso será sólo el reconocimiento oficial de un *status* –estado de derecho– que Glicerio ya ha conquistado con sus obras y su vida ejemplar. El noviciado, más que ingreso en la vida religiosa, vivida por él ya antes plenamente, será el billete de entrada en el cielo; la profesión de los votos, antes de expirar, sólo la expresión de una acción de gracias al Señor con su vida.

10. SE PRECIPITAN LOS ACONTECIMIENTOS: NOVICIADO, ENFERMEDAD Y MUERTE

Toma de hábito

Largo y trabajoso fue el camino que la Obra del padre José de Calasanz tuvo que recorrer, desde la primera escuela, abierta en Santa Dorotea de Roma en 1597, hasta el primer documento estampado por el pontífice Paulo V en 1617. Con la bula *“Ad ea per quae”*, ya erigi-

251 P. Casani en *Pos. s. v.*, p. 557.

das las Escuelas Pías en Congregación Paulina con votos simples de pobreza, castidad y obediencia, el Padre José pudo finalmente abrir el noviciado, premiar la espera fiel de los primeros colaboradores y conceder el hábito escolapio a numerosos jóvenes que le pedían entrar en las Escuelas Pías. El noviciado, esto es, el período de aprendizaje para la vida religiosa, se inicia con un rito llamado *vestición*. Se depone la ropa laical y se toma la que es característica de cada congregación particular en la Iglesia.

El cardenal protector de las Escuelas Pías, Benedicto Giustiniani, quiso para sí el privilegio de dar el hábito escolapio al fundador. La ceremonia se desarrolló en la capilla del palacio Giustiniani el 25 de marzo de 1617. Más aún, el cardenal quiso él mismo comprar el hábito a Calasanz, y también el de los 14 compañeros, a quienes Calasanz se lo impuso sucesivamente en la capilla de San Pantaleón el mismo día. El *Padre Francisco Baldi*, uno de los catorce, nos ha transmitido el elenco de sus nombres:

*Pedro Casani, Viviano Viviani, Octavio Bonarelli, Tomás Victoria, José Pancracio, Antonio Bernardi, Andrés Marzio, Ansano Lenzi, Martín Ciomei, Simón Castiglioncelli, Juan Bautista Moranzi, Jorge Mazza, Juan Prospero*²⁵².

En la lista falta precisamente Landriani. Una impresión fuerte para todos. ¡Cómo! ¿Precisamente él, el discípulo preferido del Padre José, el infatigable e insustituible colaborador, entusiasta casi fanático de la misión escolapia entre los niños pobres? ¿No era él quien, apenas un mes antes, enviado con el Padre Casani y con el arcipreste de Campagnano a retirar el breve de Paulo V, ante la noticia de que en él venía afirmada la obligación de la *suma pobreza*, había vuelto a San Pantaleón cantando y bailando? Todos, al comentar las cosas de cada día, reconocían en ello la intervención del austero confesor de Glicerio, el Padre Domingo de Jesús María, el cual con seguridad había querido poner a prueba su paciencia y humildad. No había que maravillarse. ¿No se atribuía quizás al Padre Domingo el que el papa Paulo V hubiera prescrito para la nueva congregación la suma po-

252 F. Baldi, *Vida del P. Abate Glicerio Landriani*, AGSP, Reg. Serv. 39, p. 50.

breza? ¿No se debía también a su prestigio sobre Calasanz el que éste hubiera copiado el *modus vivendi* –estilo de vida– de sus religiosos sobre el modelo de los carmelitas reformados? Alto grado de contemplación, sed de perfección, pero incluso sandalias “a la apostólica”, medias sin plantilla, hábito de hirsuto áspero, y sin camisa; debajo del hábito, tela de cáñamo grueso y basto sin mangas, calzoncillos de tela muy gruesa, además, cilicios y disciplinas que, escribe el padre Baldi²⁵³, “con frecuencia aplicaban a la carne rebelde durante la semana”. Otros hablaban de impedimentos canónicos, como intereses familiares, a los que Glicerio estaba quizá ligado, especialmente la abadía de Piacenza, de la que el pontífice no le había querido dispensar. Alguno, quizá, pensaría que para el Padre Domingo la débil constitución física de Glicerio no era idónea para la vida austera y la suma pobreza de las Escuelas Pías. Una cosa parecía segura a todos, que el obstáculo no provenía de Calasanz.

Glicerio, en pura fe, interpretó la exclusión momentánea del grupo de los primeros elegidos como una señal del cielo. El Señor quería que él, el más grande de los pecadores, a través de una merecedora purificación y de la anulación propia, se hiciera transparencia de Cristo e instrumento idóneo de su acción divina. El Padre Domingo era para él el ángel de la Alianza de que habla el profeta Malaquías (3, 3). Él, hombre de Dios y rico de dones sobrenaturales, “lo refinará como oro y plata, y podrá así presentar al Señor dones genuinos”. El día en que Glicerio fue a Santa María de la Escala para pedir al Padre Domingo el consentimiento de vestir el hábito escolapio, al oír que le aconsejaba un retraso en la realización de aquel deseo que le habría hecho feliz, recibió ciertamente un duro golpe. A nadie le gusta esperar. Pero Dios, que eligió hacerse esperar durante un Adviento de siglos, ha querido hacer de la espera un espacio de conversión. Glicerio comprendió muy bien que el Padre Domingo le hacía pasar por la *vía estrecha* con toda clase de pruebas, que es lo que hace el Señor con sus santos. La santidad pasa por la vía estrecha, no por las autopistas del mundo.

253 F. Baldi, *o.c.*, p. 51. Un cilicio de metal, usado por Glicerio, se conserva en Roma en la postulación general.

Finalmente, un día el Padre José le comunicó que el Padre Domingo quería hablarle. Glicerio fue enseguida a la Escala.

“Permanecieron más de dos horas en conversación. Salió de la pequeña habitación del padre carmelita con la cara radiante. Su director le había permitido ponerse el hábito religioso, entrar en el noviciado, ser todo de las Escuelas Pías. Glicerio era feliz²⁵⁴”.

Confió la catequesis al doctor Cosme Contini, al que convenció de que dejara la procuraduría de los ricos y se hiciera sin intereses procurador de los pobres. Arregló sus intereses familiares. En el mes de mayo de 1616 había pasado a mejor vida su hermano menor Fabio. A Glicerio le correspondía la tercera parte de sus bienes. La cedió a su hermano Tomás sólo por dos mil escudos, que donó a las Escuelas Pías. Del hermano mayor, Mons. Fabricio, obtuvo, por intereses que tenían entre ellos, otros dos mil escudos. Todo lo entregó a los pobres. Ya en 1613 había dejado, con breve apostólico²⁵⁵, la Abadía a favor de los padres de san Antonio de Piacenza²⁵⁶. Con esto pretendía *aligerarse*, como decía; quedar más libre de todo estorbo para ir al paraíso. El rito de la toma de hábito se fijó para el día 2 de julio de 1617, fiesta de la Visitación de La Virgen, en el oratorio de San Pantaleón. Aconsejado por el Padre Domingo, según la costumbre de los carmelitas, Glicerio dejó el apellido familiar y se llamó *Glicerio de Cristo*. De ahora en adelante su director espiritual sería el Padre Pedro Casani, a quien ya hacía tres años conocía y amaba como padre.

P. Pedro Casani, el maestro

La primera disposición de Calasanz inmediatamente después de la aprobación pontificia de las Escuelas Pías fue el nombramiento del maestro de novicios. La elección no podía ser otra que el padre Pedro Casani, que tenía veintitrés años de experiencia religiosa en la congregación luquesa, alguno de los cuales como maestro de novicios. Ade-

254 *Pos. s.v.*, pp. 182-183.

255 Archivo de Estado de Parma.

256 Glicerio, con permiso del Padre Domingo, la cedió a los frailes, con acto notarial escriturado por Contini el 5 de diciembre de 1613. Se ponía una condición: la obligación de hacer todas las fiestas la Doctrina Cristiana, celebrar una misa diaria en el oratorio de san Antonio y pagar a las Escuelas Pías 1.500 escudos.

más, Casani era, con Calasanz, el único sacerdote del primer grupo que había vestido el hábito. Sede del noviciado fue una casa en la *Subida de S. Onofre*, en la colina del Gianicolo. Una casita donde dos santos, con el ejercicio de las virtudes, reconocidas después como *heroicas* por la Iglesia, con los dones concedidos por Espíritu santo al fundador y a los primeros fervorosos escolapios, crearon un patrimonio espiritual, el carisma, del que participarán las futuras generaciones escolapias.

Se puede afirmar que el ideal de la pequeña comunidad dirigida por el Padre Casani era olvidarse de sí mismos, buscar siempre lo más perfecto, sufrir, hacer todo por amor de Dios. El Padre Francisco Baldi, uno de los novicios y después biógrafo de Glicerio, al certificar: “Yo puedo, como testigo de vista, afirmarlo con certeza”, describe las estrecheces en que se vivía, a causa de la suma pobreza, no impuesta aún por ninguna regla, sino abrazada espontáneamente de forma extrema por “personas deseosas de salir a renovar en el mundo la vida apostólica”. La única guía era el fervor propio, contagiado con el ejemplo y enseñanza de padre maestro²⁵⁷.

Glicerio “se entregó a una vida perfectísima, que para él no era nada nuevo, pues corría el décimo año de su transformación. Y, como piedra que va al centro, que cuanto más se acerca, se ve que acelera más el curso, él anhelaba la cima de la perfección evangélica, bajo el cuidado del Padre Pedro de la Natividad de la Virgen. En el noviciado, el Abad desplegó las velas de su fervor, tanto en la obediencia exacta y en la contemplación continua, cuanto en la mortificación afflictiva del cuerpo, con ayunos rigurosísimos y vigiliias frecuentes...”²⁵⁸.

El Padre Casani tuvo que moderarlo en sus arrebatos, más que espolearlo; precisamente lo mismo que el maestro, Padre Juan Bautista Cioni, había hecho con él en su noviciado, tal como escribe César Franciotti, primer cronista de la Congregación luquesa. Por lo demás, Glicerio era el espejo de las virtudes de Casani, “*hombre de mucha oración y bondad de vida, admirable en el amor a la humildad y a*

257 *Pos. s.v.*, p. 20.

258 *Pos. s.v.*, p. 51

*la pobreza*²⁵⁹”, por lo que prefirió las Escuelas Pías y el servicio de los niños pobres, a su propia congregación. Con razón el Padre Alejo Armini escribe, aludiendo al hecho de que el Padre Casani expulsaba los demonios: “...como enseñaba a sus discípulos el gran anacoreta el Abad Antonio: –“Satanás teme muchísimo las vigilias de las almas piadosas, sus oraciones, sus ayunos, la pobreza voluntaria”.

A veces el padre Casani salía con los novicios, con la escoba a la espalda, a barrer y recoger la suciedad de las calles. Otras veces iban a mendigar a la puerta de la basílica de San Pedro, distribuyendo después a los pobres lo que habían recogido. En las *Reglas comunes*²⁶⁰ el Padre Casani prescribe la disciplina y el ayuno el lunes, miércoles y sábado; pan y agua el viernes; la confesión tres veces a la semana; que coma de rodillas el que llegue con retraso al refectorio. Él, que se había impuesto a sí mismo no poseer nunca *nada de lo que se pueda prescindir*, sugiere que cada uno se disponga a sufrir alguna vez la carencia de cosas necesarias. Más aún, desee que venga la ocasión de probar los efectos de la santa pobreza. En el Proemio recurre a la comparación de san Agustín, de las dos ciudades, la terrena y la celestial, y concluye: “Sabe que cuanto más te acerques a una, tanto más te alejas de la otra”. Prescribe que el novicio se considere y desee ser considerado el más vil y despreciado de todos los hombres, e indigno de cualquier favor que no sea el de conocer y hacer la voluntad de Dios. Y que se ponga en las manos del que le guía, “y crea al mismo como si cuanto le dice fueran oráculos de Dios nuestro Señor, no haciendo cosa alguna, aunque santa, sin su permiso expreso.

Hasta tenemos la duda de si habrá sido de hecho Glicerio, en otro tiempo bajo la guía del Padre Domingo de Jesús María, quien haya influenciado en muchas cosas sobre su maestro.

259 *Positio Casani*, p. 215. El P. Rodolfo Brasavola escribe: *Paupertatis adeo vigilans custos et fervens amator ut solo pauperis cognomento in epistolis gloriaretur*, esto es, era tan amante y se cuidaba tanto de la pobreza que en sus cartas se gloriaba de firmar *Pedro pobre*.

260 Las *Reglas comunes* fueron compuestas por el padre Casani por encargo de Calasanz entre marzo y julio de 1617. Consideradas demasiado severas, fueron suavizadas por las Constituciones que Calasanz escribió en Narni en 1621.

La última enfermedad

Glicerio no había tenido nunca una salud para dar y vender. Tanto es así, que el Padre Domingo no lo había querido aceptar en su orden, porque no le consideraba físicamente idóneo para la vida austera del Carmelo²⁶¹. Además, cuando llegó al noviciado, el trabajo estresante, las vigili­as y las penitencias, habían casi agotado sus resortes físicos. El Padre Casani, refiriéndose al período transcurrido con Glicerio en la comunidad de San Pantaleón, afirma:

“Era tan asiduo a la oración, que sus rodillas estaban hinchadas y encallecidas... Se quedaba cada noche, después de la oración comunitaria, en el oratorio, muchas horas dedicado a la oración. Siempre he tenido miedo de que enfermase y cayera tísico²⁶²”.

Y por desgracia así aconteció. El día 20 de septiembre, fiesta del santo de Glicerio, después de la misa y la comunión, el joven se sintió falto de fuerzas y tuvo que acostarse sobre las tablas que le servían de cama²⁶³. Pasados algunos días, volvió a la vida normal, pero aquella indisposición repentina fue un toque de atención para todos. Cada vez estaba más débil. Calasanz se dio prisa por mandarlo a Frascati y después a Campagnano, esperando que el cambio de aires le ayudase. A aquéllos que estaban preocupados Glicerio les decía: “*Gracias, rogad por mí*”. Con frecuencia el padre José iba a visitarlo al noviciado. Desde Frascati escribía al padre García:

“Vea que, para su bien, el Padre Abad vaya a Campagnano durante algunos días, o a otro lugar. Me agradecería mucho que donde vaya encuentre un aire tan bueno que vuelva pronto sano del todo.

261 Lo afirma el mismo Glicerio en una carta al cardenal Federico, con fecha 5 de noviembre de 1611: “Cuando Nuestro Señor me llamó a su servicio yo estaba todo enardecido de mi Señor, y quería entrar en los carmelitas descalzos. Estos padres me lo impidieron *a cuenta de la salud*”. *Reg. Serv.*, 38, 2.

262 *Pr. O.R.*, p. 271.

263 Dormir sobre tabla o directamente sobre tierra era una regla común a todos los religiosos, según las constituciones que escribió el padre Casani, y que permanecieron válidas hasta 1622. Cfr. *Reg. Cal.*, XIV, 743.

Si le dice que le acompañe, vaya con él y tenga mucho cuidado de servirle en todo²⁶⁴".

Por desgracia las esperanzas de Calasanz no se cumplieron. Cuenta Francisco Selvaggi:

"Enfermo yo también, Glicerio fue a verme. No pudiendo subir las escaleras, lo ayudó José Barbieri. Cuando llegó donde mí, le subió tanto la fiebre y los escalofríos que le batían los dientes. Mi mujer le llevó un brasero de carbón ardiendo, y el Abad, calentándose, me exhortaba a tener paciencia en la enfermedad para sacar fruto de ella²⁶⁵".

El Padre Domingo dice de él:

"En su enfermedad fue siempre pacientísimo, soportando con alegría y sin lamentarse nunca. Por ello daba gracias siempre a Su Divina Majestad, y se encomendaba a distintos religiosos para que rezaran por él, y sacara fruto de aquella enfermedad²⁶⁶".

Mandaba con frecuencia que le leyeran libros espirituales, sentencias sacadas de la lectura de los santos Padres, las Morales de san Gregorio, las vidas de los santos.

"Dos meses antes de salir de esta vida –atestigua el Padre Santiago Vaquedano²⁶⁷– quiso que yo le escribiera todas aquellas sentencias más útiles de los santos Padres, que tratan de penitencia. Lo que yo hice, y las reduje a tres o cuatro folios, que él mismo leía todos los días con gran sentimiento... También le recité algunas sentencias de los santos Padres acerca del modo de comulgar espiritual y sacramentalmente con mucho fruto. Esta doctrina la imprimió en su corazón, que por esto se hizo mucho más ardiente al comulgar, como yo pude vislumbrar, queriendo él a menudo que le dijera la misa y le

264 EGC, II, n. 21. Frascati, 26 de octubre de 1617.

265 Pos. s.v., p. 613, pár. 20.

266 Pos. s.v., p. 609.

267 Carta del 17 de abril de 1618, dirigida al padre Domingo Ruzala de Jesús María. En la postulación general de San Pantaleón es posible leer sólo algunas de las numerosas sentencias que Glicerio apuntaba durante la lectura de los santos Padres de la Iglesia.

diera la comunión en la capilla de las Escuelas Pías, o en la capilla de la casa de monseñor Vives, donde iba, aunque estuviera enfermo”.

El padre Baldi le recuerda “siempre con cara alegre y sonriente²⁶⁸”, incluso cuando los médicos, que no entendían bien su enfermedad, lo sometían a intervenciones dolorosas y con frecuencia contra-productivas. La gravedad del mal no era continua. De vez en cuando se levantaba y paseaba por la casa. Alguna vez salía. Con frecuencia tomaba parte en la recreación común, alegrándose al oír cantar alabanzas espirituales, especialmente *Vanidad de vanidades*, lo que le recordaba las visitas a las siete iglesias.

El presagio de la Virgen de Montecavallo

Viéndole un día más reanimado que de ordinario, el Padre Casani lo exhortó a salir un poco a tomar el aire. Parecía que le serviría de ayuda. Glicerio eligió su meta preferida, la iglesia de san Cayo en Montecavallo, una zona poco poblada, con amplios espacios verdes rodeados de villas. Un paseo bastante largo y comprometido para sus condiciones no brillantes. Fue también su última peregrinación. El noviciado hacía algunos meses que se había trasladado de san Onofre a Via de Santa María en Trivio²⁶⁹. Para ir a san Cayo se debía subir a la colina del Quirinal, recorrer la actual Vía del Quirinal y un trayecto de la Vía XX de Septiembre. La iglesia estaba entonces en ruinas, pero allí se veneraba una bella imagen de la Virgen. El Padre Casani, que conocía bien a Glicerio y su devoción filial a María Santísima, le sugirió que le pidiera humildemente una señal para que le dijera si curaría de aquella enfermedad. La Virgen ya había dado una respuesta en el Evangelio: “Haced lo que él os diga”. Glicerio sabía también que

268 F. Baldi, *o.c.*, p. 57.

269 Era la tercera vez que el noviciado cambiaba de sede. En 1614, con la unión de las Escuelas Pías a la Congregación Luquesa, el noviciado común se tuvo al lado de la fontana de Trevi –hoy la academia de san Lucas–, donde los luqueses habían adquirido el terreno ya en 1613, gastando por la casa del noviciado y la iglesia 8.000 escudos. Con la separación de las dos congregaciones en 1617, el noviciado de las Escuelas Pías se transfirió a la subida de san Onofre y, al comienzo del año 1618 a santa María en Trivio. Aquí murió Glicerio. Cfr. DENES, Roma 1990, p. 708.

el problema para el hombre no es si Jesús tarda o no en venir, mas si nosotros estamos dispuestos a acogerlo. Sin embargo, por obediencia, pidió a la Virgen: –¿Cuántos pasos me faltan en el camino del Señor que retorna?, ¿cuánto me queda de la noche? María sugirió a Glicerio su clave, clara y sencilla. “*Heme aquí*”, que ella pronunció por sí misma, y enseñó a todos sus hijos el día de su Anunciación en la casita de Nazaret. Mostró a Glicerio el anillo de oro, que de jovencito le había dado a ella como prenda de amor y fidelidad. Después, una sonrisa y... –*¡pronto estarás conmigo!*

El doctor Contini y Francisco Selvaggi, que no consentían alejarse de Glicerio, obtuvieron, a pesar de las estrictas normas del noviciado, un permiso especial del Padre José de Calasanz. Iban y venían, y se entretenían con Glicerio hablando de temas relativos al amor de Dios y de los hermanos, y sobre la vanidad de los afanes por las cosas del mundo. Glicerio se interesaba de cómo iba la doctrina cristiana. Ante las buenas noticias, alzaba los ojos al cielo: “*¡Oh Señor, decía, haz que todo el mundo te conozca y te ame!*”. En una de las visitas Contini tuvo la impresión de que Glicerio estaba mejor. Sin embargo, al despedirse, Glicerio le dijo:

“Yo estoy muy cerca de mi meta; así que ahora más que nunca es tiempo de hacer oración por mí, y de mandar que la hagan las congregaciones y otros religiosos que vosotros sabéis, para que yo pueda conquistar la corona de la paciencia²⁷⁰”.

“Aquella noche observé que estaba cada vez más taciturno. Durante el recreo comunitario uno de nosotros tenía una cruz, y todos alrededor cantaban alabanzas espirituales. Glicerio, de vez en cuando, alzaba los ojos para mirar la cruz con un sentimiento especial, pero no respondía a ninguna pregunta de las que de ordinario le hacían sobre diversas cosas. De aquí la sospecha de lo que efectivamente siguió²⁷¹”.

270 A. Armini: *Vida del venerable Siervo de Dios padre Glicerio Landriani de Cristo*, Roma 1694, p. 131.

271 F. Baldi, en *Pos.s.v.*, p. 749.

La muerte de Glicerio

Agravándose visiblemente, acudió el párroco de la cercana iglesia de Santa María en Trevio. Glicerio recibió de sus manos la santa unción, respondiendo a todas las oraciones, también a la recomendación del alma. Mientras tanto había sido avisado el Padre José, que hacía tiempo estaba preocupado por llevar a su querido Glicerio un regalo que él le había pedido muchas veces. Ante las últimas noticias, informó enseguida al papa, suplicándole se dignara escuchar el deseo de Glicerio, es decir, manifestar solemnemente su consagración perpetua al Señor y a las Escuelas Pías con los votos de pobreza, castidad y obediencia. El pontífice envió al cardenal protector. Glicerio pronunció conmovido, en presencia del cardenal, del fundador y de los hermanos, la fórmula de la consagración religiosa²⁷². Es el *primer profeso solemne* en la historia de las Escuelas Pías, primer retoño y fruto rápidamente maduro.

El Padre José se entretuvo después con él. Glicerio le pidió perdón, sabedor de haber quizá exagerado las penitencias. El Padre José, con infinita bondad, trató de confortarlo por el único dolor que le angustiaba, y por lo que pedía oraciones a todas las personas santas que había conocido. Lo que se le hacía insoportable no eran los sufrimientos de la enfermedad, sino el pensamiento de no poder ya “sufrir y trabajar en la nueva viña del Señor²⁷³”. El padre José le exhortó a que descansara confiado en los designios del purísimo amor de Dios: –*Tú, querido Glicerio* –le dijo– *podrás ciertamente ayudarnos más en muerte que en vida.*

Teniendo que volver al colegio, y como no se preveía que la muerte fuera inminente, el Padre José le dijo al despedirle: –*Glicerio, no te vayas al cielo sin mi permiso.* Con la cabeza indicó que sí. A las seis de la noche –sobre las 11 en la actualidad– el Padre José, mientras se

272 *Pos. s.v.*, p. 16: “Adestante cardinali Giustiniani, facta Glicerio fuit facultas emitendi *sollemnem* religiosorum votorum *professionem*”. Esto es, a Glicerio le fue concedido pronunciar, en presencia del cardenal Giustiniani, la fórmula de la *profesión solemne*”.

273 F. Baldi, *o.c.*, p. 57.

encontraba aún sentado en la mesa de trabajo de su pequeña habitación de San Pantaleón, oyó que llamaban a la puerta. Por tres veces dijo: –*¡Adelante!* Después reconoció la voz de Glicerio: –*¡Benedicite!* –Bendígame, padre, que voy camino del cielo. –Sí, vete, que Dios te bendiga. Intercede por mí ante el Señor²⁷⁴”.

274 En la puerta –todavía original– de la habitación de san José de Calasanz, en San Pantaleón, se lee: “En esta puerta, el día 15 de febrero de 1618, vino a llamar el alma del venerable Glicerio Landriani, en el mismo momento en que expiró en el noviciado de Montecavallo, para obtener de su santo padre la bendición del cielo”. El padre Armini atestigua: “El hecho, además de ser voz pública, fue registrado en sus manuscritos por el padre Vicente de la Concepción, sacerdote dignísimo de confianza, el cual dice que se lo oyó al mismísimo Calasanz, cuando afirmaba que la obediencia del padre Glicerio era grandísima”. A. Armini, *o.c.*, p. 131.

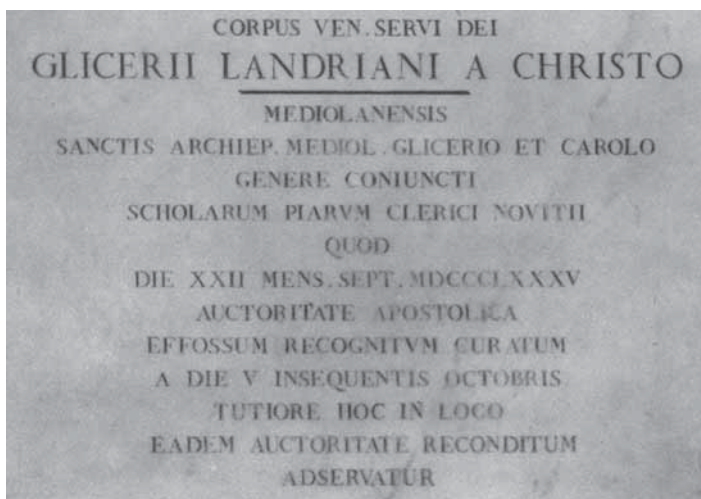
EL SEPULCRO

*Primera inscripción en mármol,
sobre el sepulcro de Glicerio Landriani
en la Iglesia de San Pantaleón de Roma:*

*«Hic jacet Corpus Ven. Servi Dei Glycerii a Christo,
ex Familia Landriani Mediolanensis
Abbatis S. Antonii Placentiae,
Qui obiit die XV Feb. Anni Domini MDCXVIII
Aetatis suae XXX».*

*«AQUÍ YACE EL CUERPO DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
GLICERIO DE CRISTO,
DE LA FAMILIA LANDRIANI, MILANÉS,
ABAD DE SAN ANTONIO DE PIACENZA,
QUE MURIÓ EL DÍA 15 DE FEBRERO DEL AÑO 1618,
A LA EDAD DE 30 AÑOS».*

*Retomada, después de larga interrupción, la causa de
Beatificación, en septiembre de 1885, el cuerpo de Glicerio,
cerrado en doble caja, fue trasladado a un nuevo sepulcro el
día 5 de octubre siguiente, y colocado entre el altar mayor y
el altar dedicado a San Pantaleón, en la pared izquierda de la
Iglesia. En la nueva inscripción puede leerse:*



***EL CUERPO DEL VEN. SIERVO DE DIOS
GLICERIO LANDRIANI DE CRISTO,
MILANÉS,
QUE EL DÍA XXII DEL MES DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO MDCCCLXXXV,
CON LA AUTORIDAD APOSTÓLICA
EXHUMADO, RECONOCIDO Y CUIDADO
POR UN CUSTODIO
DESDE EL DÍA V DEL SIGUIENTE OCTUBRE
SE CONSERVA OCULTO
EN ESTE LUGAR,
CON LA MISMA AUTORIDAD.***

ESPIRITUALIDAD DE GLICERIO

11. “DEUS SUPER OMNIA”

Por *espiritualidad* entendemos las energías, carga interior, las ideas-fuerza, que caracterizaron la nueva identidad de Glicerio después de la *conversión*, y que dieron después tono y valía a su multiforme actividad religiosa y social. La resumimos en cuatro capítulos:

- Primado de Dios.
- Glicerio de Cristo.
- Locura de la cruz.
- Profecía y Curaciones.



Por otra parte, el Espíritu Santo, que construye la Iglesia, esto es, el pueblo de Dios, y que da a cada creyente dones particulares, también concedió a Glicerio, para el servicio de la comunidad, carismas del todo especiales:

Dios, única guía

En la Postulación general de San Pantaleón de Roma se guardan numerosos fascículos manuscritos del venerable Glicerio Landriani, estrictamente

personales, con abreviaciones convencionales que los hacen absolutamente indescifrables. Una sola expresión se lee claramente, y que figura en cada uno de los folios como un sello de autenticidad, además de motor de su ideal y proyecto de vida: “*Deus super omnia*”, Dios por encima de todo.

De vuelta de la dolorosa experiencia y de la punzante desilusión, Glicerio da un valiente testimonio profético de la primacía de Dios y de los bienes futuros. El verdadero fin último lo pone sólo en Dios. “Escucha, Israel: El Señor es nuestro único Dios. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas²⁷⁵”. No todas las conductas del hombre conducen a la felicidad. Hace falta un discernimiento crítico para no caer en espejismos que extravíen.

“Dado que el curso de la vida humana es una peligrosa travesía por el mar tempestuoso del mundo, para esquivar los escollos de los placeres y de las adversidades terrenas hay que enderezar el camino hacia la claridad del cielo y fijar los ojos en la estrella polar, para llegar felizmente a puerto. Y Glicerio, como expertísimo navegante, siempre tenía el corazón fijo en Dios, buscaba continuamente agradar sólo a Dios²⁷⁶”. San José de Calasanz atestigua: “Solía levantar los ojos al cielo con tanto afecto, que indicaba que sólo en Dios se ha de tener esperanza²⁷⁷”.

En la tempestad y en la bonanza, en el dolor o la alegría, el creyente sabe que Dios está presente, activo y salvífico, en cada cosa; que nos ama y no permite que las pruebas sean superiores a nuestras fuerzas. El ideal de Glicerio era el dejarse guiar por Dios en todo; no buscar nada que no fuera su voluntad, no fiarse ni siquiera de los sentimientos más santos:

“Mi corazón lo deseaba bastante, pero no lo demostraba para no mostrar afecto a cosa alguna, sino estar en todo resignado a la voluntad de Dios y de los superiores²⁷⁸”.

275 Deuteronomio 6, 3.

276 A. Armini, *o.c.*, p. 82.

277 Calasanz en *Nova Pos.* II, p.38.

278 Carta de Glicerio al cardenal Federico, 29 de septiembre de 1612.

El enamorado de Dios

“Santificado sea tu nombre”, –explica Glicerio²⁷⁹, significa pedir que Dios sea conocido, adorado, confesado, alabado y bendecido por el mundo, mientras los infieles y los malos cristianos blasfeman de Él y lo maldicen”.

“Sentía grandísimo dolor y melancolía cuando oía blasfemar el Nombre santísimo de S. D. Majestad. Por el gran celo que tenía del honor de Dios, hacía la corrección fraterna con mucho espíritu y fruto de los blasfemos²⁸⁰”.

“Si oía una blasfemia, se horrorizaba. Se ponía de rodillas delante del blasfemo suplicándole que no ofendiera más a la Majestad divina. –Hermano, –decía–, ¿qué has dicho? Has ofendido gravemente a Dios. Si era rechazado, añadía: –Si no te arrepientes de haber ofendido a mi Dios, procuraré que la justicia de Dios, (mi sople os devorará como fuego´ Isaías 33, 7) se añada a la humana (la galera²⁸¹)”.

Y las palabras de Glicerio eran medicina para el violento, que acababa por pedir perdón. El suyo no era un simple *no* al mal, sino el *sí* al bien, a Dios bien absoluto y eterno. Amor total e irrevocable a quien lo había liberado de los peligros del mundo. En la *Breve Declaración de la Doctrina Cristiana*²⁸² Glicerio, explicando la palabra “contrición”, pregunta a los niños: –“¿Por qué decimos “dolor de haber ofendido a Dios? Responde a uno de ellos: –“Porque si tú tuvieras dolor del pecado sólo por ser condenado al infierno, no bastaría. Es necesario que este dolor nazca del amor que tienes a Dios, que ha sido tan benigno que se ha hecho hombre y ha muerto en la cruz para salvarte”.

279 Manuscrito de Glicerio, BGSP. Roma.

280 *Pr. Somm.* n. IX, p. 264.

281 Rapapolvos y castigo no son ciertamente el mejor camino para una acción educativa, pero en nuestro caso hay que tener presente el celo de Glicerio y otras circunstancias históricas.

282 *Manuscrito* de Glicerio en BGSP, Roma.

Pasando por Civita Castellana un día, al salir de la iglesia después de haber comulgado –observa un biógrafo²⁸³– comenzó a gritar: “*Vivat Deus, vivat Deus!* –¡Viva Dios, viva Dios!”. Francisco Selvaggi recuerda que, yendo con frecuencia con él por la calle con la alforja al hombro, para pedir pan por las puertas, repetía con gran alegría: –¡“Viva Dios, que nos manda hacer esto para honor de su gloria!²⁸⁴”. Al pedir al cardenal Federico Borromeo que tuviera a bien enviar un teólogo oblato de San Carlos de Milán para su curso de teología en Roma, Glicerio precisa que todo es “sólo para gloria de Dios y salvación de las almas, en nombre de Cristo, para asunto de tanta gloria suya”. Desea para el cardenal que san Carlos interceda, para que “se llene la Casa de san Carlos de oblatos santos, predicadores de la gloria de Dios, y que prendan a fuego y llama toda Roma y el mundo entero con el verdadero Bien, que es el amor divino”. Y mientras describe a su pariente y maestro Federico las maravillas que Dios obra en la Escuela de Calasanz, y con cuánta “facilidad y dulzura” sus niños “se enardecen por servir a Dios”, estalla en una bendición a la Santísima Trinidad: “*¡Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo!*”. Ante el Santísimo Sacramento, llevado de un incontenible amor a Dios, se le vio saltar y bailar. Por eso le tomaban por loco. Igual que se cuenta de santa María Magdalena de Pazzi en la causa de beatificación. La medida del amor, decía un Padre de la Iglesia, es el amor sin medida.

“Sé que tenía una gran fe²⁸⁵”, afirma de él Calasanz. Con la fe el hombre consigue reconocer a Dios por lo que Él es, el absolutamente incomprensible e impenetrable, pero también fundamento de todo lo creado. “La razón más alta de la dignidad del hombre consiste en su vocación a la comunión con Dios. Desde su nacimiento, el hombre está invitado al diálogo con Dios, y no vive con plenitud si no se confía a su creador²⁸⁶”. Sabedor de esta verdad.

Glicerio “exhortaba con frecuencia a aquéllos que conversaban con él para que tuvieran fe y esperanza sólo en Dios, que no aban-

283 A. Armini en *Pr. s.v.*, p. 200, párr. 287.

284 *Pos. s.v.*, p. 265.

285 *Pos. s.v.*, p. 262, párr. 62.

286 Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 19.

*dona a quien espera en Él, y a que dejaran por Él las vanidades y riquezas de este mundo*²⁸⁷. “Preocupado por la propagación de la fe, levantando a menudo los ojos y las manos al cielo, exclamaba: “Señor, haz que todas las criaturas te conozcan”²⁸⁸”.

En la visión bíblica, Dios no es nunca objeto de prueba, sino de encuentro. Su presencia se deja sentir a través de una llamada, cuya fuerza sólo sabe una conciencia *libre*, si es que lo acoge: “Te haré mi esposa para siempre en la generosidad y en el amor”²⁸⁹. Glicerio vivía de este amor: “No actuaba si no era bajo la luz sobrenatural de la fe. Motivado por la fe, renunciaba a todo lo suyo, repitiendo: Sólo Dios, *Deus meus et omnia*, Dios mío y mi todo”²⁹⁰”.

“Siempre alegre en las fatigas, en las incomodidades y las humillaciones, se preocupaba más de agradar a Dios, en el cual esperaba”²⁹¹”.

“Caminando siempre con el corazón levantado hacia la beatitud, superó las cosas más difíciles que se le ponían en el camino y le impedían el ejercicio de las buenas obras”²⁹²”.

Con frecuencia elevaba los ojos al cielo y solía decir: –*Sursum corda!*, levantad el corazón a Dios y esperad en Él.

*“Una vez, viendo que tenía muchas deudas contraídas para dar limosna a los pobres, fue al banco del señor Roberto Primo y le pidió 300 escudos. Dicho señor Roberto no quiso, pero le puso en la mano un escudo y lo despidió. Glicerio volvió más veces, y él dándole cada vez un escudo lo despedía. Finalmente, un día el señor Roberto le dio por caridad 100 escudos de oro. Glicerio, todo alegre, entregándoselos a Francisco Selvaggi, le dijo: ¡Mira lo que hace Dios! Paga las deudas y confía en Él. Dios provee siempre a quien confía en Él, y no falla nunca”*²⁹³”.

287 Cosimo Contini, en *Pr. Somm.*, p. 261.

288 *Pos. s.v.*, p. 250.

289 Oseas, 2, 1.

290 P. Jericó, *o.c.* pp. 31-32.

291 *Pos. s.v.*, II, P. 310.

292 *Nova Pos.* II, p. 39.

293 A. Armini, *o.c.*, p. 84.

Su actitud parece inspirada en el salmo 131, que un gran biblista ha definido como el más bello de toda la Biblia, canto del alma que se abandona en Dios “como un niño abandonado en brazos de su madre”.

“Un día, habiendo salido el tema sobre el amor de Cristo, el Señor, Glicerio, por su gran ternura de corazón, comenzó a llorar como un niño²⁹⁴”.

Dios es amor, es la definición sencilla y comprensible que el evangelista Juan nos da. No es sólo una definición de Dios, sino la síntesis de toda la historia bíblica y de las relaciones entre Dios y los hombres de todos los tiempos. Glicerio, admitido por gracia a la intimidad con las personas divinas, no pudiendo contener el fervor de su alma exultante, “saltaba con grandísimo afecto hacia Dios”, repitiendo las palabras del Cantar de los Cantares: “Yo lo poseo y no lo abandonaré nunca²⁹⁵”.

“Amante fervoroso del Señor, por medio de la oración, día y noche conversaba con su predilecto, incluso mientras dormía²⁹⁶”. “Sintiendo que ardía interiormente, se le pudo ver estrechar ante sí los brazos exclamando: ¡Basta, Señor; basta, Señor!²⁹⁷”. “Parecía que en el corazón no tenía nada más que a Dios, porque su boca no sabía, y parece que no podía hablar sino de las grandezas de Dios y de lo que pertenecía a su honor y gloria²⁹⁸”.

Espíritu contemplativo

Hasta en medio del caos de la ciudad sabía dedicar tiempo a que Dios entrara en su espacio interior y saciara su hambre. Esto le permitía vigorizar la vida espiritual. La oración continua ensancha tanto el corazón como para contener el don que Dios hace de sí mismo. Glicerio, como Abad, aunque no fuera sacerdote, estaba obligado a rezar el breviario. El Padre Casani, que lo recitaba con frecuencia con

294 *Ib.*, p. 87.

295 Cantar de los Cantares, 3, 4.

296 A. Armini, en *Pos. s.v.*, p. 352.

297 F. Baldi, en *Pr. Inf.*, p. 272.

298 P. Mussesti, en *Pos. s.v.*, p. 340.

él, atestigua que “cuando se ponía a rezar el oficio conmigo, aunque estaba siempre pálido... le entraba un rubor grande en la frente; luego sobre los ojos, poco a poco se extendía por las mejillas, y me parecía que le relucían los ojos²⁹⁹”. También Moisés, aunque no podía ver a Dios con el resplandor desvelado de su rostro, porque –le dice el mismo Dios– “ningún hombre me puede ver y seguir vivo”, sino que sólo pudo echar una mirada a su “espalda”, bajó del monte con el rostro radiante, porque “había conversado con él³⁰⁰”. Las palabras del Padre Casani están confirmadas por Calasanz, el cual añade: “*Esto le solía suceder por el fervor grande que tenía al tratar con Dios³⁰¹*”.

“De pie, caminando, hablando, comiendo y haciendo cualquier otra cosa, siempre parecía que estaba en contemplación y unido a Dios. Se veía que él estaba siempre unido a Dios, habiéndole visto yo muchas veces como abstraído³⁰²”. Aunque se encontrara en diversas conversaciones, sin embargo mantenía la perfecta unión con Dios... De tal manera estaba unido a Dios, el Señor, que todas sus acciones eran oración, ejemplo y edificación del prójimo³⁰³”.

El sacrificio de Cristo presente en el altar, era su sacrificio, su ofrecimiento. La Eucaristía le daba empuje espiritual, como sacramento de vida. Oía cada mañana una o más misas y, al volver a la sacristía, de rodillas, besaba los pies del sacerdote como en agradecimiento, “por haberlo alimentado con su Dios³⁰⁴”.

“Cuando recibía los sacramentos, era grande la preparación. Después se quedaba de rodillas, absorto en la consideración del beneficio recibido³⁰⁵”. Con la Eucaristía, como el antiguo profe-

299 *Pos. s.v.*, II, p. 329. En el archivo de la postulación general de San Pantaleón en Roma se conserva un *diurno* de bolsillo –breviario– impreso en caracteres diminutos, que Glicerio llevaba siempre consigo.

300 Éxodo, 34, 30.

301 S. José de Calasanz, en *Pos. s.v.*, p. 325, párr. 34.

302 F. Selvaggi, en *Pos. s.v.*, p. 328.

303 El venerable padre Domingo, en *Pos. s.v.*, p. 319.

304 A. Armini, *o.c.*, pp. 115 y ss.

305 F. Baldi, *Pr. O.R.*, p. 273.

ta Elías, se encaminaba por los senderos del mundo, guiado por el Cristo vivo, que se hace compañero de viaje, peregrino con el hombre hacia el Padre. *“Su caminar más parecía el de un hombre que estuviera siempre absorto en pensamientos de Dios³⁰⁶”*. *“Por la calle, de parado o moviéndose, siempre estaba ocupado en hacer oración mental o vocal, o en leer y tratar algún paso de la sagrada Escritura³⁰⁷”*.

Glicerio ponía la dimensión contemplativa en el centro de su jornada. Encuentro con Jesús en la Eucaristía, coloquio con Dios, oración, eran el punto de partida para una gloriosa búsqueda del rostro de Dios, sin cansancio ni retroceso. La oración dejaba su corazón limpio y transparente y le permitía ver a Dios en todas las personas y en todos los acontecimientos del día.

“Por esto doblo mis rodillas ante el Padre”

“Todas las noches –es todavía un testimonio más del beato Pedro Casani, su maestro– permanecía después de la oración comunitaria en el oratorio ante el Santísimo Sacramento, consagrando varias horas de la noche”. Y aún: *“Asiduo en la oración, sus rodillas estaban tan hinchadas y callosas que se le obligó por obediencia a que llevase ciertas almohadillas en forma redondeada y se las pusiera debajo de las rodillas cada vez que quisiera arrodillarse³⁰⁸”*.

Un testimonio éste, que recuerda lo que Egesipo, escritor del siglo II, refiere de Santiago el Menor, pariente de Jesús: “La piel de sus rodillas se había hecho dura como la de los camellos, porque él estaba continuamente postrado para adorar a Dios”. Es un gesto sencillo, arrodillarse, pero que denota la disposición interior con que el creyente, entrando en el templo del Señor, “saluda” a Jesús realmente presente en la Eucaristía. Con profunda humildad, Glicerio celebró su conversión doblando las rodillas en la Iglesia de la Muerte, ante Jesús

306 *Pr. Somm.*, p. 272.

307 J. García, en *Pos. s.v.*, p. 275.

308 *Pos. s.v.*, p. 239, párr. 34.

Sacramentado, expuesto a la adoración. Pequeñez de un gesto que, repetido con sincera devoción, con amor, es el complemento interior del comportamiento global con que nos presentamos al Señor; expresión espontánea para quien se dispone al encuentro con una Persona que cuenta, ¡y cómo! Glicerio rezaba siempre arrodillado, y doblaba las rodillas delante de quien de modo particular representaba a Jesús, el sacerdote y el enfermo. El gesto meditado de abajarse le ayudaba a comprender que era el Señor del universo a quien acogía, y le sugería un comportamiento de grata disponibilidad, y sentimientos de alegría por encontrarse en presencia del Amor. “*Por eso –concluye el P. Casani– no hay que extrañarse de que Glicerio obtuviera de Dios, por medio de la oración, muchas cosas maravillosas*³⁰⁹”. Para Glicerio era una irreverencia estar arrodillado ante el Señor con una sola rodilla. La pedagogía que él desarrollaba en la catequesis hacía alusión también a este gesto “mínimo”, pero indicativo del comportamiento con que nos acercamos al Señor, para una audiencia particular que Él nos concede. Andrés Sacchetti, testigo ocular en el proceso ordinario romano, declara:

*“Un día, estando en la doctrina en San Adrián, cuando llegó el momento de hacer la oración arrodillados, viéndome el Padre Abad arrodillado con una sola rodilla, se me acercó y me reprendió, diciéndome que era vergüenza estar así. Como yo hubiera contestado que no podía, porque me dolía la otra rodilla, Glicerio puso la mano en el sitio donde estaba el mal y, haciendo oración, quedé curado al instante*³¹⁰”.

Glicerio, consagrado totalmente a Dios y a su designio de salvación, podía repetir a cuantos acudían a él las palabras de san Pablo a los cristianos de Éfeso: “Por ello doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, para que os conceda, por la riqueza de su gloria, fortaleceros interiormente, mediante la acción del Espíritu... y os llenéis de toda la plenitud de Dios.

309 *Nova Pos.*, II, párr. 46.

310 *Pos. s.v.*, fol. 90, p. 656.

12. GLICERIO DE CRISTO

Cristo, imagen del Padre

Glicerio de Cristo es el título nobiliario que Glicerio escogió para sí, prefiriéndolo al ilustre apellido de familia. Se disgustaba, atestiguan concordantes en los procesos, si alguno aludía, aunque fuera lo más mínimo, a sus orígenes nobiliarios. Cuando su hermano Fabricio en 1617 fue elegido obispo de Pavía, el Padre Alejo Armini cuenta: “No dio la menor señal de alegría”. Un testigo afirma, por el contrario, que “dio signos de tristeza”. Y Mons. Mistrangelo: “Se quedó tranquilo y ecuánime como si fuera algo que no le concerniera”.

Jesús por nuestro amor se vació de la divinidad y de los títulos sobrenaturales, para hacerse humilde servidor de los hermanos. Es a Jesús a quien Glicerio miraba como al único modelo. A la persona de Dios en el mundo Jesús le dio rostro humano, el aspecto perceptible de hombre. Ante Él, Glicerio manifestaba su elección absoluta de Dios. Ante Él se inclinaba por amor –como sugería a los niños en la catequesis–. *“Por amor y por agradecimiento, para que, como él se ha inclinado a hacerse hombre y morir por mí, así yo me inclino ante Él³¹¹”*. Dios siente vivamente el drama de quien se aleja y malgasta su patrimonio con el pecado. Espera con ansia su retorno, más aún, envía a su Hijo a buscarlo y reconducirlo al banquete de fiesta. Glicerio se sentía uno de esos: “Me ha amado y ha dado su vida por mí³¹²”. Y él por amor suyo se hará siervo de todos. No le movía ni un motivo de la gloria ni de la recompensa, sino una necesidad interior que no es otra cosa que el amor. Es significativo al saludo que san José de Calasanz dirige por carta a su carísimo discípulo: *“Jesús y María tengan siempre ocupado el corazón de nuestro carísimo señor Abad, Glicerio³¹³”*. El amor de Glicerio por Cristo resultó arrollador en la donación de él a los hermanos.

311 Breve declaración de la doctrina cristiana, de Glicerio, ms., BGSP, Roma.

312 Gálatas, 2, 20

313 Es la única carta que se conozca de la correspondencia entre Calasanz y Glicerio. El original está en AGSP, R.C., n. 1, 11.

Glicerio besa las llagas de los pobres

El itinerario de conversión para Glicerio se inició con un gesto de amor, como para san Francisco de Asís, con un beso a un leproso. San Francisco se refiere así a aquella experiencia: “Estando yo en pecado, me parecía cosa demasiado amarga ver a los leprosos. El Señor mismo me llevó entre ellos y tuve con ellos misericordia. Y lo que me parecía amargo, se me volvió dulzura”. Y su biógrafo, Tomás Celano, narra así cuanto aconteció:

“Cuando ya había comenzado, por gracia del Altísimo, a tener pensamientos santos y saludables, mientras vivía aún en el mundo, se detuvo delante de un leproso. Se hizo violencia a sí mismo, se acercó y lo besó”.

Como Francisco, Glicerio –que había tomado su nombre en el bautismo– comprendió que para ser fiel al compromiso de hacerse caballero de Cristo debía venerarlo en el realismo crudo de un hombre infecto, con el cuerpo plagado de llagas. Y no sólo contemplarlo y meditarlo clavado en cruz sobre el altar, pintado. Así es como Glicerio conseguía descubrir a Cristo y servirlo.

“Me recuerdo, –afirma en el proceso de beatificación el señor Cosme Azzolini–, que un día, yendo con el Padre Abad a la iglesia de los santos Cosme y Damián, me dijo: –“Cosme, haz lo que yo haga. Llegados a la iglesia, había a la puerta un pobre con una pierna llagada. De la herida manaba una sustancia purulenta. Glicerio se arrodilló, le dio una moneda y le besó conmovido la llaga. Después, levantándose, me indicó que hiciera yo lo mismo. Y por el beso sentí mucha dulzura”³¹⁴”.

Francisco Selvaggi cuenta un caso análogo en el proceso ordinario:

“...Habiéndome dicho Glicerio: –Prueba, prueba y sentirás qué olor y suavidad tienen las llagas de estos pobres; yo les beso por amor de Cristo, y siento por ello gran contento y satisfacción. Me decidí a besarlos también yo. La primera vez me produjo náusea. El abad me dijo: –¡Oh hermano! no has sacado gusto. Si besas con fe y caridad,

314 *Nova Pos.*, pp. 67-68.

sentirás el gusto que se recibe. Una vez, por estas palabras, besando a uno la llega con el pus dentro, sentí olor y consolación grande, por lo que continúe haciendo esto varias veces mientras iba en su compañía". "Me recuerdo haber oído a Cosme, que, pidiéndoselo el Abad, besó las llagas de un pobre. Y habiéndolo hecho, sintió en sus labios tanto olor y gusto que le duró algunos días, como se podría saber por él mismo, pues está vivo y habita al lado del palacio del cardenal Varallo³¹⁵".

En los hermanos con llagas Glicerio veía la imagen más cercana a Cristo "siervo sufriente de Dios", "hombre de dolores". La Pasión del Señor se hacía para él tangible hasta poderla tocar, compartir... besar. Cada amargura ahora se le tornaba en dulzura. Con esto tiene relación quizá el prodigio –documentado– de los carbones ardiendo, dulces al paladar de Glicerio.

Glicerio traga ascuas ardiendo

El beato Pedro Casani atestigua, y lo confirma al pie de la letra el Padre García: "El doctor Bayano, portugués, estando en nuestra casa de Narni, contó ante testigos de vista que el Padre Abad, por obediencia del padre Francisco de Cristo, español, entonces padre espiritual suyo, se tragó cuatro brasas ardiendo sin sufrir ninguna lesión; al contrario, al día siguiente, preguntado por él si había sentido molestia por dichas brasas, respondió que no había gustado cosa más suave en su vida³¹⁶". Otros testigos refieren el mismo hecho, aunque difieren en algún particular. El censor de la fe en el proceso objetó sobre la discordancia de los testigos a este respecto. Uno decía que el superior era el Padre Francisco de Cristo, otro, que Calasanz, otro, que Casani.

315 *Pos. s.v.*, p. 390.

316 Es el sacerdote portugués Andrés Bayano. Humanista y filólogo eruditísimo, profesor de gramática y retórica en diversos institutos romanos, desde 1630 enseñó en las Escuelas Pías, hospedado con veneración por Calasanz en San Pantaleón. Para un elenco bibliográfico de sus obras, cfr. *Eph. Cal.*, III (1934) 25-31. Es interesante una carta de Calasanz: "En cuanto al señor Bayano tengo interés en que no vaya fuera de Roma, para que así nuestros estudiantes puedan ir adelante en los estudios comenzados", *EGC*, V, n. 1787.

Me parece oportuna la respuesta del abogado, que trajo a colación el Evangelio. Ni siquiera los evangelios concuerdan siempre en *todos los particulares*, narrando los hechos de Cristo³¹⁷. Aún más, el hecho demuestra la independencia de cada testigo y se convierte en un elemento más de verdad. Pero ¿qué valor se puede atribuir a tal prodigio? Si me está permitido expresar una opinión del todo personal, sería posible una referencia al cap. VI del profeta Isaías: “¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito... Entonces voló hacia mí uno de los serafines con *una brasa en la mano*. Me tocó la boca y me dijo: –He aquí, esto ha tocado tus labios y se ha retirado tu culpa. Después oí una voz del Señor que decía: –¿A quién enviaré? Yo dije: –Heme aquí, envíame³¹⁸”. Igualmente Dios tocó la boca de Jeremías. El fuego es un elemento purificador en la naturaleza, símbolo de la fuerza sobrenatural del Espíritu de Amor. La autenticidad de la conversión inflamó en Glicerio el fuego del Espíritu, que lo purificó de su pecado y le hizo idóneo para anunciar la Palabra de la Verdad: “¡Cuán dulces al paladar son tus palabras, más que miel en mi boda³¹⁹”. El prodigio de las brasas encendidas tragadas por Glicerio podría responder a un gesto profético. Significaba lo que el icono ruso del siglo XVI “Madre de Dios de la Encarnación” con los profetas. María tiene las palmas de las manos abiertas con Cristo delante del pecho. La Madre de Dios aparece en el icono como la personificación de la imagen himnográfica de los *místicos resortes que sostienen a Cristo, carbón ardiente que purifica alma y cuerpo*. Para llegar a esta iconografía, hacia la mitad del siglo XI tuvieron gran importancia las interpretaciones patrísticas de las profecías veterotestamentarias sobre la venida del Mesías. En una carta a su pariente, el cardenal Federico, Glicerio le recomendaba: “*Sea fiel ejecutor y protector de la palabra de Cristo, tan olvidada, porque dice Jesús: “Si uno me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará y Nosotros iremos a él y pondremos en él nuestra morada³²⁰”*”.

317 *Nova Pos*, I, p. 50.

318 Isaías, 6, 4-8.

319 Salmo 119, v. 103.

320 Carta de Glicerio a Federico, 5 de noviembre de 1611.

“Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga”

Cristo no es un ideal más o menos abstracto, sino una persona viva. Ser de Cristo, seguirlo, significa creer en sus enseñanzas, hacer propio su programa de vida. Condición indispensable para introducirse en el seguimiento de Cristo es *renunciar a sí mismo*. Glicerio, ante la búsqueda de la nueva identidad de su *razón de ser*, para tomar conciencia de sí, tenía necesidad, a pesar del desprecio, de sacudirse de encima la imagen que los demás se habían formado de él.

Algunos milaneses encontraron a Glicerio junto a san Lorenzo en Lucina. Habiéndole reconocido, lo pararon para saludarle y congratularse con él de su fama de santidad, que había llegado hasta Milán. Entonces él miró a la plaza, y habiendo visto en unas obras unas vigas, le pidió a su compañero, el Padre Tomás, que le ayudara a poner dos atravesadas para hacer juntos un columpio. Y así lo hicieron, entre los silbidos y gritos de los presentes. Terminado el juego, el Padre Tomás le dijo: –¿Por qué esa locura? Él respondió: –¿No me creían santo? Ahora irán diciendo a mis conciudadanos que estoy loco³²¹. Fue un paso decisivo, que lo acercó a Jesús, tenido por loco de Herodes a Pilato.

El Padre Pedro Mussesti, encargado por san José de Calasanz de recoger los recuerdos relacionados con Glicerio, cuenta que un día Glicerio se acercó a la casa del cardenal Ginnasio a pedir limosna para las Escuelas Pías. Apenas lo vio el cardenal, le hizo señal de entrar. Cuando atravesaba el patio interior, un sirviente, que no lo conocía, lo cogió por el brazo y lo arrastraba fuera con muchos insultos y villanías. Glicerio, muy alegre, le estaba pidiendo excusa, cuando apareció el cardenal, que preguntó a Glicerio por qué se estaba retrasando... –Me estaba entreteniéndome un poco, respondió, con este amigo mío. Después, cuando salía, aquel servidor, que “se había quedado medio muerto” por haber tratado de aquella manera a una persona tan estimada por su amo, confundido por la gran humildad de Glicerio, corrió a pedirle perdón. “Tan grande era el fervor y el deseo que tenía, –termina diciendo el biógrafo–, de ser despreciado y maltratado por

321 *Pos. s.v.*, II, p. 502.

amor de Dios³²²". Estaba bien convencido de lo que se ha dicho, que nunca nadie aquí abajo ha renunciado bastante a sí mismo hasta no poder renunciar más.

Besar el pie a una persona socialmente inferior, implica un acto de exquisita humildad cristiana. Un gesto estrechamente unido al anterior es lavar los pies, como hizo Jesús con sus discípulos en la última cena.

San José de Calasanz afirma: *"Mostraba prontitud y alegría cuando se le mandaba lavar los pies a los forasteros y lo mismo a los de casa"*³²³. El Venerable padre Domingo de Jesús María, su confesor, dice de él: *"Por su humildad, quería siempre lavar los pies a los demás. Muchas veces, después de haber comulgado en la misa, daba gracias al sacerdote porque le había dado a su Señor, y le besaba los pies"*³²⁴.

Su carísimo amigo Francisco Selvaggi, además de destacar que en casa quería siempre lavar los platos, barrer y hacer otros servicios humildes, y que en la mesa quería siempre el último puesto, afirma que al ir a dormir –y en esto concuerda con cuanto afirma de él el señor Cosme Contini– Glicerio le suplicaba que le permitiera quitarle las sandalias y le dejara también sacar las medias³²⁵. En los períodos históricos más diversos, el gesto de quitar el calzado a la vuelta del viaje estaba reservado al esclavo o también era un acto de extrema veneración y respeto para con el huésped. Inmediatamente después se ofrecía un lavado de pies, que, como es natural, estaban polvorientos del largo camino por sendas escavadas en tierra. En algunos textos judaicos, lavar los pies a otro, después de haberle quitado las sandalias, es un gesto de amor absoluto. En el Evangelio, Jesús dice a Simón el fariseo: –No me has dado agua para los pies... no me has dado un beso, ni derramado aceite perfumado sobre mi cabeza. En cambio esta mujer me ha lavado los pies con las lágrimas, y desde que he entrado no ha dejado de besarme los pies³²⁶. Besar los pies, como hizo la mujer

322 *Pos. s.v.*, p. 521.

323 *Pos. s.v.*, p. 506.

324 *Pos. s.v.*, p. 504.

325 *Pos. s.v.*, p. 507.

326 Lucas, 7, 36-50.

a Jesús, era una señal de veneración y de humilde reconocimiento. Y formaba parte del deber de hospitalidad. Esto es lo que explica el reproche de Jesús a Simón. El beato Pedro Casani recuerda las palabras de la princesa Peretti, poco después de la muerte de Glicerio:

“Aunque no fuera por otra cosa, el Abad merecía ser canonizado después de su muerte, al menos por cuanto ha hecho por ser tenido como loco por todos³²⁷”.

Pareciéndole que le costaba todavía doblegar el propio orgullo, Glicerio recurría a formas desesperadas, como dejarse arrastrar con una soga al cuello por un pobre pagado por él. El modelo seguía siendo Jesús conducido al Calvario con la soga al cuello, como Glicerio mismo podía contemplar, por ejemplo, en el cuadro de Lionello Spada, pintor contemporáneo suyo. Una vez, habiéndolo encontrado así Francisco Selvaggi, le gritó y le obligó a soltarse. Y Glicerio: –“Dios le perdona, hermano. ¡Me ha hecho perder tanto bien! Hay que despreciarse por amor de Dios³²⁸”. El padre Baldi, su compañero de noviciado, escribe:

“Para que nuestro común enemigo no comenzara a meterle en la fantasía la más mínima nube de vanagloria, se aplicó a tal desprecio de sí mismo, que parecía no aplicarse tanto a ninguna otra cosa como encontrar maneras y ocasiones de ser mofado y tenido por loco³²⁹”.

Como Jesús, Glicerio se vació de sí mismo hasta hacerse siervo *sin rostro*. Su único problema era dónde encontrar el verdadero rostro del discípulo. Su única preocupación, relativizar el valor de esta vida; ofrecerla por Cristo y su Evangelio; caminar con Cristo por la vía de la cruz.

La totalidad del don

La tarjeta de identidad que Jesús ofreció a sus discípulos es ésta: “Yo he venido no para ser servido, sino para servir y dar la vida por todos”. El ejemplo de Jesús, para Glicerio se convirtió en proyecto y estilo de vida. Aprender de Cristo, participar en el cumplimiento de su obra, hasta hacerse voz, manos, corazón de Cristo. Sólo se gloriaba de esto.

327 *Pos. s.v.*, II, p. 507.

328 *Pos. s.v.*, p. 522.

329 F. Baldi, *o.c.*, p. 9.

“Mantenia siempre su jovialidad y alegría ante cualquier cosa que le sucediese, considerando todo como disposición de Dios³³⁰”. “Cuando era injuriado, recibía la injuria con alegría, alababa por ello enseguida a Dios y pedía por los que le injuriaban, los cuales se avergonzaban y lo admiraban. En las enfermedades aguantaba con alegría y sin lamentarse nunca, agradeciendo por ello a la divina Majestad, desde el principio hasta el final de su vida³³¹”.

La radicalidad de su elección se concretaba en los pies descalzos, en la ropa basta con la que se vestía, en entregarse a la suma pobreza para testimoniar el amor de Cristo y la alegría que lo invadía, porque se sentía perdonado por el infinito amor de Dios.

“No teniendo en cuenta el ser de una familia tan noble, tenía de sí mismo un pésimo concepto. En casa quería hacer las más humildes tareas, incluso en el lavadero de la cocina³³²”.

El Jesús que Pablo presenta a los filipenses tampoco es el Cristo de los iconos bizantinos, que extiende sus brazos en la cruz dorada, mostrando los ricos paramentos reales y la preciosa corona de oro en la cabeza. Es el Jesús que, “aun siendo Dios, se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo”. Glicerio, que ha hecho el don de sí a Cristo, busca identificarse con Él en todo. Se deja involucrar completamente en la obra de la salvación. Se hace uno con Él en la lucha contra el mal., dispuesto a beber hasta el fondo su cáliz amargo.

13. LA LOCURA DE LA CRUZ, VERDADERA SABIDURÍA DE LA VIDA

Glicerio baila delante de Jesús Sacramentado

La cruz es señal de un ofrecimiento heroico, que ha obtenido la salvación a la humanidad. Glicerio era un enamorado de Cristo crucificado. Su amor, que no conocía medida, inventaba desahogos y formas paradójicas. Yendo una vez en busca de pan con Francisco Selvaggi,

330 *Pos. s.v.*, II, 522.

331 P. Domingo de Jesús María, en *Pr. O.R.*, p. 609.

332 *Nova Pos.* pp. 129-135.

entraron en san Lorenzo en Dámaso, donde se celebraban las Cuarenta Horas con gran solemnidad. Se detuvieron a orar durante media hora. Después Glicerio, levantándose, se puso a bailar con fervor y gran alegría en medio de la iglesia. Selvaggi lo reprendió, diciendo que era una locura. –¡Viva Dios! –respondió Glicerio–. Y citó a David: “*Me humillaré todavía más*³³³. *Que si el profeta bailó delante del arca, tanto más puedo yo bailar delante del Arca de la que aquella era figura*³³⁴”. Para Glicerio, que sentía intensamente la presencia de Jesús en la Eucaristía, era natural expresar momentos sublimes y realidades espirituales también con la danza, además de la música, el canto y la oración, en búsqueda de una armonía total de toda la persona, para llegar a la comunión con Dios. La danza nos puede parecer hoy como poco congruente con nuestra forma de obrar y reaccionar. Pero, por el contrario, no es extraño que Dios pueda llegar a posesionarse de todo nuestro corazón y nuestra persona, hasta hacernos danzar. San Alfonso advierte oportunamente que la danza *es un acto de alegría, no de libido*.

“Lo que para mí era ganancia, lo he juzgado basura a causa de Cristo”

Glicerio estaba tan seducido por el amor de Cristo que todas aquellas cosas que el mundo estima y que él mismo había acariciado primero perdían valor, hasta parecerle una pérdida. Se cuenta que el día de la degollación de san Juan Bautista, mientras Glicerio esperaba a la puerta de san Silvestre en Campo Marzio pidiendo limosna, se vio rodeado por unos caballeros que lo habían conocido en el pasado, que le dijeron:

–¿Este es el honor que has venido a buscar en Roma para tu familia? ¡Holgazán! ¡Avaro! Deberías avergonzarte ¡hipocritón! Glicerio escuchaba y, después, “con alegría” –cuenta el Padre Mussesti– fue a besarles los pies. Ellos le daban patadas en la boca y en la cara. Él se levantó “mucho más contento y alegre que antes”.

333 Samuel, 6, 16-22.

334 Lo afirma el padre Juan García: “Y esto lo sé, dice, por haberlo oído decir de Francisco Selvaggi a otros”. *Pos. s.v. II*, p.279. Con relación a esto, los pueblos orientales y africanos siempre han enseñado mucho. En los ritos de la Iglesia ortodoxa se puede ver una bellísima danza alrededor de la fuente bautismal.

Una tarde de octubre de 1612 Glicerio llamó a un mendigo de la calle y le cambió por sus andrajos los propios vestidos. Después le dio también sus sandalias y medias, quedando descalzo.

“El fervor de su caridad, declara un testigo ocular, llegó tan lejos que una vez Glicerio fue encontrado casi desnudo delante de la puerta de san Lorenzo en Dámaso, porque había cambiado sus vestidos con un pobre... Caminaba tan esbelto y alegre cuando llevaba encima vestidos de algún pobre que quien lo veía gritaba que era reo de ser mandado a galeras³³⁵”. “Daba a todos, por amor de Dios, lo que tenía de los ingresos de su abadía... Andaba mendigando para ayudar a las familias que se encontraban en grandísima necesidad. Por la noche llevaba a casa uno o dos pobres cada vez, a los cuales les servía la cena, les lavaba los pies y se los besaba. A algunos les dejaba dormir. Lo ha hecho infinitas veces³³⁶ “. “Con frecuencia, cuando iba al banco a sacar dinero de sus entradas y cogía cien o doscientos escudos, comenzaba desde el banco, y continuaba por la calle, a dar propinas de dinero al que le pedía limosna. Cuando llegaba a casa, el dinero lo había poco menos que distribuido por completo³³⁷”.

Francisco Selvaggi hubiera podido repetirle como otras veces: “¿Qué locura es esta?” ... Locura seguir la Palabra de Jesús: “Vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres?”, o –como escribe Glicerio– “¿es locura estar tan envilecidos por el fango de los cuartos –Dios sabe cuánto– que no falta más que decir claramente a esta piedra: –Tú eres mi Dios?³³⁸”. ¿Locura, prodigalidad, o caridad heroica y sobrea-bundancia de gratitud y amor?

Las rarezas de Glicerio

¿Cómo reconocer por valor auténtico lo que parece estrafalario, raro, que es contrario al sentido común y provoca perplejidad, y hasta reacciones de rechazo? Es la pregunta que se hace cualquiera que pre-

335 P. J. García, en *Nova Pos. s.v.*, II, p. 70.

336 Francisco Selvaggi, en *Pos.s.v.*, pp. 382-383.

337 P. J. García, en *Pos. s.v.*, p. 399.

338 Carta de Glicerio al cardenal Federico, 6 de noviembre de 1611.

tenda interpretar estos gestos de Glicerio. No es posible comprender tales comportamientos si no se insertan en las formas propias de la cultura de su tiempo, y si no nos esforzamos en descubrir los valores que tales gestos guardan.

El siglo XVII y la búsqueda de nuevas formas

El clasicismo renacentista prefería, como notas dominantes del propio estilo, el orden, la medida, la regularidad estilística, la composición. Para el siglo XVII, en cambio, el elemento decisivo era la ingeniosidad para encontrar nuevas formas con efectos de sorpresa. Y no hay por qué pensar que esto era indicio de superficialidad. Era un estilo. Y como tal, válido en sí mismo. Lo único es que podía tener un intérprete bueno o malo. Y esto dependía de la riqueza o de la vaciedad espiritual, de la capacidad de innovar auténticamente o de quedarse en los elementos más superficiales. En literatura, por ejemplo, el marinismo revelaba más carencia que valores, porque era difícil reconocer en él un *alma* que se expresa. En Bernini, en cambio, las nuevas expresiones originales, unidas a una vibrante vitalidad, representan una fase grande de la historia, para nada inferiores a las del renacimiento. El mismo Borromini, el artista más genial del XVII, pareció ajeno a cualquier regla de lógica proporcional. Las *extravagancias* de San Ivo en la Sapienza de Roma levantaron el grito del escándalo. Y, sin embargo, la crítica ha tenido que reconocer después en él un grandísimo artista, dotado de una milagrosa coherencia estilística y racionalidad.

El barroco es un estilo y, por consiguiente, refleja no sólo el gusto, sino el pensamiento de toda una época, y sus aspectos literarios y artísticos, como los de la vida cotidiana. Una visión del mundo. También las formas de religiosidad, que se basan en el dogma tridentino del libre albedrío, son una parte integrante de ella. La tendencia a la grandiosidad, al espectáculo, a la exaltación de la fantasía, todas ellas características propias del XVII, pueden esconder una realidad pobre, vacía de espíritu, o, por el contrario, exaltar el arrebatado sincero de la fe. Es menester discernir, sin meter todo en el mismo saco. Y esto es un elemento importante para un juicio de valor sobre el comportamiento de Glicerio.

¿Qué valores atribuir a los gestos *exagerados* de Glicerio? Ciertamente la sinceridad de la fe y lo genuino de sus propósitos. El “aboga-

do del diablo” en los procesos objetaba que muchos gestos de Glicerio no podían ponerse hoy como modelos a los fieles. Le respondieron oportunamente: ¿Se podría quizá hoy presentar como modelo que imitar a san Simón Estilita? ¿Habría entonces que borrar del álbum todos los santos antiguos, no imitables hoy bajo algunos aspectos? ¿O, quizá, los santos hubieran tenido que pensar en qué podrían ser imitados después, al cabo de tres o cuatro siglos? El hombre por su naturaleza está llamado a medirlo todo bajo la dimensión humana. Pero en los santos hay siempre algo que va más allá de la simple medida humana. El mundo considera excéntrico todo lo que no es *normal* según su mentalidad, como extraño también apareció el mismo Jesús a sus parientes: “¡Está loco!”. Lo mismo que san Francisco para su época fue un excéntrico, más aún, para algunos, un hereje, porque, viviendo como mendicante y siguiendo estrictamente el Evangelio, ofrecía una visión de vida cristiana *extraña a la norma*.

Con gesto de mendicante Glicerio daba un golpe a todo su pasado, desmantelando trozo a trozo la imagen que se había formado de sí mismo, aunque al construirla había empleado tiempo y fatiga. A los insultos respondía con la alegría de quien ve, bajo las cosas viejas, germinar lo nuevo, y advierte el perfume del renacimiento. Glicerio sabía que Jesús es un amigo exigente, que propone metas altas y pide salir de uno mismo para ir a su encuentro: “Quien pierda la propia vida por mi causa, la salvará”. Cuando Glicerio veía que su compañero se avergonzaba de él, para darle ánimo le decía: “*Hermano mío, más que avergonzarnos, deberíamos temer que el espíritu de la soberbia nos venza; porque el que nos conoce sabe por Quién lo hacemos*³³⁹”. Con estas palabras Glicerio nos ofrece la *clave* para descubrir el valor de sus gestos *exagerados*. Eran un medio eficaz, para que, como él mismo afirmaba, la soberbia y la vanagloria no lo vencieran. Era un poco la sabiduría de la Roma antigua, que permitía a los soldados insultar a los propios generales durante su triunfo; o incluso de la Roma cristiana, que prescribía al clero recordar al pontífice recién elegido, ante un mechón encendido: *Sic transit gloria mundi, así pasa la gloria del mundo*.

339 P. Mussesti, en *Pos. s.v.*, p. 527.

Insultado con frecuencia por los sirvientes de las cortes romanas, donde se acercaba a pedir limosna, Glicerio decía a su compañero: “Tienen razón al decir eso”. Después de rodillas pedía perdón besándose los pies. Todos los que en los procesos canónicos refieren actos de humildad y de penitencia “humanamente exagerados”, los refieren además de como actos de profunda humildad, como actos realizados por Glicerio para proteger su propia vida espiritual contra todo lo que podía llevarle al debilitamiento de impulso originario en el servicio divino. Eran verdaderas “provocaciones a las provocaciones” del mundo –gozar, poseer, dominar– desafíos, determinación de ir contra corriente. Conversión no puede ser cambiar las cosas de forma que no cambie nada. ¿Glicerio *loco* porque bailaba en la iglesia, porque hacía que le llevaran con un cordel al cuello por las calles de Roma, o se dejaba ver con la corona de espinas en la cabeza, o gritaba “¡Penitencia!”? Pero era precisamente aquella locura la que le permitía vivir, la que custodiaba y defendía de los enemigos internos y externos el don de Dios. La luz de la gracia es, sí, una ocasión que hay que acoger, pero también una conquista continua, nunca una meta definitiva. El alma está en eterno conflicto con el mal. San Pablo hablaba de la cruz como escándalo para los griegos, locura para los paganos, piedra de tropiezo para los mismos hombres religiosos, que no logran comprender la invitación de Dios, que muere como abandonado, como maldecido por Dios mismo. ¿Un hombre desnudo, doblegado, que no ha podido salvarse a sí mismo sería principio de salvación universal? En el designio de Dios, presencias como la de Glicerio, cuya plenitud nace no de la acumulación sino del desprendimiento, son un gran valor en comparación con tantas realidades que nosotros tenemos hoy ante los ojos: exaltación continua de la fuerza y de la victoria, búsqueda afanosa de riqueza, de éxito y de aplausos.

La amistad con san José de Calasanz en las Escuelas Pías señalará una fase nueva para Glicerio, que se expresará con la misma autenticidad, pero con formas más maduras y tranquilas.

“Quien nos conoce sabe bien por qué lo hacemos”

Glicerio, mientras intentaba excusarse con su compañero, que se avergonzaba de determinadas formas de comportamiento, añadía: *“Porque quien nos conoce sabe por Quién lo hacemos”*. Y de hecho,

las gentes de aquel siglo no se maravillaban ya tanto. Aceptaban los gestos de las personas *originales y excéntricas, con tal de sinceras*, como amaban los contrastes cromáticos y luminosos de sus artistas.

San Felipe Neri un día, fiesta de san Pedro in Vincoli, se puso a bailar en la plaza delante de una numerosa multitud. También se oyeron silbidos. Otra vez salió de casa saltando, afeitado sólo a la mitad. Una vez se puso a recibir en casa a grandes personajes, con un par de zapatos blancos, un gorro pequeño a la cabeza y una camisa roja sobre el jubón. Y mandaba que le leyeran libros de chistes. Cosas semejantes mandaba hacer a sus penitentes, incluido el cardenal César Baronio. Y, sin embargo, el pueblo se estrechaba junto a él, y el papa Gregorio XIV intentó varias veces imponerle el capelo cardenalicio. Cuando la elección de Clemente VIII, según los historiadores, parecía que el mismo Felipe iba a subir al solio pontificio. San Carlos y Federico Borromeo, Jerónimo della Rovere, arzobispo de Turín, y tantos hombres eminentes, lo eligieron como director espiritual, y encontraban, como decía de sí Alejandro de Medici, en la celda de Felipe su *paraíso*.

También Glicerio, no obstante sus rarezas, era tenido en gran consideración por el papa Paulo V y por muchos cardenales. Un día fue invitado al palacio del cardenal Aníbal Ginnasio³⁴⁰. El cardenal vicario de Su Santidad, el cardenal Juan Garzia Mellizo, “estando enfermo, mandó llamar al Padre Abad”, el cual hizo continuas oraciones por él. El cardenal curó y quiso personalmente darle las gracias al Abad. “Y esto yo lo sé, afirma el Padre Juan García, porque he sido su compañero³⁴¹”. Y éstos no fueron casos raros ni únicos. Igual que en el arte de este siglo hubo, con respecto al siglo anterior, líneas curvas en vez de horizontales, cúpulas y fachadas construidas con nuevos acordes y efecto escenográfico, pero permanecían la columna severa y la eurytmia clásica, así en Glicerio, –como diría Tomás Campanella–, “cuanto más se soplabla el fuego, más ardía en formas quizá excesivas... por el deseo inmenso de cosas eternas”, pero su alma permanecía siempre evangélica.

340 P. Mussesti, *o.c.*, AGSP, *Rg. Serv.* 39, p. 24.

341 *Pos.s.v.*, p. 673.

Una lección tácita a los príncipes de la Iglesia

San Carlos Borromeo había declarado que la Reforma debía comenzar por sí mismo. Y así lo hizo. Oración y penitencias, suma pobreza y servicio a todos. Borró del escudo los símbolos de nobleza y dejó sólo la palabra *Humilitas*. Si la palabra ilumina, el ejemplo arrastra. A Glicerio con frecuencia le sucedía encontrarse en las iglesias y en los palacios cara a cara con los príncipes y cardenales, y verlos en un aprieto frente a él, antes familiar suyo y ahora convertido en humilde y pobre por amor a Cristo. Una vez en la iglesia Glicerio, después de haber cambiado el vestido por los harapos de un pobre, se acercó a un grupo de cardenales para pedir limosna. Le invitaron a sentarse entre ellos. En Mondragone, la villa del cardenal Borghese, Glicerio se presentó cuando algunos cardenales se preparaban para la caza. El cardenal Borghese se quitó un guante, y cada uno echó en él alguna cosa. De allí salió la fabulosa suma de cuarenta escudos. La contestación de Glicerio por el hecho de ser tácita era más fuerte, como el contraste entre la púrpura de los cardenales y los remiendos de su vestido. Un ejemplo que quemaba como brasa encendida. En Glicerio, los príncipes de la Iglesia proyectaban, en cierto sentido, modelos reclamados por sus ideales y el deseo inconsciente de verlos realizados, aunque fuese fuera de ellos. No era necesario recordarles las palabras de Jesús: “Los que son tenidos como jefes de las naciones, las tiranizan como señores absolutos... Pero no debe ser así entre vosotros, sino que el que quiera ser el primero, será esclavo de todos³⁴²”.

“Hermano, ¿por qué hace esas locuras?”

San Alfonso habla del beato Jacopone, que de hombre de letras se había hecho fraile franciscano. Parecía, dice, que se había vuelto *loco* por el amor que manifestaba a Jesucristo. Un día se le apareció Jesús y le dijo: –Jacopone, ¿por qué haces estas locuras? –¿Por qué lo hago? –respondió. –Porque Vos me las habéis enseñado. Si estoy loco, Vos habéis sido más loco que yo, al haber querido morir por mí.

También Glicerio habría podido responder:

342 Marcos, 10, 42-44.

- Si estoy loco yo, que gasto todas mis energías por los demás, mucho más lo estáis Vos, Señor, que habéis dado la vida por mí: “Ninguno tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos³⁴³”.
- Si estoy loco yo que –pecador– soporto pacientemente grandes adversidades, cuánto más lo estáis Vos, Señor, que, inocente, habéis sufrido las adversidades que perfectamente pudisteis evitar.
- Si estoy loco yo, Señor, que a las comodidades y placeres de la vida he preferido la suma pobreza, cuánto más lo estáis Vos, Señor, que, “a cambio del gozo que se le proponía, soportasteis la cruz, sin miedo a la ignominia³⁴⁴”.
- Si estoy loco yo, Señor, porque, heredero de una noble y rica familia, he preferido ser despreciado e insultado, llevar una vida oscura y penitente, ¿cómo estáis Vos, Rey de reyes, Señor de los señores, “en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia³⁴⁵”, desnudo sobre la cruz, escarnecido, escupido, golpeado, coronado de espinas, saciando vuestra sed con hiel y vinagre?
- ¿Por qué me llaman loco cuando cambio mis vestidos y mis sandalias nuevas por los harapos malolientes de tus pobres, mientras oigo, Señor, que vos decís: –Han repartido entre ellos mis vestidos?
- ¿Loco yo, porque he renunciado a la púrpura de los Borromeo? ¿Y Vos, Señor, a quien trenzaron una corona de espinas como diadema real, y os la pusieron sobre la cabeza; y como cetro os pusieron en la mano una caña y, doblando la rodilla, en reconocimiento de la dignidad divina, os escupían encima?

Mi única herencia, Señor, sois Vos.

343 Juan, 15,13.

344 Hebreos, 12,2.

345 Colosenses, 2,3.

14. CARISMAS ESPECIALES DEL ESPÍRITU: PROFECÍAS Y CURACIONES

Son signos de la acción perenne del Espíritu en el mundo. Son también material histórico precioso, que nos ayuda a entrar en contacto vivo con el personaje y a completar en nosotros su imagen.

Profecía

Hay en la Iglesia, canalizados al servicio de la comunidad entera, carismas particulares: “En algunos santos el Espíritu realiza milagros, en otros anuncia la verdad, en algunos santos esto, en otros aquello”. Que el Señor pretendía premiar a Glicerio con el don de la profecía por sus heroicas virtudes, es una convicción de muchos testigos en el proceso de beatificación, y son dignísimos de fe:

- El Venerable Domingo de la Escala dice: “*Por sus insignes virtudes había conseguido de Dios el don de profecía*³⁴⁶”.
- El doctor Cosimo Contini, su compañero de peregrinación a Loreto: “*Por su insigne pureza había obtenido de Dios el don de la profecía. Predijo a muchos que estaban gravemente enfermos, y también a mí, que iban a recuperar pronto la salud*³⁴⁷”.
- San José de Calasanz: “*Obtuvo de Dios por sus grandes virtudes el don de profecía, como, especialmente, la concesión que haría el papa de la suma pobreza a nuestra congregación*³⁴⁸”. Y añade: “*Predijo no solamente la certeza sino también la brevedad de su vida*”.

Entre las profecías de Glicerio, algunas de las mejor documentadas:

- Un sacerdote español, Julio Jiménez, religioso de la orden de la Merced, iba con frecuencia a san Adrián para echar una mano a Glicerio en la catequesis dominical. Viendo con cuánta

346 *Pr. O.R.*, fol. 8.

347 *Pr. O.R.*, fol. 24.

348 *Pr. Somm.*, p. 649.

diligencia y paciencia confesaba a los jovencitos, Glicerio dijo y repitió varias veces que Dios exaltaría su humildad. Y poco después el padre Julio fue nombrado obispo de Agrigento en Sicilia³⁴⁹.

- El doctor Juan Pedro Cananea, natural de Montalvo en Calabria, había ido a Roma para obtener el archidiaconado en su ciudad. Por mediación del doctor Cosimo Contini conoció a Glicerio, que sin dudar le dijo: “Pronto será de los nuestros”. Pedro rió, pues nunca había pensado en ello. Luego volvieron a encontrarse en San Pedro. Glicerio, abrazándolo, le confirmó que vestiría el hábito escolapio, y lo hizo ¡precisamente el 30 de noviembre de 1617! Se llamó P. Juan Pedro de Ntra. Sra. de los Ángeles, y fue superior de las Escuelas Pías de Frascati³⁵⁰.
- El Padre Juan García tenía sus padres en España. Eran pobres y necesitados. Se dirigió a Glicerio para que le ayudara. Glicerio procuró encontrarle un beneficio eclesiástico. No consiguiéndolo, le dijo al Padre García: “Dios proveerá a sus padres”. Y así repetía cada vez que el padre se lo recordaba. Un día fueron juntos a santa Cecilia en el Trastevere. Después de haber orado, Glicerio dijo al Padre García: –Dios ha provisto, y usted ya no tiene que preocuparse. El Padre no entendió entonces, pero después le llegó una carta de España, en la que le daban la noticia de la muerte de sus padres, acaecida precisamente cuando Glicerio se lo había comunicado en santa Cecilia³⁵¹.

Curaciones

Las obras maravillosas que realizan los santos son signo de la presencia de Dios en medio de nosotros, y las acogemos como expresiones del amor de Dios Padre misericordioso, que quiere la plenitud de bienes para sus hijos. Ellas suponen la fe de quien las realiza y de

349 F. Baldi, *o.c.*, p. 48. – A. Armini, *o.c.*, p. 160.

350 C. Cintini, *Pr. O.R.*, p. 646; F. Baldi, *o.c.*, p. 48; A. Armini, *o.c.*, p. 162.

351 F. Baldi, *o.c.*, p. 48.; A. Armini, *o.c.*, p. 157.

quien recibe el favor divino. Relatamos algunos hechos, según la deposición hecha en los procesos de beatificación.

San José de Calasanz:

“Mientras realizábamos juntos el ministerio de la escuela, ordené al Padre Abad que fuera a visitar y dar la bendición a la pequeña de un ciudadano de nombre Juan Bautista Sciadone, nuestro procurador. La niña estaba desde hacía casi dos años en cama con grave enfermedad. Habiendo ido el Padre Abad, hizo un poco de oración, le dio la bendición y volvió a casa. El mismo día la niña se levantó de la cama, y desde entonces hasta ahora ha estado siempre bien, como lo podrá decir su padre con más detalles, que es quien me lo contó a mí”. “Otra señora, también de Frascati, abandonada de su marido por una larga y repugnante enfermedad de tres o cuatro años, encontrándose muy afligida y con necesidad, deseaba hablar con el Padre Abad por la gran veneración que tenía hacia él, siendo considerado en Frascati por todos como santo. No sabiendo cómo hacer, la madre le dijo un día: –Está viniendo aquel santo hombre y va a pasar por delante de nuestra puerta. La enferma se levantó lo mejor que pudo, salió fuera de la casa y, siguiendo al Padre Abad, como la hemorroísa del evangelio, le tocó por detrás el manto y lo se lo besó. Volvió con tanta alegría a casa que de repente se encontró mucho mejor, y al poco, del todo sana, sin usar otras medicinas”. Calasanz concluye: “Muchas otras cosas semejantes a éstas hizo en Frascati, y era tanta la concurrencia de la gente que pedía que fuera a visitar a sus enfermos, que fue conveniente volver a mandarlo a Roma, para que no se viera impedido en el ejercicio de las escuelas³⁵²”.

San José de Calasanz narra también el hecho siguiente:

“A Roma vinieron, después de vísperas de un día de fiesta, el Padre Abad y el zapatero, el señor Santi, operario de la doctrina cristiana de

352 *Pr. O.R.*, n. XXIII, pp. 650-652. Calasanz escribía a Glicerio mismo desde Frascati a Roma con fecha 23 de noviembre de 1616: “Aquí no sólo los escolares, sino los de la ciudad piden con frecuencia tu retorno, que todos desean que sea cuanto antes”. Original en AGSP, *Reg. Cal.*, n.1.

san Adrián, y me pidieron permiso para quedarse un rato en el oratorio haciendo oración solos sin ser molestados. Por el camino el señor Santi se había encomendado al padre Abad, mostrándole un brazo lesionado, por lo cual no podía ni coser ni levantar la mano. Habiendo entrado en el oratorio y cerrado la puerta por dentro, el Abad se puso de rodillas, aguantando con su mano la mano enferma de Santi. Después de una hora de oración, se levantó y le dijo que fuera a casa contento. Pero ya antes de salir, Santi se sintió tan bien que cogió el gorro de la cabeza con el brazo enfermo, lo que hacía mucho tiempo no había podido hacer. Después ha ejercido su oficio como antes”. También esta vez Calasanz concluye: “Muchas cosas semejantes se oyen públicamente, gracias impetradas de Dios por la devoción que tenían al padre Abad”.

Beato Pedro Casani

Refiere cuanto le confió el mismo Glicerio:

“Durante la peregrinación a Loreto había caminado durante muchos días descalzo sin que le dolieran lo más mínimo los pies; más aún, le parecía que no tocaba las piedras, como si fuera llevado por los aires. Una vez, entrando en un hospital, donde había muchos enfermos, cuantos le tocaban se levantaban de la cama sanos”. Y añade: “Oí del arcipreste de Campagnano que, estando el Abad en la mesa con él, el criado le contó que el caballo de su hermano, por excesivo cansancio, yacía muerto en la cuadra. Al Abad le pareció que en parte tenía la culpa³⁵³. Se levantó enseguida de la

353 El motivo de esta *culpa* se puede deducir del detalle narrado por el padre A. Armíni, *o.c.*, p. 176: “Por aquellos días, Glicerio se entretuvo en Formello. Estaba con él el doctor Contini. Esperaban de Roma al padre Pedro (Casani), rector de las Escuelas Pías. Contini quiso salir a su encuentro en el hostel de la Storta, distante de Formello unas cuatro millas. Pidió prestado el caballo del señor Basilio Lucarelli, hermano del arcipreste. Basilio le respondió que el caballo estaba mal ensillado, mal herrado y sin pezuñas. A pesar de todo, añadió, si sólo se trata de cuatro millas, cójalo, pues. Pero Contini, no encontrando al padre Pedro en el hostel, prosiguió hasta Roma. Tornó tarde a casa y dejó el caballo en el establo. Mientras estaban todos cenando, el criado de Basilio entró jadeante a decir que el caballo estaba tendido como muerto”. En este punto intervino Glicerio, como se dice arriba.

mesa, entró en una habitación cercana y, encerrándose dentro, estuvo allí un poco de tiempo; después, habiendo salido y sentándose a la mesa, dijo: –El caballo está sano y fuerte, y come alegremente. El criado confirmó que era verdad lo que Glicerio había dicho”. El beato Casani continúa: “El arcipreste mismo me contó que, yendo una tarde a Formello hacia el anochecer, para administrar la unción a una moribunda, el abad quiso ir con él. El arcipreste, acabada su misión, seguro de que la mujer moriría aquella misma noche, dijo a los de casa que a la mañana siguiente llevaran el cuerpo adonde él debería ir a enterrarlo. El abad quiso quedarse un poco con la enferma; oró, y después se marchó. A la mañana siguiente la señora fue a Campagnano sana, dejando maravillado al arcipreste cuando la vio.

El Hermano Alfonso Rainerio

Religioso de la orden del Espíritu Santo, es el 27º testigo en el proceso ordinario romano. Declara:

“Estando yo gravemente enfermo en febrero de 1616, mi hermano me obligó a quedarme en Montecavallo porque los aires eran mejores. El médico me prohibió levantarme. Yo, en cambio, una mañana bajé hacia los capuchinos con la fiebre a cuestas. Me encontré con el Padre Abad, que con cara alegre me preguntó cómo estaba. –Quiero que venga a las siete iglesias con la Doctrina Cristiana, me dijo. Y yo:

–¿Cómo quiere que vaya si a duras penas me tengo de pie? –No lo dude, respondió, tenga fe en el Señor. Tendrá carrozas por si se cansa. Y esté tranquilo, que no morirá. Venga mañana por la mañana a San Pedro, allí nos encontraremos. Se lo prometí. Mi hermano no quería, pensando que se trataba de una burla de Glicerio. Al final me dijo:

–Haz lo que quieras, y que el Señor te inspire. Por la mañana me levanté sin fiebre. En San Pedro encontré al padre Abad, que llevaba en filas a los escolares de las Escuelas Pías. Me abrazó y sentí que me aumentaban las fuerzas. Recorrimos alegremente las siete iglesias, sin sentirme nunca fatigado. Volví a casa sin cansan-

cio, pareciéndome que no había caminado nada, estando curado por la gracia del Señor³⁵⁴”.

El señor Juan Cavazzoni

Fue testigo en el proceso ordinario romano, y cuenta:

“Una vez enfermé con fiebre tan extraña que el médico Bernardino Messorio me dejó por desahuciado. Mandé llamar al padre Abad, el cual vino enseguida. Me puso la mano en la cabeza, dijo algunas oraciones y me hizo la señal de la cruz sobre la frente. Sentí al instante que el mal cesaba. A la mañana, cuando vino el médico a visitarme, me encontró sin fiebre. Habiéndole hablado del Abad, me respondió: “El Abad es otro tipo de médicos de los que no soy yo³⁵⁵”.

El Padre Juan García

Refiere:

“El señor Cosme Contini enfermó gravemente con fiebre continua y orinaba sangre. Recibió el viático porque pensaba morir; y mandó ir al Padre Abad, el cual era muy amigo suyo. Fui yo también con él y lo encontramos en cama bastante grave. El Padre Glicerio lo asperjó, mandándole hacer un acto de contrición. Después, hecha una oración, le tocó la cabeza y en el acto mejoró”. “Una vez en Frascati el Padre José oyó lamentarse a un campesino. Se le había muerto un asno que constituía toda su riqueza. Enseguida manda al Padre Abad: –Vaya, –le ordena– haga sobre el animal la señal de la cruz. Glicerio fue, bendijo el animal y enseguida recobró la vida³⁵⁶”.

En este último caso, verdaderamente, además de no saber a quién atribuir el hecho prodigioso, no se trata de la curación de una persona. ¿Pero qué importa? También la resurrección de un animal es signo de la bondad de Dios hacia sus criaturas.

354 *Pos. s.v.*, pp. 654-655.

355 *Pos. s.v.*, p. 662.

356 *Pr. O.R.*, p. 666. Cfr. Mistrangelo, *o.c.*, p. 208.

El doctor Cosme Contini

Afirma:

“Cuando salíamos de la casa de los enfermos yo preguntaba casi siempre a Glicerio qué pensaba del enfermo. Si decía: –Éste no tendrá ningún mal, o –No será nada, casi todos curaban. Si decía: –Yo lo he recomendado, y no añadía más, todos aquéllos morían³⁵⁷”.

Pero también para éstos la palabra de Glicerio era un mensaje de confianza, que transmitía al enfermo la convicción de la tangible presencia divina y la certeza de no verse abandonado al propio destino del dolor.

En los procesos leemos sobre un caso clamoroso, contado por todos los biógrafos de Glicerio y recordado también por san José de Calasanz y por el venerable Padre Domingo de Jesús María. Se refiere a cierta señora *Armenia*. Era el mes de mayo de 1615. En la cárcel se encontraba un tal Francisco, por haber matado a Pedro Nardo, hijo de Armenia. Muchos intentaron obtener de Armenia el perdón. Toda tentativa resultó inútil. El padre del asesino pensó dirigirse al señor Contini, el cual informó enseguida a Calasanz. Con el Padre Glicerio, Calasanz envió también al Padre Paulino, de los luqueses, y al mismo Cosme Contini. Encontraron a Armenia en la isla Tiberina. Entraron todos juntos en la iglesia de san Bartolomé. Glicerio oró ante el Santísimo Sacramento. Después con palabras amables exhortó a la señora para que quisiera conceder el perdón al encarcelado. La señora respondió que precisamente entonces se estaba dirigiendo al juez, y que nunca haría las paces. Glicerio insistió para que no hiciera inútil la sangre de Jesús por nuestra salvación. Por fin, viéndola obstinada le dijo: –Señora, enfermará pronto y pronto morirá. Y si no hace las paces, irá al infierno. Dos o tres días después se supo que Armenia estaba mal. Por la tarde misma Glicerio con sus compañeros se acercó a su casa. La encontraron grave. Glicerio le dijo: –Vea, el Señor ha venido a visitarla. ¿Quiere usted por amor suyo dar la paz y perdonar? Entonces ella dijo: –Es demasiado pronto. Y Glicerio añadió: –Señora,

357 *Pr. O.R.*, p. 647.

¿desea que el Señor perdone sus pecados? A lo que ella respondió: –Sí, Padre. Glicerio se arrodilló, indicándonos que hiciéramos otro tanto. Después exhortó a la señora a arrodillarse y repetir: “Señor mío, Jesucristo, os ruego perdonéis mis pecados, como yo perdono por amor vuestro”. A la mañana siguiente Glicerio condujo también al médico, que no disimuló la gravedad del mal. Llamaron al confesor. La señora ofreció la paz por escrito, asistiendo al acto Juan María Scalo, notario de la corte Savella, con fecha 10 de mayo de 1615. Glicerio volvió después a visitarla. Tres o cuatro días más tarde murió con buenos sentimientos, gracias al Padre Glicerio³⁵⁸.

El Padre Francisco Baldi

Narra que el Abad fue una vez a visitar a una pobre enferma, *operaria* de la doctrina cristiana en santa María en Vía. Había sido invitado algún día antes, y había hecho oración por ella. Se acercó con el Padre García, al que dijo por el camino: –Dios quiere a esa señora en el paraíso. Habiendo llegado a la casa de la enferma, hizo de nuevo oración y la exhortó a conformarse con la voluntad de Dios. Bajando las escaleras, dijo al Padre García: –Esta señora en una buena sierva del Señor, y Él la quiere cerca de sí. El día siguiente el Padre García encontró a la madre de la enferma. Ésta le contó que, apenas salió de casa, su hijita le había contado haber visto un gran esplendor en torno a la cara del Abad, y al mirarlo había sentido interiormente una extraordinaria alegría. Murió al cabo de pocos días. Al Padre García que daba la noticia Glicerio le dijo: –En el paraíso ha habido una gran fiesta por la entrada de esta alma³⁵⁹.

Muchos de los hechos referidos, y aun otros, Calasanz los recogió de boca de los afortunados que habían sido testigos, y se los habían confirmado bajo juramento. Por eso el santo no dudó en pedir al pontífice Paulo V que se introdujera la causa de beatificación del siervo de Dios.

358 A. Armini, *o.c.*, p. 169 ss.

359 F. Baldi, *o.c.*, p. 47.

DESPUÉS DE LA MUERTE

15. HECHOS IMPORTANTES

San José de Calasanz había acogido al joven Glicerio Landriani como un don del cielo absolutamente gratuito. Sus esperanzas eran inmensas. Las vio improvisadamente extinguidas en aquella “carroza cerrada” que él mandó, para llevar, todavía de noche, el cuerpo exánime de Glicerio desde el noviciado a San Pantaleón. Pero el Padre José había aprendido la radicalidad del evangelio y la esperanza de que al final todo se arregla en Dios. Pudo verificar con alegría igual que el salmista, a través de *acontecimientos notables*, que Dios no abandona al justo en la tumba:

Testimonios de fe popular durante las exequias

La mañana del 15 de febrero de 1618 el cuerpo de Glicerio fue expuesto en el oratorio de San Pantaleón, el mismo de la Oración Continua y de las largas vigiliias, ante el cuadro de la Virgen y el Niño que bendice.

“Aunque en vida era pálido y estaba extenuado por las mortificaciones excesivas, se volvió blanco y agraciado como en los años de su edad más florida. Sus miembros quedaron flexibles y dóciles como los de un vivo. Una fragancia de rosas y violetas se difundió por toda la capilla³⁶⁰”.

360 P. J. Jericó, *o.c.*, p. 47; F. Baldi, *o.c.*, p. 59; P. Benedicto, *o.c.*, p. 100: “Como de vivo fue un buen olor de Cristo, así también muerto difundió olor maravilloso con estupor de todos”. El padre Pedro Casani habla de “suave olor de lirios y violetas, como yo no merecía oler, y que a todos los demás parecía imposible”.

“Aunque no se diera ningún aviso, fue tanta la concurrencia de gente que iba para verlo, que ni los padres ni la guardia del cardenal vicario conseguían tenerla alejada³⁶¹”.

Una marea de gente que quería ofrecer homenaje a la extraordinaria figura de santo joven, que en las Escuelas Pías había iniciado una obra tenaz de *reconstrucción humana*, para la cual había gastado todas las energía de su genial e infatigable caridad. Una multitud de pobres se estrechaba junto a él, que había sido para ellos casi el símbolo de la esperanza. El doctor Contini afirma en los procesos:

“Encontrándome yo muy de mañana en el oratorio de las Escuelas Pías, sin ser llamado, y no sé cómo llegué, de tantos como no podían acercarse por la multitud del pueblo, y estando cerca del cuerpo del Abad, me pedían que lo tocara con rosarios y crucecitas que me tendían, y que yo ponía sobre las manos del Padre Abad. Muchos le cortaban con las tijeras trozos del vestido, otros los cabellos y los cordones de los zapatos. Tres veces le quitaron el birrete. Un confesor de san Lorenzo me pidió que le indicara dónde estaba el sombrerero de los Padres. Fue a comprar un birrete nuevo, como el del Abad, se puso a la cabeza y, tocándola, se le cayó por tierra el birrete que el Abad llevaba y, cogiéndolo con habilidad, lo sustituyó. Y yo lo vi³⁶²”.

Y he aquí el testimonio jurado del mismo sombrerero, Lucas Antonio Vespino:

“Me convino trabajar toda la noche... Fui al Padre José, Superior general, y le supliqué que se dignara concederme el birrete que el difunto Glicerio tenía en la cabeza. Habiéndomelo negado el Padre general, fui yo mismo por la mañana al alba y me lo cogí, poniéndole otro nuevo hecho por mí³⁶³”.

San José de Calasanz atestigua que Glicerio:

“Después de la muerte, habiendo estado dos días en el oratorio, fue llevado hacia la una de la noche –alrededor de las 19

361 Mussesti, *o.c.*, p. 59.

362 A. Armini, *o.c.*, p. 150.

363 *Pos. s.v.*, *De concursu ad funus*, pp. 387-388.

horas– a la iglesia de San Pantaleón, donde fue tan grande la concurrencia de gente ordinaria, la cual no había podido entrar en el oratorio, que fue necesario llamar a los guardias del cardenal vicario, que ni siquiera eran suficientes etiam –aun– con las espadas desenvainadas”.

Escribe el Padre Baldi:

“No era posible resistir al pueblo que lo aclamaba a voces como santo, y pedía favores, salud y protección. Sin embargo, en un momento oportuno, habiendo obligado a salir a la gente, los médicos decidieron proceder a la autopsia, estando presentes algunos padres y amigos. El Padre José pidió para él el corazón de su querido discípulo, lo puso en una urna de cristal y lo custodió celosamente en su habitación. “A cierta hora de la noche, cerradas por la fuerza las puertas en presencia de Mons. Visconti y de Mons. Archinti, paisanos de Glicerio, de algunos prelados y de toda la comunidad, el sagrado cadáver fue colocado en el féretro y, solicitada la actuación legal por el secretario del cardenal vicario, fue cerrado y colocado en el sepulcro de la iglesia de San Pantaleón³⁶⁴”.

Visión de las vírgenes de Cantiano

Apenas muerto, Glicerio fue visto en el monasterio de Cantiano por algunas religiosas “de mucha perfección y santidad” subir al cielo, entre san Felipe Neri y el franciscano venerable Bartolomé Salutio, de los menores reformados³⁶⁵. Aunque nunca le habían visto, las piadosas mujeres contaron perfectamente su semblanza. De ello tratan todos los biógrafos más antiguos contemporáneos de Glicerio, Baldi, Armini, Mussesti...

364 *Pos. s.v.*, p. 789.

365 Es interesante una *reliquia* encontrada entre las cosas más queridas de Glicerio: un jarrón, y en su interior algunas piezas empañadas en la sangre del padre Bartolomé Salutio, amigo íntimo de Glicerio, y muerto en olor de santidad en san Francisco en Ripa, Roma 1615. Ciertamente Glicerio le debió el conocimiento del yermo de Monteluco. Mediante fray Bartolomé las religiosas de Cantiano conocieron la santidad de Glicerio.

Cuenta el padre Pedro Casani en el proceso de beatificación:

“El muy Rev. don Francisco Najolo, al presente arcipreste de Cantiano, estado de Urbino, me enseñó cartas de su antecesor, hombre docto, espiritual y práctico en la dirección de las almas, en las cuales le advertía que algunas señoras vírgenes penitentes suyas, de mucha perfección y santidad, habían visto a nuestro Padre Abad glorioso en medio de san Felipe Neri y el Padre Salutino y que le habían hablado. Y describían la efigie de su cara sin haberle nunca visto en vida, ni ningún retrato de él³⁶⁶”.

La Virgen de los Montes, con Glicerio, se aparece a san José de Calasanz

El santuario y su piadosa peregrinación

San José de Calasanz desde el comienzo de su estancia en Roma acostumbraba visitar la iglesia de la Virgen dei Monti³⁶⁷. En la edad media era un convento de clarisas. Sobre sus ruinas se levantó una construcción rural con depósito de forraje para los animales. Y precisamente en el pajar se encontró íntegro en 1579 un fresco que representaba la Virgen con el Niño y algunos santos.

El 26 de abril de 1580 una señora ciega, de cincuenta años, orando delante de la sagrada imagen, había quedado completamente curada. Fue el primero de numerosos prodigios. Aquel lugar se convirtió pronto en fervoroso centro de culto popular a la Virgen. El papa Gregorio XIII decidió edificar allí un santuario, y confió su construcción al famoso arquitecto Santiago della Porta. Cuando Calasanz llegó a Roma en 1592, ya hacía diez años que éste era en Roma el lugar principal de culto a la Virgen. En 1623 el Capitolio vaticano concedió al cuadro de la Virgen dei Monti la corona de oro, reservada a las imágenes insignes de la Bienaventurada Virgen. Calasanz hizo de ella la meta preferida de sus pequeñas peregrinaciones: todos los sábados,

366 *Pos. s.v.*, p. 747.

367 El nombre le viene del lugar que ella ocupa, en la confluencia de tres de las siete colinas sobre las que fue fundada Roma: Esquilino, Quirinal y Capitolio.

una visita; y cada cierto tiempo, la celebración de la santa misa. Fundadas las Escuelas Pías, no tuvo ya tanto tiempo disponible. Se acercaba allá de vez en cuando, y se contentaba con venerarla en su propia celdita, donde custodiaba una humilde reproducción, que ha quedado en el mismo lugar hasta hoy.

Un testigo en el proceso de beatificación de Calasanz afirma que él concibió el pensamiento de fundar la escuela para los niños pobres precisamente en una de las visitas a la Virgen llamada dei Monti³⁶⁸. Y la Virgen dei Monti, que se apareció a san José de Calasanz en su lecho de muerte, le aseguró que las Escuelas Pías no desaparecerían, porque eran “Obra suya”.

La aparición

El Padre Juan Carlos Caputi, contemporáneo y biógrafo de Calasanz, narra en su manuscrito las declaraciones del Padre José a diversos religiosos y a él mismo sobre la aparición de la Virgen dei Monti:

“Nos contó cómo la pasada noche se le había aparecido la Virgen dei Monti, la cual siempre había sido su abogada, y le había prometido ayudar a sus hijitos”. Y añade otro particular: “Han venido todos mis religiosos a visitarme”.

El Padre Caputi relata después, casi al pie de la letra, cuanto el Padre Vicente Berro escribió en el capítulo 22 de su “*Vida del santo fundador de las Escuelas Pías*”³⁶⁹.

368 Los padres escolapios quisieron recordar el acontecimiento poniendo en el santuario una lápida de mármol, que reza: “¡Oh glorioso hijo de la católica España, José de Calasanz, tú que, visitando frecuentemente desde 1592 esta imagen milagrosa de la Madre de Dios fuiste inspirado a dedicar toda tu vida a la educación de la juventud pobre; tú que antes de morir, en agosto de 1648 recibiste su aparición con la promesa de que las Escuelas Pías renacerían, ruega a la Virgen dei Monti, tu celestial protectora, por nosotros, tus hijos, que en el IV centenario de este santuario nos consagramos a ti, nuestra Madre y Reina. Roma 25 de marzo de 1981”.

369 No ha llegado a nosotros el original manuscrito de la *Vida* escrita por Berro, sino sólo una transcripción que de ella hizo el mismo padre Juan Carlos Caputi en *Noticias históricas*, P. IX, f. 22 – *Reg. Hist. Bibl.*, n. 6 (12).

“Estando en la celda del Padre José, él, es decir, el Padre Berro, con el Padre Castelli y el Padre Constantino Palamolla³⁷⁰, el Padre José contó que habían venido a visitarlo todos los escolapios muertos hasta aquel momento, precisamente 254 religiosos. Algunos estaban de pie, otros sentados. El Padre José preguntó al Padre Constantino cuál podía ser el motivo de tal diferencia. El Padre barnabita preguntó, a su vez, en qué grupo estaba el padre Glicerio. El santo respondió: –Con los sentados. De ello dedujeron, por consiguiente, que los sentados estaban ya en la gloria, los otros en el purgatorio. El Padre José añadió que faltaba uno solo. El Padre Berro dice que le preguntó después quién era el religioso que faltaba, pero que Calasanz no quiso responder, disculpándose de que no era tiempo de estas cosas”³⁷¹.

Glicerio, sentado a la derecha de la Reina de las Escuelas Pías, con toda la multitud de los hermanos bienaventurados, salía al encuentro de su querido Padre, como para invitarlo a la gran fiesta preparada para él en el cielo.

16. GRACIAS RECIBIDAS POR INTERCESIÓN DE GLICERIO

El corazón de Glicerio

Jesús acompañaba su palabra con numerosos *milagros, prodigios y señales*, los cuales manifestaban que, en Él, el Reino de Dios estaba presente. También a sus discípulos les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y de curar las enfermedades. En la Última Cena prometió a quien creyera en Él que haría las mismas obras, más aún, juró que “las haría mayores”.

En las Escuelas Pías, mientras vivió Glicerio, Calasanz lo enviaba a visitar a los enfermos. Glicerio hacía un poco de oración –así se expresa Calasanz– los bendecía, y los enfermos curaban. Ahora que el Señor se lo había llevado al cielo, el Padre José iba él mismo, pero lle-

370 El padre Constantino era religioso barnabita, confesor de Calasanz. Siendo rector de san Carlos en Catinari (Roma), llevó al santo fundador, en la última enfermedad, el cíngulo de san Carlos.

371 J. C. Caputi, *Fragmentos de noticias históricas*, p. 69. *Reg. Cal.* 82.

vaba consigo la urna con el corazón de su querido discípulo. Y se repetían los episodios milagrosos. El primero viene descrito por todos los biógrafos de aquel tiempo. Lo escucharemos del mismo protagonista, nada menos que el secretario de Calasanz, el Padre Vicente Berro.

Testimonios antiguos

El Padre Vicente Berro

“El año 1628, la víspera de Todos los Santos, yo, testigo, enfermé con mucha fiebre. Los médicos, por lo que oí decir luego a nuestros Padres, lo veían mal, porque además de la fiebre no retenía la comida y me había reducido tanto que no estaba para ser visto. Un día vino a visitarme el reverendísimo Padre José, mi general, y me trajo el corazón del Padre Abad, diciéndome: –¡Padre Vicente, alégrese! Le he traído el corazón de Glicerio. Me preguntó si lo había conocido. Le dije que no, y él añadió: –Ha sido un buen religioso. Se lo dejaré, encomendándole a él, y espero que el Señor le haga la gracia por intercesión y los méritos de su siervo. Cuando oí esto, cogí con gran devoción el corazón y me lo puse encima, diciendo al Padre general que, aunque no lo había conocido, no obstante, estando bien informado de su vida, esperaba del Señor recibir la gracia de la salud por su intercesión. Con gran devoción me encomendé a él, y no pasaron dos horas, cuando se me fue la fiebre, cesaron los vómitos y quedé sano y libre³⁷²”.

José Filipponi

Canónigo de la catedral de Frascati, después de haber contado bajo juramento la curación de una “inflamación dolorosa en la parte izquierda de la cara”, como consecuencia de una fervorosa oración delante de la imagen del siervo de Dios, concluye que oyó decir a los religiosos ancianos que el fundador, Padre José de Calasanz, había conseguido gracias, llevando a los enfermos *el corazón de Glicerio*, reliquia que decían les había sido robada³⁷³.

372 V. Berro, 21 testigo en el *Pr. O.R.: Pr. Somm.* p. 851. Cfr. F. Baldi, *o.c.*, p. 61.

373 *Pr. inf.*, pp. 858-859.

Algunos años después de la muerte de Glicerio, de hecho, Dios permitió pruebas y sufrimientos graves para las Escuelas Pías y para el fundador, san José de Calasanz. La envidia y el rencor de los enemigos llegaron a cosas absurdas. Se ensañó también con los sentimientos más íntimos y delicados del santo viejo. Y le quitaron el corazón de Glicerio. A partir de aquel momento se perdió toda memoria de la insigne reliquia. Fue encontrada sólo el 22 de septiembre de 1885, cuando los Padres escolapios acababan de retomar la causa de beatificación de Glicerio³⁷⁴. Entre los favores que siguieron a tal acontecimiento, relatamos el que nos ha parecido más singular e interesante:

Curación de sor Clara Siniscalchi de la Madre de Dios, superiora de la Tercera Orden Calasancia

“Desde el año 1882-83 yo comencé a sufrir males internos, que mantuve ocultos hasta el año 1892-93, cuando estaba reducida al extremo de no tenerme de pie, con fiebres altísimas. Los tumores, que hasta entonces no se veían, por su aumento ahora se dejaban ver hasta desde fuera. Fueron declarados fibromas por el médico que me cuidaba, doctor Petacci. En noviembre de 1894 el médico me aconsejó someterme a una operación, declarando que no habría ya tiempo si lo retrasaba un mes. Yo no quise saber nada. Mientras tanto, el mal aumentaba de día en día, tanto que, al manifestarse algunos tumores también en el estómago, y aumentando de grosor, me impedías hasta alimentarme con líquidos. A esta enfermedad se añadía aún el mal llamado de Bajedow. Estaba obligada a permanecer siempre en cama, sin libertad de movimientos como quería. El doctor Petacci decía que ya no había tiempo de operación. El 25 de marzo de 1895 me encontraba de tal manera agravada que el médico avisó a las

374 El prelado encargado de la revisión del proceso, cardenal Agustín Caprara, se encontró en sus manos, podemos decir que por casualidad, una carta que indicaba el lugar donde se guardaba el corazón de Glicerio. El cardenal, en posesión del memorial, se acercó enseguida a San Pantaleón a la celda del santo. En los armarios que conservaban los objetos usados por Calasanz encontró una caja que se creía vacía, y en ella halló una caja octogonal de latón, descrita en el documento, y que contenía la urna de cristal en forma de cáliz, cerrada con un sello, con el corazón de Glicerio.

hermanas de que no podía vivir más de dos horas. Llamaron al sacerdote, el Padre Rolletta³⁷⁵, y mi cama se vio rodeada de hermanas, que, llorando, oraban y esperaban el último momento. Advierto que mi comunidad de hermanas y alumnas eran devotísimas del venerable Glicerio; yo, en cambio, no sentía hacia él ninguna devoción. Casi me avergüenzo de manifestar esa frialdad. Pero, encontrándome en este estado, me acordé de que el venerable Glicerio era el predilecto de Calasanz. Dirigiéndome a una estampita de Calasanz, que tenía al lado de mi cama, oré así, mentalmente: –Si quieres por medio del corazón de tu hijo hacerme el favor, haz que mi confesor se levante y venga a mí a decirme: –¿Quieres el corazón del venerable? Era la primera vez que hallaba en mí esta confianza. Apenas terminada aquella súplica, se levanta el Padre Rolletta, que estaba de rodillas rezando con las hermanas, y, triste, vino a mí a decirme: –Hermana Clara, ¿quiere el corazón del venerable Glicerio? Con la cabeza hice señal de que sí. El Padre corrió enseguida a buscarlo a San Pantaleón. Entre tanto yo me dirigí al venerable Glicerio y le dije: –Si eres tú el que me da esta señal, haz que al acercar tu corazón yo sienta algo fuerte; de otra manera ¿cómo haré para jurar, cuando cuente que ha sido el venerable Glicerio? Llegó el Padre Rolletta y me trajo el corazón del venerable, que yo abracé con toda confianza, y lo puse sobre mi mal. De repente sentí como una actividad interna, por la cual los tumores internos más cancerosos desaparecieron. Yo, impertérrita, dudaba todavía que fuera el venerable, y alejaba el corazón para ver si continuaba aquella actividad interna. Alejándolo, cesaba; aplicándolo sobre el mal, comenzaba de nuevo. Puedo jurar que tuve un síntoma, es decir, como un soplo interno, cuando el tumor había desaparecido. Y mientras al principio no me era dado retener en el estómago líquido alguno, ni podía mover el brazo izquierdo, ni echarme de aquel lado, desde aquel momento recobré el libre ejercicio del brazo, el estómago recuperó de repente las fuerzas, tanto que aquel mismo día pude comer los alimentos de la comunidad y levantarme de la cama... Describir la alegría, el consuelo y el entusiasmo

375 P. Felipe Rolletta (Alatri 1842-Roma 1915), escolapio. Fue postulador general y rector de San Pantaleón. Con sor Clara Siniscalchi fundó en 1887 las *Hermanas calasancias*. El instituto tuvo una sola casa. Fue disuelto en 1906.

de la comunidad me sería imposible... Si en la comunidad ha habido siempre devoción al corazón del venerable, desde aquel día se acrecentó de manera desmesurada... Y tanto la opinión de la comunidad como la de otros conocidos, sacerdotes y laicos, es que mi curación ha sido un milagro. Aun el médico que me cuidaba se alegró de ello, diciéndome que había pasado de la muerte a la vida³⁷⁶”.

Testimonios recientes

No faltan en nuestro siglo algunos casos de gracias extraordinarias obtenidas por intercesión del venerable Glicerio Landriani. De ellos selecciono dos que me parecen especialmente dignos de mención:

En La Habana (Cuba), el señor Alberto Hernández, en coma durante tres días por daño irreversible en el cerebro, se mantenía en vida sólo mediante la respiración artificial. Gracias a la invocación de Glicerio, por medio de una reliquia suya, el enfermo mejoró de repente. Hoy el señor Alberto, de 60 años, goza del uso completo de sus facultades. Habita en Barcroft View, Virginia 22041, USA.

El Padre escolapio Modesto Roca cuenta que en 1937, en las Escuelas Pías de Cárdenas (Habana) al joven Ramón Iglesias, en cama durante un mes con fiebre alta y sin que los médicos consiguieran curarlo, le presentaron una estampa del venerable Glicerio Landriani. –¡Es el Glicerio de mis Padres! –exclamó; e inclinó la cabeza sobre la imagen, orando. La fiebre desapareció inmediatamente³⁷⁷.

No hay que maravillarse, pues, de lo que le sucedió al Padre Francisco Baldi, como él mismo narra en los procesos. Mientras hablaba una tarde con los novicios sobre las virtudes y los méritos del Padre Glicerio, al que él había conocido y del que había sido compañero, vio aparecer de improviso un gran resplandor que inundó la sala donde estaban reunidos, como para confirmar la verdad de cuanto se decía de él³⁷⁸.

376 *Pr. Ap. Rom.*, 37., fol. 174.

377 *El Mensajero Católico*, septiembre 1937, n. 320, p. 10.

378 *Reg. Serv.*, AGSP, A2/45, p. 864.

17. HACIA LOS ALTARES

Calasanz introduce la causa de beatificación

San José de Calasanz había observado con atención cada gesto, y escrutado cada pensamiento de su querido discípulo Glicerio, cuya alma era para él como un libro abierto. Veía aquel rostro, ordinariamente pálido, encenderse en la oración a medida que su alma era arrebatada a lo alto, hasta ponerse “enrojecido grandemente”. Con intuición de santo, atribuía a este ardor de Glicerio su “amor visceral por el prójimo”. En los días festivos no se le escapaba la trepidación del joven, que, *“para ir pronto a enseñar la doctrina cristiana a los niños pobres, a los campesinos y al resto de la gente, no se inquietaba por comer mal y deprisa, sin preocuparse por el sol abrasador del verano, de las lluvias y del fango del invierno”*³⁷⁹. Junto a los enfermos, en el corazón de Glicerio el Padre José había experimentado el poder de su intercesión. Había recogido en un volumen numerosos prodigios, que los fieles atestiguaban bajo juramento. Durante el funeral de Glicerio había escuchado el sermón del Padre Domingo de Jesús María: *“Tenía todas las virtudes en sumo grado”*, por eso era *“canonizable al presente”*. Confortado después por las palabras del vicario de Cristo, Paulo V, que había dicho al hermano de Glicerio, Tomás Landriani: *“Nos alegramos con usted que ha tenido un hermano santo”*³⁸⁰, decidió pedir al mismo pontífice que fuera introducida la causa de beatificación.

Un camino largo y difícil

Era 23 de junio de 1620. Por iniciativa de Calasanz³⁸¹ y por la autoridad del pontífice Paulo V, mediante su vicario cardenal Garzia

379 *Pos. s.v.*, p. 325.

380 Las alabanzas del papa Paulo V fueron referidas por el mismo señor Tomás al padre Pedro Casani, que las atestiguó en los procesos: *Pr. Summ.*, p. 832. Cfr. A. Armini, *o.c.*, pp. 203-204.

381 La causa de beatificación fue confiada por Calasanz a los padres Benedicto de los Ángeles y Octavio de la Concepción. Ellos en tres meses recogieron las declaraciones juradas de 27 testigos oculares, entre los cuales Calasanz, Ruzola y Casani. Cfr. J. Jericó, *o.c.*, p. 49.

Millini, se instruyó el proceso ordinario sobre la santidad de vida de Glicerio. El conjunto de testimonios y documentos que ponen en evidencia las virtudes y la santidad del siervo de Dios se llama "*Positio super virtutibus*", diversas documentaciones sobre las virtudes.

El 2 de enero de 1631. El cardenal Sabelli, al que la Sagrada Congregación de Ritos había encomendado el oficio de relator, no pudo participar en la sesión por motivos de salud. Los cardenales no quisieron actuar sin él.

El 30 de enero de 1632. Estando presente el cardenal suplente, el sagrado orden de los Padres Consultores decidió que se debía esperar: *Expectandum*. Poco tiempo después, un decreto del papa Urbano VIII prohibió a la Sagrada Congregación proceder en las causas de beatificación y canonización si antes no habían pasado 50 años de la muerte de la persona interesada. Pasaron los cincuenta años, pero los escolapios parecían *dormir*. En la reanudación del proceso ellos deberían justificarse de la acusación de "negligencia", promovida contra ellos por el promotor de la fe, cardenal Ángel Mariani.

En el año 1881. Se reanuda la causa de beatificación de Glicerio con el proceso ordinario tusculano. Se evidenció que los textos, a través de una tradición ininterrumpida, demostraban ampliamente la continuidad de la fama de santidad de Glicerio.

El 16 de abril de 1885. León XIII nombró la comisión para la prosecución de la causa de beatificación.

El 22 de septiembre de 1885. El hallazgo del corazón de Glicerio y los renovados prodigios conmovieron los ánimos y suscitaban nuevo entusiasmo en el ambiente escolapio. Ya en 1878 se leía la vida de Glicerio editada por el padre Mauro Ricci en forma elegante y moderna.

En el año 1888. El cardenal escolapio Mons. Alfonso María Mis-trangelo publicó su grande y agradable *Vida de Glicerio*, acogida tan bien que en pocos años se editaron cuatro ediciones.

Entre 1899-1903. Se emprendió el proceso apostólico romano, en el que los testigos *de oídas* debían concordar con los *de vista* del proceso ordinario.

El 21 de diciembre de 1915. Sesión interpreparatoria sobre las virtudes, convocada por el cardenal Antonio Vico, pro-prefecto de la Sagrada Congregación de ritos, sustituto del cardenal Jerónimo Gotti, ponente o relator de la causa.

El 24 de febrero de 1931. Sesión preparatoria en el Vaticano.

El 19 de mayo de 1931. Congregación general en presencia del papa Pío XI. El cardenal Alejandro Verde, sustituto del cardenal Scapinelli, relator de la causa, propuso a discusión la duda “*An constet de virtutibus Servi Dei Glycerii Landriani a Christo in gradu heroico*” ¿es posible probar la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios Glicerio Landriani de Cristo? Era una especie de análisis general de las virtudes del siervo de Dios. Cardenales, prelados, consultores y teólogos elegidos expresaron cada uno un juicio protegido con el anonimato. El examen se concluyó con parecer positivo.

El 31 de mayo de 1931. Domingo de la Santísima Trinidad y fiesta de la Virgen de las Escuelas Pías. Después de la celebración de la Eucaristía, el papa Pío XI, vistos los pareceres de los componentes de la Sagrada Congregación para la causa de los santos, declaró la heroicidad de las virtudes de Glicerio, confiriéndole el título de “Venerable”.

Coincidencias no casuales

19 de marzo de 1934. Canonización del beato Pompilio María Pirrotti.

El entusiasmo que acompañó el reconocimiento de la heroicidad de las virtudes del venerable Glicerio y después la canonización del beato Pompilio, despertaron el interés también por la causa del padre Pedro Casani, la cual, sin embargo, se empantanó por haberse extraviado la documentación. Luego fue hallada en el archivo de la Sagrada Congregación de ritos, en 1964. Publicada por el Padre Claudio Vilà en 1982, fue sometida al juicio del congreso de teólogos y cardenales. Finalmente el 22 de enero de 1991 el padre Casani fue declarado “Venerable”, y el 1 de octubre de 1995, “Beato”.

Ahora toca de nuevo –lo esperamos vivamente– al venerable Glicerio dar un paso decisivo adelante. No hemos conseguido hasta ahora verlo sobre los altares. “Algunos ha creído que él lo ha querido así

en el cielo, por respeto a su Padre, obteniendo no ser glorificado ante él³⁸²". Sea, si así se quiere. Pero ha pasado el Padre, ha pasado su maestro, Casani, ha pasado también Pompilio M. Pirrotti, los trece mártires españoles modernos -1 de octubre de 1995- y por último, Faustino Míguez -25 de octubre de 1998- ¿A quién tiene que esperar todavía? Una vez proclamado venerable, para proceder a la beatificación se ha abierto para Glicerio otro capítulo, el del examen de un milagro atribuible a su intercesión. Conviene recordar que para que un hecho, por ejemplo la curación, pueda definirse *milagro*, se requiere que sea inmediata, no explicable científicamente por cuidados médicos. Este juicio corresponde a una comisión especial médico-científica.

382 J. Jericó, *o.c.*, p. 49.

APÉNDICE

EPISTOLARIO

En los distintos capítulos de la biografía hemos tenido ocasión de citar fragmentos de las cartas escritas por Glicerio, y de la —única que nos queda— dirigida a él por Calasanz, o de la que Vaquedano escribió al Padre Domingo después de la muerte de Glicerio, pero que es muy interesante, por ser rica en noticias que hacen relación al venerable. Aquí hemos considerado oportuno transcribir íntegramente todo el epistolario que ha llegado a nosotros. De las dos cartas dirigidas al cardenal Federico Borromeo hemos leído y transcrito *detalles*. De ambas, que ciertamente le llegaron al cardenal, aunque no poseemos la respuesta, la *bella copia* se conserva en la biblioteca ambrosiana de Milán: Cat. 306, inf. N. I, 31. El criterio que nos ha guiado en la transcripción de los seis documentos ha sido el de actuar con una *leve modernización* del texto, sin alterarlo; al contrario, buscando respetar lo más posible hasta el perfil lingüístico.

1. CARTA DE GLICERIO AL CARDENAL FEDERICO BORROMEIO³⁸³

Deus super omnia. Xrus.

Al Ilmo. y Revmo. en Cristo, Pastor y Padre, el cardenal Borromeo, Arzobispo de Milán:

383 Esta carta y las tres siguientes están publicadas en *EC* III, pp. 1634-1640. Los originales están en el Archivo General de San Pantaleón, *Reg. Serv.*38, 2.

Dios Nuestro Señor con su gracia, en la cual sólo confiamos, le haga superar con creces a nuestro carísimo san Carlos, que estuvo antes, para su gloria y la de la santa Iglesia, tan combatida por todas partes.

Yo recurro a usted, aconsejado por un gran Siervo de Dios, a quien comuniqué el pensamiento que tenía respecto a mis parientes, para que, como pastor nuestro, Vicario de Jesucristo Señor y Dios nuestro, busque la gloria de Nuestro Señor y la salvación de sus ovejas. Se trata de esto:

En mis comienzos, cuando Nuestro Señor me llamó a su servicio, yo estaba todo inflamado de mi Señor y procuraba entrar como Carmelita Descalzo; aquellos Padres me lo impidieron a causa de la salud. Yo renuncié a lo mío a favor de mis Parientes y, si mal no recuerdo, solicitado por ellos cada vez que quería hacerme fraile. Yo, pensando que dejar las riquezas era dejar un gran peso, como así es, hice renuncia de lo mío, creo, tanto si entraba como si no entraba de fraile, reservándome cuatro mil escudos. Plugo a Dios nuestro Señor que aquella renuncia no fuera válida; y así, me escribieron que no estaba hecha a la manera de Milán, y que era necesario hacer otra, porque aquélla no valía. Yo la hice, a condición de que al cabo de tres meses me fueran dados aquellos tres mil escudos, o algo así, que me quedaban. Han pasado los años y los cuartos no se han pagado. Y murió Mons. Landriano de viejo, con muchos cuartos, plata y muebles, y a mí no me dejó nada. Más aún, él había disfrutado durante dos años de la Abadía que yo tengo, y los frutos no me han sido restituidos. Nuestro hermano Tomás, quizá inadvertidamente, está disfrutando de las entradas. En conciencia, según me han dicho, no las puede disfrutar, existiendo la condición expresa de pagarme dichos mil escudos, la cual no se ha cumplido, y también las rentas de mi Abadía.

Además, me crece la duda de si yo estaré obligado a dar cuentas de lo que nuestro Señor me ha dado a mí, y yo veo la extrema necesidad del prójimo; y por la otra parte, veo la ocasión evidente de soberbia, ambición y condenación de mi Casa, y quizá la mía. Por eso no he escrito esto a mis hermanos, pero ahora les escribo, y al mismo tiempo a V.S. Illma., que mientras yo viva, si bien es un fideicomiso,

puedo ser usufructuario de lo mío, hasta que al Señor le plazca, o que, de hecho, yo muera, o al menos (esté) con voto de pobreza.

Así que, a usted, como a un san Carlos celoso de la causa de Dios, le suplico que me eche una mano en este asunto, para que se cumpla la palabra su Señor, de la que ha puesto defensor en esa Sede a V.S. Illma: “Pusillus grex... vendite quae possidetis et date eleemosynam...” y en otros lugares: “Si vis venire post me, vende omnia et da pauperibus”³⁸⁴. De este ejemplo, hoy día que somos pobres, miserables de nosotros, tan envilecidos en este fango del dinero, Dios sabe cuánta necesidad tenemos, pues no queda otra cosa sino decir abiertamente a esta piedra: “Deus meus es tu”³⁸⁵.

Mi alma no se tranquiliza voluntariamente con otra cosa, pues quiero ser dispensador de las facultades que mi Señor me ha dado, y me corresponderá a mí dar cuenta. Esté V.S. Illma. de parte de Cristo en este asunto, porque “qui non est mecum contra me est”³⁸⁶; lo demás es carne y sangre. Tenga a bien ser fiel ejecutor y protector de la palabra de Cristo, tan olvidada; más aún, contra la cual el mundo ha alzado bandera porque se pone en sus manos; pues “si quis diligit me, sermones meos servabit; et pater meus diligit eum, et ad eum veniemus et mansionem apud eum faciemus; et si manebit in nobis, faciemus fructum multum”³⁸⁷.

Cuánto va contra toda razón que el pobre no tenga con qué poder vivir y cubrir su desnudez con un trapo, o trozo de pan, y el rico tenga tanta vanidad y lazos diabólicos. No ven qué clara es la ofensa que se hace a la equidad y justicia divina. Por lo demás, lo exige cualquier razón y conciencia humana. Tampoco yo lo puedo hacer sin ofensa de Nuestro Señor. Sé que lo tratará como causa propia, y más porque es causa de Cristo.

384 Pequeña grey... vended lo que poseéis y dad limosna.... Si quieres venir detrás de mí, vende todas tus cosas y dalo a los pobres (Lc 12, 33)

385 Tú eres mi Dios (Ex 17, 6).

386 Quien no está conmigo está contra mí (Lc 11, 14).

387 Si alguno me ama, cumplirá mis palabras, y mi padre le amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada y, si permanece en nosotros, produciremos fruto abundante (Jn 14, 23).

En cuanto puedo, le hago humildísima reverencia y beso sus pies; y Nuestro Señor lo conserve todo en su nombre. De Roma, el día V siguiente a san Carlos, de 1616.

Pequeño Gusanito, y Siervo suyo,

Glicerio Landriani de Cristo.

2. CARTA DE GLICERIO AL CARDENAL FEDERICO BORROMEIO

Deus super omnia Xp.us

Il.mo y Rev.mo Padre en Cristo:

Me encuentro en las Escuelas Pías de Roma, adonde acuden hasta 800, entre niños y jóvenes, y hasta ahora no he enseñado más que gramática. Y aquí he venido sin buscarlo, sólo por pura obediencia a los superiores. Es bien cierto que mi corazón lo deseaba bastante, pero no lo manifestaba, por no mostrar afecto a cosa alguna, sino estar en todo resignado a la voluntad de Dios nuestro Señor y de los superiores. Ahora estoy seguro de que es voluntad de Dios nuestro Señor, y espero que el Señor quiera servirse de mí para esta obra suya, que es tan importante que me asombra, porque estos niños de los pobres, que suelen andar por las plazas sin ningún freno de temor de Dios nuestro Señor, siendo presa de toda deshonestidad en palabras y actos feos, aquí se retiran del ocio y del mal, y con la ayuda divina se ocupan en ejercicios, no sólo del espíritu sino también del conocimiento de la doctrina cristiana. Aquí se les da papel, plumas, rosarios, Doctrinas Cristianas, libros espirituales, por amor de Dios; y Oficios Parvos de la Virgen, para que dejen las vanidades y se eduquen en el servicio de Dios. Verdaderamente, no se puede decir cuánto importa para estos niños, que no han cogido mal hábito, cogerles en el buen momento. ¡Oh qué facilidad, qué dulzura se encuentra! –Gloria Patri et Filio...

Ahora, como el Padre Bono es un Padre queridísimo para mí, hemos conversado algunas veces juntos, y hemos hablado sobre preparar algunos jóvenes para la ayuda a los infieles. Viendo que es oportunísima la ocasión, por tener estas escuelas tan numerosas, que son una fuente siempre viva de nuevos individuos, el Padre Prefecto de

nuestras escuelas (Calasanz) –con ocasión de haber comprado ahora una casa por 10.000 escudos al servicio de dichas escuelas, y que, con la gracia del Señor, las cosas marcharán con mayor perfección– ha juzgado conveniente solicitar de vuestra benignidad y caridad un compañero del Padre Bono, un teólogo, para iniciar un curso de Filosofía y Teología, de forma breve de tres años, pues la brevedad de hacer estos cursos nos parece una iniciativa inspirada por el Espíritu Santo, para quienes desean saber lo necesario, sólo para gloria de Dios y salvación de las almas.

Le digo de corazón –postrado con particular afecto a sus pies– que le estoy agradecido por la iniciativa; ya que ha sido un gran alivio para quien desea servir a Dios; y le confieso de parte de Cristo –nuestro Señor y todo nuestro Bien– que si el Señor le da la gracia de tener parte en esta obra, tendrá parte en la obra de Dios, en la que al presente el Señor tiene su pensamiento particular; y feliz de usted. Me dice el Padre Bono que sólo hace falta su autorización para recibir nosotros en casa a este compañero suyo; y que aún tendría necesidad de otro que viniera de Milán para ayudarle.

Fue Mons. Séneca el que me propuso que escribiera a la caridad de usted, pero antes dijo que quería hablar con el Padre Bono, sobre quién sería, de entre los Padres Oblatos, a propósito para venir a Roma. Nosotros le pedimos humildemente la autorización en nombre de Jesucristo nuestro Señor, para una cosa de tanta gloria suya y provecho de tantas almas. Y con la ayuda de Dios le prometemos el diez por uno de operarios para la Doctrina Cristiana; y además para cualquier cosa en la que se eduquen, para servicio de sus Padres; pues nuestro deseo no es otro que la gloria de Jesucristo, “dummodo Christus praedictetur”³⁸⁸. Ojalá ahora le parezca a usted bien interceder, y lo mismo a san Carlos, para que la Casa de san Carlos se llene con santos Oblatos predicadores de la gloria de Dios, que incendien toda Roma y todo el mundo con el fuego y la llama del verdadero Bien, que es el amor divino. Cuanto antes –pronto, pronto– deseamos se digne darnos respuesta y buena solución.

388 Lo importante es que se predique a Cristo (Fl 1, 18).

Postrándonos a sus pies, en humilde reverencia, nos encomendamos a sus oraciones.

De Roma, el día 29 de septiembre de 1612.

Pequeño Gusanito, Siervo suyo,

Glicerio Landriani de Cristo.

3. CARTA DE GLICERIO AL PADRE JUAN GARCÍA

Al Carísimo en el Señor

Juan García del Castillo en las Escuelas Pías

Carísimo hermano en Cristo Jesús:

Nos, por la gracia del Señor, estamos alegre; y me parece estar bastante más consolado que en Roma, en particular hoy que nos hemos encontrado con cinco Padres Descalzos que venían de san Silvestre, como cinco verdaderos Ángeles, y les hemos dado a todos de beber. Puede avisar al Padre Antonino que he recibido las Doctrinas y el Esca, y que, por orden del Padre Prefecto, dé un escudo al señor Octavio Landriani, milanés, que está en casa; y que a causa de los boletines no era necesario ir al Padre Artemio por ningún favor; sino que el Padre Prefecto decía, más bien, que ese Padre Antonino se conformase con desembolsar cinco escudos, para volver de nuevo a recuperarlos, cuando él devolviera las mismas cosas, que para eso no hace falta ningún favor.

Me haría un favor si me mandase 15 ó 16 Doctrinas pequeñas, como las que yo entregué a nuestro Carísimo hermano Simón; además algunos pequeños utensilios para escribir; y nuestro Breviario, que está en el Oratorio. Si el Padre Rector quisiera, me envía un par de medias sin calceta, que el Padre Prefecto quiere que yo las lleve de esa forma. Por lo demás, aquí hay esperanza. Haga mis calurosas recomendaciones al gentilhombre milanés y a todos; en particular al Padre Rector; a quien hago humildísima reverencia.

De Frascati, día 6 de abril de 1617.

Indigno siervo suyo,

Glicerio [Landriani] de Cristo.

3. CARTA DE GLICERIO AL PADRE JUAN GARCÍA

...mándemelo enseguida. Esperaré los Santos y el cartón para encuadernar 25 Doctrinas pequeñas y cuatro grandes. Nuestro carísimo Domingo, de Foligno, no sé si consiguió de aquel librero sordo el cartón; si no lo obtuvo se puede comprar. Y a nuestro carísimo hermano de Brescia, que mande por favor enseguida la copia de los Mandamientos. Aquí estamos alegres, con la ayuda del Señor. A nuestros carísimos Padre Pedro, Ottonelli y a todos, reverencia, y a sus órdenes. Tendría mucho gusto si se pudiese avisar a los hermanos de la Doctrina Cristiana de parte de Mons. Bartolomé; y que unos a otros se avisen para la Comunión del Domingo próximo, porque no sé si ayer se recordó.

De Frascati, día 29 de mayo de 1617.

Indigno siervo suyo,

Glicerio [Landriani] de Cristo.

5. CARTA DE SAN JOSÉ DE CALASANZ A GLICERIO³⁸⁹

Al carísimo en Xto., el Abad Glicerio de Cristo en las Escuelas Pías de Roma.

Jesús y María tengan siempre ocupado todo el corazón de nuestro carísimo en el Señor, el Abad Glicerio.

El celo de la salvación de las almas, que nuestro Padre Gaspar (Dragonetti) tiene tan enraizado en su corazón, como bien lo sabe usted, merece que cada uno le haga cualquier servicio. Por eso, haciéndole falta por ahora un poco de mantequilla, diligencie con el Padre Lorenzo, si hace falta, para hacer que cuanto antes se le mande, al menos, un molde grande, y que sea fresca.

Aquí, no sólo los alumnos, sino los de la ciudad, piden con frecuencia su retorno, que todos desean sea cuanto antes. Le recuerdo que hable con Mons. Monaldeschi, para que quede informado de la

389 EGC, II, n. 10.

manera como hoy día los Padres luqueses llevan las escuelas, con la vista puesta en su antiguo Instituto. Es imposible que perduren y hagan provecho alguno. Deseo que el Señor cardenal, como comisario de este Consejo que se ha de tener, lo resuelva; porque es mucho mejor que estos Padres no emprendan la obra, que hacerla como un apéndice de su Congregación, en la cual han obtenido un hermoso éxito, según se ha publicado, en contra del Padre general de Lucca. Nuestro Señor ponga en ello su mano, para que las escuelas puedan caminar con aquella perfección y provecho que es necesario para la reforma de la juventud.

De Frascati, día 23 de noviembre de 1616.*

**Por favor, hable con el Señor Laercio, y procure, si Dios se lo inspira, que haga la caridad de un poco de terreno cercano a la puerta, para una iglesia de san Carlos.*

Siervo en el Señor,

José de Calasanz

6. CARTA DEL PADRE SANTIAGO VAQUEDANO AL PADRE DOMINGO DE JESÚS MARÍA³⁹⁰

... Glicerio fue ardoroso en el estudio de las Sagradas Escrituras y en la lectura de los santos Padres, huyendo de cualquier otra lectura profana. Reconocí en él un especial don de Dios para comprender el sentido de las Escrituras y de los santos Doctores, con los cuales se deleitaba sobre manera. Escribió en un libro de su propia mano las sentencias de aquéllos, para poder servirse de ellas en cada necesidad. Entre otros, era grandemente aficionado a la doctrina de Santo

390 En *Rass. St. Bibl. Ec.*, III, pp. 16-17. Es un documento que, en forma de carta, el padre Santiago Vaquedano escribió inmediatamente después de la muerte de Glicerio. Vaquedano, íntimo de Glicerio, comunica al padre Domingo de la Escala noticias bastante detalladas, pedidas por él en orden al proceso de beatificación, sobre el joven amigo, muerto apenas dos meses antes. Es sólo un fragmento, pero contiene noticias interesantes y en ella se transparentan los secretos de una amistad profunda.

Tomás de Aquino y a la de San Gregorio papa; tanto que en esta su última enfermedad, que duró cinco meses, terminó de leer todos los libros de las Morales de san Gregorio. Después quiso saber de mí qué otra cosa debía leer. Yo, que tenía la intención de hacer que fuera idóneo, como enseñan los santos Padres, en lo que se desea para el sacerdocio, por más que él, considerándose muy indigno, lo rechazase (lo que me consta como certísimo), le dije que leyera los libros de la Cura de almas de san Gregorio; lo mismo que, con este fin, le había hecho leer, antes de enfermar, el libro de la Jerarquía eclesiástica del divino Dionisio; y que después tendría que leer los libros Sobre el sacerdocio, de San Juan Crisóstomo. Obedeció, y leyó por completo los libros de pastoral de san Gregorio; y anotó en un libro muchas cosas de su propia mano. Me dejaba maravillado porque, estando tan enfermo, este sagrado estudio no le perjudicaba su salud, al contrario, le hacía estar mejor, como él mismo atestiguó muchas veces; y yo también doy testimonio de ello, pues así lo observé, estando en aquel tiempo casi cada día con él. También el médico le había dado licencia para ello.

Pero mientras que yo estaba esperando que recuperase la salud, le dije a Su Paternidad que le impusiera comenzar poco a poco a recibir las órdenes eclesiásticas y sagradas, ejercitándose en cada una de ellas durante el tiempo establecido en los sagrados cánones; y que mientras tanto esperase para el estudio de la sagrada Teología. Dios disponía otra cosa de él; llevárselo de entre nosotros.

Dos meses antes de que saliera de esta vida quiso que yo le transcribiese todas aquellas sentencias de los santos Padres más útiles, que tratan de poenitentia, lo que yo hice. Las reduje a tres o cuatro folios, que él leía todos los días con gran sentimiento. Y muchas veces se me echó de rodillas a mis pies con lágrimas, agradeciéndome aquel beneficio, diciendo que de aquellas sentencias de los Padres había aprendido el modo de hacer penitencia; y que por ello le daba gracias a Dios, porque antes de morir le había permitido conocer esto; y le pedía le devolviera la salud y le diera vida para llorar más sus pecados. Todavía le recité algunas sentencias de los santos Padres, acerca de la disposición digna para comulgar espiritual y sacramentalmente con mucho fruto, cuya doctrina quedó impresa en su corazón, haciéndose por esto mucho más fervoroso al comulgar,

como yo me pude dar cuenta, queriendo él que le dijera la misa y le diera la comunión en la capilla de las Escuelas Pías, o en la capilla de la casa de Mons. Vives, adonde iba, aunque estaba enfermo.

Finalmente, un mes antes de morir, por consejo del médico fue a vivir cerca de santa María in Vía, en una casa del noviciado de las Escuelas Pías, donde aconteció su muerte este año de 1618, el 15 de febrero, jueves, a las 7 de la noche, después de recibir la extremaunción, y habiendo comulgado el miércoles en su capilla, estando fuera del lecho.

Había estado enfermo desde el 20 de septiembre, día de san Eustaquio, en cuyo día en Milán se celebra la fiesta de san Glicerio, obispo de Milán, que fue de la casa de los Landriani, de la que también era nuestro Hermano –también él de este nombre– Glicerio Landriani. Por eso, se puede creer que este santo lo deseaba y llamaba a su compañía, porque en ese día cayó enfermo. Y como también yo, pecador, nací este día a este mundo, espero que con más razón se acordará de mí, indigno Hermano suyo, para impetrarme la divina misericordia; para que, acabado el curso de mi vida, me haga digno de ir a gozar en su compañía de nuestro Amor, Cristo Jesús.

Todo esto está escrito para obedecer a Su Paternidad, y pongo a Dios por testigo de que me he esforzado cuanto debía para no decir sino aquellas cosas que conozco ser verdaderas.

La gracia de nuestro Señor mantenga a su Muy Reverenda Paternidad, y le pido humildemente su bendición.

De casa, a 17 de abril de 1618.

De su muy reverenda paternidad,

humilde siervo en Cristo e hijo indigno,

Santiago Vaquedano

CONCLUSIÓN

Como en la pantalla de una sala oscura, sobre estas hojas hemos visto sucederse imágenes rápidas, momentos felices y páginas inquietantes. Muchas veces los acontecimientos parecen volver sobre sí mismos, o precipitarse hacia delante, para concluir después en el maravilloso, aunque misterioso, designio de Dios.

Glicerio en Milán, en familia. Su consagración a María. En Bolo-
nia los estudios de filosofía, y en Roma la universidad teológica para
una prometedora carrera eclesiástica. El fasto vacío de las cortes ro-
manas. El hombre nuevo en la comunidad del Padre Francisco de
Cristo, en Via Giulia, metido de cabeza en obras de caridad. Desilu-
sión y extravío. El encuentro con el Padre José de Calasanz. Escolapio
educador de niños de la calle, catequista, peregrino, sembrador de
esperanza. Su contribución decisiva centrando los objetivos *utópicos*
de Calasanz. Finalmente, el noviciado y... casi al mismo tiempo la
llegada a la luz de Dios.

Nada de clamoroso, en el fondo. Todo parece suceder sencillo
y natural. Impresiona sólo el hecho de que un noble y rico, espon-
táneamente, por amor a Cristo, se hace pobre y siervo de todos. E
impresiona, quizá más, la carta que Glicerio escribe desde Roma al
cardenal Federico, donde subraya la libertad de su elección y la ale-
gría de haber encontrado su camino. Renunció a cualquier privilegio,
vistió un tosco sayal, se hizo pequeño con los pequeños, su hermano y
guía. Un hombre nuevo, que casi no dormía ni comía, y del que fluían
torrentes de ternura para con los niños, para que no llegara a faltar
a los pequeños la alegría sobre la mesa de la vida, ni a los obreros la
nostalgia del don gratuito. El amor de Cristo había seducido el cora-
zón de Glicerio y lo había asociado a sí, para que, como Él, se inclinase

sobre los sufrimientos del mundo, para acoger su aliento y sembrar en él la esperanza.

Pero la jornada de Glicerio, su respuesta total, fue breve. Se agotó antes de lo que Calasanz pudiera prever. Un soplo de eternidad en el fluir del tiempo. *“Brevi vivens tempore, explevit tempora multa”*. Por eso, gracias a su memoria y a su testimonio resplandece todavía hoy su presencia en las Escuelas Pías y en la Iglesia:

Su mensaje es actual, porque tiene las raíces en el Evangelio: “Quien todo deja todo encuentra”, reclamo a nuestra fragilidad, a la inevitable consunción de las cosas, y a la sugerencia de Jesús, “no acumuléis tesoros en la tierra”:

- Primacía de la oración: aun cuando estaba inmerso en el cuidado asiduo y agotador de los niños en la escuela, pasaba horas y noches en oración, sabedor de que sólo así su sacrificio y su caridad podían ser fecundos.
- Consagración a María, que resplandecerá siempre como estrella en su camino.
- Desprendimiento total de sí mismo, que abre los horizontes del alma al amor al prójimo. En la dureza de la teología de la cruz descubría, en libertad de espíritu, la alegría de la vida, la perfecta alegría.
- Entrega a la educación de los niños, y catequesis itinerante.
- Escolapio infatigable. Con Calasanz, *barquero* de las Escuelas Pías en el momento delicadísimo de la “transición”³⁹¹.

Las energías gastadas con enorme generosidad acabaron por agotar y quemar su físico, que no era de bronce. Confió a sus apuntes los sueños de renovación, y a Dios los proyectos de Calasanz. Ante la invitación de la Virgen de Montecavallo, concluyó rápidamente su

391 Se entiende por *transición* el paso de las Escuelas Pías de simple asociación de voluntariado (1597) a Congregación religiosa con votos reconocidos por la Iglesia (1617).

existencia, con la añoranza de haber frustrado en parte las expectativas del querido Padre José.

Las gracias que Glicerio ha obtenido de Dios para sus fieles, las hemos descrito, no como *exvotos* para ojos curiosos, ni como simples *recuerdos históricos*, sino como estímulo para saber relacionar la figura de Glicerio con nuestros problemas particulares. Los santos no son sólo ejemplos que imitar, sino también hermanos mayores a los que pedir ayuda.

Estamos legitimados a invocar su protección ante Dios con oraciones y gestos de veneración y de expiación. La validez de nuestras expresiones es auténtica, desde el sentimiento interior del alma. Besar una imagen o una reliquia es establecer un contacto espiritual en consonancia con los sentimientos e ideales. Los gestos exteriores encuentran su justificación y fuerza en el espíritu que los anima.

Diana³⁹², la mujer enferma de Frascati, corrió detrás de Glicerio y, sin que la viera, le tocó y besó el manto. Curó. Nosotros pensamos en el maravilloso relato del Evangelio, en el que se narra la curación de la hemorroisa, que, afligida por un mal que los médicos no le habían podido curar, a escondidas de Jesús, tocó su vestido con la certeza de ser curada. Y efectivamente curó. Jesús no se lo reprochó, no la acusó de superstición, sino que le dijo: –“Tu fe te ha curado”. Glicerio, como Jesús, ha hecho presente el amor de Dios hacia los afligidos de toda condición, enfermos en el cuerpo o en el espíritu.

También hoy, si queremos, él puede convertirse en *signo* de Dios para con nosotros y para con toda la Iglesia. Invocándolo y haciendo que lo invoquen, él puede repetir sus gestos de consuelo, de curación y de salvación.

Terminado el trabajo, de grandísimo cometido, de los cardenales que tomaron parte en la Congregación ordinaria de la Causa de los Santos; expresado su parecer favorable en casi cinco volúmenes de la

392 Cfr. Cap. 21: *curación* testificada por san José de Calasanz.

Positio super virtutibus de Glicerio, el papa Pío XI, el 31 de mayo de 1931, proclamó *Venerable* al Padre Glicerio Landriani. Ahora, para que el papa pueda declararlo *Beato*, y autorizar el honor de los altares, hace falta un milagro bien documentado, y proponerlo al análisis de una Comisión Pontificia médico-científica.

Si recorriendo estas páginas y conociendo mejor al Padre Glicerio, ha brotado de nosotros una flor de simpatía por el joven escolapio; si amamos sinceramente a San José de Calasanz, que lo quiso más que a ningún otro, hagamos algo para que sea conocido e invocado. Y supliquemos al Señor por su glorificación.

HIMNO A LANDRIANI

Concluyo estas humildes páginas transcribiendo el breve himno que, en hexámetros latinos, y en un momento de entusiasmo particular, he compuesto, para expresar como me ha sido posible, mi admiración y el afecto fraterno que siento por ti, querido Glicerio:

*«Glyceri, tu Joseph volucer divina fuisti:
 afflavit coelum debilisque senis cor ovavit,
 dilucet mare motum exiliuntque sodales,
 plenius os celebrat puerorum carmine festos,
 spiritus edulcat, vigore novo grave floret
 Gasparis album aevum, paupertas gaudium gegnit.
 Terra ferax per te schola fit velut hortus apricus.
 Josepho docti multique fuere magistri
 Invenit tamen unum in te pietate poetam,
 cuius summa manus pueris divina scatebat
 Affectus flectens in parva negotia magnos,
 Ut manus artificis reverenter cymbalum ad altas
 provocat expediens notas hinc dextera dulces
 quas imis fulcit firmitque sonantia laeva.
 Ut signum in coelo Piarum radiusque Scholarum
 adventus tuus est breve sidus lumina praestans
 Joseph corda tamen laeta illuxit dies illa
 et nobis stellat melioraque tempora spondet».*

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

«Glicerio, tú fuiste para José el pájaro sagrado,³⁹³
 Con cuya aparición sonrió el cielo,
 Saltó de alegría el viejo corazón;
 Se tranquilizó el mar,
 Exultaron los niños de alegría.
 Se dulcificaron los espíritus,³⁹⁴
 Y los numerosos años de Gaspar
 Florecieron con nuevo vigor.
 El canto de la suma pobreza
 Generó alegría en las almas,
 Y un jardín de flores y frutos
 Fue para ti la primera escuela.
 Muchos maestros tuvo José,
 Eminentes en las letras,
 Brillantes en las matemáticas,
 Mas de la Piedad tú fuiste el gran poeta,
 Con cuyo toque despertabas en los niños
 El sentido de lo divino.
 Tú transformaste los sentimientos
 En pequeñas virtudes
 Con el arte respetuoso del pianista,
 Que con la diestra evoca
 En notas altas dulces melodías
 Y las sostiene con la siniestra,
 Dando ritmo y seguridad a la armonía.
 Un rayo de luz fue tu aparición
 En el cielo de la Escuela Pía,
 Mas fue alegría para siempre
 En el corazón de José,
 Y resplandeció para nosotros,
 Signo brillante de esperanza».

393 Alcmane, *El Cerilo*, v. 4. El *pájaro sagrado*, el alción, recuerda la leyenda según la cual, en la mitad del invierno, cuando los alciones ponen los huevos, los vientos, como don de Zeus, se paran, el clima se serena, el mar está tranquilo y la temperatura se dulcifica.

394 Glicerio en griego significa *dulce*.

BIBLIOGRAFÍA

I. BIOGRAFÍAS DE GLICERIO ANTIGUAS Y MODERNAS

Con las *notas* a pie de página hemos intentado proporcionar datos e informaciones sobre los biógrafos de Glicerio que nos han parecido más acreditadas por su antigüedad, originalidad o autoridad indiscutida. El lector podrá así valorar mejor las afirmaciones y los testimonios.

A. *Biografías inéditas:*

En el Archivo General de las Escuelas Pías: Reg. Serv. 38ª, 9ª:

1. ANÓNIMO, *Vita del venerabile Servo di Dio Glicerio Landriani*, n. 51
2. ANÓNIMO, *Vita del P. Abate Landriano*, n. 53
3. ANÓNIMO, *Vita del ven. P. Glicerio di Christo*, n. 54
4. BERNARDO DI S. TERESA, *Compendio della Vita del Servo di Dio Glicerio di Cristo*, n. 50
5. BALDI, Francesco, *Vita del P. Abate Glicerio Landriani*, 1645, AGSP, *Reg. Serv.* n. 39³⁹⁵.

395 *P. Francisco Baldi de la Anunciación*, (¿Roma 1673?), fue alumno de las Escuelas Pías en San Pantaleón, y uno de los catorce primeros que vistieron el hábito escolapio el 25 de marzo de 1617 de manos del fundador. En 1618 acompañó al padre Casani en la fundación de la casa de Narni. Es célebre el discurso que, jovencísimo, pronunció allí en latín y que le ganó la admiración de todos. Por esto fue uno de los primeros profesores del colegio Nazareno de Roma. Siempre fiel a Calasanz, lo defendió valientemente durante los turbios acontecimientos de los años '40. En 1649, al año siguiente de la muerte de Calasanz, fue nombrado rector de la casa de San Pantaleón, y publicó finalmente aquella gramática latina que en vano

6. MUSSESTI, Pietro, *Vita del venerabile P. Glicerio Landriani*, Roma 1643. AGSP, *Reg. Serv.* n. 39³⁹⁶.

B. Biografías editadas

1. ANÓNIMO, *Ristretto della vita ed azioni del venerabile Servo di Dio P. Glicerio Landriani delle Scuole Pie, alias a Christo*, Franchelli. Génova, 1741.
2. ANÓNIMO, *Glycerius Landrianus, alias a Christo*, Dissertationes: Heroes Pietatis, en *Eph. Cal.*, VI (1937), pp. 135-142; VII (1938), pp. 46-54; 86-94; 189-198.
3. ARMINI, Alejo, *Vita del Venerabile Servo di Dio P. Glicerio di Cristo*. Roma, Ercole, 1694³⁹⁷
4. BERRO, Vicente, *Vita del Servo di Dio Glicerio de Christo*, en *Arch. Sch. P.* (1982), n. 11, pp. 1-52³⁹⁸

Calasanz le había pedido continuamente publicar mientras residía en Moricone. Calasanz le reprochaba su pereza, pero en realidad en aquel período el padre Francisco se dedicaba del todo al arte de la música. Su manuscrito es importantísimo, porque él, compañero de Glicerio y novicio con él, estaba informado plenamente de las cosas narradas. El librito, no utilizado por los biógrafos precedentes porque no fue encontrado hasta 1927, ha sido en cambio mi fuente principal.

396 *P. Pedro Mussesti de la Anunciación* (1612-1668), cultivó las letras clásicas, siendo al mismo tiempo poeta latino (cfr. *Epithalamium Jupiter heroicus*). Fue también experto hombre de gobierno: Asistente general, superior en Florencia, varias veces rector de San Pantaleón, en cuyo archivo pudo beber en las fuentes directas y consultar documentos originales. La biografía de Mussesti, escrita por sugerencia de Calasanz, nos ofrece un material vivo, recuerdos preciosísimos y garantía de veracidad.

397 *P. Alejo Armini de la Concepción* (Ancona 1624-Roma 1695), entró en las Escuelas Pías en 1639. Docto en letras clásicas y en ciencias, fue profesor en el colegio Nazareno, provincial de las Escuelas Pías de Roma, procurador general, cuatro veces Asistente general y General él mismo, el sexto después de san José de Calasanz. Dio gran impulso al proceso de beatificación de Calasanz, del cual escribió también una vida en 1693. El padre Mauro Ricci, que en 1878 sacó a la luz la biografía de Glicerio del padre Armini, afirma no pretender “otro crédito mejor que el que merece un historiador sincero y honesto”, es decir, el padre Alejo. Y añade: “Lo mismo que su escrito es pobre en méritos literarios, así de grande es su autoridad, fundamentada en los procesos formados según los ritos para procurar la beatificación de Landriani”.

398 *P. Vicente Berro de la Concepción* (Savona 1624-Roma 1695), vistió el hábito escolapio en 1623. Fue superior del colegio Nazareno de Roma, pasó en 1635 a

5. BENEDICTI, Juan, *De vita et rebus gestis Servi Dei Glycerii Landriani opera ac studio unius ex religiosis dictarum Scholarum Piarum*, Nikolsburg 1643 (ms). Editado en Cracovia en 1646³⁹⁹
6. BOSCHI, Idilio, *Un fiore di santità nelle Scuole Pie. Il Venerabile Glicerio Landriani*, 1931.
7. CATERINI, César, *Vitae Synopsis*. Roma 1915.
8. CEA, P., *P. Glicerio Landriani*, en *Piedad y Letras*, Roma 1903.
9. CERESETO, Juan Bautista, *Venerabile Glicerio Landriani di Cristo*, Traducción de la obra española del P. Jericó, Salerno 1859.
10. CLAVERO, Ángel, *El Venerable Glicerio Landriani de Cristo*, en *Horizontes Calasancios*, 1931, nn. 184, 186, 187.
11. COMELLAS, Juan, *Compendio histórico de la vida del Venerable Glicerio Landriani*. Barcelona, 1916.
12. DE MARCO, Leonardo, “Un catechista modelo: el Ven. Glicerio Landriani”, en *Ricerche*, n. 23 (1988).

Nápoles y fue superior de la casa de la Duchesca, en Campi Salentina, en Palermo y en Mesina. Provincial de la Toscana y después maestro de novicios en Nápoles (1642). Lo encontramos en San Pantaleón en 1647, como secretario personal de san José de Calasanz. Goya nos le presenta en su célebre cuadro de *La última comunión de San José de Calasanz*. Son también importantes otros escritos suyos sobre Calasanz y su Obra, que nos han llegado gracias a la transcripción hecha por el padre Juan Carlos Caputi. Su vocación de escritor se revela no en la síntesis, en el orden o interpretación de los hechos, sino más bien en las noticias anecdóticas. Recoge, a veces con descripciones coloristas, todo lo que era posible saber en torno a las personas y a los hechos en su conjunto.

399 *P. Juan Benedicto de santa María Magdalena*: Quiere destacar en el frontispicio, *omnia fideliter deprompta et in Epitomen redacta* –todas las noticias tomadas del proceso de canonización y resumidas–. El librito está muy cuidado, escrito en un latín noble, con numerosas citas de la Sagrada Escritura y de los santos Padres de la Iglesia. La lectura es agradable. El P. Picanyol afirma que Talenti –por homonimia– atribuye el libro al padre Juan Felber de santa María Magdalena. Lo prueba sobre todo con una carta escrita por *Benedicto* al fundador (EEC, p. 109), en la cual le informa del trabajo y le pide informaciones.

13. GINER GUERRI, Severino, *La antigua tumba del Ven. Glicerio Landriani*, Eph. Cal. LXV (1966), Roma, pp. 47-49.
14. GRANDE, Serafin, "Il Ven. Glicerio Landriani", en *La Voce del Calasanzio*, 1930, n. 3.
15. JERICÓ, José, *Varones insignes en santidad de vida del Instituto y Religión de las Escuelas Pías*, Valencia, 1751¹.
16. LOBO, José, "El Venerable Glicerio Landriani", en *El Mensajero Católico*, 320 (1937); 393 (1943).
17. MADEYSKI, Egidio, "Vita Venerabilis Glycerii Landriani anno 1737 concinnata", en *Mon. Hist. Sch. P.*, III Subsidia Hagiografica, I².
18. MARTÍNEZ MARTÍN, Leovigildo, *Vida del Ven. Glicerio Landriani de Cristo, Escolapio*, Madrid 1931.
19. MISTRANGELO, Alfonso María, *Il Ven. Glicerio Landriani delle S. P.*, Génova 1888⁴⁰⁰.
20. NIERNECZEK, José, *Dereherwudige Diener Gottes Glycerius Landriani aus dem Piaristenorden*, Wien 1932.
21. NOVELLI, Miguel, "Un Apostolo de fede e di carità del secolo XVI, Glicerio Landriani", en *I Cavalieri di Santa Brigida*, nn. 3-4, Nápoles 1968.
22. PANCHETTI, Juan, *Glicerio Landriani*, Padua 1989.

400 *Mons. Alfonso María Mistrangelo de las E.P.*, (Savona 1852-Florenca 1930), Elegido obispo de Pontremoli, recorrió los más famosos púlpitos de Italia. En 1897 predicó el Adviento en la Basílica de San Pedro de Roma. En 1899 fue nombrado por León XIII arzobispo de Florenca. En 1900 fue elegido general de las Escuelas Pías, pero no dejó por eso la archidiócesis de Florenca. En 1915 el papa Benedicto XVI le honró con la sagrada púrpura y el rey de Italia le condecoró con la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro. Sus escritos son muchos. En prólogo de la *Vida* de Glicerio afirma: "En nuestros días leer se ha convertido en una necesidad. Leen todos y de todo. Y más que ningún otro, los jóvenes... Yo he querido ofrecerles a ellos un libro bueno, y me he preocupado por *hacerles agradable la historia*. (...) Los acontecimientos de su vida y los prodigios están tomados de hombres insignes por su virtud y doctrina, muy cercanos a Glicerio, como el Ven. Domingo Ruzola, S. José de Calasanz, el Ven. P. Pedro Casani, el Ven. P. Juan García, el doctor Cosimo Contini, el señor Francisco Selvaggi y muchos otros".

23. PICANYOL, Leodegario, “Il Ven. Glicerio Landriani delle S.P., Apostolo della Doctrina Cristiana in Roma, Profilo storico”, en *Rassegna di Storia e Bibliografia Scolopica*, III, Roma 1938⁴⁰¹.
24. PUIGDOLLERS, Rodolfo, *Inventario de las Reliquias del Ven. Glicerio Landriani*, BGSP, A 12/36.
25. RAGOZZINO, Gino, *Glicerio Landriani dolcezza di Dio*, Portici 1988.
26. REVELLI, Juan Bautista, *Il primo fiore delle Scuole Pie*, Florencia 1909.
27. RICCI, Mauro, *Vita del venerabile Scolopio P. Glicerio Landriani*, Florencia 1878. Es la misma del padre Armini, corregida y aumentada⁴⁰².
28. TASCA, José, “Il Ven. Glicerio Landriani”, en *Ieri e Oggi*, 1931, nn. 5,6.
29. TEDESCHI, Heraclio, *Ven. Glicerio Landriani*, Turín, 1932.
30. VILÁ PALÁ, Claudio, “Glicerio Landriani”, en *Eph. Cal.*, noviembre de 1980⁴⁰³
31. WENZEL, Simón, *Glycerius Landiani a Christo*, Traducción alemana del Padre Armini, Wien, 1902.

401 P. Leodegario Picanyol, (Moyá 1896-Sabadell 1968), Archivero general de la Orden. Investigador infatigable, escribió mucho sobre todos los temas históricos relativos a la Orden. Entre otras cosas, el *Inventario Generale del Archivio Generalizio S. P.*, y nueve de los diez volúmenes del *Epistolario de San José de Calasanz*.

402 P. Mauro Ricci (Florencia 1826-Roma 1900). Él escogió entre los biógrafos de Glicerio al padre Alejo por su “gran autoridad”. El padre Mauro vistió el hábito escolapio en Florencia en 1843. Profesor de latín en la universidad de Urbino, dominaba el latín y el griego. Fue famoso como poeta. Elegido general de la Orden en 1886, fue reelegido por tres veces.

403 P. Claudio Vilà Palà, (Caldes 1918-Barcelona 1999), Durante varios años archivero general de la Orden. En el apéndice de *Glicerio Landriani Catequista*, el padre Claudio transcribe todos los escritos que quedan de Glicerio, incluida la “*Breve Dichiarazione della Doctrina Cristiana*”, que se creía perdida y que él ha encontrado en la postulación general. Suya es también la voluminosa obra *Positio Casani*, de 2150 páginas, editada en Roma, 1982.

II. FUENTES ANTIGUAS

1. *Escritos de Glicerio*

- a. Inéditos: (Postulación General de S. Pantaleón, Roma): De Beatitudine; Logica; Physica; Metaphisica; Tractatus de actibus humanis.
- b. Breve Dichiarazione della Dottrina Cristiana; Sacramento della Penitenza; Dell'Officio del Priore; Dell'Ortazione Dominicale; Sentenze; Lettera di Glicerio al Cardinal Federico Borromeo, 6/11/1612; Lettera di Glicerio al Cardenal Federido Borromeo, 29/11/1612; Lettera di Glicerio al P. G. Garzia, 6/4/1617; Lettera de Glicerio al P. Giovanni Garzia, 29/5/1617.

2. *Documentos varios:*

a. *Inéditos:*

- AGSP, Reg. Serv., 38, n. 8: *Conventio ratione bonorum tra Glicerio e i fratelli; Strumento di donazione per l'acquisto di S. Pantaleo; Articoli per informazione della purità e santità di Glicerio; Concordato circa l'Abbazia di S. Antonio di Piacenza tra Glicerio e i Padri dell'Ordine di S. Francesco, anni 1607.*
- Archivio Porziuncola. Assisi. *De rebus Spoletinis. Varia.* Senza schedatura.
- Archivio di Stato: Parma. *Fonti e Studi Francescani*, 4, XLVIII, A 8.
- Archivio di Stato. Piacenza. Cartella *Monasteri, Congregazioni, Confraternite*, 48
- Archivio Storico del Vaticano. Roma. *Bandimenta*, anni 1606-18.
- Biblioteca Ambrosiana. Milano. *Mediolanensis Beatif. et Canon. Proc. Servi Dei Abatis Glycerii Landriani, M 34, 35, vol. 45.; Due lettere di Glicerio al Card. Federico Borromeo, Cat. 306, inf. N 1, 31; Consulta varia D. Hilarionis Rancati, B 249, f. 335, vo. 37.*
- Caputi, Giancarlo, *Notizie Historiche, AGSP, Reg. Cal. 82.*

b. Editados:

- Romae, Typis Guerra et Marri: *Positio super introductione causae, 1883; Positio super non cultu, 1888; Positio super fama in genere, 1894; Positio super validitate processuum; 1909; Positio super virtutibus, 1920; Novissima Positio super virtutibus, 1931; Positio super dubio, 1931.*
- Bartlik, Bernardo, “Annales Ordinis nostri”, en *Ephem. Cal.*, III-IV-V (1934, 35, 36).
- Calasanzio, Giuseppe: *Lettera “Al carissimo in Xr. Abate Glicerio”*, Roma 1616.
- Poggiali, Cristoforo, *Memorie Storiche di Piacenza*. Piacenza, 1765.
- Vacchedano, Giacomo: *Lettera al P. Domenico di Gesù Maria* (fragmento). Roma, 1618.

P. José Jericó de la Concepción (Alcañiz 1707-Roma 1786), fue gran maestro, predicador y prolífero escritor. Se destacan en él dos características: amor a las Escuelas Pías y vocación de historiador. Fue provincial de Aragón, provincial de Castilla y de Valencia y Asistente general en Roma. Felipe V lo nombró teólogo de la Corte de su hijo, el Infante D. Felipe, duque de Parma. Su lenguaje es siempre apropiado y mesurado. Estaba encantado con el P. Juan Bautista Cereseto (1816-1858), que lo tradujo al italiano, *Memorie storiche intorno ai venerabili delle Scuole Pie scritte dal P. Jericó, d.C.*, Génova 1846.

Aegidius Madeyski (¿Kolbuszowa 1746), entró en las Escuelas Pías de Podoliniec (Polonia) el 8 de septiembre de 1705. Enseñó filosofía y teología en Cracovia y fue predicador de la catedral de Wawel. La *Vida de Glicerio* está escrita en latín fácil y fluido, pero al mismo tiempo elegante y sobrio. Fue un cuidadoso investigador.

